

La Oportunidad Perdida

Patricia Foster

La Oportunidad Perdida

Patricia Foster

Capítulo 1

Regreso a Casa

En la cocina de la mansión Aragón, Chenca, la cocinera, se encontraba preparando la comida y, como era su costumbre, escuchaba el noticiero del mediodía. A ella le gustaba estar informada y al tanto de lo que ocurría en San Martín y, contrario al resto de la servidumbre, también le fascinaba la lectura— era una ávida lectora de todo material o libro que pasaron por sus gruesas y fuertes manos. Justo en el momento en el que se reportaba el accidente automovilístico donde perdieron la vida los señores Vascos, entró Serafina a la cocina y escuchó las palabras del reportero, *"en un trágico y horrendo accidente fallecieron el reconocido empresario Ariel Vascos, junto a su distinguida esposa e hijo…"*.

La noticia de la muerte de la hermana de la señora Aurora impactó profundamente a Serafina tanto que quedó inmutable por unos segundos sin poder decir ni una sola palabra. Chenca se llevó las manos a la boca, un movimiento involuntario, y exclamó ¯¡Dios mío que tragedia…! ¡Qué tragedia tan grande! Serafina por fin reaccionó y con una rapidez no muy propia de ella, fue en busca de su niña Aurora para darle la mala noticia

Aurora se encontraba en su cuarto leyendo la biblia cuando Serafina le dio la noticia. En esos momentos, Aurora no pensó en nadie más que Milagros y en su dolor. Las lágrimas reprimidas por tanto tiempo estaban al borde de salir y la angustia en su voz no se podía esconder.

— Serafina, por favor comunícate…comunícate de inmediato con José Armando. ¡Él tiene que ir por Milagros!— El deseo más profundo de Aurora en esos instantes era estar junto Milagros, pero estaba consciente que ella no podía ir en busca de la joven.

Serafina rápidamente marcó el número del teléfono de la oficina del joven. Al enterarse de la desgracia, José Armando fue a recoger a su prima. En el aeropuerto le comunicaron que la joven

había sido trasladada de emergencia al hospital San Martín. Al parecer, ella también se había enterado de la desgracia.

El no conocía a Milagros. Ella había sido internada en el convento cuando apenas era una chiquilla, y la relación entre sus padres no había sido la mejor. Nadie hablaba de su prima Milagros, ni sus padres, ni los padres de ella. Era como si nunca hubiera existido, ni siquiera había retratos de ella en la casa de sus tíos. Mientras pensaba en cómo sería la huérfana de su prima se dirigió al hospital y allí le indicaron el número del cuarto donde se encontraba recluida la joven. Subió al elevador y presionó el botón del tercer piso. Aún pensativo recorrió los pasillos buscando el número del cuarto. Al fin lo localizó. Tocó la puerta y la enfermera que había sido puesta allí para velar por la joven le abrió.

Allí, acostada en la cama del hospital, se encontraba Milagros sintiendo que el mundo se le venía abajo. La noticia había nublado su mente; había cambiado su mundo; había causado la pena más grande que un ser humano pudiera experimentar. ¡Era horrible! Una pesadilla de la cual quizás jamás saldría. Tan súbito, tan inesperado. Todos estos años encerrada en un convento, deseando y contando los minutos para salir de ese lugar y por fin poder ser feliz. Pero el destino… el cruel destino… se encargaba una vez más de marcar el camino que ella seguiría.

José Armando la observó por unos estaba sumergida en su dolor inconsciente Parecía estar en un profundo abismos y totalmente desconectada de la realidad. Las lágrimas en sus mejillas delataron que había estado llorando, pero ahora, su mirada se miraba distante y lejana. Él no segundos. Milagros de su alrededor—. dijo nada y por unos segundos solamente contempló su belleza. Era extremadamente bella a pesar de que el atuendo que llevaba puesto no le favorecía en lo absoluto. Milagros vestía un centro rozado cuello alto y un suéter de color azul al igual que su falda, la cual cubría mucha más que sus rodillas. Su abundante cabellera negra y sus penetrantes ojos negros le daban un aire de inocencia; su piel blanca como la nieve y delicada como el cristal la hacía parecer frágil. Por sus rasgos físicos y delicadeza parecía más niña que mujer y por su forma de vestir cualquiera podía deducir que había vivido toda su vida en un convento. Su timidez, delicadeza y belleza fue lo que más impresionó a José Armando. Estaba tan absortó en la chica que apenas llego a escuchar las palabras de la enfermera y el cerrar de la puerta tras sus espaldas.

Al fin reaccionó y se acercó a la joven, la cual ni siquiera

estaba consciente de su presencia. Milagros, se le escuchó salir de su voz, nuevamente enunció su nombre, pero ella había perdido todo contacto con su alrededor. Era como si su cuerpo estuviera allí, pero su mente en algún lugar remoto. Sin pensar en lo que hacía, José Armando la tomó de los hombros y la sacudió bruscamente tratando de hacerla reaccionar. Milagros por unos segundos fijó su mirada en él y sintió un inmenso dolor recorrer por todo su ser y nuevamente escuchó las palabras del noticiero, *"interrumpimos este programa para comunicarles sobre el trágico accidente entre un camión de carga y un automóvil cuyos pasajeros murieron instantáneamente. Los nombres de las víctimas son: el empresario Ariel Vascos, su esposa, Adelia Vascos, y el joven hijo de la pareja"*. Por unos segundos José Armando creyó que había reaccionado pero fue inútil ella volvió a su estado de shock. En esos precisos momentos entró nuevamente la enfermera y le comunicó que el doctor Montenegro estaría con él en unos segundos para informarle sobre el estado de la paciente.

Mientras esperaba la visita del médico, José Armando se sentó en la silla junto a la ventana y pensó en la crueldad del destino y como este infortunio cambiaría la vida. No podía retornar al convento, pues al parecer su estancia allí había concluido. Pensaba en cómo iba a ser su adaptación a un mundo que no conocía y en esos momentos se acordó de su cita con Leticia, su novia, la cual tenía un temperamento bastante fuerte y la cual no entendía razones. Miró su reloj. ¡Era tardísimo! ¡Nunca llegaría a tiempo! Eran las seis y quince. No parecía que el tiempo hubiera transcurrido tan rápido pero así había pasado. ¯¡A de estar enfadada! Total, Leticia tiene que entender que lo ocurrido ha sido una tragedia que nadie esperaba, se dijo a sí mismo.

En esos momentos en que José Armando pensaba en su novia, entró el doctor Montenegro y lo saludo.

—Buenas tardes Licenciado. ¿Cómo está usted?— José Armando era muy conocido en toda la villa de San Martín por su recato y su buen trabajo. Además era hijo único y heredero universal del patrimonio Aragón. El nombre de la Familia Aragón era uno de los más poderosos y reconocidos en toda la región. Tendiéndole la mano respondió:

—Muy bien, gracias. ¿Doctor cómo se encuentra Milagros?—

—Milagros está pasando por una crisis emocional bastante grave. Ella no ha aceptado la muerte de sus padres. Estaba histérica cuando llego y se culpaba a sí misma, pero luego entró en un estado

shock emocional momentos observación. Tal vez de aquí a mañana a unos días ella ya haya podido asimilar lo ocurrido y volver a la realidad a la que está renuente a regresar. Creo que en las condiciones en que se encuentra no es prudente moverla ya que podría presentar otra clase de crisis emocional que podría ser contraproducente—.

José Armando le dio la razón al doctor y se despidió diciendo que vendría por la mañana para ver si Milagros estaría en condiciones de ser llevada a casa, del cual hasta el momento no ha salido. Por los creo que lo más conveniente será dejarla bajo

Mientras tanto, Aurora se restos y preparar todo para el Armando llegó a la casa casi anocheciendo. Su madre estaba sentada en la sala, callada y triste junto a Felipe, su esposo. Ninguno de los dos se percató de su llegada y José Armando por unos segundos contempló a sus padres que ante tan gran tragedia estaban sentados, callados, absortos cada quien en sus propios pensamientos como dos perfectos extraños.

Felipe Aragón, su padre, era alto, delgado de facciones bien delineadas de ojos azules, los cuales él había heredado, piel canela y pelo castaño. Tenía un carácter temperamental e intransigente que controlaba la vida de Aurora como se controlaba la vida de una hija. Quizás se debía a la diferencia de edad entre ellos. Aurora era doce años menor que él y siempre fue una mujer sumisa, y de carácter débil. Quizás podría haber sido el hecho de que su padre procediera de una alcurnia de mucho dinero y posición; y su madre fuera una joven pobre y de poca educación.

Fijó sus ojos en su madre, Aurora, una mujer entrada en años que vestía un vestido negro de mangas largas el cual destacaba su delicadeza y la hacía verse muy frágil por la blancura y tersura de su piel. La contempló como nunca la había contemplado y notó que a pesar que no había nacido en cuna de ricos tenía una elegancia aristocrática propia el cual hoy le daba un aire de elegancia a su luto. Era como si estuviera vestida para otra ocasión en vez de estar lúgubre. Su belleza ya marchitada por los años seguía aún siendo digno de admiración y cualquiera que la observará no tendría dificultad en deducir que en su juventud había sido una mujer bellísima. Alta, esbelta y con un cuerpo muy bien cuidado. Su pelo largo era de un negro sedoso y brillante el cual complementaba muy bien sus pestañas largas, cejas tupidas y sus grandes y penetrantes ojos negros. Por unos minutos, José Armando contempló a su madre con los mismos ojos con los que había contemplado a su prima unas horas antes. La verdad es que su tía Adelia y su prima Milagros no había

encargado de recoger los funeral de sus familiares. José se parecían en nada. No tenían los mismos rasgos físicos, es más Milagros parecía haber heredado la cara de Aurora. Adelia tenía pelo castaño y sus ojos eran café claros, tampoco su piel era tan blanca y tersa como la de Milagros o Aurora y contrario a ambas era de una estatura mediana. Pensó en Ariel, el padre de Milagros, un hombre corpulento de ojos negros y mirada desafiante. Su pelo negro y poco canoso aún retenía el brillo de su juventud. Muy atractivo a pesar de su edad, tan atractivo como Milagros. No cabe duda que ella se parecía a él. Absortó en sus propios pensamientos, José Armando se lamentaba de la suerte de sus tíos y su primo Ariel, ¯*eran tan jóvenes tenían toda una vida por delante*.

Aurora presintiendo la presencia de su hijo, dirigió su mirada hacía la puerta donde él se encontraba perdido en su pensamientos.

— José Armando…José Armando, hijo—. Enunció nuevamente. Triste y preocupada se le acercó y le preguntó por Milagros. José Armando la abrazó y le dio un beso en la frente y le dijo:

—Milagros está en el hospital San Martín—.

—Pero, ¿cómo se entero de la desgracia?— Preguntó Aurora.

—Parece ser que por medio del noticiero. El doctor Montenegro, quien la está atendiendo, me explicó sobre su estado y me dijo que no era conveniente traerla a casa en ese estado—. Aurora, llevándose las manos a la boca, replicó:

—Pobrecita, la noticia la afecto muchísimo—.

— Y no es para menos. No sabes la lástima que me dio verla así mamá, pues no es más que una chiquilla—.

— ¡Eso es una patraña!— Comentó Felipe, quien escuchaba sin inmutarse la conversación desde su sillón.

—Si no me equivoco, Milagros va a cumplir diecinueve años muy pronto. No veo porque hay que compadecerla tanto si ni siquiera conocía muy bien a sus padres. Además la muchacha es afortunada no tendrá necesidad de nada puesto que cobrará una gran herencia—. José Armando exasperado por el comentario, miró a su padre con desdén y lo ignoró completamente. Quizás por eso mismo él y su padre nunca se habían llevado bien, eran dos personas totalmente distintas como si no fueran padre e hijo. Su padre no tenía

sentimientos ni escrúpulos, pues decir algo así de Milagros que tan solo era una jovencita desamparada y que acababa de perder a sus padres.

Ignoró el comentario de su padre y siguió hablando con su madre como si no hubieran sido interrumpidos. Aurora tomo a su hijo del brazo y lo encaminó al asiento. Mientras él seguía hablando:

—Si tú la vieras mamá…tan frágil, tan sola y desamparada. Perdida en un abismo del cual quizás nunca llegue a salir. La verdad creo que va a estar en ese estado mucho más tiempo de lo que pronóstico el doctor, se ve muy mal—.

—Pero se repondrá hijo. Va a ser difícil, pero estoy segura que se repondrá. Milagros no está sola, nos tiene a nosotros—. Aurora dirigió su mirada a su esposo buscando una afirmación, pero Felipe miró a su esposa enfurecido. El inmenso odio y desprecio que sentía por su mujer era evidente… sin contestar se levantó y se retiró del salón.

—No sé cómo lo soportas cada vez está más insoportable—. Comentó José Armando al ver la indignación de su padre y el odio que este no podía ocultar. Aurora siempre defendía a Felipe ante los ojos de su hijo y le dijo:

—No le hagas caso. Tú sabes cómo es tú padre tiene su carácter algo duro, pero no es malo y al final se compadecerá de tú prima.

— ¿Qué hay sobre los restos de los tíos?—

—Ya me encargué de sus restos…mañana serán velados en el velatorio de la Paz—.

—Estoy un poco cansado… creo que me recostaré por unas horas. Todo lo sucedido con los tíos me ha afectado muchísimo—. Dijo José Armando.

—Si a mí también me afectado de igual manera aunque Adelia y yo no éramos las más unidas de las hermanas pero sea como sea me Duele mucho lo ocurrido. Rezaré por sus almas y espero que me acompañes—.

— Si mamá, pero será más tarde. Ahorita estoy un poco cansado y se levantó del asiento para ir a su cuarto. Recordando el recado de Leticia le dijo:

— ¡Ay hijo! Antes de que se me olvide… te llamo tu novia y estaba furiosa porque la dejaste plantada. Le comenté sobre lo ocurrido, pero ella es tan insensible que ni siquiera se compadeció de la muerte de Ariel y Adelia pesar de que ellos siempre la trataron muy bien. Hizo una pausa y continuó…No sé cuando vas a dar por terminado esa relación. Esa chica no te conviene hijo y a la larga te hará muy desdichado—.

Con mucha seguridad en sus palabras, José Armando respondió:

—Yo hablare con ella más tarde… y no te preocupes mamá, no creo que te daré el disgusto de una boda con ella—.

— ¡Eso espero hijo!— Contestó ella. José Armando beso a su madre en la frente y se retiró de la sala. Subió a su habitación y se recostó sobre la cama. Estaba cansado y pensó que muy pronto quedaría dormido, por lo tanto ni si quiera se molesto en prender la luz o desvestirse, pero no podía conciliar el sueño y sus pensamientos reposaron en las palabras de su madre con respecto a Leticia. Él sabía que su madre tenía toda la razón además el ya estaba muy desilusionado con Leticia. En esos momentos los recuerdos invadieron su mente. En la oscuridad de su cuarto recostado sobre su cama recordó la soleada tarde en que conoció a Leticia. Había quedado impresionado con la belleza de Leticia de la misma manera como le impresionó la belleza de su prima, pero eran dos bellezas totalmente distintas. La belleza de Leticia inspiraba deseo y pasión pero la belleza de Milagros inspiraba amor y ternura. Leticia era una rubia de ojos verdes, mirada sensual, y labios carnosos. Su cuerpo era perfecto como el de una diosa, venerado por cualquier hombre que pusiera sus ojos en él y envidiado por todas las jóvenes de su edad. Pero su carácter y su forma de ser le habían quitado mucho de sus atributos físicos en los ojos de todos aquellos que la conocían. Leticia tenía mucho que ofrecer exteriormente pero interiormente estaba vacía.

Sentada en uno de los bancos de la universidad con su amiga Magda, una chica seria, recatada y guapa conversaban muy animadamente. Magda una pelirroja de ojos pardos, no era tan alta ni esbelta como Leticia, pero no se quedaba atrás en su belleza, aunque Leticia siempre opacaba a quienes estuvieran a su alrededor. Magda y Leticia hablaban de José Armando. Por supuesto Leticia aún no lo conocía, pero Magda lo había visto cuando había ido a registrase en la clase de leyes y quedó impresionada con su físico. José Armando tuvo el placer o quizás la desdicha de conocerla. Él y Miguel caminaban por los alrededores de la universidad cuando sus ojos se posaron en ella.

Al verla, le había preguntado a Miguel:

— ¿Quién es esa joven sentada cerca de ese árbol?—

— ¡Ay! Sabía que al verla te iba a gustar. Es la famosa y disputada Leticia Castillo quien estudia derecho—. Con una sonrisa pícara y mal intencionado, Miguel le había contestado.

— ¡Es bellísima! Quiero conocerla—.

—Pues vamos ahora mismo, ¿qué esperamos?—

Miguel, un joven delgado, pálido, barroso y sufriendo de la pérdida de su cabellera a tan temprana edad, no era un símbolo sexual que las chicas deseaban tener a su alrededor. La verdad era que el único motivo por el cual él y Leticia eran amigos era porque en muchas ocasiones le había ayudado con sus materias difíciles. Miguel y José Armando se dirigieron a la banca donde se encontraba sentada Leticia.

Magda miró con asombro a José Armando cuando se acercó a ellas, pero tanto él como Miguel no se percataron ya que sus miradas estaban dirigidas completamente a Leticia al igual que sus saludos.

—Buenas tardes Leti. ¿Cómo estás?— Saludo Miguel.

A lo que le secundó José Armando cuando Miguel lo presento ante Leticia como un admirador que deseaba conocerla. Él la miró intensamente y tendiéndole la mano le había dicho.

—Es un placer conocer a una mujer tan bella y perturbadora como lo eres tú—.

—Eres un galán—. Le había respondido con una sonrisa en los labios que delineaba su perfecta dentadura.

—Me gustaría invitarte a tomar un café—

— ¡Encantada!— Había replicado ella y se había levantado de la banca sin ni siquiera despedirse de Magda. Miguel, por supuesto, se había despedido de ellos con la excusa que tenía una clase pendiente, y Leticia por su parte había tomado el brazo de José Armando y juntos caminaron hacía a la pequeña cafetería ubicada a unas cuadras de la universidad. Mientras caminaban tomados del brazo como si fuera la cosa más natural entre dos extraños, Leticia le comentaba sobre la conversación en la cual ella y Magda se encontraban absortas cuando

él y Miguel, se les habían acercado.

— ¡Magda! ¿Quién es Magda?— Había preguntado José Armando muy apenado por su falta de cortesía.

— La chica que estaba sentada conmigo en la banca—. Había replicado Leticia.

—Me siento tan tonto… ni siquiera la salude… a de pensar que soy un grosero—.

—No te preocupes, Magda ya está acostumbrada a esos desplantes.

Siempre que está en mi compañía le ocurre lo mismo ya que nadie le hace caso. Ella es tan insignificante que no me extraña en lo absoluto el que no te hubieras dado cuenta de su presencia—. Había comentado Leticia con el afán de ridiculizar y hacer de menos a su amiga ante los ojos de José Armando.

— ¿De qué hablaban si es que puedo saber?— Le había preguntado José Armando.

—Hablábamos de ti, nada más y nada menos que de ti—. Había sido su respuesta.

— ¡De mi! ¿Y qué hablaban de mí si se puede saber?—

—Bueno, la verdad que la que hablaba de ti era Magda. Ella te vio ayer cuando te estabas registrando en una de tus clases y quedó fascinada contigo. Pero por supuesto, tú no te fijarías en ella—. Le había dicho Leticia.

— ¿Porque piensas eso?—

—Simplemente porque creo que yo soy más de tú tipo. Además ya sé que soy yo la que te gusta—. Le había respondido Leticia. José Armando con una sonrisa pícara le había dicho:

— ¡Sabes que eres muy presuntuosa!—

— ¡Sí! Lo sé, pero no crees que tenga todos los atributos para serlo—.

Había replicado Leticia con una sonrisa que denotaba seguridad en sí misma y alarde de belleza. El ruido del teléfono lo trajo nuevamente al presente.

Levantó el auricular y escuchó la voz de Leticia al otro lado de la línea.

—José Armando te estado esperando desde las seis y ni siquiera tuviste la decencia de llamar y cancelar nuestra cita. ¿Sabes qué horas son? ¡Son las ocho y media! Te he estado esperando por más de dos horas. Te llamé y te dejé un recado con Aurora, pero me imagino que no te dio mi recado pues ya se cuanto me aprecia—.

José Armando se incorporó en la cama y le preguntó bastante indignado por sus comentarios y comportamiento:

— ¡¿Eso es todo Leticia?! ¡¿Tienes algo más que recriminarme?!

Sabes una cosa, tú ni siquiera tienes sentimientos. Mi familia y yo estamos pasando por un momento muy difícil y tú en vez de brindarme consuelo, me llamas para recriminarme por no haberte ido a recoger par ir a cenar como lo habíamos planeado—. Leticia lo interrumpió diciendo:

—No veo porque te afecte a ti la muerte de esas personas ya que en realidad no son tus tíos—. José Armando se enfureció aún más con este comentario y le contestó:

—Lo siento Leticia ahorita no tengo ánimos para tus rabietas y colgó sin ni siquiera darle tiempo de replicar.

Mientras tanto, Leticia sentada en su habitación vestida con pantalones y chaleco de lino negro aún retenía el auricular del teléfono en sus manos. ¡Estaba furiosa! No podía creer que su novio le acabará de colgar. Leticia no estaba enamorada de José Armando. Al principio lo estuvo, cuando la llama de la pasión todavía ardía, pero después de los primeros dos años de noviazgo la relación entre ellos se volvió monótona y la excitación desapareció. Pero, Leticia era una chica superficial, caprichosa, mimada y tonta que aunque se había dado cuenta que no amaba ya a José Armando no término la relación con él por el simple hecho de saber que había muchas chicas locamente enamoradas de él. Entre ellas, estaba Isabel Montenegro quien hubiera sido un contendiente muy difícil para ella si tan solo no estuviera segura del amor de José Armando. Jamás permitiría que Isabel se quedara con él, aunque eso significará sacrificar su felicidad. Ella odiaba a Isabel con todas sus fuerzas porque de todas las chicas en San Martin, a Isabel no se le podía opacar su belleza tan fácilmente. Ella estaba a su altura físicamente, pero Isabel tenía algo

que Leticia no tenía y eso era su inteligencia, sensibilidad y bondad. Pero además de Isabel, había dos motivos más poderosos por el cual Leticia nunca daría por terminado su relación. El primero, era por sus padres quienes ya se habían hecho la ilusión de que ella y José Armando se casarían después de cuatro años de relación; y ella a su padre no defraudaría. El segundo, era porque había cometido la torpeza de entregársele y eso solo se podía reparar con el matrimonio.

Las lágrimas recorrían por sus mejillas de la rabia, del solo pensar que su novio había dejado de amarla. ¡Como se atreve a colgarme el teléfono! Se dijo a si misma enfurecida. Marcó el número nuevamente para decirle lo que pensaba de él, pero la línea del teléfono estaba ocupada. Estaba tan ofuscada y cegada por su rabia que no pensó en cómo se estaría sintiendo su novio en estos momentos con el infortunio de su tíos. Ni siquiera le dolió saber que Adelia quien siempre la trato con mucho cariño estuviera muerta al igual que toda su familia. Leticia era egoísta y únicamente pensaba en sí misma. Volvió a marcar el número pero seguía ocupado. La puerta de su habitación se abrió y entró su madre, Eloina Castillo. Una mujer de rasgos físicos nada llamativos. Alta, extenuada. Muy delgada para imaginarse que su juventud hubiera tenido un cuerpo digno de inspirar deseo o pasión. Su cara era redonda y pómulos grandes, sus pardos ojos demasiados pequeños para complementarla, y su boca demasiado grande para ser considerada sensual o provocativa. Su pelo blanco y poco escaso no se debía a sus cuarenta y cinco años, pues desde que tuvo conciencia de sí misma odio con fervor su pelo, su cara y su cuerpo. Por eso a veces odiaba la belleza de Leticia, pero a veces la admiraba por tener lo que ella nunca tuvo. Eloina estaba consciente que Leticia era el vivo retrato de su esposo. Él era rubio, de ojos verdes y cuerpo viril. Nunca pudo comprender porque razón él se había fijado en ella habiendo tantas mujeres bellas.

— ¿Leti, puedo pasar?— Preguntó su madre.

— ¿Qué quieres?— Preguntó irritada.

—Pensé que ibas a salir con tú novio. ¿Qué paso?

Eloina se preocupaba por su hija y trataba de llevar una buena relación con ella.

— ¡Si teníamos planeado salir, pero me dejo plantada por lo ocurrido con los Vascos!

Eloina no estaba al tanto de lo ocurrido y preguntó:

— ¿Qué paso con ellos?

—Fallecieron en un accidente automovilístico—. Respondió Leticia con una frialdad como si fuera la cosa más natural.

— ¿Cómo? ¡Pero no es posible! Exclamó inmovilizada por el asombro que le suscito la noticia. Por unos segundos, Eloina estuvo inmutable y por fin balbució.

—A…ayer por la mañana estuve hablando con Adelia y me comentó con un poco de recelo que hoy llegaba su hija Milagros del convento—. Leticia ni siquiera hizo el mínimo intento por consolar a su madre, la cual se miraba sumamente afectada por la muerte de su mejor amiga.

—Al parecer sufrieron el accidente con rumbo al aeropuerto—.

— Replicó Leticia.

— ¿Pero entonces cómo es que tú estás aquí? ¿Porque no estás con tú novio que en estos momentos te ha de necesitar?—

— ¡No es para tanto! No pienso ir a acompañarlo. ¿Porque sabes lo que me acaba de hacer?— Le preguntó Leticia obstinadamente.

— ¡Por Dios Santos hija! ¿Cómo puedes hablar así? ¡No! No tengo la menor idea de lo que te haya hecho, pero me imagino que no puede ser tan grave como lo que ha ocurrido—. Replicó su madre quien no salía de su asombro e indignación por el comportamiento de su hija.

—Pues para que lo sepas mi querido novio me acaba de colgar el teléfono porque le reclamé el no haberme venido a recoger para ir a cenar. Me dejo plantada por la muerte de Ariel y Adela y ni siquiera son verdaderamente sus tíos. Ofuscada porque lo que acababa de decir su hija, miró a Leticia con desdén. No podía creer que hubiera criado a un ser tan despreciable y egoísta.

— ¿Leticia cómo puedes ser tan desalmada? ¿Cómo puedes ponerte en ese plan tan infantil y egoísta?

—Mira mamá, si no quieres que me enojé también contigo, por favor ni lo defiendas—. Eloina ignoró el comentario de su hija y procedió a decirle lo que estaba pensado.

—Leticia creo que estas siendo un poco injusta. Por Dios Santos, sus tíos se acaban de morir y tú en lo único que piensas es en salir a divertirte. No puedes al menos ser un poco más sensible al dolor ajeno y dejar de pensar en ti por una vez en tú vida—.

— ¡Ya me estas cansando con tus estupideces! No estoy de humor para oír esos consejos que no te han servido a ti de nada. Así que hazme el favor y salté de mi cuarto o me salgo yo— Le gritó alterada. Leticia no tenía respeto alguno por su madre y le gritaba y la ofendía sin pudor.

— ¿Cómo te atreves a hablarme de esa forma?— Preguntó turbada por la conducta de su hija.

—Me atrevo porque no eres más que una mujer amargada que solo sirves para fastidiarme y hacerme la vida imposible. Estoy cansada de ti, de tus quejas con mi padre, de decirme lo que estoy haciendo bien o mal… estoy harta de tus sermones. ¡Déjame en paz! Leticia se levantó de su cama, tomó su bolso y salió de su cuarto como un volcán listo para explotar cerrando la puerta tras sus espaldas de un portazo.

— ¡Leticia! ¡Leticia!— Gritó su madre. Pero Leticia había bajado las escaleras corriendo y cuando Eloina llego a la planta baja solo llego a escuchar el rugido del vehículo de su hija en marcha. Se acercó a la ventana y vio el carro deportivo de Leticia alejarse a toda velocidad. Ella estaba consciente que tanto ella como su esposo habían criado a un ser despreciable como lo era Leticia. Le habían consentido todas sus fechorías y no la frenaron a tiempo. Eloina subió a su cuarto a recostarse, pues la noticia la había afectado terriblemente. Aún se negaba a creer la noticia de la muerte de Adelia, su mejor y única amiga. Tomó el teléfono, el cual estaba sobre su mesita de noche, y marcó el número de la casa Aragón para darles el pésame, pero la línea estaba ocupada.

Mientras tanto, en la casa se encontraba Aurora hincada frente al altar de sus santos y rezaba por las almas de sus familiares. Ese lugar fue el refugio de Aurora por muchos años y lo seguía siendo. Allí se había expiado ante Dios por el gran secreto que había guardado en su alma por tantos años. En ese mismo cuarto había llorado y recordado el único amor de su vida; le había pedido a Dios que le diera fortaleza para soportar a Felipe; y también había rezado con fervor para olvidar la crueldad de su madre.

Mientras tanto, José Armando aún seguía hablando por

teléfono con Isabel Montenegro quien lo había llamado segundos después que él le colgará el teléfono a Leticia. Isabel se había enterado de la desgracia de los Vascos' por medio de su padre, el doctor Montenegro. Isabel era una chica bastante sensible con un corazón puro y caritativo que en cuanto se entero de la desgracia le hablo para darle sus condolencias. Era alta y esbelta. Con un pelo de color castaño rizado que le llegaba a la cintura y el cual era su mayor atractivo. Sus lindos ojos cafés y labios sensuales complementaban muy bien su cara aguileña. Ella se había quedado tanto tiempo en el teléfono con José Armando porque percibió su estado de ánimo y además porque estaba locamente enamorada de él y se interesaba de veras por todo lo que le pasaba.

José Armando le comentó todo sobre lo ocurrido con sus tíos y como sucedió el trágico accidente que fue fatal para ellos; sobre Milagros y su crisis emocional y sobre la forma en cómo su novia Leticia se había comportado al enterarse de la noticia. Entre Isabel y José Armando había una gran confianza, pues se conocían desde que eran unos adolescentes. Ella le dijo que sentía de veras lo ocurrido y quería que él supiera que podía contar con ella incondicionalmente. Después de despedirse de Isabel y colgar el teléfono, José Armando se levantó de su cama, total que no podía conciliar el sueño y fue en busca de su madre, pues le había prometido rezar con ella. Caminó por el largo y oscuro pasillo que conducía al cuarto de rezo de Aurora ubicado al fondo del pasillo. Nunca había entendió porque su madre se había empeñado en ocupar ese cuarto habiendo tantos otros más cercanos a su dormitorio.

Aunque Aurora siempre fue débil de carácter y sumisa con Felipe con los demás, ella podía ser terca y no se le podía contrariar. Tocó la puerta, pero su madre no contestó. José Armando entonces entró en la habitación y la vio arrodillada frente al altar de sus santos hecha un mar de lágrimas.

— ¡Mamá!— Se le escuchó decir a José Armando.

— ¿Mamá estas bien?— Preguntó nuevamente. Aurora alzó la vista y le extendió la mano. Él le tomó las manos y se dio cuenta que su madre estaba temblando. Su cara, la cual unas horas antes estaba llena de vida, se encontraba marchitada por las penas y el dolor. En unas cuantas horas había envejecido. Se miraba escuálida, ojerosa y pálida. Sus ojos estaban hinchados de tanto llorar. Su madre era una enigma pensó. En vida nunca se llevo bien con Adelia pero al parecer su muerte la había afectado muchísimo y quizás ahora se lamentaba el que nunca se pidieran perdón y limaran asperezas. Mientras tanto, en

la planta baja de la mansión el teléfono no dejaba de sonar. Serafina desde la cocina escuchó el repicar del teléfono y a paso lento se dirigió a la sala a contestarlo. Era una mujer alta, robusta y austera de sesenta y cinco años. Tenía una cicatriz en la parte izquierda de su cara pero a pesar de eso se podía deducir que había sido muy hermosa en sus tiempos. Pero también en su rostro se podía ver el sufrimiento de toda una vida. Su pelo negro cubría la mayor parte de su espalda, pero muy pocas veces se lo dejaba extendido. Lo mantenía agarrado en un moño que por su apariencia le hacía parecer de pelo corto. Sus ojos verdes, que se tornaban amarillentos dependiendo de su estado de ánimo, eran penetrantes, desafiantes y a la vez algo escalofriantes. Su vestimenta lúgubre de colores oscuros era un ritual taciturno como si toda una mitad de un siglo hubiera estado condenada al luto. Ella había vivido prácticamente toda su vida con la familia Aldamira aunque nunca obtuvo pagó por sus servicios, pues eran de origen pobre. Y cuando Aurora se caso con Felipe Aragón, Serafina se había mudado a la casa de los Aragón para ser la ama de llaves de la familia por petición de Aurora a quien adoraba como a una hija.

—Buenas noches, casa de la familia Aragón—. Se le escuchó decir a Serafina quien inmediatamente distinguió la voz al otro lado de la línea—esa delicada pero a la vez exasperante voz de la señora Eloina Castillo—.

—Buenas noches Serafina. ¿Puedo hablar con Aurora o con el joven José Armando?— Preguntó Eloina.

—Lo siento señora Eloina, en estos momentos los señores se encuentran rezando y es mi obligación no interrumpirlos. Pero cuando terminen sus rezos Respondió Serafina con esa seriedad. Y sin esperar respuesta colgó el auricular y se retiró nuevamente a la cocina para ver si Chenca, la cocinera tenía preparado el té del señor Felipe.

Desde su despacho, Felipe escuchó el teléfono pero esperó a que Serafina le traerá el té para saber quien había llamado. Felipe estudiaba los informes del consorcio Aragón, el cual había sido el patrimonio de su familia y al cual el mando se le había otorgado por ser el único hijo varón. Berta, su hermana, no estaba de acuerdo con este arreglo ya que ella era más tenaz, astuta y de carácter fuerte para los negocios que su hermano, Felipe. Pero fue a él quien su padre decidió dejarle el mando. Aunque la familia estaba de luto por la muerte de Adelia y Ariel para Felipe era como si ese trágico accidente no hubiera ocurrido. Alzó los ojos de los papeles esparcidos sobre su escritorio y miró el reloj de la pared. Eran casi las nueve de la noche. Exasperado por la tardanza de su té, tocó el timbre varías veces. En

esos momentos, Serafina entró con la charola en la mano.

— ¿Quién llamo por teléfono?— Preguntó Felipe.

—La señora Eloina Castillo—. Respondió Serafina mientras colocaba la charola con el té sobre el escritorio.

— ¿Qué quería?—

—Hablar con la señora Aurora o el joven José Armando—. Fue la respuesta de ella.

— ¿Y para que quería hablar con ellos?— Preguntó nuevamente Felipe.

El motivo de la llamada de la señora Eloina era más que más que obvio pensó Serafina y contestó mientras le servía el té:

—No le pregunte. Pero… me imagino que llamo para dar el pésame. Con un ademán de cabeza Felipe le dijo: les haré saber que usted llamo—.

—Bueno, puedes retirarte y ya sabes si me llama Eugenia Díaz comunícame con ella de inmediato—.

—Si Señor—. Contestó Serafina. Salió del despacho y cerró la puerta tras sus espaldas a la vez que el desprecio y odio que le provocaba esté hombre se reflejó en su cara de forma instantánea.

Se dirigió nuevamente a la cocina con la charola en la mano para depositarla en su lugar y revisar que todo estuviera en orden. La cocina estaba impecable como de costumbre y Chenca ya se había retirado a su habitación. Serafina colocó la charola en su lugar, apagó las luces de la cocina y la del pasillo que conducía a ella y se retiró al balcón a sentarse y esperar la llamada de Eugenia. A Serafina tampoco le importo mucho que Adelia hubiera muerto, pues ella le había hecho mucho daño a Aurora, pero si le dolió la muerte de Ariel que también había sido una víctima.

La noche estaba taciturna. Lo único que se veía en los alrededores de la casa Aragón era el descomunal campo con toda la enorme vegetación que cubría los alrededores. La brisa que envolvía la noche sacudía con violencia los árboles y la infinidad de estrellas en el cielo alumbraban sobre los llanos del campo. Serafina se estremecía cada vez que se sentaba en el balcón y observaba la noche, pues sentía dentro de su ser que era una con la oscuridad de la noche. Estaba tan

ensimismada con lo sombrío de la noche que perdió todo sentido de tiempo.

En el cuarto de rezo, José Armando seguía consolando a su madre. Jamás en su vida la había visto tan deshecha, tan angustiada y desolada. Era como si una gran parte de su vida hubiera muerto ese día. Nunca se imaginó que la muerte de Adelia le pudiera afectar de esta manera. Es cierto que eran hermanas, pero en vida se habían comportado como las peores enemigas. Aunque era importante notar que la más rencorosa de las dos había sido su tía Adelia—siempre haciendo comentarios inapropiados de Aurora—. Jamás comprendió y quizás nunca comprendería que había pasado en sus vidas para que se distanciaran tanto.

Eran las doce de la noche cuando José Armando y su madre salieron del cuarto de rezo. Aurora y su hijo habían estado rezando y hablando sobre en donde viviría Milagros Vascos. Según Aurora, Milagros no podía quedarse en la casa de sus padres sola. Pero tampoco se atrevía a traerla a la casa con Felipe. José Armando estaba de acuerdo con su madre y pensó que lo más lógico por el momento sería que se quedará en la casa de sus padres. Ingracia, la nana de del pequeño Ariel, cuidaría muy bien de ella. Además ellos podrían estar al pendiente de ella sin que Felipe se opusiera. Aurora pensó en la sensatez de su hijo y acordó en que eso haría. También hablaron sobre el sepelio y lo difícil que esto iba a ser para Milagros.

Aurora se dirigió a su recámara después de darle un beso a su hijo en la mejilla. Estaba exhausta y sabía que mañana les esperaba un día agitado y de emociones muy fuertes. A su vez, él se dirigió a la cocina ya que tenía hambre y no había probado bocado en todo el día. Caminó por el enorme pasillo hacía las escaleras que conducían a la planta baja y se encontró con su padre que venía subiendo y lo saludo.

—Buenas noches Papá—. Felipe, con un ademán de cabeza contestó a su hijo y siguió subiendo las escaleras camino a su recámara. Bostezando José Armando caminaba hacía la cocina cuando notó que la puerta que conducía al balcón estaba abierta. Se encaminó hacia ella para cerrarla y se encontró son Serafina que se había quedado dormida en la silla mecedora. Él se le acercó para despertarla, pero se quedó observando a aquella mujer que en su niñez lo había tratado con mano dura y a la cual siempre se había dirigido con voz trémula y con el terror reflejado en la cara. A la cual siempre creyó un ser malo y despreciable, pero a medida del tiempo y por medio de su madre se había dado cuenta que Serafina simplemente tenía un carácter austero producto de una vida encierro,

de maltratos y abusos físicos de su esposo. La cicatriz que llevaba marcada en su rostro era una pequeña muestra de amor brutal de su esposo.

Serafina sintiendo las manos de José Armando sobre sus hombros y su presencia, rápidamente abrió sus ojos y recobró su compostura.

—Te quedaste dormida—. Le dijo José Armando.

— ¿Qué horas son?— Preguntó Serafina.

—Son ya pasados las doce de la media noche y creo que será mejor que te vayas a acostar.

— ¿Y tú qué haces levantado?

—Estuve rezando y hablando con mi madre y me dirigía a la cocina a prepararme algo de comer cuando me percaté que la puerta del balcón estaba abierta—. Le contestó él. Serafina se levantó de la mecedora y se encaminó hacia la cocina diciéndole ella le prepararía algo. José Armando le respondió que no era necesario y le ordenó que se retirara a su habitación. Serafina sin refunfuñar desvío su camino hacía su dormitorio el cual estaba ubicado en el segundo piso cerca del cuarto de los señores como lo había dispuesto Aurora desde que ella se mudo a vivir con ellos.

Para Aurora, Serafina era como una segunda madre o mejor dicho como la madre que debió haber tenido. El resto de la servidumbre los cuales incluían a Chenca; la cocinera; Artemia, la lavandera; Ignacio, el jardinero; Jacinta, la encargada de la limpieza y Enrique, el chofer dormían en la planta baja de la casa cerca del cuarto de lavandería donde estaban ubicados los cuartos de los criados. José Armando quedo viendo a Serafina y pensó en lo cansada que debía de estar para haberle hecho caso. Pues para Serafina las únicas ordenes que merecían respeto y consideración eran las de Aurora y Felipe; los demás incluyendo los de él y su abuela en vida nunca fueron consideras como ordenes en cuanto a Serafina se refería. Entró en la cocina, se preparó algo ligero de comer y luego se retiró a su cuarto. Quizás estaba exhausto, pues en cuanto puso su cabeza sobre la almohada quedo dormido.

En su carro deportivo, José Armando manejaba a toda velocidad por las curveadas carreteras de San Martín cuando de pronto perdió el control del vehículo al tratar de evitar un animal que se cruzó por su camino y su carro cayó al vació. Estaba bañado en

sangre cuando logró salir del carro unos segundos antes que se encendiera. Adelia con el rostro parcialmente destrozado y la sangre brotando de su cuello pedía ayuda. José Armando desesperadamente trato de ayudarla a ella y al niño al escuchar los gritos de auxilio del pequeño Ariel, pero la explosión del carro se lo impidió. El ruido de la alarma sonó y José Armando despertó sobresaltado. Estaba totalmente humedecido por el sudor se dio cuenta que simplemente había sido una terrible pesadilla. Extendió su mano hacía la mesita de noche y dio por terminado el ruido del artefacto. Volvió a cerrar los ojos y trató de conciliar el sueño nuevamente, pero le fue imposible. Unos segundos más tardes, Aurora tocaba la puerta de su cuarto.

—José Armando, hijo. ¿Estás despierto? ¿Puedo pasar?— Preguntó Aurora. Aún confuso por el sueño no escuchaba las palabras de su madre. Aurora tocó la puerta nuevamente y decidió entrar. José Armando se incorporó en la cama al ver a su madre.

—Vengo a pedirte que vayas al hospital a recoger a Milagros. Yo me voy a la funeraria…hay muchas cosas que arreglar antes que llegue la gente. Por favor encárgate de recogerla es importante que este allí y se despida de su familia— Le pidió Aurora.

—Si mamá. Replicó él.

Aurora, vestida de negro y su cara demacrada por las ojeras y las lágrimas salió del cuarto de su hijo. José Armando trato de conciliar el sueño nuevamente, pero tampoco esta vez lo logró. Se levantó de la cama y se metió al baño. Media hora después, vestido con un traje negro y una camisa blanca, José Armando salió de su cuarto y se dirigió al comedor. Él único que estaba sentado en el allí era Felipe y también el único que no estaba vestido de acuerdo con el luto de la familia. Andaba una camisa de algodón roja de mangas largas y unos jeans. Estaba vestido para ir de paseo de campo y no para ir a un funeral. Felipe saludo a su hijo cuando esté se sentó frente a él. José Armando a su vez vio a su padre con desdén. Despreciaba completamente su comportamiento, por lo tanto respondió al saludo con una pregunta.

— ¿Dónde está mi madre?— Perplejo por su pregunta Felipe le dijo:

—Pensé que había subido a tu cuarto a informarte que se marchaba a la dichosa funeraria. En esos momentos se acordó de la petición de su madre.

— ¡Ah! Es cierto… me dijo que estaría allí y me pidió fuera a recoger a Milagros. ¿Y tú qué haces aquí vestido de esa manera porque no acompañaste a mi madre a la funeraria?— Le preguntó José Armando a su padre.

— ¡No pienso participar en ese sepelio! Total que si en vida no fueron de mi agrado esa gente… no creas que porque están muertos serán diferentes—. Contestó Felipe tomando el periódico en sus manos y metiéndose de lleno en la lectura. Irritado, José Armando se levantó del comedor. A veces la presencia de su padre le era insoportable. Se fue a la cocina en donde se tomó una taza de café junto con Chenca, la cocinera, y se marchó al hospital.

Capítulo 2

La realidad de Adelia

Vestida, maquillada y peinada minuciosamente como era su costumbre, Adelia se encontraba abrumada por la noticia que Ariel le había dado unos días antes. Pensativa y nerviosa se paseaba en su habitación mientras exhalaba el humo del cigarrillo y se decía a sí misma en voz alta:

—No es posible que después de tantos años tenga el descaro de decirme que tendré que soportar nuevamente a esa intrusa en mi casa.

—¡No es posible! ¡No es posible! ¡No lo voy a permitir!

—Esta es mi casa…. Ella no pondrá un pie en este lugar nuevamente o se arrepentirá de haber regresado. Se sentía atrapada en una cárcel sin escapatoria que ella misma había creado. Su tormento era demasiado…no podía seguir en la casa pensando en lo mismo y decidió salir para respirar otro aire. Tomó su bolso y salió apresuradamente de su habitación.

En todos estos años, ella había vivido una vida amargada y triste. Llena de egoísmo y envidia. No había podido olvidar el pasado y no le había permitido a Ariel olvidarlo. Se había encargado todo este tiempo de hacerlo sufrir como él la había hecho sufrir a ella. Pero, aunque había hecho de la vida de Ariel un infierno, ella no había sido inmune al dolor, al sufrimiento y a la desdicha. Su egoísmo, amargura y envidia hizo de sus vidas un infierno. Ella había logrado martirizarlo todos estos años; había logrado humillarlo; y sin habérselo propuesto lo tenía al borde de la ruina. Todos estos años se la había pasado despilfarrando el dinero de su marido sin medir consecuencias. Después de tantos años de rencor, desprecio y recriminaciones, Se sentía envenenada y amargada. Ni siquiera el nacimiento del pequeño Ariel había sido motivo para cambiar su actitud. Al principio pensó que su embarazo cambiaría las cosas y Ariel le dedicaría más tiempo a ella. Tal vez las cosas entre ellos cambiarían y podrían hacer una vida normal con la llegada del bebe. Pensó que el nacimiento de Arielito

sería suficiente para que él se olvidara de esa intrusa, pero no fue así. Ariel quería mucho a su hijo, pero éste nunca ocupó el lugar de su hija en su corazón. Lo único que la llegada del pequeño Ariel hizo fue impedir el divorcio, pero no cambio en lo absoluto la relación entre ellos.

Por lo tanto, por las mañanas cuando se levantaba, lo primero que buscaba era una copa de licor. El alcohol algunas veces aminoraba su dolor y su odio y pretendía que todo en su vida era normal; otras veces el alcohol la volvía frenéticamente loca y se ensañaba con la servidumbre, y con el niño quién había llegado a temerle con todas su fuerzas. Adelia trataba de escapar de su realidad refugiándose en casa de alguna de sus amigas o en las tiendas donde despilfarraba el dinero sin reparo. Siempre sostenía fiestas elegantísimas y carísimas y ante todos pretendía que era feliz. Le gustaba aparentar que todo en su vida era normal, pero se iba al extremo tratando de hacer a todos creer que ella era feliz y el resultado era que sus amistades veían a una mujer frustrada que se pasaba criticando impúdicamente a su hermana.

A pesar de las diferentes amistades de sociedad con las que frecuentaba, ella consideraba a Eloina Castillo su única y verdadera amiga con la cual no tenía que pretender. Eloina la conocía muy bien y sabía que era una alcohólica. Ella pensaba que la razón de su sufrimiento era porque no podía dejar de beber. Pero la razón verdadera ni se lo imaginaba. Adelia le contaba muchas cosas a su amiga incluso el inmenso odio que sentía por su hermana, Aurora, pero omitía las verdaderas razones de su desdicha.

Hoy había salido de su casa sin rumbo, pero como de costumbre llego a la casa de su mejor amiga. Estaba desesperada y malhumorada. Necesitaba hablar con alguien. No podía seguir martirizándose con esa estúpida noticia que Ariel le había dado días atrás. Llego sin avisar, pero para Eloina, su visita siempre era bienvenida….Como era la costumbre se acomodaron en la terraza para platicar. Mientras le servía una copa de vino, Adelia le comentaba con desdén sobre la llegada de su hija. Eloina no entendía porque su amiga hablaba con tanto recelo de Milagros, pues pensaba que debía de estar feliz por su llegada ya que no la había visto en tantos años. Y por lo tanto comentó:

—Me imagino que has de estar muy alegre por la llegada de tu hija—. Adelia, en un tono bastante sarcástico, exclamó.

— ¡Alegre yo! ¿Porque habría de estarlo?

—Pues no las visto en tanto tiempo y pensé que estarías emocionada.

— Contestó sorprendida por el comportamiento de su amiga.

— ¡No! no es que no esté emocionada. Lo que pasa es que no quiero que me vea en estas condiciones—. Dijo tratando de cambiar la expresión de su cara y el tono de su voz. Eloina la miraba y escuchaba, pero sabía perfectamente que el alcohol no era la razón por la cual ella no deseaba la llegada de su hija. Su amiga escondía algo más y se sintió ofendida al pensar que después de tantos años de amistad no tenía el valor de ser sincera con ella. Tratando de despejar la duda de su mente, Eloina comentó:

—Si es por la bebida que estás preocupada entonces debes de controlarte. Yo pienso que el motivo por el cual te has refugiado en el licor es porque te sientes sola. Pero ahora con la llegada de tú hija no te sentirás tan sola…

Adelia ni siquiera escuchaba lo que su amiga decía. Además decía Eloina,

—Tú sabes que todos estos años te he dicho que busques ayuda. Pues la verdad creo que necesitas ver a un doctor. Adelia se molesto por el comentario de Eloina y contestó indignada.

—Si hemos sido buenas amigas todos estos años, Eloina, ha sido por tú prudencia. Siempre te has limitado a escucharme y a no entrometerte en mis asuntos a menos que yo te lo haya pedido, pero no voy a tolerar el que me digas que estoy enferma y que necesito ver a un doctor…

¡Yo no estoy enferma ni soy una alcohólica!

Eloina no podía evitar observar lo nerviosa y alterada que estaba su amiga. Pensaba en como su mejor amiga del alma se negaba a ver que estaba seriamente enferma.

Adelia seguía hablando,

—Yo estoy perfectamente bien. El alcohol no es la causa de mi dolor ni mucho menos se ha convertido para mí en una adicción. ¿Además de que puedo yo hablar con una adolescente? ¡Dime! ¿De qué puedo yo hablar con una chiquilla que no sabe nada? No creo que tenga nada interesante ni mucho menos importante para perder mi tiempo escuchando.

—Perdóname, pero hablas como si Milagros fuera una extraña para ti. Yo no quise ofenderte con mi comentario de ver a un doctor, pero porque somos tan buenas amigas pensé que era mi obligación el de preocuparme por tú bienestar. Además no me digas que no estás interesada en saber lo que piensa y siente tu hija— Le contestó Eloina notando el comportamiento irracional de su amiga. Adelia ofuscada y muy violenta le dijo:

—Pues quiero que tengas esto muy presente…yo no necesito que nadie se preocupe por mí o me diga lo que tengo que hacer. Estoy bastante grandecita. ¡Puedo cuidarme muy bien y no necesito de nadie!—

Abatatada por el comportamiento de su amiga no hizo ningún otro comentario con referente a su enfermedad o sobre Milagros. A veces no entendía en lo absoluto a su amiga. En muchas ocasiones había llegado hasta sentir lástima por ella, pero en otras ocasiones con su comportamiento tan agresivo y despótico le había llegado a tener un poco de antipatía.

Para Adelia solamente sus preocupaciones, sus sufrimientos y su persona eran importantes. Por eso las dos habían magnetizado muy bien desde que se conocieron. Eran como el agua y el aceite. Distintas en temperamento y carácter. Una débil y otra fuerte; una egoísta y la otra benevolente; una autoritaria y la otra sumisa. Quizás por esas diferencias habían afinado muy bien, pues una necesitaba de la otra; como una balanza que necesita equilibrio. Adelia era una egocéntrica para la cual el mundo debía girar a su alrededor; Eloina era una altruista para la cual lo más importante era el bienestar de los demás. La primera se la pasaba quejándose de sus problemas y criticando a los demás y la otra se limitaba a escuchar, dar su opinión cuando era requerido y ayudar en lo que fuera necesario. Eloina consideraba a Adelia como su mejor amiga y le contaba sus problemas, pero de la cual no esperaba comprensión ni mucho menos consejos.

En la casa, Ariel se encontraba abrumado por los problemas de los negocios. Muy pronto perdería todo y tendría que declarase en la bancarrota. La malversación de los fondos de la impresa que había hecho le costaría todo. Las canas que le habían surgido a tan temprana edad se debían en gran parte a su esposa, pero también a las excesivas perdidas del negocio y los gastos extravagantes de su mujer.

Había regresado temprano del negocio y para su alegría ella no se encontraba en casa. Por lo general, trataba de quedarse en la oficina lo más tarde posible para no tener que soportar las acusaciones

y los violentos arranques de histeria de su mujer. Entró en el cuarto del pequeño Ariel, el cual dormía como un angelito. Lo beso en la frente tiernamente y lo observó por unos minutos. Tan inocente y tan frágil, pensó. Salió del cuarto de su hijo y se fue a su habitación y se acostó en la cama pensando en los problemas. Pero una luz ilumino su cara al pensar en su querida y adorada Milagros. Dentro de tantas amarguras y problemas tenía algo que era su mayor consuelo y alegría, su hija. Ella vendría a iluminar su vida y darle un nuevo sentido a su ser. Por ella y por su hijo tenía que luchar para salvar su negocio. Pero así de inmediato como esa luz de alegría brillo en su cara, también la luz de la preocupación se reflejó en su rostro. Él tendría que protegerla con todas sus fuerzas. No podía permitir nuevamente la injusticia de la cual había sido víctima su hija. ¯¡No! ¡Esta vez será diferente! Esta vez ella, mi hijo y yo seremos felices. Se dijo a sí mismo.

Mientras tanto en la planta baja, Adelia se servía una copa de licor. Acababa de regresar de la casa de su amiga. Ingracia desde la cocina escuchó los gritos irritantes de su patrona y a pasos apresurados se dirigió a la sala donde se encontraba su patrona.

— ¿Me llamo usted?— Preguntó la sirvienta.

— ¿Hay otra persona aquí con ese nombre en esta casa?— Preguntó Adelia malhumorada.

—No—. Contestó en voz baja.

— ¿Que has dicho?— Preguntó vehemente.

—No señora—. Respondió nuevamente la sirvienta. Y con una sonrisa burlona y sarcástica dijo:

— Así me gusta, que recuerdes quién soy yo y quien manda en esta casa—.

Miro con desdén a su patrona a la vez que le preguntaba,

— ¿Se le ofrece algo señora?—

—Sí, sirve la cena, pues ya me di cuenta que el señor está en casa—. Le ordenó ella.

— ¿Eso es todo señora?— Preguntó Ingracia un tanto nerviosa.

— ¡Sí! — Contestó Adelia.

Al quedarse sola en la sala, Adelia se sirvió dos copas más de licor, como si estuviera adquiriendo valor para llevar a cabo una más de su escenas violentas y histéricas. Llevó la última copa de licor a sus labios y de un sorbo vació el contenido. Por unos segundos mantuvo la copa vacía entre sus dedos a la vez que una sonrisa de maldad se reflejaba en su rostro. Ella vivía para hacerle la vida infeliz a su esposo y eso le daba un gran gozo y placer. El hecho de saber que lograba irritarlo y amargarlo día a día le proporcionaba una alegría algo enfermiza. Entro violentamente en la habitación donde yacía Ariel acostado en la cama y comenzó a hostigarlo. En un tono de burla Adelia le dijo:

— ¿Ya decidiste que harás con tú adorada hijita? Porque sabrás que yo prefiero que se quede indefinidamente en ese internado.

Ariel trato de ignorarla, pero la insistencia de su mujer era un don odioso con la cual había sido bendecida. Al sentirse ignorada, Adelia le grito violentamente:

— ¡Ariel, te estoy hablando! O que, ¿estás sordo que ya no escuchas?

Ariel irritado levantó la vista y le dijo en voz alta:

— ¿Que es lo que quieres oír? Porque si quieres que te diga que Milagros no se quedará aquí o que la dejaré en el internado indefinidamente estas…óyelo bien… estas muy equivocada. ¡Ella vendrá a vivir a esta casa que también es su casa!— La discusión se torno violenta como de costumbre. Adelia comenzó a gritar histéricamente que ella le haría la vida miserable si ponía un pie en su casa y comenzó con sus rabietas a tirar todo lo que estaba al alcance de sus manos. Con la voz sumamente ronca le gritaba que ella no lo acompañaría al aeropuerto a recogerla.

Las discusiones entre ellos eran como un ritual. Por dieciocho años habían compartido una vida miserable en los cuales dos personas distintas habían resurgido. Adelia se había convertido en una alcohólica amargada y frustrada y Ariel en un hombre miserable y desdichado. Ariel iracundo se levantó de la cama y tomándola bruscamente de los brazos y le dijo:

— ¡Oye bien Adelia, si tú hacer sufrir nuevamente a Milagros como lo hiciste antes te arrepentirás lo oíste! ¡Te arrepentirás! Y no discutiré más este tema contigo.

Ariel nunca la había sujetado de esa forma y Adelia se asusto,

pero trato de no demostrarlo y le grito:

— ¡Suéltame! Me estas lastimando—.

Con una mirada desafiante y le dijo:

—Mañana llega y tú me acompañaras a recogerla… y te comportaras como lo has debido de haber hecho todos estos años. ¡Lo has entendido… o quieres que te lo repita! La tiró sobre la cama y dándole la espalda se encaminó hacia la puerta.

— ¡Estas loco! ¡Me oyes! ¡Loco! ¡Desquiciado! Demente si crees que yo estaré presente. Escúchame bien, no sé cómo le haré, pero mientras yo esté viva ella no pone un pie en esta casa o se arrepentirá de haber regresado gritaba con la voz pesada por el licor. Ariel retrocedió sus pasos y empuño sus manos. Sentía como la sangre le hervía. Quería terminar con esta mujer pero se controló. La miró con odio y rencor y le gritó:

— ¡Aquí la que ha perdido el juicio eres tú! Y salió del cuarto cerrando la puerta de un portazo.

Ella lo vio salir dejándola más amargada que nunca. Se levantó de la cama y fue a buscarse otra bebida. Necesitaba calmar sus nervios; necesitaba saciar la sequedad de la garganta; necesitaba planear lo que haría cuando esa intrusa llegará. Eran dieciocho años de dolor, de sufrimiento, de angustia. ¯¿Por qué? ¿Por qué tenía que ser yo la que sufriera? ¿Por qué no fue ella, total que ella merecía este dolor más que yo? Pero ahora no seré yo, si no Milagros la que va a sufrir. Ella pagará por todo el mal que me han hecho y él también sufrirá. Se dijo Adelia a sí misma. En esos momentos en los cuales hacía uso de esa mente depravada y sucia, Ingracia toco la puerta del cuarto.

— ¿Señora puedo pasar?— Preguntó la sirvienta.

— ¿Y tú qué quieres?— Respondió Adelia irritada.

—Vengo a informarle que la cena ya esta lista.

— ¡No voy a comer! ¡No sirvas nada y retírate que me molesta tú presencia!— Exclamó ella. Ingracia miró con repugnancia y desprecio a esta mujer. Si no fuera por el señor Ariel y el pequeño Arielito ya tiempos se hubiese largado. También para ella y el resto de la servidumbre esta mujer se había convertido en un terrible martirio y cada día estaba más insoportable.

— ¡Que haces allí parada! ¡No estás escuchando que no voy a comer! ¡No voy a comer! Retírate—. Le gritó ofuscada.

—Si señora con su permiso—. Respondió Ingracia y salió apresuradamente del cuarto. Adelia, sola en su cuarto, se echó a llorar como lo hacía siempre después de sus altercados con su marido.

La noche transcurrió rápidamente. El refugio del licor la hizo perder noción del tiempo. Había llorado y bebido toda la noche como era su costumbre. Los rayos candentes del sol que se infiltraban por la ventana la despertaron. Ariel quien había dormido en uno de los cuartos de huéspedes entro su la habitación y le dijo:

— ¿No piensas levantarte de esa cama? Son las doce del medio día. Tienes una hora para arreglarte. Tenemos que ir al aeropuerto. Ingracia ya tiene preparado al niño. Adelia tenía los ojos abiertos y parecía que lo escuchaba, pero en realidad todo le daba vueltas. Tenía una terrible jaqueca. Trató de levantarse de la cama, pero todo a su alrededor giraba. Se sentó nuevamente en la cama. Ariel la miro con lástima. A veces se sentía culpable. Iba a ser un comentario con referente a su vicio, pero opto por callar. No quería discutir. Hoy no. Hoy quiero que todo este perfecto, se dijo a sí mismo.

—Te espero abajo—. Le dijo y salió del cuarto. Una hora después… y después de haberse tomado varios tranquilizantes y aspirinas, salió de su recámara. Se dirigían con rumbo al aeropuerto, pero como era de esperarse ella comenzó a hostigar con sus comentarios a su esposo. Ariel trató de ignorarla. No iba a caer en su juego. Enfurecida porque no lograba hacer que Ariel se enojará le exigió que diera vuelta al carro y parará en la tienda de licor que acababan de pasar.

—Necesito una bebida—.Le dijo ella. Él la ignoró.

— ¡Pará el carro!— Exigió Adelia. Ariel se negó rotundamente diciéndole que ella no iría bebida a recoger a su hija. Como era de esperarlo, la discusión entre ellos se volvió violenta. El niño sentado en el asiento trasero comenzó a llorar — las constantes peleas entre sus padres lo habían dañado emocionalmente—. Ella seguía gritando histéricamente que se regresara a la tienda que acababan de pasar para comprar una botella de vino diciéndole que si él no daba vuelta al carro, que ella lo haría por él.

— ¡Cállate! No ves que estas afectando al niño. — Le dijo Ariel tratando de controlar su voz. Adelia no le hizo caso y se abalanzo

contra el volante. Y forcejando por el control del carro ninguno de los dos se dio cuenta que el carro se había desviado y iba en dirección opuesta.

Todo sucedió tan rápido. Por un segundo ambos, como si hubieran tenido un presagio, levantaron la vista hacía la carretera para ver frente a ellos el camión que venía en su misma dirección. Pero fue demasiado tarde. La reacción de Ariel fue espontánea y ligera, pero aún así no pudo evitar el choque. El camión venía a toda velocidad, y el conductor también había tratado de frenar, pero no fue posible y se abalanzó contra ellos con toda la fuerza que tal impacto pudiera causar causándoles la muerte instantáneamente

Capítulo 3

Velorio y Funeral de los Vascos

Aurora y Serafina se encontraban en la funeraria sentadas a unos cuantos pasos de los ataúdes de sus familiares. Aurora se veía destrozada y muy cansada. La funeraria comenzaba a llenarse de amistades. Eloina, vestida de negro, acompañada de su esposo, Abram, y su hija Leticia entraron en la sala y se dirigieron hacia donde se encontraba sentada Aurora. Con el dolor reflejado en su rostro por la pérdida de su única amiga, le dio a Aurora sus condolencias.

—Siento mucho lo ocurrido. Adelia era para mí como la hermana—. Aurora se levantó y la abrazó. Ellas nunca se llevaron bien, pues Eloina y Adelia eran amigas inseparables, pero en esos momentos Aurora lo único que necesitaba era compañía.

—Gracias por venir—. Dijo Aurora y se sentaron junto a ella. Leticia no le dio el pésame a Aurora…ella estaba muy ocupada mirando a su alrededor en busca de José Armando y al no ver a su novio preguntó por él.

— ¿Dónde está José Armando?—

Eloina vio a su hija con incredulidad. No podía creer que el único motivo por el cual los había acompañado a la funeraria era para ver a su novio y tener la osadía de antes preguntar por él sin ni siquiera dar sus condolencias. Sintiendo la mirada de su madre, Leticia le preguntó:

— ¿Porqué me miras así mamá? Pero antes que su madre tuviera tiempo de replicar, Aurora respondió a la pregunta de Leticia y dijo:

—Le pedí a mi hijo que pasará recogiendo a Milagros, mi sobrina, y es por eso que no está aquí—. En esos momentos, se acercaron los Señores Arellanos y la señora María Padilla Carrasco para darle sus condolencias. Aurora les agradeció el haber venido. Se

levantó de la silla donde estaba sentada junto a Eloina y su esposo, pues la presencia de Leticia le era insoportable y se encamino hacía el ataúd de su hermana.

En el trayecto al hospital, José Armando pensaba en lo terrible del accidente, que todo hubiera ocurrido de esa manera; tan fatal y sin ningún sobreviviente. Trato de no pensar más en lo ocurrido, prendió la radio para escuchar el noticiero y abrió las ventanas de su coche para sentir el aire fresco de la mañana en su cara. Quería escapar de la realidad por unos segundos. No sabía porque le había afectado de esa manera la muerte de sus tíos, pues aunque eran parientes de su madre no se llevaban bien. A su tía, Adelia, como ella le había pedido que la llamará, solo la veía por casualidad algunas veces en la casa de su suegra, y las raras veces que él visitara su casa, o en el restaurante ¯Las Delicias que él y Leticia frecuentaban y al parecer era uno de los lugares preferidos. Ella siempre se comportó bien cariñosa con él, por eso nunca entendió la indiferencia y discrepancia entre ella y su madre. Pero con Ariel las únicas veces que había hablado con él fueron en la casa de éste o en su bufete en calidad de negocios.

Varios días antes del accidente, él estuvo hablando con su tía, pues había ido a recoger a Leticia para ir al cine. Ella y su suegra estaban sentadas en la terraza. Él se había acercado para saludarlas y mientras platicaba con ellas, Leticia comento que la hija de Adelia llegaba del convento. Así fue como se dio cuenta que Milagros regresaba del convento. Por él fue que Aurora se había enterado el día y la hora que llegaba Milagros, la hija de su hermana, a San Martin

José Armando llego al hospital y estacionó su carro. En la entrada del hospital, se encontró con Isabel Montenegro quién venía saliendo y se acerco. Se miraba bellísima vestida con su uniforme blanco que la hacía verse bastante seria y profesional. Era una de esas chicas que no importará lo que luciera de ropa pues su belleza siempre relucía. Ella lo saludo con un abrazo y un beso en la mejilla y nuevamente le brindo sus condolencias. José Armando le agradeció sus palabras. Isabel se despidió de él diciendo que más tarde iría al sepelio.

Mientras tanto, Felipe sentado en el balcón de su casa hablaba con Raúl de lo más natural sobre sus amoríos con Eugenia Díaz. Para Felipe este día era como cualquier otro día. La muerte de Adelia y Ariel había sido para él un motivo de regocijo en vez de tristeza. Raúl Fuentes era un hombre muy atractivo a pesar de su edad. Alto, trigueño, pelo castaño, ojos café oscuros y mandíbulas fuertes. Su cuerpo musculoso, a pesar de estar ya avanzado en años se debía a

que iba con mucha frecuencia al gimnasio. Ellos, Felipe y Raúl, habían estudiado juntos y habían sido amigos inseparables desde la primaria. Raúl había sido testigo de su boda con Silvia Ibarra, la verdadera madre de José Armando, y también lo había acompañado en sus momentos de dolor cuando está falleció dando a luz a su hijo. Raúl también había sido testigo en su boda con Aurora y estaba al tanto de la relación de ellos. Raúl siempre escuchaba a Felipe, pero no estaba de acuerdo con los comentarios desmedidos que hacía de Aurora. Él nunca entendió porque Felipe hablaba de una forma tan vil de Aurora y la engañaba con otras mujeres, pues en sus ojos Aurora no merecía el trato que Felipe le daba. En su corazón, Raúl guardaba la esperanza que Felipe se divorciará de Aurora y la dejará vivir en paz para que ella pudiera encontrar el verdadero amor y ser feliz por una vez en su vida. Porque estaba seguro que con Felipe ella no lo era

José Armando entró en el hospital y se dirigió al cuarto de Milagros, pero ella no estaba allí. Le preguntó a la enfermera, que se encontraba arreglando la cama del cuarto, por ella. Aurelia, la enfermera, le dijo que había sido trasladada a la habitación contigua. José Armando fue en busca de Milagros y se encontró con el doctor Montenegro quien venía saliendo del cuarto.

—Buenos días licenciado—. Le saludo el doctor.

—Buenos días. — Respondió José Armando.

— ¿Cómo está Milagros?— Preguntó él—

—Se encuentra mejor—. Explicó el doctor Montenegro y volteó su mirada hacia la joven, quien se encontraba parada junto a la ventana. El sol de la mañana resplandecía sobre su bello rostro dándole un brillo inexplicable a su sedosa cabellera negra y belleza magnetizadora. Vestía una blusa blanca de mangas largas y una falda negra que cubría sus rodillas y a pesar de su sencillez en su vestuario su presencia era imponente y cautivadora.

José Armando miró a Milagros asombrado de su repentina recuperación y le preguntó al doctor si podía llevarla a casa. El doctor le dijo que sí. Que había amanecido mucho mejor y más en control de su persona, pero le explico que aunque parecía recuperada, ella necesitaría mucha ternura y comprensión. Salió de la habitación diciendo que estaría en su consultorio por si lo necesitaba.

Mientras tanto en la Funeraria, Aurora se sentía agobiada tratando de escapar de la presencia de Leticia, se había acercado al

ataúd de Adelia. Abrió la ventanilla y observó el cuerpo de su hermana por unos instantes. Parecía como si estuviera simplemente dormida. Se veía como una santa vestida de blanco y hasta mucho más joven y bonita acostada en esa féretro. Qué pena que hubiera vivido una vida tan miserable cuando la vida le había brindado todo para ser feliz.

Quizás era lo mejor total que en vida no fue más que una mujer amargada, desdichada y miserable que nunca disfruto de la verdadera felicidad pensaba Aurora. Absorta en sus pensamientos, Aurora no se percato de la presencia de los señores Silva quienes se habían acercado a ella para darles sus condolencias. Melinda Silva le toco el hombro a Aurora y está volteó la vista en la misma dirección y vio a Melinda y Adrián Silva parados junto a ella.

—Lo sentimos mucho—. Fueron sus palabras. Aurora con un ademán de cabeza aceptó sus condolencias.

Eloina sentada en un rincón escuchaba la conversación de un grupo de las amigas de Los Vascos, quienes congregados en un círculo criticaban a Aurora sin piedad y sin importarles el que estuviera en un velorio. Comentaban el hecho que ella era la única de la familia que estaba en el velorio y se preguntaban en donde estarían Felipe y José Armando. También comentaban sobre la hipocresía de Aurora al estar presente en el velorio y se imaginaban el regocijo que en estos momentos estaría sintiendo por la muerte de su hermana. Todos en San Martín sabían que ellas nunca se llevaron bien ya Adelia se había encargado de propagar por todas partes el odio que sentía por su hermana. Al escuchar los comentarios inapropiados, Eloina no pudo evitar pensar que en más de quince años de amistad jamás su amiga le confió su verdad.

También Aurora escuchaba las murmuraciones que hacían las amistades de su hermana. La mayor parte de la gente que había venido al velorio eran las amigas de su hermana. Ella desde joven, siempre fue muy extrovertida, popular y de muchas amistades y es por eso que habían tantos de ellos murmurando. Aurora era lo contrario. Una joven introvertida y de pocas amistades. Siempre había sido bien reservada y selectiva en cuanto a amistades se refería. Quizás la razón de esto se debió al hecho que Adelia fue la única de las dos que tuvo la oportunidad de tener estudios superiores. O quizás el hecho de ser la mayor y de habérsele otorgado mayor libertad por parte de su madre. En cambio ella tuvo que quedarse atrás para cuidar a su madre quien había sido pronosticada con una enfermedad incurable y por tal razón su libertad fue limitada. Nunca entendió porque su madre se

había empeñado en dejarla a ella totalmente en la ignorancia cuando tuvo la oportunidad de que ambas estudiaran. Su tío Marcelo Aldamira antes de morir le había legado dinero suficiente a Ester para mandar a ella y a Adelia al colegio. Pero por algún motivo, Ester no cumplió con el deseo de su tío al mandar solamente a Adelia a estudiar. Bueno de eso ya habían pasado muchos años y aunque las críticas sobre su persona por parte de las amistades de Adelia la habían hecho a ella recordar tiempos pasados que habían dejado cicatrices ya no valía la pena abrir de nuevo ese capítulo de su vida.

Por fin José Armando y Milagros llegaron la funeraria. Él estacionó el carro y ambos caminaron en silencio como lo habían hecho durante todo el trayecto. En todo el camino, solo unas cuantas palabras se habían dicho. Él le había preguntado si quería ir a la casa a descansar, pero ella había respondido firmemente que quería ir a dar su último adiós a sus padres, y luego de esas breves palabras, el silencio había reinado en todo el trayecto.

Ahora, parados frente a la Funeraria, Milagros no podía ocultar su turbación, pues no se esperaba un lugar tan elegante. Por fin le preguntó a José Armando si no se habían equivocado de lugar. Él le respondió que no. La parte exterior de la Funeraria, parecía un lugar de prestigio con apariencia de un fino restaurante en vez de una casa funesta. Pero, al entrar se dio cuenta que de restaurante no tenía nada. La antesala era un cuarto espacioso con varías puertas que conducían a los diferentes salones donde habían diferentes familiares dándole el último adiós a sus seres queridos. Era un lugar elegantísimo, pero cada vez más nefasto al escuchar los llantos y quejidos que salían de los diferentes salones. Caminaron por unos segundos los que parecieron una eternidad por un pasillo y entraron al salón donde yacían los restos de sus familiares.

El salón estaba bien concurrido. Había mucha gente y la mayor parte de ellos se encontraban conglomerados en grupos tomando cafés y otras bebidas y comentando sobre el trágico accidente de Los Vascos. Los allí, presentes que parecían estar muy ensimismados en sus comentarios, guardaron silencio de inmediato cuando la puerta del salón se abrió y entraron ellos. Todos voltearon sus miradas hacía Milagros y se preguntaban unos a otros si era la hija de los difuntos. Era como si su presencia había sido esperada con mucho anhelo y había causado gran conmoción entre los presentes. Ella nunca estuvo acostumbrada a ninguna clase de elegancia. Su vida había sido sencilla y simple. Y por lo tanto, se había sorprendido que la funeraria, el lugar donde se estaban velando a sus padres y a su hermano, fuera un lugar tan elegante y prestigiado y además tan

conglomerado. Nunca se imaginó que sus padres fueran gente tan relacionadas y de muchas amistades, pero la verdad era que ella desconocía por completo como había sido la vida de sus padres. La realidad era que no los conoció bien. Pues había vivido por casi doce años en el convento y solamente para la navidad o para sus cumpleaños veía a su padre.

Le sorprendió mucho la forma en que la gente la observaba. Era como si se estuviera venerando a una reina o condenando a un culpable. José Armando la llevaba del brazo y entre condolencias de la gente que se les acercaban, se encaminaron hacia la puerta que se encontraba al fondo del salón en donde se encontraba Aurora junto al ataúd con los restos de Ariel. Aurora a pesar del alboroto que la presencia de Milagros había causado entre los presentes no se había dado cuenta que había llegado.

—Mamá—. Llamó José Armando a su madre. Aurora, quien seguía parada frente al ataúd de Ariel, volteó su vista hacía donde procedía la voz de su hijo. Sus ojos se fijaron en Milagros por unos instantes, y se sorprendió de ver como la niña había cambiado— se había convertido en una mujer que ella no conocía—.

—Milagros. ¡Hijita!— Exclamó Aurora con voz trémula. Milagros recordaba vagamente a su tía, pues en su vida solo la había visto una o dos veces de lejos y sabía que era su tía porque su padre se lo había dicho. Pero aún así no dejaba de ser una extraña para ella.

— ¡Tía!— Exclamo Milagros y la abrazo mientras las lágrimas habían comenzado nuevamente a recorrer por sus mejillas. Aurora abrazo tiernamente a Milagros y ambas abrazadas lloraban aunque las dos por diferentes razones.

En esos momentos en que José Armando conmovido por la escena las observaba tiernamente, se le acercó Leticia y lo saludo con un abrazo y un beso. Inmediatamente ella comenzó a reclamar un poco alterada el porqué le había colgado el teléfono la noche anterior. José Armando agarró bruscamente del brazo a Leticia sin importarle el que la estuviera lastimando se la llevo a una de las salas vacías de la funeraria. Entre dientes Leticia le hacía saber que la estaba lastimando, pero sin importarle él seguía sujetándola mientras caminaban por la espaciosa sala repleta de gente. Cuando llegaron a su destino, Leticia se zafo de sus garras y agarró la muñeca de su mano derecha la cual había cambiado de aspecto por el apretón de José Armando. Enfurecida le preguntó en voz alta:

— ¿Qué te pasa? ¿Por qué me lastimas de esa forma? ¿Quién te crees que eres para trate de esta manera?— José Armando sin contestar ninguna de su preguntas le dijo en un tono bastante airado.

—Recuerda que estamos en un velorio… Por favor contrólate… Si te colgué anoche es porque no estaba de humor para escuchar tus tonterías… y si no has venido a acompañarme en estos momentos de dolor, es mejor que te vayas ahora mismo. Leticia estaba furiosa, pero trato de calmarse. Ella, más que nadie, sabía que sus rabietas con novio no daban resultados. Por lo tanto rápidamente cambio de actitud aunque se estaba muriendo de la cólera y le dijo:

— Perdóname José Armando. La verdad es que no sé qué me pasa últimamente...

Tienes razón, mi comportamiento no es el apropiado y no he debido de comportarme como lo he hecho. ¿Me perdonas?— José Armando todavía seguía enojado y su semblante lo denotaba. Leticia se le acercó y le rodeó los brazos por el cuello para darle un beso, pero José Armando le agarró las manos en el aire dejando notar su enfado, le dijo:

—Leticia, no es el momento ni el lugar indicado para esto—.

—Comprendo. ¿Será mejor que regresemos a la salón no crees? — Le dijo Leticia en voz baja—.

—Creo que es lo más prudente—. Replicó él y ambos se encaminaron a la sala en donde yacían los demás.

Milagros lloraba descontroladamente frente al ataúd de su padre. Ariel había sido para ella, el mejor padre con quien ella se pudo identificar mejor. Ella se había acercado al ataúd de su madre, y de su hermanito, Ariel, por unos instantes. Pero fue ante el ataúd de su padre en donde se quedo el resto del día y del cual le había sido casi imposible a Aurora y José Armando apartarla a la hora del entierro.

Parada junto al ataúd de Ariel, Milagros miraba a su padre quien vestido con un traje gris pareciera que simplemente estuviera dormido. No podía contener las lágrimas que se apoderaban de ella con tanta fuerza y en su interior hablaba con Dios. ¯¿Por qué? ¿Por qué tenías que morir? ¿Porqué Dios mío, porqué te lo llevaste? Ni si quiera pude disfrutar de su compañía como siempre le había soñado. ¿Por qué señor me causas este dolor? ¿Es este un castigo por haber renunciado al noviciado? Eres injusto y no te lo voy a perdonar nunca.

Y allí parada junto al ataúd, Milagros se transportó al pasado y recordó los bellos mementos que ella en compañía de su padre había disfrutado. Recordó las veces que él la había ido a visitar al internado y recordó la infinidad de lindas cartas que había recibido de él durante su estancia en ese convento el cual sentía como una cárcel. Nunca entendió porque su padre no la saco de ese lugar cuando muchas veces llorando se lo había pedido. Tampoco entendió porque en los doce años que estuvo allí jamás recibió ni si quiera una carta de su madre. En el internado conoció a Sor María y ella había sido su consuelo y paño de lágrimas, pero a pesar del buen trato que le dieron en el convento, ella siempre se sintió aprisionada en ese lugar.

Eran las cuatro y media de la tarde, la hora en que Adelia, su esposo e hijo serían sepultados. Aurora y José Armando quienes desde sus sillas habían estado observando el dolor de Milagros se le acercaron para consolarla. Aurora trató por algunos minutos de mover a Milagros del ataúd de su padre. La hora de la sepultura había llegado y debía despedirse, pero Milagros no quería escuchar esa palabra. José Armando tomó a Milagros de los hombros cariñosamente y la removió del ataúd de su padre.

Se encaminaron todos al panteón familiar para dar cristiana sepultura a sus familiares. Mientras se colocaban los ataúdes en sus respectivos lugares, Milagros parada junto a José Armando lloraba inconsolablemente. Él la abrazó tratando de consolarla. Mientras tanto, todos los allí presente murmuraban del infortunio de los Vascos y de la desgracia de esa jovencita quienes para todos su belleza no había pasado inadvertido. Leticia a su vez se moría de la rabia al ver como su prometido era el paño de lágrimas de esa joven a quien todavía ella no conocía, pero a quien ya había comenzado a odiar por su belleza.

Eloina a su vez, observaba a Aurora la cual parada junto a Serafina, su ama de llaves, se miraba desganada, demacrada y melancólica. Al observarla, ella no pudo más que compadecer a esta mujer a quien de verdad la muerte de su hermana le había afectado. Y pensó si a su amiga le habría afectado de igual manera la muerte de Aurora.

Después de la sepultura, las amistades de la Familia Vascos al igual que los pocos amigos de Aurora comenzaron uno a uno a reiterar sus condolencias y a despedirse de Aurora, Milagros y José Armando. Luciano Galán, un eterno amigo y fiel enamorado de Aurora desde su juventud fue el último en despedirse de ella. Luciano había conocido a Aurora desde su niñez. Él había sido testigo de la crueldad de la cual

había sido objeto Aurora por parte de Ester Aldamira, su madre, y de la maldad de su hermana. La madre de Luciano Galán, Belinda Galán, había sido la única amiga de Ester y por las tan frecuentes visitas de su madre a la casa de los Aldamira, él había conocido y se había convertido en el único amigo y paño de lágrimas Aurora. Ella le confiaba todo. Entre ellos surgió una linda amistad. Para Aurora él solo había sido un gran amigo con quien ella podía desahogarse; para él ella había sido su único y gran amor— sentimiento que Aurora desconocía—.

Al verla allí en ese panteón nuevamente donde hoy sepultaba a su hermana, Luciano recordó ese ventoso y frío día de otoño en que años atrás Aurora había sepultado a su madre. Se miraba exactamente igual de destrozada, triste y sola. Pensó en que tanto Ester como Adelia no merecían el sufrimiento de Aurora. Luciano se le acerco y la abrazo. Aurora no lo reconoció inmediatamente, pues desde la muerte de su madre ellos habían perdido contacto. Aurora nunca se dio cuenta del gran amor que Luciano sentía por ella. Desde la muerte de su madre habían pasado más de quince años y él había envejecido terriblemente. Aurora no se dio cuenta, ni se daría cuenta que esa vejes prematura que se reflejaba en la cara de Luciano, se debía al alcohol en el cual él se había refugiado todos estos años tratando de olvidar ese amor que jamás llegaría a consumarse.

—Aurora cuanto lo siento—. Le dijo Luciano a la vez que la abrazaba.

— ¿Cómo te enteraste? Le preguntó ella

—Por medio del noticiero. No podía creer lo que estaba escuchando y llame a unos amigos y me lo confirmaron. No podía dejarte sola en estos momentos. — Le respondió Luciano.

—Gracias Luciano. Tú siempre has sido un amigo excepcional que me acompaña en mis horas de dolor y sufrimiento—. Le dijo Aurora. José Armando se había acercado a su madre, pues había observado como este extraño, a quien él no conocía hablaba y abrazaba a Aurora, y le dijo secamente:

—Mamá creo que es hora de irnos.

— ¿Es esté José Armando, el hijo de tú esposo Felipe?— Preguntó Luciano al ver al joven hecho todo un hombre.

—Sí, este es mi hijo— Le respondió Aurora orgullosamente.

— Como pasa el tiempo, la última vez que lo vi era solamente un chiquillo no podía tener más de once o doce años—. Comentó Luciano.

—Así es—. Respondió Aurora. Ella miró a su hijo y le dijo:

—José Armando este es Luciano Galán… un viejo amigo de mi infancia. Dirigiendo su mirada hacía él, José Armando lo saludo.

—Tú adelántate—. Le dijo Aurora. Pero él insistió en que la esperaría. Y ante la insistencia de su hijo por marcharse, Aurora se despidió de Luciano y le agradeció el que viniera a acompañarla.

Abrazados caminaban Aurora y su hijo hacía el carro y al par de Aurora caminaba Serafina, quien la había acompañado a la funeraria esa mañana. Mientras a paso lento, Milagros los seguía. Para entonces eran las seis de la tarde, el cielo se había nublado. El sol que alumbró toda la mañana se había escondido y la brisa cálida de la mañana se había tornada fría.

—Creo que será mejor que apresuremos el paso, pues parece que se avecina una tormenta—. Comentó Aurora.

—Creo que tienes razón—. Coincidió José Armando con su madre. Pero él no acababa de darle la razón a su madre cuando la lluvia comenzó a caer sobre ellos con toda la fuerza de la naturaleza. La brisa que soplaba estremecía violentamente los árboles y el cielo se había oscurecido completamente. Afortunadamente, ellos ya habían llegado al coche de Aurora. José Armando preocupado le dijo a su madre y Serafina que sería mejor que ellas se vinieran con él en su carro, pues él sabía que ha su madre no le gustaba conducir. Enrique, el chofer, estaba de vacaciones y es por eso que Aurora había tenido que manejar hasta la funeraria esta mañana.

—No te preocupes por nosotras, tú encárgate de llevar a Milagros a su casa—. Le ordenó su madre. José Armando accedió con un ademán de cabeza y él y Milagros comenzaron a correr hacía su carro.

Milagros estaba temblando del frío cuando él le abrió la puerta del carro. En unos momentos había oscurecido y las gotas de lluvia que caían eran fuertes y grandes. Estaba preocupado porque la lluvia no cesaba y pensaba en que si algo le sucediera a su madre o a Serafina él no le perdonaría a su padre el no haber estado en el velorio y acompañando a su madre a casa. Mientras manejaba, pensaba en lo inoportuno de la tormenta. Era verano y en esta época del año no

recibían estas fuertes lluvias. Las carreteras se habían inundado completamente en tan poco tiempo y el viento como una ráfaga hizo el manejo difícil y peligroso. Durante el trayecto, Milagros no dijo absolutamente nada. Estaba absorta en sus pensamientos y su dolor.

De igual manera, Aurora y Serafina también tuvieron mucha dificultad en el trayecto, pero el viaje de ellos fue mucho más corto. Llegaron a la casa sin ningún percance. Contrario a ellas, José Armando y Milagros llegaron a casa empapados de agua. José Armando perdió el control y el carro se desvió y cayó en un barranco. Por suerte no sufrieron lesión alguna, pero el carro se había atascado en el lodazal y fue imposible moverlo. Por unos segundos, José Armando había contemplado la idea de pasar la noche adentro del carro. Pero el frío y la fuerte lluvia le quitaron de inmediato esa idea de la mente. Él sabía que las fatalidades en estas clases de tormentas eran muchas, pues por lo general cuando llovía de esta forma eran por días sin cesar y muchas partes del lugar se inundaban completamente. Por suerte la casa de sus tíos no quedaba ya tan lejos.

Caminaron por lo que les pareció largas horas en la tormenta y entre medio de toda esa vegetación que cubría gran parte del terreno y el cual era bastante peligroso especialmente durante la noche. Milagros no decía nada, pues aún no se reponía del susto del cual había sido objeto cuando cayeron al barranco. Además el frío que recorría su piel la estaba paralizando. José Armando al verla temblando se había quitado el saco y se lo había puesto a ella sobre los hombros y la llevaba de las manos como a una niñita a quien se le indica el camino.

Por fin llegaron a la casa de Milagros. José armando tocó el timbre de la inmensa puerta varías veces. En la planta alta de la mansión, Ingracia apenas escucho el timbre de la puerta. Se apresuró a abrir la puerta. Ella había estado todo el día esperando la llegada de Milagros. Aurora la había llamado esa mañana para decirle que su hijo llevaría a Milagros a su casa y por tal motivo ella no asistió al sepelio. Al abrir la puerta, vio a la joven parada temblando de frío y se disculpó por la tardanza y los hizo pasar de inmediato.

— ¿Es esta la niña Milagros?— Preguntó ella.

Él le había respondido que sí. Ingracia la observó por unos segundos y vio la cara de Ariel en ese bello rostro. Sin perder tiempo, a Milagros de los brazos y le dijo:

—Vamos mi niña. Acompáñame a la recámara para que te

quites esa ropa mojada antes de que pesques una pulmonía.

José Armando se dirigió al teléfono y marcó el número de su casa. Quería cerciorarse de que su madre y Serafina habían llegado bien. Chenca contestó el teléfono.

—Buenas noches, casa de la familia Aragón—.

—Hola Chenca, soy yo José Armando… ¿Mi madre y Serafina ya llegaron a casa?—. Preguntó.

Chenca contestó que sí y que la señora Aurora y Serafina habían retirado a sus dormitorios. Él le dijo le comunicará a su madre que tanto él como Milagros estaban en la casa de sus tíos, pero que él se quedaría a dormir allí porque la tormenta no cesaba. Omitió el accidente para no preocupar a su madre.

Capítulo 4

Los recuerdos y el dolor de Aurora

Aurora estaba acostada en la inmensa cama cubierta con sabanas de seda. El cuarto era bastante acogedor y relajante, con sus paredes de tonos naturales, y bastante sencilla contraria al resto de la casa, la cual era ostentosa en sus adornos y decoraciones producto de la primera esposa de Felipe. Cuando Aurora y Felipe se casaron, él la trajo a vivir a la casa que había sido de su primera esposa. Y todo en la mansión tenía su toque decorativo. Cuando Aurora se instaló, no cambió en nada las decoraciones porque no quería que eso afectara al pequeño hijo de su esposo. Los únicos dos lugares en los cuales había hecho modificaciones, habían sido en su recamara y el cuarto de rezo. Chenca subió a la recámara de la señora Aurora para darle el mensaje de su hijo. Chenca tocó la puerta y Aurora la hizo pasar.

— ¿Qué quieres Chenca?— Le preguntó Aurora.

—Solo venía a informarle que el joven acaba de llamar para decir que él y la señorita Milagros llegaron bien. ¡Ah! También me dijo que le dijera que se quedaría a dormir en esa casa ya que la tormenta no cesa.

Aurora recostada sobre la almohada le dijo que estaba bien y pidió un té. Al salir Chenca del cuarto, Aurora tomo la Biblia que se encontraba encima de su mesita de noche y trató de leer para distraer su mente y así no pensar en la muerte de Adelia y sobre todo en Ariel. Pero los recuerdos invadieron sus pensamientos y recordó el día que lo conoció.

Era una tarde soleada y cálida cuando ella, Serafina y su madre preparaban la gran cena para el compromiso de su hermana. Desde que Adelia había regresado de la universidad, ella no hacía más que hablar y pensar en su novio el cual había conocido en la universidad. Ella se había recibido de Administración de Empresa a la edad de veinte cinco años, ella le llevaba dos años a Aurora. Ariel, su novio era un año mayor y también había recibido su titulo en Administración de

Empresa. Ellos se habían conocido en una de las tantas clases que asistieron juntos durante su estadía en la universidad y se habían enamorado. Una semana después de graduarse habían retornado a casa y decidieron no esperar más para comprometerse, y pues fijaron la fecha en que Ariel y su padre vendrían a pedir su mano. Pero nadie sabía cómo ese día tan esperado por todos cambiaría el rumbo de sus vidas.

Ariel y Don Ignacio Vascos, su padre, llegaron a la casa de los Aldamira puntuales. En la sala de la pequeña y modesta casa, Ariel y su padre le pedían a Ester Aldamira la mano de Adelia en matrimonio. Aunque Ariel y su padre eran gente de dinero, a Don Ignacio no parecía molestarle en lo absoluto que su hijo se hubiera fijado en una muchacha de origen humilde. Por las voces que procedían de la sala se podía deducir que tanto padre como hijo estaban alegres con la nueva unión familiar. Mientras que en la cocina, Aurora y Serafina terminaban de preparar todo. Aurora se moría por conocer al hombre que había cambiado el carácter áspero de su hermana y la había convertido por esa semana que había estado de regreso en la mejor hermana del mundo.

— ¿Cómo será?— Le preguntó Aurora a Serafina.

—No lo sé, pero me imagino que muy guapo y de buena posición… Ya sabes cómo es tú hermana de superficial y ambiciosa—. Fue la franca respuesta de Serafina. Las risas que se escuchaban y que procedían de la sala la hicieron a Aurora dejar de pensar tantas tonterías y terminar de preparar la mesa. Serafina entró en la sala para decirles que la cena estaba lista.

Todos entraron al comedor y se sentaron excepto Aurora. Adelia, un poco inquieta, le preguntó a Serafina por su hermana y ella le había contestado que Aurora estaría con ellos en unos segundos. Aurora había subido a su cuarto a cambiarse de ropa, pues el vestido que andaba puesto se había ensuciado en la cocina. Unos minutos después, mientras todos en la mesa conversaban animadamente, Aurora entró y se sentó junto a Ester, su madre. Se había puesto su vestido rojo, el cual destacaba su delicadeza y blancura. Era un vestido sencillo y uno de los pocos que tenía, de cuello alto, tallado al cuerpo y sin mangas. El cual destacaba ese cuerpo esbelto con el cual Dios la había bendecido. Al verla Adelia sintió envidia y rabia. Aunque Aurora no tenía la educación de la cual ella había gozado, ella siempre la envidió por su belleza y su carácter dulce. La vio con ira y desdén pero trato de disimular su envidia por la belleza de su hermana y le presento a su prometido Ariel. Ariel y Aurora se

quedaron viendo por unos segundos que había parecido una eternidad sin poder evitarlo. Pero en esos momentos su atracción el uno por el otro paso inadvertido por los demás, ni siquiera Adelia se percató de la atracción de ambos. A lo mejor fue porque esta se sentía muy segura del amor de Ariel. Cada vez que alzaba los ojos Aurora, se topaba con los de Ariel. Una fuerza mayor que ellos los magnetizaba. Era un amor a primera vista. Una pasión descontrol ante que ambos sintieron que los quemaba por dentro y se dieron cuenta de inmediato que habían nacido el uno para el otro. La noche fue esplendida para Adelia, su madre, y Don Ignacio, pero para Ariel y Aurora había sido un terrible martirio. Aurora estuvo perturbada toda la noche por la mirada de Ariel y él al igual por su belleza. Toda la noche, ambos trataron de evitar que sus miradas se unieran pero había sido inútil. Era algo superior a ellos que los dominaba. Esa noche la fecha de la boda se había fijado para el año entrante, pues según Adelia y su madre había muchos preparativos que hacer.

Chenca toco la puerta y entró nuevamente al cuarto de su patrona con la charola de té en la mano. Puso el té sobre la mesa y le pregunto si se le ofrecía algo más. La entrada de Chenca a su cuarto la había vuelto a la realidad.

—No, no se me ofrece nada más. Puedes retirarte—. Fueron las palabras de Aurora. Tomó un sorbo del té y retornó nuevamente al pasado como si estuviera leyendo un libro que abriera en el capítulo exacto. Volvió a recordar la noche del compromiso de Adelia y la fecha que se había dispuesto la boda. Los días y las semanas pasaron lentamente y tanto Aurora como Ariel trataron por todos los medios de no verse. Cada vez que Aurora sabía que Ariel vendría a visitar a su hermana, ella trataba de no estar en casa. A veces era difícil escapar por la enfermedad de su madre, pues era la única que velaba por Ester. Aurora siempre se mantenía ocupada atendiendo a su madre ya que Ester no quería que Adelia se molestara cuidándola.

Un mes después del compromiso de su hermana, Aurora decidió ingresar al Instituto Nocturno. Su decisión causo disturbios y confrontaciones con su madre y su hermana quienes querían dejarla en la ignorancia y se negaban a gastar dinero en ella. Aurora no desistió en su plan y por fin pudo convencer a su madre para que le permitiera estudiar por las noches. La realidad era que Aurora no quería estar en la casa por las noches cuando Ariel visitaba a su hermana. La idea de ingresar al Instituto fue creada con la esperanza de apagar la llama de ese amor que cada día se apoderaba cada vez más de su ser. Pero lo que Aurora no sabía era que el destino se estaba encargando por si solo de unir a esos dos seres que necesitaban el uno

del otro.

Una noche a la salida del Instituto, Aurora esperaba el autobús un poco asustada, pues había salido tarde de clase y perdido el bus que normalmente tomaba. De pronto vio el carro deportivo de Ariel estacionarse enfrente de ella y le había preguntado:

— ¿Aurora que haces aquí parada a estas horas?—

—Estoy esperando el autobús. Salí tarde de clase y perdí el que generalmente tomo—. Le había contestado.

—Sube yo te llevo. Es demasiado tarde para que estés parada esperando el autobús—. Había sido la respuesta de él.

Aurora lo había mirado un tanto nerviosa y había contestado.

—No es necesario. Yo esperaré el siguiente bus—. Pero ante la insistencia de Ariel ella había aceptado. Ariel como todo un caballero, le abrió la puerta y ella se sentó en el asiento. Algo extraño sucedió en ese instante... Ariel la quedo viendo por unos instantes y sin decir una sola palabra la tomo entre sus brazos y la beso apasionadamente. El roce de sus manos sobre su piel y sus labios sobre los suyos la había hecho estremecerse. Aurora había Perdido el control y había respondido al beso y a las carisias de Ariel de igual manera. Desde ese día Aurora y Ariel se juraron amor eterno y él le había prometido romper su compromiso con Adelia, pero Aurora temiendo herir a su hermana y desenfrenando el odio y la discordia entre ellas le había hecho a Ariel prometerle que no rompería su compromiso porque de hacerlo él jamás la volvería a ver.

El año había transcurrió demasiado rápido para Aurora y Ariel y demasiado lento para su hermana. Una semanas antes de la boda, Aurora se había dado cuenta que estaba embarazada. Pero cayó por temor a desbaratar la boda de su hermana aunque sabía que con su silencio se condenaba ella misma a la soledad y a la tristeza. Aurora estaba segura que si Ariel se enteraba que ella llevaba en su vientre un hijo que ambos habían hecho con amor, él jamás llevaría a cabo esa absurda boda que estaba destinado a la desdicha. Decidió callar para beneficios de todos. Tenía planeado marcharse de su casa después de la boda de su hermana para así no tentar más a Ariel y seguir siendo infiel ambos a Adelia.

El día de la boda llego y Aurora lloró amargamente en su cuarto, pero prefirió sacrificar su felicidad que causarle a su hermana una terrible pena. Total aquí la única culpable era ella por no haber

podido controlar ese amor. No era justo que ahora Adelia quien estaba ilusionada pagara las consecuencias. Así pues, Ariel y Adelia se casaron y se fueron de luna de miel sin ni siquiera imaginarse lo que les esperaba a su regreso. Aurora le había confesado a Serafina que estaba embarazada después de sufrir varios desmayos en su presencia. Serafina guardo el secreto de Aurora, pero Ester no tardo en darse cuenta y la furia de ella no se hizo esperar. Ester la golpeó física y emocionalmente sin piedad, pero las heridas emocionales de aquellas palabras duras de su madre le habían dejado muchas más cicatrices que las golpizas que recibió. Ester la había insultado tratado como una cualquiera. Le había dicho que no era digna de ser su hija y que se arrepentiría mil veces por haberle causado ese daño tan grande a Adelia— la cual se entero de la noticia del embarazo de Aurora en cuanto regreso del viaje—.

Ester lo había planeado todo. Cuando su hija y su nuero, a quien ahora despreciaba, retornaron de luna de miel les dio la noticia y les comunicó que ellos se harían cargo de la criatura cuando naciera. Aurora se fue a vivir con ellos afuera de San Martín por un tiempo y en cuanto nació la criatura, ellos la registraron como suya. Aurora vivió con su hermana durante su embarazo y quien la odio con mucho más fuerza desde el día que se dio cuenta de la traición de su marido y su hermana. Desde ese día Adelia trató a Aurora como a una extraña en su casa y hizo su vida e embarazo un infierno. Ariel nunca más tuvo que fingirle a su esposa un amor que no sentía, pero estaba atada a ella y seguiría atado por muchos años porque Adelia como madre legítima de la criatura se negaba a concederle el divorcio con la excusa que jamás volvería a ver a la niña si él la abandonaba. Aurora les había entregado su hija por órdenes de su madre y debilidad de carácter y había retornado al lado de su madre donde vivió día a día un peor infierno.

Dos años había transcurrido después de haber dado a luz y Aurora lloraba todas las noches por su hijita que no había visto en todo este tiempo y por Ariel al que aún seguía amando con locura. En ese tiempo entro en su vida Felipe Aragón, quien era viudo, con un hijo de once años, y mucho mayor que ella. Felipe se había enamorado de Aurora como un loco y Ester decidió que la casaría con él porque sería el castigo apropiado que merecía Aurora por haberle hecho daño a Adelia. Su madre conoció a Felipe Aragón por medio de Belinda Galán, la madre de Luciano. Belinda sabía que su hijo estaba enamorado de Aurora y ella se oponía rotundamente a ese amor. Por eso ella misma se lo presento a Ester como un candidato perfecto para Aurora. Ester Aldamira sin escuchar los ruegos de Aurora y Serafina para que no la casara con Felipe llevo a cabo su repugnante plan y la

caso con Felipe. Aurora le confesó a Felipe muchas veces antes de la boda que no lo amaba, pero él locamente enamorado de ella no escucho sus ruegos. Y con ese matrimonio Ester había satisfecho el terrible deseo de venganza de hacerla desdichada por el resto de su vida.

Eran las ocho y media cuando José Armando se levanto todo desorientado en ese cuarto desconocido en donde el sol de la mañana alumbraba sin piedad. Se acerco a la ventana y reconoció que era un día esplendido muy contrario al día anterior. Tomó la ropa tendida sobre la silla donde las había colocado la noche anterior. Todavía estaban un poco húmedas. Se vistió y se dirigió a la cocina para ver si Ingracia ya se había levantado. Pensaba usar uno de los carros de los tíos para ir a su casa y conseguir ayuda para sacar su carro del barranco. En la cocina, Milagros estaba sentada tomándose una taza de café. Se miraba bellísima y rejuvenecida. Parecía como si en su vida no hubiera pena alguna, pero la verdad era lo contrario. En el convento las monjas le habían enseñado y disciplinado a no mostrar su pena, pero con la noticia de la muerte de sus padres toda la disciplina de la cual había sido objeto no le había servido de nada. Con la muerte de sus padres, había perdido el control y se había puesto histérica en el aeropuerto. Pues no era para menos, una noticia así hubiera hecho que cualquiera perdiera su compostura. Cuando José Armando vio el comportamiento de Milagros le pareció un triunfo. Pues pensaba que le tomaría mucho tiempo reponerse de su tragedia.

— ¿Qué haces levantada tan temprano?— Le preguntó José Armando. Con una sonrisa hueca dibujada en los labios, Milagros contestó:

—En el convento una de las reglas es madrugar y se me va ser muy difícil eliminar esa costumbre—. José Armando entonces entendió que Milagros no estaba del todo repuesta es mas el dolor aunque enmascarado estaba allí dentro de ese ser. En esos momentos, Ingracia se acerco a José Armando con una taza y le sirvió café a la vez que preguntaba:

— ¿Se va a quedar para el desayuno?—

— ¡No! no voy desayunar. La verdad es que nunca desayuno. El único sustento que necesito por las mañanas es una taza de café negro y fuerte como esté—. Le contestó José Armando quien notó un cambio de expresión en la cara de Milagros. Ahora se miraba mucho más sería y retraída en un mundo propio donde no cabía nadie más

que ella. ¯Qué raro. Hace unos minutos se miraba tranquila, pero ahora parece acecharla con más fuerza la muerte de sus padres, se dijo a sí mismo. José Armando terminó de saborear su café y de analizar a Milagros. Se levantó del comedor e iba a despedirse de ella, pero decidió que sería mejor dejarla en su mundo por el momento. Y después de explicarle a la sirvienta lo ocurrido con su carro, le dijo que tomaría uno de los carros de la casa y se despidió diciéndole que regresaría por la tarde para dejar el carro.

Capítulo 5

La Mentira de Leticia

Mientras tanto, en la casa Aragón, Aurora acaba de despertar con un dolor en la espalda. Había dormido mal y no podía creer que ya era de día. El dolor en su espalda y cuello era insoportable. Se había quedado dormida mientras recordaba el pasado. Pero aunque el dolor le era insoportable no le importó cuando recordó ese bello sueño en el que ella y sus tres amores, Ariel, Milagros y José Armando por fin estaban juntos. En ese sueño solo existían ellos, Ester, Felipe ni Adelia eran partes de su mundo. Todo era plácido y sosegado. En ese lugar donde el sueño la había transportado no había llantos, ni engaños, ni mentiras. Era el mundo perfecto para su familia. Mientras recordaba su sueño con los ojos cerrados tratando de retener toda la felicidad que ese sueño le había brindado, la dicha se dibujó en el rostro de Aurora y saboreó el éxtasis de la felicidad que solo su fantasía e imaginación le podían proveer.

En esos momentos entró Felipe al cuarto. Se miraba desganado y cansado. Había estado toda la noche con Eugenia Díaz festejando la muerte de su rival. Y observó por unos minutos a Aurora con deseo y pasión, pues se miraba tan bella y delicada todavía en su camisón acostada sobre la cama. Él había amado con locura a Aurora, pero su orgullo no le permitió perdonarla por haberlo engañado. Aurora cayó por muchos años la verdad sobre su hija y sobre Ariel— su gran amor —. Es cierto que ella le había dicho al principio que no lo amaba porque amaba a otro, pero nunca le dijo quien era ese otro y las consecuencias que había producido ese amor.

Felipe no se enteró del secreto de Aurora hasta que un día, por maldad, Adelia lo citó y le contó su versión de los hechos. Ella se había salido con la suya, pues su propósito era hacer sufrir a Aurora y lo había logrado. Desde ese día Felipe fue otro con ella. Antes de enterarse de la supuesta traición de su mujer, él era atento y cariñoso con ella. Ella le había hecho creer a Felipe que Aurora y Ariel se seguían entendiendo. Desde ese día, Felipe se volvió distante y el odio por su mujer lo consumió y vivió para hacerla sufrir. Nunca mencionó

la cita que había tenido con Adelia, pues de haberlo hecho todo los malos entendidos se hubieran aclarado, pero en ves opto por hacerla sufrir. Aurora soportó por el cariño que había nacido entre ella y José Armando. Para Aurora él se había convertido en un verdadero hijo.

Felipe se desvistió y se acostó en aquella cama que por muchos años había sido como un trozo de hielo. En cuanto puso sus ojos sobre la almohada toda la tristeza, odio y la amargura desapareció de ese rostro demacrado, ojeroso y envejecido producto de una vida nocturna bastante agitada. En esos momentos Aurora sintió la presencia de su esposo. Estaba tan sumergida en su mundo que no se dio cuenta que él la estuvo observando por unos minutos.

Aurora se levantó y se vistió de negro —un color que ocuparía un lugar muy importante en su vida por el resto de su existencia— los colores alegres no serían más parte de su vestuario—. Se dirigió al cuarto de rezo, el cual para ella era como un templo y al cual visitaba con mucha devoción. Especialmente en un día como hoy después del entierro de su querido Ariel. Serafina sabía la costumbre. Ella le subía a Aurora una taza de té y por lo general la acompañaba por unos minutos.

Mientras esperaba que Chenca terminara de preparar el té de Aurora, Serafina sentada en la cocina pensaba en cómo le revelaría la verdad a Aurora. Había esperado mucho tiempo y era hora que Aurora supiera la verdad. Después de la muerte de Adelia, Aurora le había comentado que se sentía sola. Serafina quería que su hija supiera que no estaba completamente sola. Contempló la idea de decirle la verdad…Le diría que Ester no fue su madre y le revelaría toda la verdad de una vez por todas. Le diría que Adelia era simplemente su media hermana. Y de pronto, la vista se le había nublado al recordar a Fabián Aldamira. El único hombre que había amado sinceramente.

Ella trabajaba en un bar de mala muerte llamado las ¯Palmeras y todos los viernes él al igual que algunos de sus amigos frecuentaban el bar. Fabián era un hombre tempero y sencillo que se tomaba sus dos o tres cervezas y luego se retiraba tan silencioso como había llegado. Al observarlo parecía ser que la vida le había hecho una mala jugada…se veía bastante vencido a pesar de que era joven. Se miraba desanimado, triste y agobiado. Al principio él le inspiró lástima, pero después de cruzar unas palabras que otras con él se dio cuenta que era un hombre infeliz que amaba a su esposa pero ella no le correspondía. Sin proponérselo ninguno de los dos, Fabián y Serafina comenzaron una relación efímera de la cual fue producto Aurora. Serafina no tenía en donde caerse muerta y la llegada de este bebé iba a empeorar su

situación. Fabián nunca le había mentido.

Desde el principio de su relación él le había dicho que él no la amaba porque seguía amando a su esposa, pero ella sin hacer caso a su mente se enamoró perdidamente de él. Fabián se comportó como un verdadero hombre y durante su embarazo él estuvo al pendiente de ella. Cuando el bebé nació, y viendo en las condiciones en las que vivía Serafina, él se ofreció cuidar y velar por la niña. Serafina no sabía lo que era ser madre. Ella nunca tuvo un buen ejemplo de madre ya que la suya había sido una alcohólica y una mujer de mala vida quien nunca se preocupo por ella. Y ahora ella iba por el mismo camino trabajando en un lugar de mala muerte y conociendo diferentes hombres. Con mucho dolor en su corazón ella aceptó la propuesta de Fabián. Serafina sabía que era lo mejor para la criatura y renunció a todos sus derechos de madre, por el bienestar de la pequeña.

Tres años después del nacimiento de Aurora, Serafina conoció a su esposo, Mauricio Bustamante. Con este hombre conoció lo que realmente fueron los maltratos, golpes, encierros y abusos. Este hombre que había jurado amarla, protegerla y sacarla de esa vida de mediocridad en la que había vivido, pero todo había sido una vil mentira. La había maltratado y humillado porque él era un psicópata y no sabía cómo tratar a una mujer. Él estaba enfermo y necesitaba ayuda, pero por más que ella trató de ayudarlo no lo logró. Su carácter violento e inesperado terminó lastimándola.

Mientras recordaba su vida, Serafina Se llevó las manos a la cara en donde había quedado la marca de una cicatriz— producto del abuso físico de su esposo—. Su divorcio fue un tremendo dolor para ella ya que se había refugiado en Mauricio para cambiar su vida y para olvidarse por completo de Fabián Aldamira. Después de su divorcio, ella buscó con fervor a Fabián porque quería recuperar a su hija. Pero no tenía información de su paradero y después de cuatro años de búsqueda, por la infinita misericordia de nuestro creador, Serafina encontró a su hija a la edad de siete años.

Serafina conoció Ester de casualidad en el mercado, una mujer dos años mayores que ella con dos hijas y además viudos. Era como si el destino se estuviera encargando de que estas dos mujeres cruzaran caminos, ellas comenzaron a conversar y Serafina sin saber porque le había contado prácticamente toda su vida. Al principio Serafina no sabía que el esposo de Ester era el mismo Fabián Aldamira. Ester acababa de enterrar hace unos meses atrás a su esposo, Fabián, quien había muerto de Leucemia. Una enfermedad que ambos desconocían.

Serafina le contó parte de su historia y le dijo que necesitaba trabajo y un lugar donde vivir. Ester sin saber a quien estaba brindando ayuda, le ofreció su casa después de escuchar parte de su terrible historia. Ester admitió a Serafina en su casa sin imaginarse que la niña a quien Serafina buscaba era la pequeña Aurora. No fue hasta cuando Serafina se instaló en la casa y vio fotos de Fabián que se dio cuenta que era su Fabián y que había por fin encontrado a su hija. Serafina había soportado la crueldad de Ester con su hija y no se había revelado ante ella por temor a ser echada de esa casa y así perder la cercanía de Aurora.

Chenca, la cocinera, la trajo nuevamente al presente…

—Fina, como solía llamarla, ya está listo el té para la señora—. Sin decir ni una sola palabra, Serafina tomó el té y se dirigió al cuarto de rezo. Estaba decidida a decirle a su hija toda la verdad— Decirle que ella era su verdadera madre— Estaba segura que Aurora no la odiaría ni la insultaría por su debilidad. Estaba segura que en estos momentos más que nunca Aurora necesitaba el amor de una madre. Pero al entrar en ese cuarto donde hincada se encontraba su hija hecha un mar de lágrimas con las fotos de Adelia, Ester y Ariel, Serafina no tuvo el valor de confesarle la verdad.

¯Quizás sea lo mejor… para que voy a causarle más sufrimiento del que su pobre corazón pueda resistir… ¡No! No es justo desbaratar esa familia que para Aurora había sido su familia. No era justo hacerla sufrir más por el simple hecho de ser egoísta al querer compartir un poco su amor de madre. Se dijo Serafina a sí misma.

En la planta baja de la mansión, Leticia Castillo tocaba la puerta del Aragón cuando vio a su novio estacionar un auto que por cierto no era el de él. Esperó hasta que él llegará a la puerta y lo saludo. José Armando le dio un beso a su novia.

— ¿Qué haces aquí tan temprano?— Le preguntó él.

—Mi amor, estaba pensando que podríamos pasar todo el día junto y he venido a raptarte—. Fue la respuesta de Leticia. José Armando le dijo que eso no iba a ser posible. Tenía que ir a recoger su auto el cual estaba estancado en un barranco y después tenía que ir a la oficina a arreglar unos asuntos. Leticia se alteró al escuchar lo que su novio le decía. Sin pensar en las consecuencias, dijo en tono autoritario:

—O cambias tus planes para que estemos juntos… o de lo

contrario aquí se acaba nuestro compromiso. Estoy harta de que siempre me hagas a un lado como si yo fuera plato de segunda. El otro día me dejaste plantada… ayer estabas insoportable y hoy me dices que tienes otras cosas que hacer… ¿y yo qué dónde quedo en tus planes?— José Armando la miró intensamente, y por unos minutos, Leticia creyó haber ganado la batalla, pero las palabras de su novio la dejaron inmovilizada.

—Lo siento Leticia, pero no soy un muñeco de trapo con el que puedes jugar a tu antojo. ¡Ya estoy harto de tus rabietas… estoy harto de que solo pienses en ti! Así que soy yo el que rompe nuestro compromiso. ¡No me busques y déjame en paz!— Le contestó José Armando furioso. Sin más explicación entró en su casa cerrando la puerta tras sus espaldas y dejando a Leticia parada con la boca abierta. La verdad es que no se esperaba esa reacción. Se había quedado atónita por las palabras de su novio y no reaccionó hasta después de oír el portazo de la puerta prácticamente en sus narices.

Histérica y llena de rabia comenzó a tocar el timbre varías veces mientras trataba de contener las lágrimas. Furiosa gritaba y golpeaba la puerta de la casa.

— ¡José Armando! José Armando abre la puerta… Chenca quien desde la cocina escuchó los gritos y golpes en la puerta se apresuró a la sala a ver qué pasaba y abrió rápidamente la puerta. Leticia entró violenta e iracunda a la casa y preguntó:

— ¿Dónde se metió José Armando? Chenca un poco nerviosa por la actitud de Leticia le contestó:

—El joven José Armando se fue a su dormitorio señorita—. Sin esperar más, Leticia se dirigió al cuarto de su novio. Aurora y Serafina desde el cuarto de rezo también habían escuchado los golpes en la puerta y la voz alterada de Leticia. Ambas bajaban a ver qué era lo que pasaba y Leticia se tropezó con ellas cuando iba subiendo las escaleras con rumbo al cuarto de su novio. Sin tomar en cuenta la presencia de su suegra y sin ni siquiera responder a la pregunta que Aurora le hiciera, Leticia siguió subiendo las escaleras.

Aurora se enfureció al ser ignorada en su propia casa y le alzó la voz:

— ¡Leticia te estoy hablando!—

Leticia había llegado al segundo piso. Miró a su suegra con indignación y a gritos le dijo:

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar. No se meta en mis asuntos porque esto es algo entre José Armando y yo—. Aurora mucho más enojada que antes exclamó en un tono más fuerte.

—No te voy a permitir que vengas a mi casa a faltarme el respeto. ¿Quién te crees que eres para hablarme de esa forma?— Con una sonrisa burlona y sarcástica Leticia replicó:

— Está también es la casa de mi futuro esposo y por lo tanto muy pronto será mi casa. Sin decir más siguió su camino hacia el cuarto de su novio.

Aurora ofuscada le preguntó a Chenca que era lo que había sucedió. Chenca le había respondido diciéndole que no sabía nada solamente que desde la cocina había escuchado la voz alterada del joven y la señorita y le pareció que estaban discutiendo. Luego el joven entró a la casa cerrando la puerta en la cara de su novia. Y está comenzó a golpear la puerta y a gritar histéricamente por el joven José Armando. Y fue cuando le abrí la puerta.

Sin tocar la puerta del cuarto, Leticia entró y encontró a José Armando prácticamente desnudo, pues lo único que lo cubría era la toalla que rodeaba su cintura. José Armando aún enojado por la discusión que minutos antes habían tenido le gritó:

— ¿Cómo te atreves a entrar en mi cuarto sin antes tocar?— Sin contestar a su pregunta, Leticia le gritó:

— ¿Y tú como te atreves a romper nuestro compromiso después que yo he sido tuya? Y además… estoy esperando un hijo tuyo, y el cual tendrás que reconocer quieras o no—. La noticia le cayó como bomba y desconcertado preguntó:

— ¿Qué estás diciendo Leticia?—

Ofuscada y llorando de rabia, Leticia le contestó:

— Lo que has oído. Estoy esperando un hijo tuyo y me temo que si no me cumples tendré que hablar con tu familia y mis padres—. Cambió su tono por uno más suave y continúo:

—La otra noche que íbamos a cenar te lo iba a decir—. José Armando confundido por la noticia se le acercó y tratando de tranquilizarla le dijo:

—Cálmate Leticia. El alterarte de esta forma le puede hacer

daño al bebe. Creo que lo mejor será que te vayas a tú casa y te tranquilices. Por la tarde paso por ti para ir a cenar y podremos hablar más calmadamente. Ahorita tengo que ir a recoger mi auto y arreglar unos asuntos en el despacho—.

Leticia asintió con la cabeza y se limpió las lágrimas con el pañuelo de papel que saco de su bolso. Leticia se dirigió a la puerta y antes de salir volteó a ver a José Armando y le dijo:

—Tengo tres semanas de embarazo mi amor y creo que la boda tendrá que ser lo más antes posible… antes que se me empiece a notar —. Sin decir nada más salió del cuarto dejando a José Armando confundido y preocupado.

¯¡No es posible! Esto no me puede estar sucediendo a mí. Leticia no puede estar embarazada, se dijo a sí mismo.

Aurora era una mujer que nunca se entrometía en los asuntos de su hijo. Estaba segura que José Armando le diría cuando él lo creerá conveniente y si no ella no le preguntaría después de todo su hijo ya no era un niño. Pero después de pensarlo por unos minutos y ordenarles a Serafina y Chenca que la dejaran sola, ella decidió ir al cuarto de su hijo. Tenía que saber porque Leticia había entrado a su casa tan impetuosamente y le había faltado el respeto de esa manera. Mientras subía las escaleras hacía el cuarto de su hijo, Aurora miró a Leticia que venía bajando totalmente calmada con una sonrisa de triunfo dibujado en sus labios. Aurora se quedó parada observándola y en esos momentos Leticia vio a su futura suegra, la cual odiaba con todas sus fuerzas, parada en las escaleras, y le sonrió de lo más natural. Mientras bajaba las escaleras a paso lento, Leticia se decía a sí misma,¯por fin te gané la batalla querida. Quieras o no me vas a tener que aceptar como la esposa de José Armando. Leticia se le acercó y le dio un beso a Aurora en la mejilla y de lo más natural le dijo:

—Aurora por favor discúlpame. Estaba ofuscada y creo que perdí el control. Pero quiero que sepas que no volverá a ocurrir—. Sin darle tiempo a Aurora de contestar, Leticia se encaminó hacia la puerta. Aurora bastante confusa le siguió con la vista hasta verla salir de su casa. ¯No es posible que sea tan cínica, se dijo a sí misma. Iba a ir al cuarto de su hijo, pero pensó que sería mejor esperar a que él buscará sus consejos y decidió mejor ir a su cuarto a recoger su bolsa. Hoy planeaba ir a ver a Milagros. Tenía tantas ganas de conocerla como persona pues en el funeral solo intercambiaron algunas palabras. Ella quería conocer verdaderamente como era su hija. Había perdido a Ariel para siempre, pero ahora haría lo posible por

recuperar a su hija.

En la casa de los Vascos, Milagros estaba en el cuarto de sus padres recorriendo uno por uno sus pertenencias. Pero, en especial las de su padre, porque para ella él había sido todo. Sus ojos se fijaron en el pequeño retrato el cual estaba en la mesita de noche. Se sentó en la cama y tomó el retrato entre sus manos mientras delineaba con sus dedos el rostro de su padre. Por unos segundo, Milagros contempló la pareja en esa foto que ella no conoció como tal. ¯Eran tan jóvenes, se dijo a sí misma. Para Milagros sus padres nunca habían sido una pareja feliz. Miró a su padre guapo y elegante y miró a su madre tan sencilla y sin ninguna gracia. ¯¿Qué le habrá visto? Se preguntó a sí misma. Milagros sentía odio por su madre por haberla encerrado en el convento ¯Las Carmelitas por más de doce años. Por su culpa hasta las vacaciones tuvo que pasarlas encerrada en ese lugar porque su madre se había empeñado en no ocuparse de ella. Si no hubiera sido por su padre quien siempre la iba a visitar y le escribía diariamente, ella hubiera sido la más desdichada de las niñas. Pero su padre no lo permitió, pues él siempre se ocupó de ella.

En el convento le habían enseñado que el odio era malo especialmente Sor María quien fuera su confidente y paño de lágrimas por tanto tiempo. Sor María fue para Milagros como una madre. Siempre le decía que no era bueno albergar odio porque ese sentimiento no conducía a nada bueno y mucho más cuando estaba en dirección directa a un familiar—su madre—.

Sor María la cuidaba durante todo el año escolar y cuando llegaban las vacaciones y el convento quedaba completamente desolado, Sor María le hacía compañía por las noches.

Al ver el rostro de su madre en esa fotografía, Milagros le preguntó, ¿Porqué madre, porqué te comportaste tan miserablemente conmigo? ¿Por qué nunca me fuisteis a visitar al convento? ¿Por qué no le permitiste a mi padre que me sacará de ese lugar tan lúgubre? ¿Qué fue lo que te hice para que me odiaras tanto? Estaba tan abstraída en sus pensamientos que no escuchó el tocar de la puerta ni el entrar de Ingracia en el cuarto.

—Niña Milagros, perdóneme que la moleste pero abajo esta su tía Aurora quien ha venido a verla. Le dijo ella. Milagros alzó la vista y tomó el pañuelo que tenía en su mano y secó las lágrimas de su rostro.

—Ésta bien, dile que en unos momentos estaré con ella—. Le

respondió Milagros. La anciana miró a aquella joven que trataba de recobrar su compostura; quien no había sido nada más que una víctima más de la maldad de su patrona. En vez de retirarse del cuarto, se le acercó. Se sentó junto a ella y la abrazó. Milagros recostó su cabeza en los hombros de la anciana la cual le dijo:

— ¡Llora hija! Llora que el llorar ayuda a enmendar el corazón —.

En la sala, Aurora observaba el decorado de aquella casa que para ella era desconocida. En dieciocho años en que Ariel y Adelia habían vivido en esa casa, ella jamás había puesto un pie adentro. Era una casa extravagante, ostentosa y finamente decorada. Miró a su alrededor y no dudo por un segundo que la decoración de la casa era producto de su hermana quien siempre soñó con grandezas. La sala era amplia de tonos naturales y decorado con finos y carísimos cuadros y adornos de cristal. Había retratos de ellos, Adelia, Ariel y su hijo, pero ninguno de Milagros. ¯¿Cómo pudo ser tan vil? ¿Cómo pudo encerrar a Milagros en un convento y hacer tanto daño a una criatura que no tenía la culpa de nada y que además llevaba su propia sangre? Se decía Aurora a si misma mientras esperaba a Milagros.

Mientras tanto, José Armando estaba preocupado por lo que Leticia le había dicho. Salió de su casa, y en el camino llamó a Miguel para ayudarlo a sacar su carro del barranco. Además necesitaba hablar con alguien y quien mejor que su mejor amigo. Miguel, su compañero de la universidad y actual socio en la firma de Abogados Ecologistas, fue a su ayuda. Y junto con unos trabajadores rurales de las cercanías quienes los estimaban por su buen trabajo lograron sacar el carro del barranco. José Armando y Miguel les agradecieron por la cooperación y ofrecieron pagarles por la ayuda, pero los trabajadores se negaron a recibir el dinero.

Al estar solos, Miguel le preguntó:

— ¿José Armando que es lo que te ocurre? Te noto un poco preocupado. Miguel sabía que José Armando era un hombre sensible que se preocupaba mucho por su familia en especial por su madre.

— ¿Es por la muerte de tus tíos o tu prima la que te preocupa? Por cierto es muy hermosa. Me tenía magnetizado con su belleza durante el sepelio—.

— No, no es eso. Aunque la verdad es que Milagros va a necesitar mucha ayuda… ella no es la que me preocupa en estos

momentos si no Leticia—. Le respondió José Armando.

— ¡Leticia! ¿Y qué pasa con ella?— Preguntó Miguel confundido.

—Está esperando un hijo mío y quiere que nos casemos—. Replicó José Armando desesperado.

Miguel sorprendido por la noticia preguntó:

— ¿Cómo dices? ¿Qué está esperando un hijo tuyo? No puede ser. Yo pensé que tú estabas planeando terminar con ella—.

— ¡Sí! Pero ahora ella está embarazada y exige que nos casemos de inmediato. Tú mejor que nadie sabes que yo ya no amo a Leticia y tal vez por cobardía no terminé nuestro noviazgo. Ahora no tengo la menor idea que hacer. ¡No la amo! Me entiendes Miguel… No quiero casarme sin amor. Yo sé en carne propia el infierno que es el estar casado con alguien a quien tú no amas— lo veo diariamente con mis padres—. Pero… tampoco puedo abandonarla a su suerte—. Le dijo José Armando preocupado. Miguel se quedo pensativo por unos momentos y luego le sugirió:

—Porque no le dices a Leticia que se deshaga de la criatura—.

— ¡Un aborto! Estás loco Miguel, estás hablando de matar a una criatura inocente—. Respondió José Armando. Miguel miró a su amigo y contestó:

—No lo veas como algo tan horroroso. Es solamente una solución al problema—. José Armando por unos segundos contempló la idea y le contestó:

—No, no puedo hacer eso Miguel. Además aunque yo estuviera de acuerdo, dudo mucho que Leticia quiera someterse a algo tan horrendo—. Miguel expiró aire y observó calladamente a su amigo mientras trataba de encontrar otra solución a su problema, y luego de algunos minutos dijo:

—Me temo mi querido amigo que solo te queda dos soluciones. O te enfrentas a Leticia y le confiesas que ya no la amas. Hizo una pausa… te verías como un patán y un irresponsable… pero no te encadenarías a un matrimonio sin amor. Total que los dos son mayores de edad y sus padres no pueden obligarte a casarte con ella. O… callas tus sentimientos y te casas—. José Armando no dijo nada y se quedo pensativo.

Mientras tanto, en la casa de los Vascos ', después de consolar a Milagros, Ingracia bajó a informarle a Aurora que Milagros estaría con ella en unos segundos. Aurora miró a la anciana con desconfianza. Ella sabía que ella había trabajado con su hermana y Ariel desde que se casaron y no sabía a quién de los dos le había sido más fiel. Tampoco sabía si Adelia hubiera llegado hasta el punto de calumniarla con la servidumbre. Con una sonrisa cálida en los labios y como si hubiese leído sus pensamientos Ingracia, vestida con su uniforme negro y blanco, le dijo:

—No tenga desconfianza de mi señora Aurora. Yo fui la nana de Ariel por muchos años y yo fui testigo del gran amor que él sintió por usted. También se que usted fue la única de las dos que realmente lo hizo feliz y que lo amo verdaderamente—. Asombrada por la revelación, Aurora no pudo más que abrazar a la anciana y llorar en sus hombros.

—Ariel la amó muchísimo señora Aurora y nunca se perdonó el haber tenido que renunciar a usted—. Le dijo Ingracia mientras la abrazaba. Y Aurora contestó,

—Yo también lo amé y lo sigo amando… y creo que si tuviera una segunda oportunidad, no sacrificaría mi felicidad ni la de Ariel por la de mi hermana. No se lo merecía… Por tratar de no herirla a ella, hice infeliz al único hombre que realmente amé—.

Ambas hablaron por unos minutos mientras que las lágrimas reprimidas por tanto tiempo se hacían presentes. Ingracia le dijo:

—Creo que será mejor que se reponga…la niña Milagros no tarda en bajar y no creo que quiera que la vea en estas condiciones—. Secándose las lágrimas de los ojos, Aurora respondió:

—Si tienes razón—.

—Le voy a traer un té mientras espera a la niña Milagros—.

Sin decir más se retiró a la cocina. Aurora se seco los ojos y en esos precisos momentos Milagros entró al salón y se acercó a ella.

— ¿Milagros, hijita, cómo te sientes?— Le preguntó Aurora. Para Milagros, ella era una extraña al igual que la sirvienta y José Armando, pero se sintió agradecida que ellos se preocuparan por ella. Pero la persona quién mas deseaba que estuviera con ella en estos momentos era Sor María.

— Me siento mejor—. Contestó Milagros tratando de esconder sus verdaderos sentimientos. Aurora se le acercó y la abrazó. Para Aurora ese abrazo significaba mucho; para Milagros ese abrazo significaba nada. Para ella hubiera significado más el abrazo de Sor María. Al desprenderse de ella, Aurora le dijo con voz trémula,

—Yo venía para ver si querías salir de la casa. Te haría bien distraerte un poco y conocer San Martín. Pero estoy consciente que con lo ocurrido quizás no quieras ir a ningún lado y lo comprendo.

—Creo que tienes razón tía, el salir me hará mucho bien—. Le contestó Milagros un tanto desanimada. Olvidándose que Ingracia había ido a prepararle un té, Aurora le dijo:

— ¿Nos vamos entonces?— Pero en esos momentos Ingracia entró en la sala con la charola de té en las manos y les dijo:

—Creo que será mejor que se tomen este tecito para calmar los nervios antes de salir.

Milagros miró a la anciana cariñosamente y le dijo:

— ¿Porqué no vienes con nosotras?—

—No creo que sea lo más prudente niña—. Respondió ella. En esos momentos Aurora intervino.

—Sí, ven con nosotras, no es justo que te quedes aquí sola—.

—Pero señora Aurora no quiero importunar—.

— ¡Pero nada! Ve y quítate ese uniforme mientras nosotras nos tomamos el té—. Le ordenó Aurora.

Era ya de medio día cuando se despertó Felipe. Después de vestirse se dirigió a la cocina y se encontró con Chenca y Jacinta hablando sobre el trágico accidente de los difuntos Vascos. Felipe las miró severamente y les dijo enfurecido,

—No quiero oír más de la muerte de esa gente en mi casa. En esta casa no hay luto. ¡Me oyeron! ¡No estamos de luto! ¡Entendido!— Felipe sentía odio por Adelia porque ella lo hizo desdichado al revelarle el secreto de Aurora y por Ariel porque era el hombre que su mujer amaba. Jacinta no tenía mucho tiempo trabajando en la casa Aragón y por lo tanto no conocía muy bien el temperamento de su jefe. Nerviosamente balbució un sí señor y se retiró a sus quehaceres.

Chenca llevaba más de diez años con la familia y sabía muy bien como era Felipe cuando tenía sus arrebatos y perdía el control. Ella no más se quedaba callada y luego se le pasaba. Viendo que Chenca no se movió de su lugar después de la reprimenda, él le dirigió una mirada desafiante y fría y preguntó:

— ¿Y tú… que haces allí parada? Prepárame algo de comer y prepárame un café bien fuerte de inmediato porque tengo un terrible dolor de cabeza—.

— Sí señor. En un momento le preparo su café y un caldito de pollo—. Respondió Chenca. Ella sabía por experiencia que debía de prepararle un caldo de sopa de pollo cuando se levantaba a estas horas y de mal humor. Por experiencia deducía que había andado de parranda la noche anterior

Capítulo 6

El dilema de un hijo y martirio de una madre

Cuando llego a la oficina, José Armando se sumergió en el trabajo para no pensar en el problema de Leticia y en el sentimiento que había despertado su prima Milagros. ¯¡No! no puedo sentir eso por Milagros, no puedo haberme enamorado de una chiquilla que acabo de conocer y que además es como mi prima… Por Dios que es lo que me está pasando, ¯se decía a sí mismo. Pero aunque trataba de no pensar en Milagros, su rostro se dibujaba en su mente y lo único que veía eran esos labios vírgenes sobre los suyos. Se sentía despreciable al imaginarse besando a su prima, ya que así era como la tenía que ver. Y en esos momentos Leticia tomó control de sus pensamientos y no pudo concentrarse en su trabajo más que pensar en lo que debía de hacer sobre la noticia de su embarazo. Sabía que si se casaba con Leticia le rompería el corazón a su madre al igual que el suyo, pero no tenía otra alternativa. Tenía que responder como hombre total que tanto él como ella tenían la culpa de lo ocurrido.

En esos momentos entró a su oficina Diana Montalvo, una de las abogadas que trabajaba en el bufete.

— ¿Se puede?— Preguntó al ver a José Armando totalmente distraído. José Armando al ver a Diana trató de disimular su estado de ánimo.

— Si pasa. ¿Qué se te ofrece?—

—Traigo los expedientes del caso de la unión de obreros y la recopilación de nuevas evidencias en contra de la Industria Farmacéutica Arriaga. Pues habíamos acordado que hoy lo repasaríamos juntos. Ya que la próxima semana se llevará a cabo la apelación—. José Armando se levanto de su escritorio llevándose las manos a la cabeza y exclamó:

— ¡No puede ser que algo tan importante como lo es éste caso se me haya olvidado! Gracias a Dios tú estás trabajando este caso

conmigo porque de no ser así nuestros obreros no tendrían nuevas evidencias—.

—No te preocupes, pues en tu lugar también me hubiera olvidado ciertas cosas—. Contestó ella.

—Sí, pero no es justo que tú hayas hecho todo el trabajo de conseguir la información que necesitábamos mientras yo no contribuí en nada— . Respondió él.

—Bueno eso ya no importa. Para eso somos un equipo. Lo importante es que tenemos la evidencia que implica a esa Industria y una semana para planear nuestra estrategia—. Replicó Diana.

—Entonces creo que será mejor que nos pongamos de acuerdo y comencemos a estudiar esto, ¿no crees?— Respondió José Armando.

Entre tanto Aurora, Ingracia y Milagros estaban sentados en uno de los restaurantes ubicado en las cercanías de las tiendas. Estaban exhaustas. Toda la mañana habían andado de compras y todavía no habían terminado. Aurora le había comprado una barbaridad de cosas a Milagros y en el tiempo que transcurrió de ir de tiendas en tiendas se habían conocido mejor. Sentadas en el restaurante, Milagros le preguntaba a Aurora por su madre.

—Tía… dime tú que la conociste mejor que yo… ¿Cómo era ella? ¿Sabes porque nunca se comportó como una madre conmigo? ¿Porqué me mantuvo tan lejos y ni siquiera una carta de ella recibí en doce años que estuve internada?—

Aurora y Ingracia ambas se miraron en complicidad tratando de ocultar el nerviosismo.

—No creo que es el momento para esa clases de preguntas Milagros. Ahorita está muy reciente su muerte, pero después con el paso del tiempo te hablaré de ella y te contaré todo lo que quieras saber—. Le dijo Aurora.

—Si mi niña. Yo también te contaré sobre tu madre—. Reafirmó Ingracia. Milagros observó el nerviosismo de ellas y comentó:

—Parece ser que las preguntas sobre mi madre las ha incomodado… se han puesto nerviosas y tú tía estas sudando… Disculpen no es mi intención—.

—Imaginaciones tuyas… Es el calor. Lo que pasa es que nos tomo por sorpresa tus preguntas. Además está muy reciente lo ocurrido y no quisiera hablar de tus padres por el momento porque me duele mucho recordar—. Contestó Aurora

Mientras tanto, en la oficina las horas transcurrieron rápidamente y cuando José Armando miró su reloj si dio cuenta que era tardísimo. Había trabajado toda la tarde con Diana.

—Son las seis. Creo que será mejor que continuamos con esto mañana. Quede de verme con mi novia esta noche—. Le dijo él.

— Sí, es lo mejor pues yo estoy un poco cansada y quisiera irme a casa a darme un baño y acostarme temprano. Creo que me va a dar dolor de cabeza… últimamente puedo sentir cuando me va a dar un dolor de cabeza—. Contestó Diana.

—Bueno, entonces continuaremos estudiando estos informes mañana—. Replicó José Amando.

— ¿Cómo a la una de la tarde está bien?— Preguntó Diana.

— Si esa hora es perfecta—. Respondió él.

Diana tomó los papeles esparcidos sobre el escritorio, los metió en su portafolio y se despidió de él.

—Maneja con cuidado y nos vemos mañana—. Le dijo José Armando a la vez que tomaba el teléfono y marcaba el número de Leticia. En la casa de los Castillos, Leticia se encontraba en la terraza platicando con su padre sobre la gran sorpresa que le tenía preparado.

— ¿De qué sorpresas me hablas hijita?— Le preguntó su padre.

Con una sonrisa pícara, Leticia contestó:

—Mañana lo sabrás papá. Ahorita no te puedo decir nada, pero ten por seguro que te dará una gran satisfacción—. Albertina, una de las empleadas domesticas de los Castillos, se les acercó con el teléfono en la mano y dijo dirigiéndose a Leticia:

—Le hablan por teléfono señorita Leticia.

— ¿Quién es?—

—Su novio—.

— ¡Ah! Ya era hora de que me llamará—. Balbució Leticia sarcásticamente mientras tomaba el teléfono de las manos de Albertina. Y como está no se movía, Leticia irritada preguntó:

— ¿Y tú qué haces allí parada como una tonta? Veté a la cocina donde corresponde la gente corriente como tú—.

—Perdón señorita—. Contestó Albertina y salió apresurada de su presencia.

Dulcemente Abram le dijo a su hija:

—No hay necesidad hijita de tratar a la servidumbre de esa forma—.

— ¡Ay papá! Tú siempre tan condescendiente con los demás. Esa clase de gente no se merece ninguna consideración. ¡Para eso se le paga no! Bueno para que discutir por tonterías—. Le dijo Leticia a la vez que contestaba el teléfono.

—Hola mi amor—. Saludó Leticia cariñosamente.

—Llamaba para decirte que aún estoy en la oficina, pero pasaré por ti en una hora para ir a cenar—. Le contesto José Armando secamente.

—Está bien mi amor. ¿Y dime, donde iremos?— Preguntó ella.

José Armando no había pensado o planeado en donde irían…el lugar no era lo más importante para él en estos momentos y contesto:

—Donde tú quieras. Bueno te dejo, pues voy a mi casa a cambiarme de ropa y paso por ti a las siete—. Le respondió él.

—Bueno mi cielo. Aquí te espero—. Le contestó ella efusivamente

Al colgar el teléfono, Leticia se acercó a su padre y le dijo:

—Bueno papá creo que continuaremos esta conversación mañana porque yo ahorita solo tengo una hora para arreglarme antes de que llegue mi novio—.

—Pero no me dejes con esta duda hijita. Dime… ¿cuál es esa sorpresa que me tienes preparado?— Suplicó Abram con una sonrisa amplia. Leticia lo abrazó diciendo:

—Ya te dije papá, no lo sabrás hasta mañana—. Leticia beso a su padre en la frente y se encaminó a su cuarto:

— ¿Entonces no puedo hacer nada más que esperar verdad?— Dijo Abram en voz alta.

Cariñosamente Leticia replicó:

—Si papá. No comas ansias. Mañana lo sabrás. Pero ahora tengo que ir a arreglarme o si no me encuentra mi novio en esta facha…— Le contesto por última vez y desapareció de su presencia. Eran las seis y quince cuando llegó a su casa. Sin saludar a su padre, quién estaba sentado en la sala con una copa de coñac en las manos como de costumbre, José Armando se fue directamente a su cuarto. Felipe lo vio entrar, pero no tuvo tiempo de hacer ningún comentario ya que José Armando iba muy apurado. José Armando entró en su cuarto, se dio un baño ligero y se cambió de ropa. La puerta de su habitación se abrió y entró Felipe.

— ¿Se puede?— Preguntó él.

—Si papá pasa—. Respondió José Armando.

—Te vi subir y iba a preguntarte por Aurora, pero parece que venías apresurado—.

—Si, tengo una cita con Leticia y tú ya sabes cómo es ella. Si le digo que voy a estar allí a las siete…pues tengo que estar allí a esa hora.

Ni un minuto antes ni un minuto después o si no pone el grito en el cielo…. Pero, ¿qué pasa con mi madre?—

—Nada… solo que estoy un poco preocupado pues no la he visto en todo el día y tú sabes cómo es ella nunca sale. Además se fue sola manejando porque Enrique, el chofer, no fue con ella. Les pregunte a Serafina y Chenca por ella pero no me supieron dar su paradero.

Lo único que me dijeron fue que esta mañana después del altercado entre tú y Leticia, ella había bajado para ver qué pasaba contigo y tú novia y luego de eso les dijo a ellas que se fueran a sus quehaceres y nadie la vio salir—. José Armando arrugó su frente en asombro…

— ¿Tú preocupado por mi madre… es esto una broma o qué

papá?—

Preguntó José Armando sarcásticamente— .Felipe se quedó callado… a su hijo no podía mentir. Él sabía muy bien que el bienestar de Aurora a él lo tenía sin cuidado.

Entonces José Armando prosiguió secamente:

—Para tú información, te diré que yo tampoco la vi salir esta mañana, pero ayer que hablamos me dijo que pensaba a pasar a recoger a Milagros para llevarla de compras—. Irritado por lo que acaba de escuchar, Felipe exclamó.

— ¡Pero porqué tiene que llevarla ella, precisamente ella, de compras! Pero me va a oír cuando regrese. Me va a oír. ¡Esto no se va a quedar así! Le prohíbo que vaya a esa casa y mucho menos que lleve a ésa muchachita de compras—.

—Calma papá, ¿qué tiene de malo que lleve a su sobrina de compras? Quién te oyera diría que has perdido el juicio—. Le dijo José Armando.

—Cállate, tú no entiendes nada—. Gritó Felipe ofuscado y salió del cuarto de su hijo dejando a José Armando perturbado por su comportamiento.

¯¿Qué le pasa a éste? Dios quiera que no se ensañe con mi madre esta noche… pues cada vez que bebe demasiado busca pelear con ella. Bastante daño le ha causado ya y yo ni siquiera voy a estar aquí para protegerla, se dijo José Armando a sí mismo. Miró su reloj y se dio cuenta que iba a llegar tarde y se dijo a sí mismo,¯Será mejor que me vaya a solucionar de una vez este problema. A mi regreso Hablare con mi madre.

Aurora todavía se encontraba en la casa de Milagros. Estaba en su habitación ayudándola a acomodar toda la ropa que le había comprado. Había pasado todo el día con ella y no quería que el día terminara. Habían regresado de las tiendas como a eso de las cuatro de la tarde, pero se había quedado más tiempo con Milagros porque ella se lo había pedido. Milagros miró tiernamente a Aurora y le dijo:

—Sabes tía Aurora… antes de marcharme al internado solo te vi una vez de lejos cuando estaba en compañía de mi padre. Para entonces yo estaba pequeña y no te conocía bien, pero ahora que te conozco hubiera preferido que tú fueras mi madre. Es cierto que solo he compartido un día maravilloso contigo, pero ha sido más de lo que

compartí con mi madre. Además tú eres dulce, cálida y siento que puedo contarte todo—. Las palabras de Milagros sorprendieron grandemente a Aurora, pero a la vez le dieron una inmensa alegría y un poco titubeante contestó:

—A mí también me hubiera gustado ser tú mamá.

—Ojala que algún día me puedas contar como era ella antes de su enfermedad—. Pidió Milagros.

— ¡Enfermedad!— Exclamó Aurora.

—Sí, su enfermedad—. Afirmó Milagros mirando con asombro a su tía. Aurora no contestó y Milagros preguntó:

— ¿Porqué te sorprendes? ¿No estabas enterada de su enfermedad?—

Aurora tratando de encontrar las palabras precisas contestó:

—La verdad es que no creí que tú estuvieras enterada—.

—Mi padre siempre me decía que sus arrebatos conmigo era producto de su enfermedad—. Contestó Milagros. Aurora miraba a Milagros con una lástima y con un gran sentido de culpabilidad.

— ¿Sabías que mi mamá estaba sufriendo de esquizofrenia?— Le preguntó Milagros.

—No, no sabía que era tan grave su problema—. Comentó Aurora.

—Sí, y es por eso que a veces trató de no odiarla. La verdad es que sufrí mucho de niña con ella y es por eso que mis padres decidieron enviarme al internado aunque la decisión la tomó ella y no mi padre—.

Aurora no podía seguir escuchando… se le hizo un nudo en la garganta y le dijo:

—Milagros, creo que será mejor que sigamos esta conversación otro día… es muy tarde y tengo que irme.

—Tienes razón tía… ya son las siete de la noche. Gracias por ayudarme a despejar mi mente el día de hoy…— Aurora se le acercó y cuando la abrazo no quería desprenderse de ella.

Entretanto, José Armando había llegado justo a tiempo a la casa de Leticia y en estos momentos se encontraba platicando con Abram y Eloina mientras esperaba a Leticia.

— ¿Cómo esta tú madre?— Preguntó Abram.

—Esta triste…la muerte de su hermana la afectado muchísimo —.

Respondió José Armando.

—Que pena. Es una lástima que Ariel y Adelia hayan fallecido… eran tan jóvenes—. Dijo Eloina a la vez que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Si, a si mismo pienso yo, pero la muerte no discrimina y no hay nada que nosotros podamos hacer más que resignarnos—. Contestó José Armando. Ahora las lágrimas recorrían las mejillas de Eloina y con voz entrecortada dijo:

—No sé que voy a hacer si ella. Adelia era mi mejor y única amiga—.

Abram se acercó a su esposa y le rodeó los hombros con sus brazos a la vez que trataba de consolarla.

—Calma mi amor. Ya no hay nada que nosotros podamos hacer. Ese fue el designio de Dios. Ahora solo podamos orar y pedirle a Dios que acoja a Adelia, Ariel y al pequeño en su gloria—. En esos momentos bajó Leticia. Se miraba más bella que nunca vestida de negro. Era un vestido ceñido al cuerpo y resaltaba su escultural silueta. Como siempre a ella le gustaba hacer una gran aparición y por eso siempre lo hacía esperar un poco. Abram miró a
su hija con amor de padre y dijo:

— ¡Ah! Pero mira quien está aquí…mi princesa. ¡Estas bellísima querida!— Abram como siempre la hacía sentirse bien. Leticia sonrió y contestó:

—Gracias papá, tú como siempre tan galán—. Dirigió su mirada hacía su novio y preguntó:

— ¿Y tú mi amor no dices nada?— Una de las cosas que impresionó a José Armando desde el principio de la relación fue la belleza de Leticia. Ella siempre lograba dejarlo sin aliento. Pero hoy, la belleza y elegancia de su novia no era algo que estaba en sus

pensamientos y José Armando contestó con desaliento:

— ¡Te ves hermosa! Con una sonrisa pícara, Leticia lo abrazo y le pregunto tratando de ignorar el desánimo de su novio que para todos los presentes no había quedado desapercibido:

— ¿Solamente hermosa mi amor?— Eloina miró a su hija con rabia. Leticia siempre le gustaba que se le estuviera halagando. José Armando sonrió forzadamente y dijo:

—Te vez extremadamente bella y encantadora esta noche—.

— ¡Eso está mejor!— Contestó Leticia sonriente.

—Bueno será mejor que nos vayamos—. Dijo José Armando tratando de desaparecer de la presencia de sus futuros suegros.

— ¿Y se puede saber a dónde van esta noche?— Pregunto Eloina ya mas compuesta de ánimos.

Con un tono sarcástico y burlón Leticia replicó.

— ¿Pues qué crees mamá? Vamos a cenar y después a bailar de lo contrario yo no estaría vestida de esta manera—. Ruborizada por la forma en cómo le había contestado su hija, Eloina se quedo callada.

José Armando tratando de suavizar las palabras de su novia se apresuro a decir.

—La verdad es que no lo hemos decidido, pero no pienso que sea conveniente ir de fiesta—. José Armando tomó a su novia de las manos y se despidió a la vez que se encaminaban hacia la puerta. Desde su sillón, Abram les dijo:

—Espero que la pasen bien—.

—Claro que si papito—. Le respondió Leticia desde la puerta Aurora llego a su casa exhausta. Eran las siete y media y Felipe la estaba esperando en su oficina. Él le había encomendado a Serafina que en cuanto llegará su esposa le hiciera saber que él la estaba esperando. Aurora entró en la casa y se dirigía a su cuarto cuando Serafina la detuvo para darle el recado de su esposo. Aurora desvío su camino y fue al despacho de su marido. Él estaba sentado en su oficina con una copa de güisqui en las manos. Había estado bebiendo toda la tarde y estaba de pésimo humor. Aurora se le acerco y le preguntó:

— ¿Qué quieres Felipe? Me dijo Serafina que querías verme.

—Si quiero que me niegues en mi cara que anduvisteis todo el día de tiendas con esa. ¡Esa bastarda!— Exclamó Felipe. Las palabras de Felipe le tocaron en lo más profundo. Aurora jamás le había levantado la voz, pero hoy con mucha firmeza contestó:

—En primer lugar no tienes porque llamarla bastarda. Y en segundo lugar no tengo porque mentirte. Si… es cierto... Yo lleve a Milagros de compras porque necesitaba ropa. José Armando me comento que perdió la mayoría de sus cosas en el aeropuerto—.

— ¡A mí que rayos me importa que ella haya perdido su maldito equipaje!— Le grito Felipe.

Pasmada por la reacción de su esposo, Aurora se quedo callada. El terror se apoderó de ella en esos precisos momentos y inmediatamente se dio cuenta que Felipe no estaba en sus cabales. Felipe se levanto de su asiento y la agarró bruscamente y sacudiéndola por los hombros le grito como un loco.

— ¡No quiero que tú, me oyes, que tú tengas nada que ver con esa bastarda! Y te prohíbo terminantemente que la visites y mucho menos que trates de ganarte su cariño. Tú eres mi esposa y como tal me debes respeto y obediencia. ¡Entendido!

— ¡Suéltame! ¡Suéltame! ¡Estás loco! Loco me oíste. Loco si crees que voy a renunciar por segunda vez a mi hija—. Grito Aurora.

Felipe le dio una bofetada en la cara y en tono violento le dijo:

—Tú a mi no me gritas y harás caso o si no te arrepentirás—.

Llevándose las manos hacía la cara Aurora replicó:

—Me podrás pegar, pero no ganarás nada con eso porque yo estoy dispuesta a ganarme el amor de mi hija y no voy a renunciar a ella solamente porque tú me lo exijas. Ya lo hice una vez por ordenes de mi madre, pero no cometeré el mismo error dos veces—.

—Eso lo veremos. Te arrepentirás me oyes de enfrentarme—. Le contestó Felipe furioso y salió violentamente de su oficina. Aurora a punto de llorar se sentó en una de las sillas. Serafina quien había escuchado todo como siempre entró en la oficina en cuanto vio salir a Felipe y la abrazó. Para Aurora Serafina era un consuelo.

—Que martirio el mío Serafina. ¿Porque tengo que cargar con esta cruz? El haberme enamorado de Ariel no pudo haber sido tan gran pecado para que yo tuviera que soportar los golpes y humillaciones de mi madre, de Adelia y ahora también de Felipe—.

Serafina no sabía que decir. Ella sufría mucho con el dolor de Aurora y como no sufrir por ella si era su hija. La historia se repetía pensó Serafina, ¯ni Aurora sabe que yo soy su madre, ni Milagros sabe que Aurora es la suya. Que cruel es la vida. ¿Porque tenemos que sufrir tanto por haber amado? Felipe entró en su cuarto y marcó el número de Eugenia Díaz. Ella era una mujer en sus cuarentas bastante atractiva. Su pelo castaño lo mantenía corto porque la hacía parecer más joven. Tenía los ojos color miel, con una cara aguileña y unos labios que se daban a desear. Ella había llevado una vida bastante agitada en compañía de diferentes hombres. Pero cuando entró Felipe a su vida las cosas cambiaron y se convirtió simplemente en la amante de Felipe Aragón. Esa decisión le había convenido porque Felipe no escatimaba con ella y la mantenía rodeada de lujos y joyas.

—Buenas noches, casa de la Señora Eugenia Díaz—. Se le escuchó decir a Malvina la fiel empleada de Eugenia.

—Malvina, soy yo Felipe. ¿Esta Eugenia?— Preguntó él.

—Si señor en un momento se la paso—. Unos minutos después Eugenia tomaba el teléfono.

— ¿Mi amor eres tú?— Preguntó ella.

—Necesito verte—. Le dijo Felipe. Eugenia con una sonrisa pícara que transmitió por el auricular le dijo:

—Pues qué esperas. En estos momentos iba a darme un baño de burbujas. ¿Qué te parece si te espero aquí en la tina?— Felipe sonrió y contestó:

—Me parece una excelente idea. En unos minutos estoy allí.

—Bueno mi amor, aquí te voy a estar esperando—. Replicó Eugenia provocativamente y colgó el teléfono.

En uno de los más finos restaurantes de San Martín, José Armando y Leticia hablaban sobre el inesperado embarazo de ella.

— ¿Cuando te distes cuenta que estabas embarazada?— Le preguntó José Armando. Leticia bajo la vista y le contestó:

—Se me ha retrasado el período tres semanas—.

— ¿Has ido al doctor?

— ¡No!— Contestó Leticia.

Un rayo de esperanza se reflejo en el semblante de José Armando y pregunto:

—Entonces… ¿cómo es que sabes que estás esperando un hijo? Puede ser que se te haya retrasado por el estrés. Pues últimamente hemos estado discutiendo mucho—.

Leticia se alteró un poco y exclamó en voz alta:

— ¿Qué estás diciendo José Armando? ¿Piensas que te estoy mintiendo?—

—Cálmate Leticia. Lo único que estoy diciendo es que si no has ido al doctor y él no lo ha confirmado, entonces tú embarazo puede ser simplemente una equivocación—.

— ¡No! no hay ninguna equivocación. Te estoy diciendo que estoy embarazada. Me hice una prueba en la casa y me salió positivo —.

Mintió Leticia.

—Está bien. ¿Entonces qué piensas hacer?— Preguntó él.

— ¿Cómo que pienso hacer? Quiero que tú me respondas como hombre y te cases conmigo. Y la boda tendrá que llevarse a cabo dentro de dos meses porque si espero más se me va empezar a notar el embarazo—.

José Armando comenzó a perspirar… saco su pañuelo y se seco la frente y contestó:

— ¡Esta bien Leticia! Mañana hablaré con tus padres y fijaremos la fecha para la boda. ¿Te parece? Haremos una boda íntima con solamente nuestros familiares y amigo más íntimos. Por unos segundos Leticia observó a su novio y saboreó su triunfo. Le había ganado la guerra a su futura suegra, Aurora. Y respondió:

— ¡Haz perdido la razón! Estamos hablando de mi boda…Yo me estoy casando y solo pienso casarme una vez por lo tanto quiero tirar la casa por la ventana. Será una boda grande con muchos

invitados—.

José Armando sentía que iba a estallar y le preguntó:

— ¿Porqué eres tan presuntuosa Leticia? ¿Por qué tienes que esmerarte en deslumbrar a los demás? No creo que una boda de esa magnitud sea prudente en estos momentos después de la tragedia de mis tíos—. Enfurecida por lo que acababa de oír Leticia le replicó:

— ¡Los muertos… muertos están… y no por eso voy a fastídiame la existencia! Mis padres pagarán por la boda y por lo tanto se hará lo que yo quiera. Para empezar mañana temprano podemos ir a escoger el anillo de compromiso. Porque sabrás que yo quiero escogerlo. Por la noche vendrás a mi casa y les pedirás a mis padres mi mano en matrimonio—. Él la observó por unos segundos y luego le dijo:

—Por lo visto lo tienes todo muy bien planeado. Ni siquiera me concedes a mí el privilegio de ser yo el que elija el anillo de compromiso—. Leticia sonrió y tratando de suavizar su expresión y en tono amoroso contestó.

—Mi amor no te enojes pero yo sé exactamente que anillo quiero. Si te hace sentir mejor yo iré contigo y escogeré el anillo, pero cuando llegues a la casa por la noche me haré la sorprendía. ¿Qué te parece?— Dijo con una sonrisa amplia en los labios.

José Armando no sabía cómo dejo que la relación con Leticia llegará tan lejos…hasta esos momentos se dio cuenta de lo frívola que era. Ahora estaba más que consciente que su vida con ella iba a ser un infierno. Su madre se lo advirtió, pero ahora él lo estaba viendo con sus propios ojos.

—Está bien Leticia—. Contestó él. No quería discutir con ella. Por el resto de la noche, Leticia no hizo nada más que hablar de la boda, de los invitados y de la envidia que iba a causar su boda. José Armando la miraba, pero no la escuchaba. Su mente estaba en otro lugar muy lejos de allí.

Entretanto, Felipe estaba con Eugenia Díaz bebiendo y viviendo ese amor lujurioso que sosegaba de cierto modo ese pobre corazón que con el tiempo se había endurecido y se había vuelto impenetrable. Felipe pasaba la mayor parte de su tiempo libre en compañía de Eugenia. Él era un hombre muy infeliz y desdichado. Había amado sinceramente a dos mujeres en su vida. A Isabel Ibarra, su primera esposa y madre de su único hijo. Con la cual disfruto de un

amor puro y hermoso hasta que el cruel destino la arrebato de este mundo. Y Aurora Aldamira, con quien pensó que era la única mujer que podía hacerlo olvidar a su primera esposa. Pero en sus ojos, Aurora le había resultado falsa. Por eso hoy, con Eugenia Díaz, él pasaría la noche y amaneciendo llegaría a su casa a dormir.

Milagro acostado en su cama revivía el maravilloso día que había convivido con su tía Aurora e Ingracia. Después de estar internada por tantos años con muy pocas salidas, el mundo de afuera le parecía bellísimo y maravilloso a pesar de la muerte de sus padres. Se sentía libre por primera vez en su vida. De pronto el sentimiento de culpabilidad y tristeza se apoderaron de ella. Qué ironía del destino pensó. Estaba libre de ese convento pero hubiera preferido vivir toda una vida de encierro si así pudiera seguir disfrutando de la compañía de su padre. Daría cualquier cosa porque su padre estuviera vivo. Y en esos momentos de egoísmo por solo desear la vida de su padre, Adelia invadió su mundo.

Volvía a la edad de seis años cuando sentada en la cocina, ella se rehusaba a comer la comida. Ángela una de las empleadas de la casa se sentaba con ella para ver que se comiera todo.

—No quiero más estoy llena—. Le decía Milagros en voz alta. Pero la sirvienta sabía cómo era su patrona Adelia, y por el bien de la niña trataba de ser paciente con ella.

—Cómete el resto de la comida Milagros antes que se dé cuenta tú mama—. Pero la amonestación había llegado demasiado tarde.

Adelia entró en la cocina y le preguntó que eran esos gritos.

—La niña está llena y no quiere comer más señora—. Le había contestado Ángela. Con ese tono áspero que los años y el abuso del licor habían hecho relucir en su voz, Adelia le ordenó a la sirvienta que se retirará. Luego miró a Milagros con odio y le dijo:

—Voy a demostrarte quien es la que manda en esta casa—. La agarró por la cabeza y le metió el rostro en el plato a la vez que le decía:

— ¡Cómete toda esa comida maldita malcriada niña!— Milagros se había atragantado toda la comida y lo tenía por todo el rostro mientras las lágrimas recorrían sus mejillas. Pero como si eso no hubiera sido suficiente, su madre llamo a la sirvienta para que le traerá las tijeras.

— ¡Ángela! ¡Ángela! Gritaba enloquecida Adelia. Adelina quien había estado tras de la puerta escuchando todo contesto al llamado de la patrona, mientras miraba con lástima a la niña.

—Mande usted señora Adelia—.

—Tráeme las tijeras. Voy a enseñarle a esta malcriada a no sacarme de quicio y a darle una lección—. Ordenó Adelia. La sirvienta le había traído las tijeras y desapareció del comedor por órdenes de su patrona. Al estar sola con Milagros, Adelia le dijo:

— ¿Sabes lo que voy a hacer con estas tijeras?— Milagros llena de pavor solamente podía menear su cabeza tratando de decir que no tenía idea.

—Te voy a cortar esa cabellera que me recuerda tanto a ella. Esto es para que aprendas a obedecer y cada vez que hagas un berrinche te cortaré el pelo hasta dejarte calva. Me estas escuchando —. Milagros llorando le pedía a su madre que no le cortará el cabello.

—Por favor mamá no me cortes el pelo. Te prometo que voy a ser una niña buena y voy a obedecer—. Pero Adelia desquiciada por el odio y la maldad le cortó las dos trenzas dejándola prácticamente pelona.

Unas horas después, José Armando llegó y decidió que hablaría con su madre sobre su compromiso con Leticia. Para que esperar hasta mañana, si de todas maneras tendría que decírselo pensó José Armando. Mientras pensaba en la reacción de su madre, se dirigió al cuarto de rezo en donde estaba seguro la encontraría. La casa estaba completamente silenciosa y triste, pero eso no era cosa del otro mundo pues en esta casa no reinaba ni la felicidad ni la alegría. José Armando toco la puerta y su madre quien estaba hincada rezando y respondió diciéndole que entrará. Él se le acerco y le dio un beso en la frente.

—No te vi en todo el día. Cuando regrese tú no estabas en casa, ¿dónde andabas?— Le preguntó Aurora a su hijo.

—Estuve todo el día en la oficina como sabrás y luego fui a cenar con Leticia—. Le contesto él. La antipatía que Aurora sentía por Leticia era evidente y el simple hecho de que su hijo siguiera siendo novio de ella no le gustaba y le dijo:

— ¡Ah! Veo que todavía sigues de novio con esa muchacha. Pensé que después de su comportamiento esta mañana tú darías por

terminado esa relación. José Armando sintió un nudo en la garganta y le dijo:

—Mamá necesito hablar contigo.

—Si es sobre la discusión entre tú padre y yo no te preocupes. Ya todo está solucionado—.

— ¡No! No es sobre eso—. Le respondió él.

Aurora un poco sorprendía por la expresión de preocupación en su rostro le preguntó:

— ¿Y entonces de quieres hablar?—

José Armando suspiró fuertemente y dijo:

—Mamá…quiero que te sientes. Lo que voy a decirte no te va a agradar en lo absoluto, pero no tengo otra alternativa—. Aurora asustada por las palabras de su hijo replicó:

— ¿De qué hablas hijo? Por Dios Santos, dime de una vez pues me estas poniendo nerviosa—.

El silencio reino por unos segundos en el cuarto y con un esfuerzo tremendo, José Armando le contestó:

—Mamá, Leticia y yo nos vamos a casar dentro de dos meses. Mañana iré a su casa a pedir su mano a sus padres—. Aurora estaba estupefacta no podía creer lo que estaba escuchando y preguntó:

— ¿Pero, José Armando porque te vas a casar a si de repente? Yo pensé que tú ibas a terminar con esa muchacha pues tú mismo me has dicho que ya no la amas—.

Mordiéndose los labios y avergonzado de su conducta replicó:

—Es verdad mamá. Yo ya no amo a Leticia, pero ahora menos que nunca puedo dejarla. Ella está esperando un hijo mío—. Con un quejido audible, Aurora exclamó:

— ¡Dios mío como permitiste que esto sucediera! Yo sabía que esa arpía se iba a salir con la suyas. ¡Lo sabía! Y lo peor hijo es que te hará muy desdichado porque ella no sabe lo que es amar sinceramente —. José Armando tratando de calmar a su madre contestó:

—Mamá perdóname por causarte esta pena. Pero por favor no

te preocupes. Yo se que tú no soportas a Leticia y por eso he decidido que nos iremos a vivir a otro lugar. Compraremos una casa o alquilaremos un apartamento—. Tratando de calmarse, Aurora le dijo:

—No hijo, eso no será necesario. En esta casa lo que sobra es espacio y esta es tú casa. Además así yo te tendré siempre cerca. Prométeme que se quedarán a vivir aquí—.

—Está bien mamá. Si así lo deseas así será—. Respondió él a la vez que se le acercaba y abrazaba a su madre— para él Aurora era su madre—

—Bueno mamá creo que me iré a dormir pues estoy rendido—.

—Hijo…antes que te retires quiero pedirte algo...

—Si mamá, lo que tú quieras—. Le contestó él.

—Quiero pedirte que en tus horas libres le dediques un poco de tiempo a Milagros. Si no es mucho pedir. Ella está sola y yo no podré visitarla con mucha frecuencia, aunque quisiera. Por tú padre ya sabes cómo es él—.

— ¡Claro que sí! No te preocupes mamá. A Milagros la visitaré y la llevaré a diferentes lugares para distraerla. ¡Contenta!— Le contestó él.

Aurora con todo el amor de madre que llevaba por dentro lo miró con ternura y contestó:

—Si hijo muy contenta. No sé que hubiera hecho si Dios no te hubiera traído a mi vida—. A lo que él respondió,

—Y tú a la mía mamá. ¿Dime, discutieron tú y mi papá? Espero que no se haya atrevido a pegarte—. Claro que no hijo. Discutimos pero no fue nada de importancia—. Le contesto ella.

— ¿No me estas mintiendo mamá?— Le preguntó José Armando mirándola fijamente a los ojos.

—Claro que no. Toda esta bien entre tú padre y yo—. Mintió Aurora.

—Bueno eso me hace sentir mejor. Ahora si me voy a dormir. Te quiero mucho mamá—. Le dijo él.

—Yo también. Que Dios te bendiga hijo—. Le contestó ella

viendo a su hijo salir del cuarto y pensando que ahora el destino se ensaña con él.

Capítulo 7

El amor de Milagros y José Armando

Los días transcurrieron y como José Armando le había prometido a su madre, él visitaba con mucha frecuencia a su prima. No solamente por la promesa que él le hiciera a su madre, pero también por el gran amor que había nacido en su corazón. Se había dado cuenta que amaba a Milagros, pero aunque su amor por ella crecía día a día, él estaba comprometido en matrimonio con la que iba a ser la madre de su hijo. José Armando había recorrido los labios de Milagros en su imaginación. Había sentido el calor de su cuerpo junto al suyo. La había sentido estremecerse en sus brazos al acariciarla. La había escuchado decir su nombre efusivamente al toque de sus ardientes caricias. Sabía que así sería la primera vez que la besará porque sabía que él sería el primero. Él sería el que la despertará al amor. Pero no era justo que le hiciera esto a ella si total él jamás se podría casar con ella. ¡No! pensó José Armando, ¯no puedo herirla de esa forma.

Milagros esperaba con impaciencia todos los días la visita de José Armando. Aunque ninguno de los dos hablará de sus sentimientos, ambos se amaban en silencio. Milagros nunca antes había sentido nada por un hombre, ni mucho menos había tenido contacto tan cercano con uno. Pero siempre que estaba en compañía de él, su corazón palpitaba, sus labios temblaban, su pulso se aceleraba y sus palabras se entrecortaban. Sentía que el amor que había nacido en ella, no debía de ser porque eran primos, pero aunque su mente racionalizaba, su corazón le decía lo contrario. Había pasado ya un mes desde la muerte de sus padres, y durante todo ese tiempo, Aurora y José Armando se habían encargado de mitigar su dolor y se habían comportado de maravillas con ella. Gracias a ellos el dolor cada día se hacía menos. En especial por él, quien se había tomado la libertad y molestia de llevarla a diferentes lugares casi a diario. José Armando tenía bastante tiempo libre para dedicarle a Milagros, ya que su novia estaba muy ocupada con los preparativos de la boda.

Hoy como de costumbre lo esperaba impacientemente. Era

como si presentirá que algo especial ocurriría. Ingracia, la nana de su padre y la única de las criadas que se había quedado después de la desgracia de los Vascos', le había preparado una canasta de comida para su picnic. José Armando le había dicho que hoy la llevaría a un lugar muy querido para él. Milagros vestía un vestido de verano de color verde pálido, uno de los tantos que le había comprado Aurora, el cual hacía relucir su delicada piel blanca y brillosa cabellera negra. Como siempre llevaba pelo extendido sobre sus hombros y su cara sin un rastro de maquillaje lucía más esplendido que nunca. Se sentó en la terraza a esperarlo, pero en esos momentos pensó en su padre y los recuerdos invadieron su mente.

En unos segundos se había transportado al pasado. Estaba tan sumergida en el dolor que ni siquiera escuchó a Ingracia cuando la llamo. Pero al no responder al llamado de Ingracia, José Armando decidió ir a la terraza él mismo para ver si estaba bien. Él se le acercó y la observó tiernamente por unos segundos antes que ella se diera cuenta de su presencia. La miró y contempló su belleza natural y encantadora. Con una voz suave y delicada pronunció su nombre. Milagros retornó al presente inmediatamente. Al ver que había conseguido su atención, le preguntó si estaba lista para su paseo. Ella se levantó apresuradamente de la silla y le contestó que sí. José Armando la tomó de las manos y se encaminaron hacia la puerta, pero no antes que Ingracia los detuviera para darles la canasta de comida que les había preparado.

En la casa de los Castillos, los preparativos para la boda de Leticia iban de viento en popa. Leticia se había encargado de adquirir el local más lujoso y carísimo de toda la villa. Las tarjetas de invitación en estos momentos estarían llegando a la casa de sus selectos y prestigiados invitados. Hoy Eloina y ella irían a comprar su ajuar de novia.

—Mamá llegaremos tarde a nuestra cita—. Gritaba impaciente Leticia desde la planta baja de la mansión.

—Leticia son las doce y media. Nuestra cita no es hasta las dos. Por favor cálmate—. Le contestó Eloina.

— ¿Quién es la que se está casando mamá, tú o yo?— Le preguntó Leticia un poco indignada.

— ¡Pues tú!—. Replicó Eloina con una sonrisa nerviosa en los labios.

—Entonces haz lo que te digo y apúrate—. Le ordenó Leticia como si ella fuera la madre en vez de la hija.

Desde el altercado entre Felipe y ella hace un mes, Aurora había ido a visitar a Milagros a escondidas de su esposo muy pocas veces. Pues no quería más discusiones entre ellos. Pero eso sí, la llamaba por teléfono diariamente para cerciorarse que estuviese bien. La extrañaba cuando no la veía y deseaba con todas sus fuerzas decirle la verdad. Ahora que estaba tan cerca de ella y la presencia de Adelia ya no era una sombra en su vida no podía permitir que ahora Felipe se convirtiera en un obstáculo que le impidiera ella tener una relación con su hija.

Mientras tanto, José Armando y Milagros se penetraban muy adentro del bosque.

— ¿A dónde me llevas hoy?— Le preguntó Milagros con un brillo de felicidad en los ojos.

— No te lo diré. Quiero que sea una sorpresa—. Le dijo sonriente. Ella le devolvió una tierna sonrisa.

—No te impacientes que muy pronto estaremos allí .Le contestó él. Milagros lo miraba con tanto amor que él podía llevarla hasta el mismísimo infierno y ella lo seguiría fiel. Como si él pudiera leer sus pensamientos sonrió nuevamente al observar ese rostro juvenil que despertaba su pasión.

En unos segundos estaban enfrente de una quebrada bellísima. Era un lugar solitario y muy escondido. Las dos únicas almas en ese paraíso eran ellos. Milagros por unos segundos sintió una extraña sensación de miedo recorrer su piel, pero a la vez se sintió segura porque estaba con él. Mientras Milagros se encontraba parada junto al carro observando este paraíso de lugar jamás antes visto, José Armando saco unas toallas del carro y la canasta de comida y las colocó bajo un gran árbol. Se le acercó y le dijo:

— ¿Es maravilloso este lugar no es así?—

— ¡Sí! Es muy bello—. Respondió Milagros casi sin aliento.

—Espero que hayas traído tú traje de baño—. Le dijo él.

— ¡Estas loco! Yo nunca he usado una de esas cosas y además no sé nadar. Tampoco me digites que traerá uno—. Le contesto ella sonriente. Con una sonrisa pícara dibujada en los labios, José

Armando replicó:

—Tienes razón no te dije que traerás porque yo te compre uno —. Y en esos momentos abrió la puerta trasera del vehículo y saco una bolsa en la cual había un traje de baño de dos piezas color rosa. Milagros lo tomó entre sus manos y le dijo:

—Está muy bonito, pero estas loco si piensas que yo…hizo una pausa y carraspeó… que yo me pondré esto—. A lo que él respondió.

—Claro que te lo pondrás—. Se sentaron bajo el árbol y comenzaron a hablar de diferentes cosas. Él le hablo sobre su carrera, su trabajo… le contó sobre su verdadera madre y todo sobre vida sin mencionar sobre su pendiente boda con Leticia. Ella le narró tristemente sobre su estancia en el internado, pero nada más.

El tiempo transcurrió rápidamente y Milagros no se dio cuenta como José Armando la había convencido para que se pusiera el traje de baño. Pero la había convencido y ahora ella se estaba vistiendo detrás de uno de los árboles. José Armando esperaba ver con impaciencia el cuerpo de Milagros en ese provocativo traje de baño que él se había encargado de comprar. Por fin Milagros salió de su escondite con mucha vergüenza, pero a la vez esperando con ansias ver la expresión en el rostro del hombre que amaba. José Armando quedo sumamente desconcertado. Nunca se imagino que debajo de ese vestido yaciera un cuerpo tan escultural y provocativo. Por unos segundos Milagros pensó que a él no le gustaba ya que no había dicho ni una sola palabra. Con la voz quebrantada y las palmas sudadas, Milagros dijo tímidamente.

—Creo que será mejor que me vista nuevamente—.

— ¡No! No, te ves esplendida—. Exclamó José Armando casi sin aliento.

—Pensé que no te gustó ya que no me digites nada—. Replicó Milagros un tanto nerviosa.

Él se le acercó y la tomó de las manos. Ambos estaban nerviosos, como si sabían lo que ocurriría entre ellos. Ven vamos para tú primera lección. El contacto de sus manos sobre los suyos la hizo estremecerse. José Armando la condujo hasta el río y ambos se metieron en el agua. Comenzaron a jugar y luego él comenzó a decirle lo que ella debía de hacer. La tomo de la cintura para enseñarle el movimiento que debía de hacer. Estaban tan cerca que ninguno de los dos se dio cuenta como sucedió, pero sus labios se habían unido. El

cuerpo prácticamente desnudo de Milagros lo quemaba. Su cercanía lo volvía loco y sin pensarlo comenzó a recorrer su cuerpo sin que ella se opusiera. Le partió los labios y se introdujo hasta muy adentro familiarizándose con cada parte de su boca. Acarició sus senos con una delicadeza y a la vez con una pasión descontrol ante. La sacó del agua en sus brazos y la acostó sobre la toalla mientras le murmuraba al oído que la amaba.

—Te amo Milagros, te amo con locura y no puedo evitarlo—. Le decía a la vez que devora su cuerpo. Milagros sin saber cómo, ella también había dejado escapar de su voz ese mismo ¯ te amo.

—Yo también te amo—. Le dijo ella sin vergüenza; sin pudor.

La tarde había caído y José Armando la había hecho suya varías veces. Y cada vez con una delicadeza y ternura que su experiencia le había hecho saber en estos casos. La había convertido de niña a mujer; la había hecho estremecerse en sus brazos; la había hecho gritar su nombre en el éxtasis de su pasión. Milagros se había quedado dormida y José Armando contemplaba su desnudez. Ahora se sentía culpable. No pudo controlarse y ahora ella sufriría las consecuencias. Ella se le había entregado sin reservas y como él sabía había sido el primero. En esos momentos en que estaba pensando en su amor por Milagros y la canallada que le acababa de hacer, ella despertó. La noche estaba estrellada y todo se veía mucho más lindo para ella.

—José Armando debemos regresar. Ingracia estará muy preocupada por nosotros—. Le dijo ella.

— ¡Sí! si debemos regresar—. Contestó mientras la tomaba tiernamente entre sus brazos y la besaba. A la vez que le decía:

—Milagros quiero que sepas que nunca en mi vida he sentido por nadie lo que siento por ti. Te amo sinceramente y siempre te amaré—. Milagros recibió cada una de esas palabras dentro de su corazón y respondió de igual manera abriéndole el suyo. Ambos sabían lo mucho que se amaban. Se vistieron rápidamente y la llevo a su casa.

Desde ese día las cosas entre ellos habían adquirido otra dimensión. El amor brillaba en sus rostros y la felicidad se reflejaba cada vez que estaban juntos. Por el resto de ese mes antes de su boda con Leticia, José Armando compartía prácticamente todo su tiempo con Milagros. Sabía que debía decirle que en unos días se casaría con

Leticia, pero cada vez que estaban juntos todo era tan perfecto que no se atrevía a empañar ese amor que compartían. Muchas noches a escondidas de Ingracia, él se quedaba a dormir con ella en su cuarto. El amor entre ellos no era solamente físico. Era uno la mitad del otro. Hablaban, reían, gozaban de su cercanía como si nunca antes hubieran estado separados. A pesar de la diferencia de los ocho años entre ellos, era como si ese detalle no existiera. Salían al parque, al circo, al cine y muy a menudo se iban a amarse a su paraíso. Al lugar de ellos. Ingracia, aunque Milagros no le había contado nada, sabía que ellos se amaban y también sabía que los dos sufrirían mucho por ese amor. Así transcurrieron los días para Milagros y José Armando llenos de felicidad y amor. Pero el dichoso día de la boda por fin llego.

José Armando siempre pospuso el decirle a Milagros la verdad hasta encontrar el momento propicio, pero sin darse cuenta ese momento nunca llego y ahora él estaba en su cuarto preparándose para ir a un altar a tomar como esposa a otra mujer. Él le había pedido a su madre que no invitará a Milagros a la boda, y ella sin preguntar porque había cumplido con sus peticiones.

Mientras tanto en la casa de los Castillos, Leticia vestida de blanco sonreía triunfal enfrente del espejo. He esperado este momento por mucho tiempo, pero por fin lo he logrado. Te gané Isabel Montenegro. ¡Te gané! José Armando será mío aunque este hijo que espero no se concebirá hasta nuestra noche de bodas. Para entonces ya será demasiado tarde para dar vuelta atrás, se decía Leticia a sí misma.

Como siempre, Milagros esperaba entusiasmada a su amado José Armando sin imaginarse si quiera que él estaba a unos pasos de ser de otra. A Milagros le gustaba mucho leer literatura y José Armando le había comprado una cantidad de libros. Tomó uno de los libros y comenzó a leer para poder pasar el tiempo mientras lo esperaba. Muy lejos estaba de su pensamiento que ella terminaría de leer ese libro y muchos otros más antes de volverlo a ver.

La tarde había transcurrido rápidamente y la boda Castillo Aragón no había podido haber sido más esplendida y despampanante. Leticia se había salido con la suya. José Armando le pertenecía a ella y ahora las cosas entre ellos cambiarían. José Armando había estado bebiendo excesivamente. Trataba de aminorar su dolor y borrar de su mente el bello e ingenuo rostro Milagros. ¯¿Porque no le dije la verdad? ¿Porque no tuve el valor de decirte? ¡Soy un miserable! Se decía José Armando a sí mismo en voz alta.

— ¿Decir que… a quién…? ¿Porque dices que eres un miserable?— Preguntó Leticia quien se le había acercado y había estado notando su conducta extraña. Parecía como si la hubiera ignorado, pero en realidad él ni siquiera la había escuchado. José Armando no era uno para beber desmedidamente. Él siempre había sido un hombre de pocas copas, pero hoy parecía otro. José Armando alzó la vista y tomó otro sorbo de licor sin contestarle a la que ahora era su esposa.

—Mi amor te hice una pregunta—. ¿Porqué no le dijiste que a quién? En esos momentos él se percato de su presencia y contestó:

—No es nada. No me hagas caso. Creo que he tomado más de la cuenta y ya no sé ni lo que digo—.

— Sí, ya me di cuenta. Porque es nuestra noche de bodas no te voy a preguntar más sobre lo que murmurabas. Pero quiero que dejes de beber y vayamos a despedirnos de nuestros amigos y familiares. Ya es hora de partir y no quiero perder el vuelo por tú culpa—. Le ordenó ella. José Armando desanimado se levantó y sin contrariar a Leticia hizo lo esperado por su parte.

Milagros había llamado varías veces a la casa de José Armando, pero nadie contestaba. Esa noche después de esperarlo hasta muy tarde se durmió llorando. Era la primera vez que él la dejaba esperando. Era como si presentía que algo había ocurrido. Sintió un miedo recorrer por todo su ser y pensó en lo cruel de la vida y que la muerte también le arrebatará a José Armando. ¯¡No! tal vez tuvo algún contratiempo que le impidió que viniera a verme hoy. Dios mío no permitas que nada malo le haya sucedido. Se decía a sí misma. Milagros trató de disipar todas las dudas y temores que infiltraban su mente. Ahora que conocía de cerca a la muerte, no podía dejar de sentir miedo. Tratando de calmarse se decía a sí misma, ¯José Armando está bien. Yo se que él está bien y mañana cuando lo vea me dirá porque no vino a verme hoy. Pero de todas formas, Milagros no pudo evitar el dormirse llorando.

Esa noche después de la boda, Aurora estaba en su habitación pensando en cómo hubiera querido ver a su hijo casado con una mujer de verdad. Con una mujer que lo hiciera feliz. Alguien como Isabel Montenegro. Ella si era una buena muchacha en los ojos de Aurora y hubiera preferido mil veces verlo casado con Isabel en vez de esa víbora de Leticia. Ella lo había estado observando todo el día durante la boda y pudo ver en su rostro que no era feliz. ¯Ojala no te hayas equivocado hijo. Ojala que la equivocada sea yo se dijo a sí misma.

Después de pensar en todo lo ocurrido ese día, Aurora se arreglo para dormir. Eran ya pasadas las doce de la media noche y Felipe no se había regresado con ella a la casa después de la boda, pero para Aurora la conducta de Felipe ya no tenía ninguna importancia. Ella sabía que él estaría con su amante.

Tres días después de la boda de José Armando y Leticia, Aurora fue a visitar a Milagros. Ingracia había llamado por teléfono bien preocupada y le había dicho que la niña Milagros había estado encerrada en su cuarto sin salir ni siquiera a comer. No sabía si estaba enferma o que era lo que le pasaba. Así que Aurora había ido a ver qué era lo ocurría con Milagros. Llego y sirvienta abrió la puerta.

— ¿Buenos días Ingrancia… dónde está Milagros?— Preguntó Aurora.

—Está en su cuarto señora. Hoy es el tercer día y no ha salido de su cuarto—. Replicó la anciana preocupada por la salud de la joven

— Está bien, subiré a verla. Por favor trae dos tazas de té—. Le ordenó Aurora. Que irónico es la vida. Cuando Adelia estaba viva, Aurora jamás había puesto un pie dentro de esta casa y ahora, Aurora entraba y salía de la casa de Adelia como si fuera la suya, y por si fuera poco, hasta ordenando a la servidumbre. Desde el más allá, Adelia se tenía que estar revolviendo en su tumba de ver a su hermana, la mujer que tanto odiaba entraba y salía de su casa como si fuera la dueña.

Aurora subió a la recámara de Milagros y tocó la puerta.

— ¿Qué quieres Ingracia?— Preguntó Milagros quien se encontraba acostada en la cama.

— Soy yo tú tía Aurora—. Contestó Aurora.

Milagros se incorporó de la cama y se arregló con las manos el cabello. Estaba segura que su tía le traía noticias de José Armando y su estado de ánimo inmediatamente cambio a uno menos triste y contestó:

—La puerta está abierta—. Aurora entró y miró el cuarto oscuro y la expresión de tristeza en el rostro de Milagros. Se acercó a su cama y tomando sus manos entre las suyas preguntó:

— ¿Milagros, hija, que es lo que te ocurre? Me dijo Ingracia que no has estado comiendo y que no has salido de este cuarto en tres

días—.

—Ha si es tía, pues no me he sentido con ánimos o deseos de salir—. Contestó Milagros. Aurora pensó que su comportamiento era porque aún no se había repuesto de la muerte de sus padres y le dijo:

—Te ves muy pálida. Creo que lo mejor será que te va un médico—.

— No, no es necesario. ¡Estoy bien!— Exclamó Milagros.

— ¿No será que estas sufriendo una recaída depresiva por la muerte de tus padres? Yo se que está muy reciente su muerte, pero tienes que poner de tu parte pues fue el designio de Dios—. Le dijo Aurora.

Milagros mintió y contestó.

—Sí, los extraño mucho…Esta tan reciente lo ocurrido con mis padres, creo que tal vez eso es lo que me sucede. Pero no te preocupes, yo estaré bien. Solo deja que José Armando venga y me lleve de paseo al parque o al cine y verás que me sentiré mejor—.

Replicó Milagros tratando de obtener información.

—Bueno, querida creo que si quieres yo te puedo acompañar porque José Armando no podrá hacerte tanta compañía como antes—. Contestó Aurora.

Milagros sorprendida por lo que acababa de decir su tía rápidamente preguntó:

— ¿Qué pasa? ¿Por qué lo dices tía?— Preguntó confundida por lo que acaba de escuchar:

—Bueno… Es que en estos momentos anda de luna de miel. Se caso este fin de semana. No te invitamos porque no pensamos que ibas a querer estar en fiestas por la reciente muerte de tus padres. Ahora José Armando es un hombre casado. Tendrá otras responsabilidades. Yo le había pedido que te hiciera compañía, pero… ahora con Leticia que es tan exigente yo sé que no podrá venir a verte y mucho menos a llevarte al cine o a otros lugares—. Milagros había dejado de escuchar lo que decía su tía. La única frase que seguía resonando en su mente era, ¯en estos momentos anda de luna de miel y es un hombre casado. Sintió un nudo en la garganta y nuevamente sintió que su mundo se derribaba. Sin poder evitarlo las lágrimas se les escaparon y sin decir

ni una sola palabra más se quedo inmutable en la cama. Aurora advirtió que algo le estaba sucediendo y trató de hacerla reaccionar, pero no pudo lograr sacarla del abismo en que había caído.

Aurora le hablaba pero Milagros ya no escuchaba las palabras de está. Aurora no se imaginaba que había dicho para ponerla en este estado. Milagros le pidió a su tía que por favor la dejará sola. Le dijo que quería descansar. Aurora quiso llamar al doctor Montenegro para que la revisara, pero Milagros le aseguró que estaba bien solamente un poco cansada y le prometió comer su comida. Sintiéndose mejor porque Milagros le había prometido comer, por fin Aurora se despidió y prometió volver a verla pronto. Milagros asintió con la cabeza y se despidió de su tía tratando de contener su llanto. Una vez fuera Aurora de su dormitorio, Milagros se acurrucó en la cama y lloró amargamente ya que el dolor que sentía era tan fuerte que oprimía su corazón sin piedad.

La luna de miel para Leticia se había tornado en un desastre. José Armando no había podido responderle como hombre. Su mente y corazón estaban muy lejos de ese cuarto de hotel—su corazón y su mente estaban con Milagros—.

—No entiendo que es lo que te ocurre. ¡Estoy harta! No me has tocado en todo este tiempo. No quieres salir de compras conmigo. No has querido hacer nada. ¿Me puedes decir que es lo que te pasa? No pienso dejar que tú me eches a perder mi luna de miel—. Le dijo Leticia enfadada.

José Armando indignado la miró con desdén.

—Creo, Leticia, que lo mejor será que nos regresemos para la casa—. Leticia se sorprendió por lo que acababa de escuchar e iracunda preguntó:

— ¿Qué estás diciendo? Estaba planeado que pasaríamos dos semanas enteras en nuestra luna de miel y no pienso cambiar nuestros planes—.

— ¿De qué planes estás hablando Leticia? Querrás decir de tus planes porque yo contigo no planeé absolutamente nada—. Le contesto él tratando de no alterarse y hacer peor la situación entre ellos.

—Pues como sea José Armando, nosotros estamos de luna de miel y quieras o no te quedarás las dos semanas aquí conmigo como yo lo dispuse—. Le contestó Leticia indignada por la humillación y el

desprecio de su esposo—. José Armando se levanto de la cama irritado y exclamó.

— ¡Entonces ve y diviértete tú sola y déjame en paz!— Leticia tomó su bolso y le gritó a la cara:

— ¡Eso es exactamente lo que pienso hacer!— Y salió del cuarto enfurecida dejando a José Armando parado junto a la ventana absorto en su mundo. Él quería regresar pronto y decirle la verdad a su amada Milagros. Decirle que se había casado y que no amaba a su esposa. Pedirle que esperara que naciera la criatura, y él se divorciaría de Leticia para casarse con ella. No sabía si podía esperar más. ¡Dos semanas sin Milagros le parecían a una eternidad!

Capítulo 8

El infortunio de Milagros y muerte de Isabel

Los días habían transcurrido y hoy se leía a lectura del testamento. Milagros no estaba nada bien, pero no tenía otra opción, debía de estar presente. Ingracia la acompañó, y la noticia que recibió impactó la de gran manera. La casa estaba hipotecada, el negocio de su padre estaba en la bancarrota, y ella tenía que desalojar la casa en unos días. No tenía nada…ningún centavo a su nombre y a donde ir. ¡Estaba en la ruina! Nunca en su más terrible pesadilla Milagros se imaginó que algo semejante ocurriera. Tenía escasamente una semana para desocupar la casa.

— ¡¿Que vamos hacer?! Exclamó Milagros desesperada con los ojos secos de tanto llorar—. Ahora más que nunca necesitaba de José Armando. Ahora más que nunca sentía que necesitaba la fortaleza y sustento de alguien. Ingracia parada junto a la silla donde yacía Milagros sentada, al fin dejo escapar unas palabras al ver el estado de la joven.

—Por mí no se preocupe señorita Milagros. Yo regresaré a mi pueblo con mi familia. Tengo algún dinerito que he estado ahorrando todos estos años y eso me ayudará hasta que consiga otro empleo que a mi edad va a ser muy difícil. Yo se que usted no tiene dinero y por lo bien que se porto su padre conmigo todo estos años creo que es mi deber ayudarla con algo de dinero. No es mucho, pero le puedo dar algo—. Milagros miraba a Ingracia, pero no escuchaba las palabras de la anciana. El dolor se reflejaba en ese bello rostro tan joven que las calamidades y fatalidades habían hecho surgir. Milagros hablaba con Dios, ¿porqué Dios mío, porqué has dejado que mi alma conociera tanto dolor? Me has quitado a mis padres, he sido burlada por el único hombre que he amado, y ahora esto... Me has dejado en la miseria. Milagros abrazó a Ingracia sin mencionar una sola palabra. Al llegar a la casa, Milagros se encerró en su cuarto a llorar a solas. Unos segundos después, Ingracia le llevó una taza de té para calmarle los nervios, pero la encontró desmayada en el suelo. Inmediatamente, Ingracia llamó al doctor Montenegro, el cual se presento en la casa de

Los Vascos unos minutos después. Después de revisar a Milagros, el doctor le dijo a Ingracia que la llamaría al siguiente día con el resultado de su desmayo.

Aurora y Serafina platicaban mientras Aurora disponía la decoración del cuarto de su hijo y su nuera.

—No entiendo porque te molestas decorando esta habitación. Tú sabes cómo es Leticia… en cuanto regrese de su viaje, ella re decorará el cuarto solamente para llevarte la contraria—. Comentó Serafina.

— Estoy segura que eso hará Serafina, pero no lo hago por ella si no por mi hijo. Estoy seguro que él si me lo agradecerá—. Replicó Aurora. Cuando Aurora estaba sola con Serafina hablaban sin formalismos y Serafina se dirigía a ella de tú. Para Aurora, Serafina no era solamente una ama de llaves, para ella Serafina además de una segunda madre, había sido la fortaleza y sustento que había necesitado durante todos estos años.

—Sabes Serafina, creo que me estoy ganando el cariño de mi hija aunque últimamente ha estado bien distante. Parece como si algo le preocupará, pero no me ha querido decir que es lo que le sucede—. Comentaba Aurora sin siquiera imaginarse por lo que en esos momentos estaba pasando Milagros.

—No te preocupes Aurora, tal vez simplemente sean los recuerdos de sus padres la que la agobian y nada más. Pues aunque hayan pasado ya casi dos meses y medio desde la tragedia, la herida todavía está abierta—. Decía Serafina.

—Tienes razón Serafina, tiene que ser que no se ha repuesto completamente de la desgracia. Yo sé más que nadie lo que se siente perder a un ser querido—. Contestó Aurora a la vez que los ojos se le llenaban de lágrimas al recordar a Ariel.

En la casa de los Vascos ’, Milagros y Ingracia trataban desesperadamente de comunicarse con el internado Las Carmelitas. Desde la lectura del testamento y la noticia que les dio el doctor, ellas habían intentado llamar pero no habían podido hacer conexión. Tenía solamente dos días más para desocupar la casa y Milagros no tenía donde ir y peor ahora con la noticia de su embarazo. Por eso es que había estado llamando al internado tratando de comunicarse con Sor María. Ella era la única que la conocía bien y la había cuidado desde niña. Ella era la única que le había brindado su apoyo, consuelo y

amor todos estos años. Y estaba segura que ahora no la dejaría desamparada. Milagros le había prohibido a Ingracia decirle a Aurora sobre la lectura del testamento y todo lo que le estaba sucediendo. Ella no deseaba ser ayudada por la madre del hombre que amaba y que se comportó con ella como un patán. Ella no quería que se enterara que esperaba un hijo suyo, ni mucho menos que se diera cuenta de su sufrimiento. Para José Armando, ella simplemente había sido un entretenimiento como recompensa por hacerle compañía siguiendo las órdenes de su madre. Milagros no quería saber nada de nadie solamente de Sor María. Ella estaba segura que ella le brindaría consuelo y ayuda incondicionalmente. Hoy estaba de suerte, por fin la llamada había caído y Milagros había logrado comunicarse con ella. Sor María al percibir el estado de ánimo de la joven trato de calmarla.

—Tranquilízate Milagros. En ese estado histérico no podré ayudarte. ¿Dime que es lo que te ocurre?— Le preguntó Sor María con esa voz rígida de monja, pero al mismo tiempo con todo el amor digno de un alma de Dios. Milagros entre sollozos y sollozos le contó todo, sobre el trágico accidente de sus padres, sobre la ruina y un tanto avergonzada sobre su embarazo. Sor María no podía creer que todo esto hubiera sucedido en tan corto tiempo. Ella estaba segura que Milagros estaba disfrutando la compañía de sus padres, muy lejos de sus pensamientos estaba todo estos sucesos. Sor María le pidió que se calmara y prometió que al día siguiente saldría para San Martín.

—Arregla tus cosas porque te regresas conmigo al internado. No puedes quedarte sola ni te dejaré desamparada—. Le aseguró Sor María antes de colgar el teléfono. Mucho más aliviada por las palabras de consuelo de la monja, Milagros le dijo a Ingracia que comenzará a preparar todo porque mañana desalojaban la casa.

Desde el matrimonio entre José Armando y Leticia, Isabel Montenegro no se había repuesto de su depresión. El evento de la boda Aragón—Castillo había causado en ella un tremendo dolor. Era como si día a día alguien le hundiera cada vez más hondo un puñal en el centro de su corazón. Isabel y José Armando nunca habían sido nada más que amigos, pero ella había albergado dentro de su ser la esperanza que su amor fuera correspondido con la misma fuerza y intensidad algún día. Ahora sabía que lo había perdido completamente y esa lucecita de esperanza que había brillado en su ser día a día se había apagado. Ahora sabía que no tenía nada porque o por quien vivir. Dos semanas habían transcurrido desde la boda y Isabel se había recluido en su cuarto en total depresión. Su padre no entendía la razón del comportamiento de su hija. Él se había comunicado con todas las amigas de su hija tratando de saber el motivo de su

comportamiento. Ninguna de ellas había podido darle al doctor Montenegro un motivo sobre el comportamiento de su hija.

Había entrado al cuarto de Isabel para examinarla. No había estado comiendo nada bien y por si fuera poco no salía de su cuarto. Había desatendido por completo su trabajo en el hospital, y ella era una chica demasiado consciente para hacer algo así. Él sabía que algo andaba mal. Estaba sumamente preocupado por su hija, pues cada día la veía mucho más frágil y fuera de la realidad. Esa mañana como otras había entrado al cuarto de su hija para revisarla y despedirse antes de irse al hospital. Isabel se encontraba en la cama vestida con su camisón de algodón blanco postrada en la cama sin vida y el frasco de narcóticos en el suelo cerca de la cama. Al abrir la puerta, Don Montenegro creyó que su hija estaba dormida ya que no había respondió cuando toco la puerta del cuarto, pero al acercarse se dio cuenta que Isabel había tomado una sobredosis de narcóticos.

Nerviosamente trató de ver si todavía tenía pulso, pero había sido muy tarde. Aparentemente Isabel había tomado el frasco de píldoras durante toda la noche. Su cuerpo estaba helado y su cara ya había perdido el color natural de vida. Estaba extremadamente pálida, sus labios se habían tornado púrpuras y sus pupilas ya no dilataban. Don Montenegro tomo a su hija en sus brazos y al darse cuenta de inmediato de la realidad, un grito escalofriante hizo eco en el cuarto. ¡No, no Dios mío mi hija no! Abrazaba el cuerpo frío de su hija y las lágrimas, que por segunda vez en su vida mojaban sus mejillas, escaparon sin poder evitarlo. En la mesita de noche cerca de la cama de su hija, Don Montenegro vio un sobre con su nombre escrito en el. Lo tomó en sus manos y comenzó a leer las últimas palabras de su hija, ¯perdóname por este dolor tan grande que hoy te causó. Todas las mujeres en tú vida te han hecho sufrir. Primero fue mamá con su enfermedad y su muerte y ahora yo. A veces la vida no nos da otra alternativa. El amor se me escapó de las manos y cuando el amor muere, también la vida cesa de ser. No puedo seguir viviendo con este dolor tan grande en mi corazón. No puedo seguir viviendo y sabiendo que el hombre que amo le pertenece a otra. Recuerda que te quiero mucho papá. Ojala algún día puedas perdonarme por lo que hoy para ti sea el más grande dolor. Después de leer la nota de su hija, Don Montenegro perdió sentido de tiempo. Por horas estuvo sentado en la cama de su hija con ella en sus brazos mientras maldecía la vida y lloraba como un niño perdido en la oscuridad de la noche.

Tres días después de la muerte de Isabel Montenegro, Leticia y José Armando regresaron de su viaje de luna de miel. Y Leticia venía ardida porque no se quedaron las dos semanas como ella lo había

planeado. Serafina sorprendida por la inesperada llegada de los recién casados preguntó:

— ¿Joven José Armando, señora Leticia ya regresaron, tan pronto? ¿Cómo la pasaron? Antes que José Armando pudiera contestar, Leticia le contestó bruscamente:

— ¡A ti que te importa como hayamos pasado nuestra luna de miel! Tú aquí no eres más que una empleada y como tal debes comportarte. No nos vuelvas a preguntar nada sobre nuestras vidas. Ya faltaba más tener que decirle a la servidumbre sobre nuestro viaje. Lleva las maletas a nuestro cuarto que para eso se te paga— Le dijo Leticia furiosa en voz alta.

José Armando furioso por el comportamiento de su esposa le dijo bruscamente:

—No le hables así a Serafina… ella es como de la familia. Serafina avergonzada miró a José Armando y contestó:

— No se preocupe joven. Fui demasiado indiscreta, no era mi lugar. Por favor discúlpame. No volverá a suceder—. José Armando apenado por el comportamiento de Leticia le contestó.

—No le hagas caso Serafina, está enojada porque nos venimos antes de tiempo—. Él no dijo nada más y se dirigió a su habitación con las maletas en la mano, pues no permitió que Serafina las llevara a la recámara. Serafina lo vio subir a su dormitorio muy triste y preocupado. ¯¡Pobre! Se caso con una víbora. Se dijo a sí misma.

Esa mañana unas horas antes de la llegada de su hijo y Leticia, Aurora por la indiscreción de Armenia se había enterado que Ingracia la había llamado el día anterior.

—Señora Aurora, ¿le dio el recado el señor?— Le preguntó Armenia a su patrona.

— ¿A cuál recado te refieres Armenia?— Le preguntó Aurora un tanto extrañada por la pregunta.

—Me refiero a la llamada de Ingracia, la empleada de los difuntos señores Vascos—.

Tratando de disculpar a Felipe, Aurora contestó:

— ¡No! Me imagino que se le olvido a mi esposo darme ese

recado. ¿Qué era lo que quería Ingracia?

— Bueno, lo único que me dijo era que quería hablar con usted urgentemente de algo muy importante—.

— ¿Estas segura que no dijo nada más?— Preguntó Aurora preocupada.

—No señora, no dijo nada más. Lo único es que la percibí un poco nerviosa. Como usted estaba en el cuarto de rezo, el señor Felipe me dijo que no la molestará y que él le diría el mensaje—.

—Gracias Armenia…yo me comunicaré con ella—

¯Felipe nunca le dio el recado. Eso era de esperarse, pensó Aurora. Desesperada pensando en que algo le había sucedido a Milagros para propulsar a Ingracia a llamar, Aurora no perdió tiempo y marco el número de la casa de los Vascos. Nadie contestaba. Al no poder comunicarse con Ingracia o Milagros, Aurora decidió ir en busca de Milagros a su casa. Antes de salir de la casa, Aurora le dijo a Serafina donde iba para que esta no se preocupara por ella.

Milagros y Ingracia se habían despedido el día anterior y cada una había tomado su camino. Sor María y Milagros se habían alojado en un hotel en las afueras de San Martín para pasar la noche. Sor María había manejado uno de los carros del internado y esa mañana después de despedirse de Ingracia habían recorrido las carreteras de San Martín hasta verse fuera del pueblo. En el trayecto Milagros estaba callada y absorta en su propio mundo. Aunque solamente había estado en San Martín por un par de meses ya como una adulta, ahora este lugar le parecía como si hubiera vivido toda su vida aquí. Sintió un inmenso dolor recorrer las paredes de su ser al saber que jamás volvería a ver al único hombre que la había despertado al amor y del cual ahora llevaba un hijo en sus entrañas. Esa noche en el hotel, no pudo dormir, pensando en José Armando. Se lo imagino besando a su esposa y burlándose de ella.

Milagros despertó esa mañana bien temprano con una tremenda jaqueca. No podía disfrutar ni apreciar la belleza de la mañana. Era un día esplendido. El sol resplandecía sobre los árboles y los rayos brillaban en todo su esplendor por la pequeña ventana que era parte de ese cuarto de hotel. Sor María estaba exhausta. Había manejado desde el internado casi 7 horas hasta la casa de Milagros en San Martín. Luego tuvo que conducir nuevamente de regreso con muy poco descanso. Milagros la observo por unos segundos y se volvió a

meter en la cama. Ella también se sentía rendida.

La casa de los Vascos' estaba completamente desalojada cuando llego Aurora esa mañana. Aurora tocó el timbre de la mansión varías veces, pero no recibió respuesta alguna. Se sentó en su carro para esperar pensando que tal vez habían salido y que muy pronto regresarían. Había cerrado sus ojos para descansar un poco, cuando los abrió nuevamente se dio cuenta que era tardísimo. Se había quedado dormida por varias horas. Tenía que regresar antes que su marido llegará a la casa. No quería tener problemas con Felipe a estas alturas. Estaba cansada de esa vida que había llevado con él todos estos años. Se sentía atrapada en una cárcel. Siempre había tenido que darle cuentas a su marido de donde andaba y con quien. Felipe había contratado los servicios de Enrique, el chofer, para llevarla a todas partes y mantenerlo informado de los movimientos de su esposa. Por eso es que Aurora había dejado de salir y ya ni amigas tenía. Pero desde la llegada de Milagros nuevamente a su vida, Aurora se había empezado a salir sola nuevamente. Salió de su carro y se encaminó nuevamente a la puerta y tocó el timbre por varios minutos pero tampoco esta vez nadie le contestó. Decidió irse a su casa. Trataría de llamar de la casa o regresaría mañana para platicar con Ingracia. Estaba preocupada porque sabía que Ingracia no la hubiera llamado si no fuera importante lo que tenía que decirle.

Felipe estaba en la casa de su amante, Eugenia Díaz. Después de la muerte de su hija, Eugenia era otra mujer. Estaba deshecha y escuálida. No parecía una mujer de mundo, frívola y alegre. Ahora vestida de negro y con la cara demacrada, parecía una esposa desamparada y una madre desolada con la muerte de Isabel. Durante todos los años que había buscado la compañía de Eugenia, Felipe nunca se imagino que se había enamorado de ella. Al tenerla entre sus brazos acostada en ese sofá consolándola y sintiendo un gran dolor al verla sufrir, él se había dado cuenta que sentía amor por ella. Él siempre pensó que ella era para él simplemente un pasatiempo con la cual podía olvidar por unos momentos su vida gris y triste. Pero hoy, al verla tan frágil y desolada comprendió que Eugenia significaba mucho más que una aventura para él. Felipe no había ido al trabajo esa mañana porque sabía que Eugenia lo necesitaba y se había ido muy temprano a su casa para acompañarla. Él no sabía que Eugenia era la madre de Isabel y exesposa del doctor Montenegro. Durante todos estos años que había convivido con ella, él nunca conoció su verdadera historia. Para él, Eugenia simplemente era una mujer sin pasado que le proporcionaba dicha y placer momentánea.

Mientras tanto, en la casa Aragón, Leticia se encontraba en el

cuarto re decorando. El mismo cuarto que Aurora y Serafina habían pasado horas arreglando y decorando con tanto esmero. Ahora, Leticia estaba removiendo las decoraciones y ordenándole a Chenca y Armenia que cambiaran el color de las sabanas y las cortinas. Ordenando que quitaran la alfombra del piso y que quitaran todas las decoraciones del baño. Estaba disponiendo de todo a su antojo. Los cuadros y decoraciones habían sido removidos y otros en su lugar habían sido puestos.

— ¡Que horrible! Este lugar está completamente odioso. Estos colores tan grises y tan opacos. ¡Por Dios! ¡Quiero vida! ¡Quiero alegría! Quiero colores rojos y vivos. Gracias a Dios que durante mi luna de miel me dediqué a comprar algunas cosas para decorar mi cuarto. ¿Quién lo decoro? ¡No! No me digan. Me imagino que fue mi queridísima suegra—. Leticia despreciaba a Aurora. Por su madre se había enterado de su origen pobre y es por eso que nunca le tuvo respeto a Aurora. Para ella gente que no hubiera nacido en cuna de ricos, eran gente que estaban muy por debajo de ella aunque su situación económica hubiera cambiado. ——Que gustos tan odiosos. No sé porque se molesto. Que sabe ella de decoraciones para la gente joven. Es más que sabe ella de decoraciones punto—. Les decía Leticia a Chenca y Armenia. Ambas oyeron a la nueva patrona pero no hicieron ningún comentario. Leticia no había estado viviendo en la casa de su esposo por un día completo, pero ya estaba disponiendo de todo a su alrededor. En unas cuanta horas había re decorado el cuarto por completo. Tenía a Chenca y Armenia implorando silenciosamente que las dejará descansar.

José Armando no había perdido tiempo. En cuando llego a San Martín y dejo a su esposa y en su casa se fue a buscar a Milagros. Durante todo el tiempo que estuvo fuera de San Martín, en lo único que había pensado había sido en ella. Estaba seguro que su madre le había dicho sobre su boda. Estaba seguro que Milagros había preguntado por él y su madre sin imaginárselo le había dicho la verdad. Sintió un nudo en la garganta de solo pensar en que la había herido profundamente. Se estremeció al imaginársela llorando y se sintió como un canalla por no haber tenido el valor de decirle la verdad. Tenía que explicarle a Milagros porque se había casado con Leticia. Tenía que asegurarle a Milagros que ella era su único amor. Decirle que en cuanto Leticia diera a luz él se divorciaría para casarse con ella. Se la imaginaba triste y enojada con él, pero estaba seguro que la haría comprender. José Armando había llegado a la casa de Milagros unos minutos después que su madre se hubiese marchado. ¿Dónde andarán? Tal vez mi madre, Ingracia y ella andan de compras, pues Aurora no estaba en casa cuando llegué. Será mejor que regresé,

pues no me gustaría encontrarme con mi madre aquí. Si Milagros le contó sobre nuestra relación, me imagino que estará furiosa conmigo y tendría toda la razón. Lo mejor será ir a la oficina. Por la tarde pasaré a buscarla. Pensó José Armando.

Aurora llego a su casa preocupada. Había estado afuera de la casa de Milagros esperando por más de cuatro horas. El saber que Ingracia la había llamado la tenía inquieta. Serafina había estado impaciente esperando y le preguntó nerviosamente:

— ¿Cómo está la niña Milagros? ¿Qué quería Ingracia?— Aurora maneó la cabeza y contestó:

—No lo sé Serafina. Me quede afuera de la casa esperando a Milagros y Ingracia pero nunca llegaron—.

— Porque no llamas al hospital para cerciorarse que Milagros no cayó nuevamente en una crisis depresiva—. Le dijo Serafina.

—Tienes razón Serafina. Eso es lo que haré. Tal vez Ingracia este con ella en el hospital y es por eso que no había nadie en la casa —.

—Vamos a tu cuarto ahora mismo para poder llamar al hospital con más tranquilidad—. Le dijo Serafina.

— ¿Esta Felipe en casa?— Preguntó Aurora nerviosa.

— ¡No! Desde esta mañana aquí salió no ha regresado y tampoco ha llamado. No creo que fue a su oficina, pues no llevaba su portafolio—. Respondió Serafina.

—Que bueno—. Respondió aliviada Aurora al saber que su esposo no estaba en casa.

—Los que llegaron después que te fuiste fueron tu hijo y tu nuera—

Comentó Serafina.

Aurora feliz porque su hijo había regresado preguntó:

— ¿José Armando está en casa?—

— ¡No! Tuvo una fuerte discusión con su esposa y salió hace como media hora—. Contestó Serafina.

— ¿Porque discutieron Serafina?— Preguntó Aurora preocupada por el bienestar de su hijo.

—Pues no podría decirte, pero creo que fue porque Leticia en cuanto entró al cuarto que le preparamos comenzó a criticar y re decorar todo y creo que eso molesto mucho a José Armando—.

—No sé porque nos molestamos en preparar ese dormitorio Serafina.

Tenías razón. Le hubiera evitado un disgusto a mi hijo. Con Leticia no se puede una llevar bien—. Serafina asintió con la cabeza. Aurora y Serafina entraron en la casa y se dirigieron al cuarto para llamar por teléfono al único hospital en San Martín. Serafina marcó el número del hospital y preguntó si estaba hospitalizada Milagros Vascos. Pero le dijeron que no estaba registrada en el hospital. Al colgar, Aurora se sintió aliviada al saber que Milagros no había sido recluida nuevamente en el hospital y preguntó en voz alta, ¿dónde andarán?

—Solo Dios sabe en donde se habrán metido. Pero no debes preocuparte mucho Aurora. Piensa que si era algo sumamente grave, Ingracia ya hubiera tratado de comunicarse contigo por segunda vez. Aurora tranquilizada por las palabras de Serafina sonrió y contesto:

—Tienes razón Serafina. Tal vez me estoy preocupando más de lo debido. Bueno creo que será mejor que me cambie de ropa, no sea que entre Felipe por esa puerta y se dé cuenta de inmediato que salí esta mañana. Y la verdad es que no estoy de humor para soportar sus groserías—. Minutos más tarde, Aurora y Serafina bajaron y se sentaron en el salón a platicar. En esos momentos bajo Leticia. Iba de salida. Al verlas se acerco y en tono sarcástico burlón saludo a su suegra.

— ¿Suegrita cómo estás?— Y acercándose le dio un beso en la mejilla.

— ¿No te alegra de saber que ya regresamos?— Le preguntó Leticia. Aurora tratando de esconder su antipatía por esta mujer contestó:

—Claro que me da gusto saber que están de regreso Leticia. ¿Y José Armando dónde está?

—Se fue a la oficina. Bueno eso fue lo que me dijo a mí. Pero ya me encargaré de vigilar a mi esposo y seguirle los pasos. Por eso

voy a su oficina a cerciorarme que no me mintió. Y luego pasaré a ver a mis padres. ¿Quieres que le de algún recado a tú hijo?— Aurora sin poder ya evitar su repugnancia le respondió.

— ¡No! yo hablare con él cuando regrese. Que te vaya muy bien Leticia. Y si yo fuera tú no lo vigilaría tanto. Se puede cansar de ti y pedirte el divorcio—. Aurora no era mujer de hacer esa clase de comentarios, pero no pudo contenerse.

—Eso nunca. Primero muerta que darle su libertad. ¡Ah! antes que se me olvide… ojala y no se ofenda porque re decoré el cuarto. Pues es obvio que no tenemos los mismos gustos—. Dijo Leticia. Con desdén, Aurora contestó:

—Claro que no me molesta Leticia. Ese es el cuarto de ustedes y tú tienes el derecho de arreglarlo a tú antojo—. Sin decir ni una sola palabra más Aurora se encaminó a la cocina para salir de la presencia de Leticia. Serafina quien sentada callada observada y escuchaba se levanto de igual manera y siguió a Aurora a la cocina. José Armando estaba en su oficina platicando con Miguel Pedregón.

—Bueno, cuéntame. ¿Cómo te fue en tú luna de miel? ¿Disfrutaste muchísimo a tú esposa?— Le preguntó Miguel a José Armando.

—No seas sarcástico Miguel. Tú mejor que nadie sabes que mi matrimonio es una farsa. Pero lo peor de todo es que encontré el verdadero amor—. Le confesó José Armando.

— ¿Cómo? ¿De quién te enamoraste?— Preguntó Miguel sorprendió por lo que acababa de oír. José Armando sonrió y contesto:

—De Milagros—.

Miguel estupefacto exclamó:

— ¡De tú prima Milagros! Pero tú estás loco. No es más que una jovencita. ¿Cómo es posible que hayas puesto tus ojos en ella? Es cierto que es muy bella, pero tú le llevas muchos años. ¿Dime, cuando sucedió esto?— Un poco apenado, José Armando contestó:

—Tienes razón aunque haya una diferencia de ocho años entre nosotros, nos amamos. Todo comenzó dos meses antes de mi boda con Leticia. Comencé a visitarla más a menudo como mi madre me lo había pedido y sin darme cuenta me enamore de ella. Lo peor Miguel…hizo una pausa y prosiguió… ¡lo peor es que la hice mía!

Me siento como un canalla por no haberle dicho que tenía que casarme con Leticia—. Miguel no podía creer todo lo que estaba escuchando. Nunca se espero ese comportamiento de su amigo.

— ¿Pero José Armando porque hiciste eso sabiendo que te ibas a casar muy pronto? El semblante de José Armando cambió contestó.

—Porque me pienso casar con ella Miguel. En cuanto Leticia dé a luz me divorciaré y me casaré con Milagros—. José Armando hablaba seriamente.

—Tú de verdad has perdido la cordura. ¿Tú crees que Leticia te dará el divorcio? Lo mejor y más sensato que hubieras hecho hubiera sido hablando con Leticia desde el principio con la verdad. ¡Ella jamás te dará el divorcio!— Contestó Miguel quien de verdad conocía la clase de chica que era Leticia. Desesperado José Armando replicó:

—Leticia es una chica inteligente y comprenderá—. Miguel lo miró con incredulidad y pregunto:

— ¿Qué comprenderá Leticia? Que tú le pides el divorcio para casarte con otra mujer. Se ve que no conoces muy bien a las mujeres y mucho menos a las mujeres como Leticia. ¡Una mujer despechada y burlada es capaz de matar!—

En esos momentos la puerta de la oficina se abrió y entró Leticia sin ser anunciada y los saludo. Miguel respondió al saludo. Al verla, José Armando se sintió acechado por su mujer y preguntó:

— ¿Qué haces aquí?— Leticia sonrió maliciosamente.

—Yo simplemente vine a cerciorarme que te estés comportando muy bien mi cielo. También vine a ser las paces contigo — Y sin darle tiempo a él de reaccionar Leticia lo beso en la boca. Él se desprendió de ella y en tono bastante descortés le dijo.

—Pues como podrás ver estoy donde te dije que estaría. Aquí en la oficina—. Miguel turbado por el aire que se respiraba en la oficina en esos momentos interrumpió el pequeño altercado de la pareja y dijo:

—Será mejor que yo me retiré—. José Armando detuvo a Miguel diciéndole:

—No Miguel espera, Leticia ya se va. Tengo demasiado trabajo retrasado y necesito tú ayuda. Leticia sintiéndose humillada pero

tratando de esconder sus sentimientos dirigió su mirada a Miguel y le dijo:

—Si Miguel quédate. Yo me iré. No quiero quitarles más tiempo—. Desde la puerta Leticia dijo:

—Mi amor te espero a las seis y media en casa. Esta noche saldremos a cenar y me retiro para que puedan trabajar a gusto—. José Armando exclamó:

— ¡Salir a cenar! ¿De qué hablas? Cenaremos en casa con mis padres esta noche—.

—No querido. Nosotros saldremos porque todavía tenemos que seguir festejando nuestra luna de miel. Y además porque no quiero que sigamos peleados. Tú sabes que la única manera para que no siga enojada contigo es me complazcas en todo. Te espero a las seis mi cielo—. José Armando enfurecido y le contestó. Leticia nuevamente se despidió de Miguel.

—Hasta luego Miguel y salúdame a tú esposa. Sin decir una sola palabra más Leticia desapareció de oficina de su esposo tan rápido como había llegado. Una vez fuera de la oficina se dijo a si misma enfurecida, ¯te voy a ser pagar todas estas humillaciones maldito. Eloina y Abram hablaban sobre la desgracia del doctor Montenegro al perder a su única hija. En San Martín, por ser un pueblo tan pequeño, todos se conocían bien y hasta sabían con detalles la vida de los demás.

—No entiendo como una joven tan bonita y llena de vida se pudiera quitar la vida así tan súbito. Estos jóvenes de hoy en día no saben lo que es vivir—. Decía Abram.

—Tal vez tenía algún problema que no parecía tener solución y en vez de recurrir por ayuda prefirió quitarse la vida—. Comentó Eloina quien sentía empatía por el dolor ajeno.

—Solo Dios sabe. No me gusta hacer conjeturas. ¡Pobre chica! — Dijo Abram.

— ¿Quién se suicido?— Preguntó Leticia que en esos momentos venía entrando. Abram y Eloina al ver a su hija se llenaron de felicidad.

— ¿Hija cómo estás? ¿Cómo te fue en tú luna de miel, y tú esposo dónde está? ¿Ya de regreso tan pronto?— Preguntó Eloina.

—Bueno son demasiadas preguntas juntas. Contestó Leticia mientras abrazaba a su padre y saludaba a su madre.

—Pues como puedes ver estoy bien. La luna de miel fue maravillosa y mi esposo está en su trabajo. ¡Satisfecha mama! Todas tus preguntas han sido contestadas—. Le dijo Leticia con un tono sarcástico y burlón. Leticia despreciaba a su madre por ser fea. Y nunca entendió como su padre se había casado con ella. Desde muy pequeña le dio vergüenza presentar a su madre con sus amigas. Por eso nunca salió con ella de niña, solamente con su padre por ser buen mozo y elegante.

—Pero no me han contestado. ¿Quién se mato? Volvió a preguntar Leticia. Un poco titubeantes Abram y Eloina preguntaron:

— ¿De qué hablas hija?—

—Cuando entre ustedes hablaban de que alguien se había quitado la vida—. Contestó Leticia.

— ¡Ah! Si hijita. Isabel Montenegro se mató. — Replicó Eloina. Sorprendida por la noticia preguntó:

— ¿Que has dicho mamá?—

—Si hijita Isabel se quito la vida hace unos días. Ayer la enteraron—.

— ¿Pero porque se mato?—

—Nadie sabe, a su padre solo le dejo un anota pidiéndole que la perdonará pero no le dijo la razón o tal vez él no quiso decir el motivo—. Contestó Abram. De pronto Leticia comenzó a reírse a carcajadas.

— ¿Leticia que es lo que te causa risa?— Preguntó Eloina turbada por la conducta de su hija. A veces Eloina había llegado a pensar que su hija no estaba bien de la cabeza, pues decía y hacía unas cosas que no parecían coherentes.

— ¿Pues qué crees mamá? ¡La muerte de la tonta de Isabel! Está muy claro—. Contestó Leticia mientras seguía riéndose sin poder controlarse.

—Leticia déjate de reírte de esa manera y dinos que es lo que te ocurre. ¿Qué es lo que está claro?— Preguntó su padre ahora un

tanto furioso por el comportamiento de su hija. Tratando de controlar su risa, Leticia les contestó:

—Papá, mamá está clarísimo. Isabel se mato porque yo me case con José Armando. Abram y Eloina se miraron confusos por lo que escuchaban.

— ¿Nos quieres explicar qué demonios estas tratando de decirnos?— Preguntó su padre firmemente. Leticia quien todavía no podía controlar su risa dijo:

— ¡Sí! la pobre estaba muy enamorada de mi novio y cuando él se caso conmigo ella no pudo soportarlo. ¡Que tonta!— De pronto su actitud cambió instantáneamente como si fuera otra persona la que estuviera en su lugar.

—Bueno, cambiemos de tema no quiero hablar más de esa estúpida—.

— Contestó Leticia secamente sin ninguna empatía. Sus padres estaban sorprendidos. Hasta ese momento Abram comprendió el monstruo que tenía por hija.

José Armando llamo varías veces la casa de Milagros pero nadie contestaba. Sin poder concentrarse decidió que iría a buscarla. Eran las cuatro de la tarde y no tendría mucho tiempo para hablar con ella, pues tenía que llegar a casa temprano para evitar otro altercado con Leticia en presencia de sus padres. En esos momentos en que se preparaba para salir en busca de Milagros, Diana Montalvo entró y preguntó:

— ¿Se puede José Armando?—

—Claro. ¿Qué pasa Diana?— Sonriente ella le dijo:

—Necesito tú opinión con referente a un nuevo caso—.

—Diana ahorita no puedo hablar contigo. Voy de salida y no pienso regresar esta tarde. ¿Puede esperar lo que tienes que hablar conmigo?— Preguntó él.

—Si por supuesto José Armando—. Contestó Diana. José Armando le sonrió y le dijo:

—Gracia Diana, tú como siempre tan comprensiva—.

A estas horas Milagros y Sor María estaban ya muy cerca convento Las Carmelitas. Milagros no había dicho ni una sola palabra desde las diez de la mañana cuando habían reanudado el viaje. Sor María no quería ser inoportuna con palabras o preguntas. Sabía que la chica estaba pasando por una de las etapas más difíciles de su vida. Estaba sola en el mundo al perder a sus padres tan trágicamente y por si fuera poco embarazada y burlada por un ruin hombre a tan temprana edad. La había estado observando y sabía que había estado llorando toda la noche pues sus ojos la delataban. También por la mañana cuando se levanto con la jaqueca la sintió, pero no le dijo nada. Ella sabía que lo mejor en estos casos era no dar consejos o decir nada. Ella quería mucho a Milagros, pues para ella era como una hija. Por doce años la había cuidado día a día. Había compartido con ella, cumpleaños, fiestas pascuas, y un sin número más de otras festividades. Esa niña asustada, trémula y callada que había llegado el internado había llegado a tenerle confianza y cariño y a contarle todo. Esa niña había llegado a admirarla y obedecerla ciegamente. Ahora esa niña era una mujer que necesitaba de su apoyo y comprensión.

En eso momentos como si Milagros hubiera leído los pensamientos de la monja le preguntó:

— ¿En qué piensa madre?—

—En nada hija—. Contestó ella. No quería abrumarla o hacerla sentir incómoda por hacerla saber que ella había ocupado la mayor parte de sus pensamientos.

—Sabes Milagros, le dijo Sor María, muy pronto llegaremos al convento y pues estaba pensando que podremos quedarnos allí por unos meses y luego tendremos que buscar a donde ir—. Milagros la miró enternecida y le dijo:

—Yo no quiero que usted se sacrifique por mí. Su vida es el convento—. Sor María le regaló una sonrisa cálida y cariñosa.

—Milagros, tú eres como una hija para mí y es ahora que me necesitas más que nunca y no pienso desampararte—. Milagros tomó una de las manos de Sor María y le agradeció el ser tan buena con ella.

Raúl Fuentes llego a la casa Aragón en busca de Felipe, pero su mayor anhelo era ver a Aurora. Desde mucho tiempo, Raúl guardaba la esperanza de que un día Aurora fuera una mujer libre y él pudiera hablarle de su amor. Serafina le abrió la puerta.

—Señor Fuentes, el señor Felipe no está en casa—. Le dijo Serafina.

— ¿Serafina, no me permites pasar? Quede de verme con Felipe aquí y mientras hablaré con Aurora. ¿Esta ella en casa?— Le preguntó Raúl.

—Perdoné mi descortesía. Si, la señora Aurora se encuentra en casa.

Pasé por favor. Siéntese. Ahorita le aviso que usted está aquí.

¿Desea tomar algo, un té o un café?— Preguntó Serafina.

—Si no es molestia tráeme un té—. Contestó él. Serafina asintió con un ademán de cabeza y dijo:

—Si señor en unos minutos le traigo su té. En esos momentos, Aurora entró en la sala.

—Raúl que gusto de verlo. Esto sí que es una sorpresa, pues es muy raro verlo por aquí—. Le dijo Aurora sonriente.

— ¡Sí! Tiene usted razón Aurora. Creo que debo frecuentar más esta casa. Esta usted bellísima—.Aurora se sonrojó por el halago

—Quede verme con Felipe. ¿Está usted bien Aurora? La notó un poco nerviosa—. Preguntó él.

—Si estoy un poco nerviosa. Estoy muy preocupada por mi sobrina Milagros, pues he estado tratando de comunicarme con ella y no he podido—. Le dijo Aurora sin pensar que Raúl era el mejor amigo de su marido.

— ¿Le pasa algo a su sobrina?— Aurora nunca hablaba de sus cosas con nadie, y mucho menos con el que fuera el mejor amigo de Felipe, pero Raúl le inspiraba confianza a pesar que lo miraba muy pocas veces y contestó:

—Recibí una llamada urgente de Ingracia, la señora que trabaja en la casa de mi sobrina, y pues no me he podido comunicar con ellas. No sé si les habrá sucedió algo—. Raúl tratando de ser reconfortante le dijo:

—No se preocupe. Ya verá que todo está bien—.

—Eso espero—. Dijo Aurora. Al mismo tiempo que entraba

Serafina en la sala con la charola de té. En ese mismo momento llego Felipe. Al escuchar las voces procedentes de la sala, él se dirigió a ver quienes hablaban y se encontró con su amigo y su mujer platicando de lo más cómodos. Sin saludar a su esposa, Felipe se acerco a Raúl y le dijo:

—Raúl discúlpame que te haya hecho esperar. Ven vamos a mi oficina. Miró a Serafina con la charola de té en la mano y ordenó:

—Serafina trae el té a mi oficina.

—Sí señor, contestó ella. Raúl se despidió de Aurora.

—Fue un gusto de verte y hablar contigo—. Le dijo él.

—Igualmente—. Respondió Aurora nerviosa y avergonzada por el comportamiento de su esposo para con ella. Felipe siempre lograba tener este efecto en ella.

Esos momentos, Leticia regresó a casa y saludo Aurora:

—Buenas tardes. ¿Ya llego mi esposo?—

— ¡No! José Armando no ha llegado—.

—Bueno será mejor que me vaya a arreglar porque no tardará en llegar—. Leticia iba a retirarse a su cuarto pero con afán de fastidiar le dijo.

—Por favor dile a Chenca que no ponga lugar en la mesa para mí o para mi esposo. Nosotros saldremos a cenar—. Aurora molesta por lo que acababa de oír le dijo:

—Pero Leticia acaban de regresar de su luna de miel. No piensan al menos cenar la primara noche de regreso con nosotros—. Leticia miró con desdén a Aurora por unos segundos y contestó:

—Mire suegrita no se meta en mis cosas. Y ni se le ocurra decirle algo a José Armando. Él es mi esposo y este es mi matrimonio. Y si piensa meterse en nuestros asuntos entonces buscarnos en donde ir a vivir—. Aurora no le contestó y Leticia salió del salón airada. Aurora a su vez se fue a recamara. No soportaba a Leticia y era mejor no tener que seguir viéndola entrar y salir. Unos minutos después José Armando llego a su casa y se dirigió a su habitación a cambiarse de ropa. Estaba malhumorado. Había ido a buscar nuevamente a Milagros y tampoco esta vez pudo hablar con ella. Estaba preocupado

que a estas horas Ingracia ni ella estuvieran en casa. Al entrar en su casa, José Armando había tratado de evitar verse con su madre por lo tanto no fue en busca de ella. Además andaba apresurado. Había llegado tarde nuevamente y se imaginaba el enfrentamiento que tendría con su esposa por la tardanza. No quería discutir con ella y que su madre se enterará del calvario que vivía y lo infeliz que era. Por eso en cuanto vio a Leticia le explicó sobre el supuesto contratiempo que había tenido en la oficina. Unos momentos después Leticia y él salían de la casa.

En el restaurante ¯Las Delicias Leticia le hablaba de lo más animada. Y con una frialdad inexplicable, Leticia le comentaba sobre la muerte de Isabel.

— ¡Que has dicho Leticia!— Exclamó José Armando desconcertado por la noticia.

—Si mi amor, Isabel Montenegro se mató. Fui a ver a mis padres esta tarde y ellos me comentaron que Isabel se había suicidado. Sucedió dos días antes que regresáramos de luna de miel y ayer la enteraron—. Contestó Leticia fríamente sin ninguna expresión de dolor o compasión. Todavía asombrado por la noticia pregunto:

— ¿Pero, qué pasó?—

—Nadie lo sabe, pero yo me imagino que fue por la noticia de nuestra boda. *Y por la nota que le mande dentro de la tarjeta de invitación, aunque esto último no lo dijo en voz alta*—. Contestó Leticia mientras saboreaba le expresión de dolor en la cara de su esposo por la muerte de su rival. Leticia estaba segura que su nota había surgido en Isabel el efecto que ella esperaba. Pero nunca se imagino lo débil de carácter que esta fuera al quitarse la vida. La noche transcurrió en silencio. Leticia pensó que el motivo del silencio en José Armando era por la noticia de la muerte de Isabel, pero muy lejos de sus pensamientos estaba el imaginarse que el silencio de su esposo se debía a otro motivo—Milagros—. Un motivo que de saberlo ella, la conduciría al grado de cometer un crimen. En toda la noche, José Armando estuvo silencioso e inquieto. Se sentía muy mal por no haber podido lograr ver a Milagros y aclarar todo con ella al igual que muy turbado por muerte de Isabel quien era como una hermana para él.

Ya anocheciendo y después de muchas horas de trayecto, Sor María y Milagros habían llegado al convento. Milagros se encontraba dentro de las mismas cuatro paredes que fueron su refugio por muchos años de soledad. Arrinconada cerca de la única ventana que yacía en

ese cuarto, Milagros dejaba escapar las lágrimas que embargaban su alma y de esa forma hacía audible su infortunio. Se miraba gris y demacrada. Dos meses habían sido suficientes para quitarle el brillo a sus ojos y la sonrisa de los labios. Ese tiempo había sido suficiente para mostrarle lo cruel que la vida podía ser y mostrarle que el verdadero amor no existía.

Capítulo 9

La desaparición de Milagros

Los días transcurrieron lentamente sin saber el paradero de Milagros o Ingracia. José Armando y Aurora habían ido separadamente en busca de Milagros. Aurora se consoló con la idea de que tal vez Ingracia había tenido que salir del pueblo a ver sus familiares y Milagros la había acompañado. Se había dicho a sí misma que fue por eso que Ingracia había llamado para comunicarle que saldrían fuera de San Martín. Pero había pasado una semana y no sin tenía noticias de ellas. Esa tarde cuando llego a ver si habían regresado a la casa, Aurora se encontró con una sorpresa muy desagradable. En la casa de los Vascos' había un letrero de venta y unos señores estaban recorriendo y observando la propiedad. Ella se acercó y preguntó:

— ¿Disculpen me pueden decir que significa esto?— Aurora se refería al letrero de venta. Ambos hombres se miraron un poco sorprendidos por la pregunta y uno de ellos le respondió:

— ¡Señora…la casa está a la venta!—. Sorprendida por lo que acababa de escuchar preguntó nuevamente:

— ¿Qué ha dicho? ¡Pero no entiendo! Mi sobrina no me dijo que ella estuviera vendiendo la casa.

El hombre alto y delgado, el mismo que le había respondido anteriormente, le dijo:

—Me temo que no puedo explicarle las razones, pues las desconozco… Quizás el señor que está adentro, el encargado de la venta de esta casa, pueda contestar sus preguntas—. Sin decir una sola palabra más, Aurora se encamino hacía la casa. Un hombre de estatura mediana, delgado con lentes y de pelo canoso la saludo al entrar en la sala.

— Braulio Palacios para servirle. ¿Le puedo ayudar en algo

señora? Desea usted recorrer la casa. ¿Verdad que es preciosa?—

Preocupada y muy sorprendida con el asunto Aurora contestó:

— ¡No! No quiero recorrer la casa. ¿Simplemente quiero saber en donde esta mi sobrina y porque está a la venta esta propiedad? Braulio tratando de calmarla le contestó.

—Señora calmase. No puedo decirle en donde está su sobrina. Pero me temo que usted no sabe la noticia. Esta casa ya no es propiedad de la señorita Milagros Vascos, hija de los difuntos Ariel y Adelia Vascos…

Verá usted. El señor Ariel al parecer hizo inversiones y malas y perdió su capital. Hipotecó su casa para conseguir un préstamo del banco, y como no pudo pagar sus deudas y su negocio quedo en la bancarrota, la casa paso a ser propiedad de nuestro banco. Ahora la casa está a la venta. Aurora mucho más confundida que antes replicó:

—Pero aquí están todas las pertenencias de los Vascos'.

—Las pertenencias que eran de los Vascos señora. La señorita Milagros tuvo que desalojar la casa sin llevarse nada— Corrigió Braulio.

El pensar que Milagros se encontraba desamparada preocupo enormemente a Aurora. Sin perder más tiempo, se dirigió a la oficina de su hijo. Tenían que encontrar a Milagros y Ingracia. Ella no sabía si Milagros tenía dinero y donde había ido. Llegó a la oficina de su hijo y Alicia, la secretaria, la saludo. Alicia Fuentes era una chica atractiva de pelo corto y ojos claros. Era muy eficiente en su trabajo y amaba a su jefe en silencio. Alicia estaba consciente que José Armando nunca pondría sus ojos en ella pues desde que había comenzado a trabajar con él se dio cuenta que le gustaban las mujeres bellas. Y ahora casado con la Leticia Castillo, sus sueños se habían esfumado y tenía que conformarse simplemente con ser su secretaria. Además José Armando era guapísimo y sabía que él no se fijaría en una chica tan simple y sencilla como ella. Alicia le comunico a Aurora que José Armando estaba en una junta.

— ¿Cuanto tiempo tardará en esa junta Alicia?— Le preguntó Aurora.

—No podría decirle señora. A veces una hora, otras veces media hora y en muchas ocasiones se están por horas—. Le contestó la secretaria con una calurosa sonrisa en los labios. Pero en esos

momentos precisos momentos, José Armando, Diana Montalvo y Miguel Pedregón venían saliendo de la junta. Al ver a su madre hablando con su secretaria se sorprendió mucho y preguntó:

— ¿Mamá que haces aquí?—

—Necesito hablar contigo urgentemente—. Replicó Aurora. José Armando inmediatamente se preocupó. Su madre nunca había venido a su trabajo.

— Está bien mamá. Pasa a mi oficina—. Dirigiéndose a su secretaria ordeno:

—Alicia vea que nadie nos moleste… ah y por favor tráenos un café.

—Si señor—. Contestó la joven que se derretía cada vez que él le hablaba. Aurora entró en la espaciosa y acogedora oficina de su hijo. Y observo todo a su alrededor. Esta era la primera vez que ella entraba en esta oficina. Pues nunca antes había visitado a su hijo en su trabajo. Las decoraciones de la oficina eran de un gusto superior. José Armando siempre se había destacado por su buen gusto. Quizás lo había heredado de su verdadera madre la que por lo visto había sido una excelente decoradora. Además, su hijo siempre se había caracterizado por su nitidez pensó Aurora al ver como todo estaba en su lugar. Lo sillones negros eran bastante acogedores y complementaban el color de su escritorio. Las paredes eran de un tono natural al igual que la alfombra que cubría el piso. Ofreciéndole asiento a su madre, José Armando nuevamente le preguntó:

— ¿Mamá que pasa?

Durante la semana desde su regreso, José Armando estuvo esquivando a su madre pues estaba seguro que Milagros le había comentado sobre su relación. Estaba seguro que ella venía a hablarle sobre ese asunto. Y él estaba a decirle la verdad. Decirle que amaba con locura a Milagros y que pensaba casarse con ella en cuanto le fuera posible. Como si Aurora estuviera leyendo los pensamientos de su hijo le dijo:

—José Armando no te imaginas la desgracia que ha ocurrido.

— ¿De qué hablas mamá?— Preguntó él.

— ¡Milagros!— Exclamó Aurora. Agitado preguntó:

— ¿Qué pasa con ella mamá?— Aurora lo miró nerviosa y contestó:

—Su padre lo perdió todo…. Los negocios, la casa…. y Milagros tuvo que desalojar.

— ¿En dónde está ella ahora?

— ¡No lo sé!—. Contesto Aurora casi llorando.

— ¿Entonces como sabes lo que ocurrió?— Le preguntó él. Antes que Aurora pudiera contestar, entró Alicia con la charola de café y les sirvió.

—Gracias Alicia puedes retirarte—. Le dijo José Armando. Al salir la chica de la oficina, él volvió a preguntar.

— ¿Cómo te enteraste? ¿Quién te dio esa información?— Aurora le contó sobre su visita a la casa de Milagros y la plática había tenido con el señor Braulio Palacios. Él señor Palacios me lo contó todo hijo. Y ahora no sé donde esta mi pobre hija. José Armando exclamó.

— ¡Hija! Mamá acabas de llamar a Milagros mi hija. — Aurora alzó sus ojos y con una mirada firme y determinante se enfrentó con la verdad ante su hijo.

—Si José Armando. He llamado a Milagros mi hija… porque yo soy su verdadera madre.

José Armando quedo perplejo con la revelación. No sabía que decir y dijo:

—No es posible. Tú nunca dijiste nada—. Sin poder ya contener las lágrimas Aurora contestó.

—Perdóname hijo por haberte ocultado la verdad, pero no podía decirte nada—. El desprecio se reflejo en su mirada, y José Armando contestó:

—Ahora lo entiendo todo… Todo está muy claro. Ahora entiendo él porque tú y mi tía Adelia nunca se llevaron bien y el desprecio de mi padre ante ti. ¿Pero cómo es posible que tú hayas sido capaz de ser la amante del esposo de tú propia hermana y engañar a mi padre?— Por unos segundos Aurora quedo callada y el silencio embargo la oficina. José Armando le dio la espalda mientras su

mirada se perdía en los matorrales que se encontraban a simple vista desde la ventana. Aurora armándose de valor trató de explicar y dijo:

—No es como tú te lo imaginas hijo—.

— ¡No me llames hijo! ¡Yo no soy tú hijo! ¡Te he tenido en un pedestal todos estos años!— Exclamó iracundo. Aurora lo miró con ojos de madre y replicó:

—Para mi serás siempre mi hijo aunque yo no te di el ser. Por favor no me juzgues tan severamente sin antes poder explicarte—.

— ¿Explicarme que mamá? Todo está muy claro, tú no tienes nada que explicar. Has sido la amante de Ariel y has traicionado el amor de mi padre—. Le contestó alterado. Llena de dolor por la forma brusca de José Armando, Aurora contestó:

—Yo no fui la amante de Ariel. Lo que hubo entre nosotros fue antes del matrimonio de él y Adelia. Ellos eran novios es cierto, pero nosotros nos enamoramos… El no rompió su compromiso con Adelia porque yo se lo evite. Tú padre aún no existía en mi vida, pero ahora esa historia no importa. Lo que importa es encontrar a Milagros.

—Tienes que ayudarme—. Suplicó Aurora.

—Y tú crees que yo no quiero encontrarla. ¡La amo con toda mi alma!— Exclamó él.

— ¿Qué has dicho?— Preguntó Aurora perpleja ante tal revelación.

— He dicho que estoy enamorado de Milagros mamá. La empecé a querer desde el primer día que puse mis ojos en ella—. Incrédula por las palabras que acaba de escuchar, Aurora preguntó:

— ¿Pero cómo paso? ¿Porqué nunca me digites?—

—Pensé que tú ya te habías enterado. Creí que Milagros te había dicho todo lo que hubo entre nosotros—. Contestó él. Ahora era Aurora la que estaba enojada por el comportamiento de su hijo:

— ¿Cómo es posible José Armando que tú hayas enamorado a Milagros sabiendo que estabas comprometido con Leticia?— Muy apenado, José Armando le contó todo a su madre.

—Al principio trate de evitar lo que estaba sintiendo por ella,

pero te había prometido visitar a Milagros y a distraerla un poco. Esa era mi intención pero no pude evitarlo y sin darme cuenta me enamore. Su forma de ser me conquistó…hizo un pausa…. Y ella también había comenzado a sentir lo mismo—. Aurora miraba a su hijo con incredulidad y no podía creer lo que estaba escuchando. Estaba segura que ese había sido el motivo por el que había desaparecido sin rastro alguno.

—Ahora entiendo…. Ahora entiendo porque estaba encerrada en su cuarto por días sin querer comer después de tu boda. Unos días después que te fuiste de luna de miel, Ingracia me llamó porque estaba preocupada por su estado de ánimos. Yo sin saber nada le dije que tú te habías casado y que andabas de luna de miel. Dios mío. Me imagino por lo que estaba pasando mi pobre hija—.

José Armando se acercó a su madre, la abrazó y le pidió perdón.

—Mamá por favor perdóname por juzgarte y por haber puesto mis ojos en Milagros. No quise hacerle daño. De verdad que esa nunca fue mi intención. Yo realmente la amo. Pero tuve que casarme con Leticia porque está esperando un hijo mío—. Aurora lo miró con amor y ternura sabiendo por experiencia propia que en el corazón no se manda—. Y contestó:

—Lo sé hijo mío. Yo se que tú no eres capaz de burlarte de ninguna mujer y mucho menos de alguien como Milagros. Ahora lo que tenemos que hacer es encontrarla—.

—Si mamá es lo que vamos a hacer—. Respondió él aliviado.

En esos momentos, sin ni siquiera tocar la puerta o haberse anunciado, entró Leticia a la oficina y viendo a su suegra preguntó:

— ¿Qué hace aquí mi querida suegra? ¿Interrumpo algo? Parece que están hablando de algo muy grave—. Aurora miró a Leticia con indiferencia a la vez que se limpiaba las lágrimas de los ojos. No estaba de ánimos para escuchar sus tonterías. Dirigió su mirada hacía su hijo y le dijo:

—Terminaremos esta plática en casa. Ahora debo irme. Con tú permiso Leticia yo me retiro. Leticia se acercó a su esposo, le dio un beso en los labios y le dijo:

—Mi amor vine a raptarte. Pensé que podríamos ir a almorzar a algún sitio—. Leticia necesitaba poner a José Armando de buen

humor para estar con él… necesitaba embarazarse lo más pronto posible, pero lo que estaba logrando con su comportamiento era distanciarlo más de ella, pues José Armando se sentía acosado. José Armando no estaba de ánimos para pelear y accedió a acompañar a su esposa sin refunfuñar.

El tiempo transcurrió rápido en busca a Milagros. Año y medio había pasado sin noticias de ella o Ingracia. Aurora y José Armando habían buscado por todas partes. Sin imaginarse que ambas habían tomado caminos separados. Durante su embarazo, Milagros había estado viviendo en el convento. Sor María había sido como una madre para ella durante todo ese tiempo. La madre superior le había permitido a Milagros quedarse en el convento durante los nueve meses de embarazo pero le había dicho que en cuanto la criatura naciera, ella y el bebé deberían de buscar otro lugar en donde vivir. Después de dar a luz a un hermoso y sano bacón que nombró Ariel Armando, Milagros y Sor María dejaron el convento y fueron a residir en las afueras de San Pedregón. Un pueblito muy cercano al convento.

El tiempo no paso en vano en la casa Aragón. La muerte de Ariel y la ausencia de Milagros había sido causa suficiente para llevar a Aurora a la depresión y al decaimiento emocional. Felipe disfrutaba mucho del sufrimiento de su esposa. Entró en el cuarto donde se encontraba Aurora recostada sobre la cama perdida en su dolor. La miró con odio y desdén y le dijo:

— ¡No piensas levantarte de esa cama o es que vas a pasarte toda la vida llorando por tu adorada Milagros!— Aurora no contestó. Con una sonrisa de burla, Felipe le prosiguió:

— ¿Pensaste que la habías recuperado no es así? No te duro el gusto mi amor y la has perdido nuevamente. ¡Ojala y nunca la vuelvas a ver!— Aurora no tenía ánimos de discutir y opto por ignorar las palabras de su esposo.

A estas alturas, Leticia y José Armando dormían en cuartos separados. Él se había enterado que Leticia le había mentido sobre su embarazo y que todo había sido una trampa para forzarlo a casarse con ella. Dos meses y medio después de su casamiento, Leticia al saber que José Armando había perdido interés en ella y que estaba enamorado de Milagros le había gritado a la cara la verdad:

—Si es cierto no estoy embarazada y nunca lo estuve. Todo fue una patraña para que te casaras conmigo—. José Armando le había exigido el divorcio pero Leticia se había negado rotundamente. Fue

entonces que él decidió dormir en cuarto separados.

La vida en la casa Aragón cada día era más insoportable. Leticia trataba a los criados en una forma despreciable. Aurora ya ni siquiera salía de su cuarto para evitar los altercados entre ella y su nuera, y Felipe solo llegaba a la casa para martirizar a su esposa. Por si fuera poco, Leticia junto con Felipe se había encargado de correr a Serafina.

José Armando tampoco pasaba mucho tiempo en su casa. Él había pasado todo este tiempo buscando y tratando de dar con el paradero de Milagros. Leticia lo agobiaba llamándolo por teléfono varias veces al día a su oficina o se le presentaba allí a hacer escenas histéricas enfrente de sus empleados y clientes. La vida de José Armando era un martirio. Los celos y odio de Leticia le habían convertido la existencia en un infierno.

Mientras tanto en la casa de los Castillos, ese año y medio había sido el más feliz de sus vidas. Abram y Eloina se llevaban de lo mejor sin la presencia de su hija. Eloina estaba contenta. Ya no estaba su hija para hacerle la vida imposible con su esposo. Además Abram había abierto sus ojos y se había dado cuenta que Leticia no era lo que él había deseado tener como hija. Se había dado cuenta que su hija era envidiosa, egoísta y muy mala. Ambos se habían alejado el uno del otro durante la presencia de su hija en casa. Leticia sabía cómo decir las cosas para poner a su padre en contra de su madre. Y él se había dejado manipular por mucho tiempo. Pero con el matrimonio de Leticia y su ausencia en casa, Abran y Eloina se habían acercado más y se habían dado cuenta que seguían amándose.

Mientras tanto ajena a la felicidad de sus padres, Leticia se encontraba esperando al investigador privado que ella había contratado. Leticia se había puesto en contacto con un renombrado y conocido experto para dar con el paradero de Milagros. Alejandro Guzmán era un investigador renombrado y muy exitoso en su trabajo. Ella había contratado sus servicios porque estaba dispuesta a dar con Milagros y hacerla pagar por todo este tiempo de infelicidad que por culpa había vivido junto a su esposo. Leticia no podía borrar de su mente ese día cuando José Armando le había confesado que estaba enamorado de Milagros y le había pedido el divorcio... Absorta en sus pensamientos, Leticia no se percató que Alejandro Guzmán se le había acercado y saludado,

—Buenas tardes.

— ¿Señora Aragón… se encuentra usted bien?— Le preguntó esté al ver que ella no había respondido a su saludo. Leticia se disculpó y le pidió que tomara asiento. Alejandro, un hombre alto, extenuado en su sesentas se sentó frente a ella.

—Señora Aragón la he citado aquí porque le tengo buenas noticias.

He dado con el paradero de esa chica que busca —. Le dijo Alejandro muy seguro de sí mismo. Leticia con una sonrisa de triunfo tomó el sobre con la información y le pago sus honorarios.

Todo este tiempo, Milagros había trabajado como sirvienta en la casa de los Olmeda, pero su vida había allí había sido una tortura. Todas las noches le daba gracias a Dios por haber puesto a Sor María en su camino. Sin ella la vida hubiera sido aún mucho más difícil. Sor María había dejado el convento y su vocación para brindarle apoyo y ayuda a Milagros. Mientras Milagros trabajaba de día en la casa de los señores Olmedas, Sor María cuidaba del pequeño Ariel Armando. La disciplina de la cual había sido objeta en el convento había ayudado a Milagros a asimilar y aceptar su nueva vida con resignación y sin quejarse de lo que el destino había preparado para ella.

Mientras tanto, Leticia entró en la casa y con el sobre en la mano y subió al cuarto de Aurora quién se encontraba postrada en su cama. Aurora ya no trataba de esconder su pena. Ella había perdido para siempre a su amado Ariel, por segunda vez a su hija Milagros y por si fuera poco Leticia se había encargado de correr a Serafina y hacer de la vida de José Armando un infierno. Con una sonrisa maliciosa, Leticia se le acercó y le preguntó:

— ¿Cómo se encuentra mi adorada suegrita?— Aurora alzó la vista y vio a este ser repugnante delante de ella y preguntó:

— ¿Qué haces en mi cuarto?— Leticia la miró con lástima y le dijo:

—No te alteres querida pues te puede hacer daño. ¿Sabes lo que hay en este sobre?— Aurora no tenía ánimos para escuchar… estaba consciente que estaba allí para martirizarla, y sin responder cerró los ojos tratando de ignorar a su nuera. Leticia enfurecida por la falta de interés de su suegra le dijo en tono irritado:

—Bueno mi querida suegra, tú te lo pierdes. Yo iba a compadecerme y decirte lo que hay en este sobre, pero si deseas ignorarme entonces no te diré nada. ¡Te arrepentirás por haber

querido escucharme!— Leticia salió del cuarto de Aurora y cerró la puerta de un portazo. Afuera del cuarto, Leticia maldijo a su suegra, ¡vieja estúpida! Te vas a arrepentir y vas a llorar sangre ya lo veras.

Entre tanto, José Armando y Miguel salían de la oficina después de haber estado platicando bastante sobre el mismo tema— Milagros—. Miguel era el único que sabía su calvario. Él había ayudado a José Armando en su búsqueda y habían contratado los servicios Alejandro Guzmán, pero Leticia se les había adelantado consiguiendo la información antes a un precio mayor que ella estuvo dispuesta a pagar.

En la casa de los Olmedas, Milagros pasaba unos momentos muy desagradables con el señor de la casa. Él había tratado por todos los medios de seducirla y una vez había tratado de abusar de ella. Si no hubiera sido por Christopher Olmeda, el hijo de éste quién entro en la oficina en el momento justo, Milagros hubiera sido una víctima más del patán de John Olmeda. John Olmeda había violado a ya varías muchachitas jóvenes que habían trabajado en su casa. Aunque había sido denunciado por dos de sus ex—empleadas, a él no lo encerraron ni había tenido problemas con las autoridades porque era un hombre muy rico y poderoso. Milagros había por mucho tiempo soportado el comportamiento corrupto de este señor por el simple hecho que no había podido encontrar otro trabajo y porque tenía que darle de comer a su pequeño Ariel Armando.

Ya en su cuarto, Leticia planeaba como iba a eliminar a su rival. Ella y solamente ella sabían en donde se encontraba esa maldita que la había hecho muy infeliz. ¯Me las vas a pagar Milagros Vascos. Tú de esta no te escapas. No me importa que ya no estés aquí y tampoco que no has estado junto a José Armando por todo este tiempo. Pero eso no quita que por tú culpa, él me haya dejado de amar y hayas destruido mi vida. ¡Te voy a matar! Te vas a arrepentir de haber cruzado en mi camino. Se decía Leticia a sí misma.

En la planta baja, José Armando, quien acababa de llegar de la oficina, se encontraba platicando con Chenca sobre su madre. Había dejado su trabajo muy temprano. Le preguntó a Chenca si su madre había comida y ella le había contestado que no. José Armando rápidamente subió a la recámara de su madre.

— ¿Mamá cómo te encuentras?— Le preguntó él.

Aurora le ofreció una sonrisa cálida a su hijo y le contestó:

—Estoy bien hijo. ¿Dime, Has tenido alguna noticia de Milagros?— Sin querer desanimar a su madre le contestó:

—No pero estoy seguro que muy pronto tendremos noticias de ella. He contratado a uno de los mejores investigadores privados de la región—Alejandro Guzmán— y estoy seguro que muy pronto tendremos noticias de ella—.

—Espero que así sea, pues no sé si tendré las fuerzas o estaré aún en este mundo con ustedes. Quiero verla, decirle la verdad y pedirle perdón antes de morir—. Contestó Aurora débilmente.

—Mamá deja de hablar de esa forma. Tú estarás bien y volverás a ver a Milagros y le podrás decir con tus propias palabras que tú eres su verdadera madre—. Le aseguró José Armando. Aurora, ojerosa y escuálida sin la vida que antes brillaba en sus ojos contestó:

—Espero que tengas razón hijo. Dios quiera y tus palabras se cumplan—.

Muchas cosas habían pasado en esa casa durante ese año. Leticia había corrido sin piedad a Serafina y en su lugar había contratado a Carmelia Soto, una arpía igual a ella. Junto con Carmelia, Leticia se había encargado de envenenar poco a poco a Aurora. Estaba dispuesta a quitarla de su camino y contaba con la ayuda de Felipe. Felipe no estaba consciente que su esposa estuviera siendo envenenada día a día, pero si se ponía de parte de Leticia cuando ella y Aurora discutían. Es por eso que Leticia pudo salirse con las suyas corriendo a Serafina. Aurora había tratado de evitar que Serafina se marchara, pero no pudo. Leticia le había hecho creer a Felipe que Serafina se había robado una de sus joyas y que las había encontrado entre sus cosas. Leticia junto con Felipe y sin contemplación había corrido como una ladrona a Serafina.

José Armando salió de la recámara de su madre, pero se encontró con Leticia quién lo estaba esperando con el sobre en sus manos. Leticia se le acercó para darle un beso, pero él rechazo sus caricias. Leticia con una sonrisa burlona le dijo:

— ¿Mi amor, sabes lo que tengo en este sobre?— Con un ademán, Leticia alzó el sobre que llevaba en las manos. José Armando sin imaginarse sobre el contenido del sobre contestó:

— ¡No sé ni me importa! Y por favor déjame en paz—. Sin decir una sola palabra más se metió a su recámara cerrando la puerta con premura en la cara de Leticia. Indignada y herida en su amor

propio, abrió la puerta del cuarto de su marido y grito histéricamente como era su costumbre:

—Tú también te vas a arrepentir de cómo me tratas y lo vas a pagar con quién más te duele—. Sin darle tiempo a José Armando a reaccionar, Leticia cerró la puerta de un portazo.

José Armando estaba cansado y no hizo caso a las advertencias de su mujer. Estaba acostumbrado a sus rabietas, a su sarcasmo y sobre todo a sus quejas. Ya ni efecto le hacían. Su vida junto a Leticia se había vuelto un calvario. Pensar que en un tiempo la amo sinceramente. Por despecho, Leticia se había encargado de hacerlo infeliz. Cada momento del día, cada oportunidad que tenía para martirizarlo, ella lo aprovechaba muy bien. La verdad entre ellos estaba dicha. Él le había dicho que no la amaba y le había exigido el divorcio, pero ella se había negado rotundamente a dárselo.

Esa noche en su cuarto, Leticia planeaba su viaje en busca de su rival, ¯iré a verla y le haré pagar en carne propia toda la desdicha de la cual he sido víctima. Tengo que irme cuanto antes, pues Alejandro Guzmán solo me dio unos días antes de darle está misma información a José Armando. Haré ese viaje mañana mismo, pensaba Leticia. Pensó en llevarse con ella a Carmelia Soto, pues lo que tenía planeado hacer con Milagros lo haría Carmelia por ella.

Esa noche en su cuarto, Serafina recordaba el día que dejo la casa Aragón. Sin tener a donde ir, Serafina se había ido a vivir al mismo pueblo en donde vivía Ingracia. Estuvo viviendo sola en un cuarto que había alquilado, y una tarde al salir de compras al mercado, Serafina se había encontrado con Ingracia. Ella le había dicho a Serafina todo sobre Milagros incluso que estaba embarazada y que se había ido con Sor María al internado nuevamente. Pero no sabía si seguía allí.

Serafina estaba alegre de haber conseguido esta información y por varias semanas había tratado de comunicarse con Aurora para darle la noticia. Sabía que esta noticia cambiaría el estado Aurora. Pero cada vez que llamaba a la casa Aragón, la víbora de Carmelia contestaba el teléfono y negaba a la señora Aurora. Por eso y después de haber tratado de comunicarse varías veces sin éxito, Serafina había decidido que iría personalmente a darle la noticia a Aurora sobre Milagros y también para decirle de una vez y por todas toda su verdad. Le diría que ella era su madre, le diría cuanto la amaba y le pediría perdón.

Leticia tocó el timbre y Carmelia subió al cuarto de su patrona de inmediato.

—Si señora. ¿Me llamaba usted?— Preguntó Carmelia. Leticia observó a Carmelia por unos segundos y luego le dijo:

— Quiero que me prepares un equipaje y te prepares uno para ti. Mañana al medio día saldremos fuera de San Martín y necesito que tú me acompañes.

— ¿Y a dónde vamos señora Leticia?— Preguntó Carmelia. Todavía indignada y irritada por la forma en cómo la había tratado su esposo minutos antes, Leticia le dijo en ese tono autoritario que era su costumbre.

—No hagas preguntas y haz lo que te digo. ¡Ha! Y de esto ni una palabra a nadie. Nadie debe de saber que salimos de San Martín —. Carmelia a veces no le gustaba la forma como la trataba Leticia, pero le pagaba muy bien y pues la toleraba.

— ¿Regresaremos el mismo día señora Leticia?— ¡No! El siguiente día y en el camino te explicaré el motivo por el cual necesito que tú me acompañes—. Carmelia asintió con la cabeza, a veces se pasaba de tonta e hizo una pregunta más.

— ¿Y a su esposo no le va a decir que va a salir de San Martín? — Leticia sonrió y contestó:
—Él se enterará a su debido tiempo, pero no antes. Ahora puedes retirarte mañana por la mañana preparas mi equipaje y al medio día saldremos—.

—Está bien señora. Pase buenas noches—. Le dijo Carmelia.

Carmelia Soto salió del cuarto de Leticia pensando en que era lo que se traía entre manos su patrona. Leticia a su vez pensaba en como utilizaría a Carmelia para que ella matará a Milagros. Milagros iba a morir, pero ella no se mancharía las manos de sangre, y sería Carmelia la que le quitaría a Milagros del camino. Estaba segura que por una muy buena cantidad, Carmelia sería capaz hasta de matar a su propia madre. Leticia pensaba que una vez muerta Milagros y muerta la esperanza de José Armando, él volvería a ella implorándole perdón y amor. Y entonces él también pagaría por las humillaciones y desplantes que todo este tiempo le había hecho. De él también se vengaría. Leticia estaba llena de odio y rencor y cegada por sus deseos de venganza.

Entre tanto su cuarto, José Armando recordaba como todas las noches la sonrisa y las entregas de amor de su querida Milagros. Él albergaba en su corazón la esperanza de volver a encontrarla y amarla profundamente. ¯¿Dónde estará? Se preguntaba José Armando. ¯¿Cómo es posible que en todo este tiempo de búsqueda no he podido dar con su paradero? Cegado en su búsqueda y quizás porque Milagros siempre le decía que no quería volver al internado él nunca se le ocurrió buscarla allí. Además no sabía ni el nombre ni el lugar en donde quedaba ese internado, pues todo el tiempo que ellos estuvieron juntos nunca le dio datos exactos del internado. José Armando se lamentaba de haberla perdido y se culpaba por el gran dolor que le había causado. Si pudiera retroceder el tiempo las cosas serían diferentes y estaría aquí conmigo.

El sol de la mañana se infiltraba en cada rincón del cuarto de Aurora. Como si presintiera que hoy tendría noticias buenas, se había levantado muy temprano ese día como hacía poco tiempo no lo hacía. Después de vestirse con dificultad, se dirigió hacía la planta baja. Estaba muy débil pero decidió que no podía quedarse otro día más postrada en esa cama y encerrada en ese cuarto. Mientras bajaba las escaleras con dificultad el timbre de la puerta principal sonó. Chenca la cocinera se dirigió hacia la puerta. En el recibidor, Chenca gritaba de emoción al ver a Serafina. Aurora distinguió la voz de Serafina y trató de apresurar sus pasos, pero perdió el equilibrio y cayó rodando por las espaciosas escaleras.

Serafina y Chenca escucharon el tremendo ruido que la caída de Aurora había causado y corrieron en su ayuda.

— ¡Dios mío!— Exclamó Chenca.

— ¡La señora Aurora está muerta! ¡Está Muerta!— Gritaba Chenca como una loca. Serafina corrió hacía el cuerpo frágil y débil que se encontraba tirado en el suelo. El alboroto de Serafina y Chenca había despertado al resto de la familia. Leticia salió de su cuarto y vio la conmovedora escena.

— ¿Qué es lo que pasa? ¿Porqué tanto alboroto?— Preguntó Leticia sin bajar las escaleras y tratar de ayudar. Ella se quedo parada al pie de las escaleras miraba el cuerpo postrado de Aurora en el suelo mientras pensaba si el veneno por fin había logrado lo que tanto había deseado—la muerte de Aurora—. En esos instantes, José Armando también salió de su cuarto al oír la conmoción y los gritos de Chenca. Al ver a su madre postrada en el suelo, él bajo a toda prisa las escaleras rozando los hombros de Leticia quien seguía parada como

una estatua disfrutando de lo ocurrido.

Chenca corrió a llamar al doctor Montenegro como se lo había ordenado José Armando mientras él llevaba a su madre en sus brazos a su cuarto. El doctor Montenegro llegó de inmediato a la casa Aragón. Serafina no se había separado del lado de Aurora. Después de examinarla, el doctor Montenegro le comunicó a José Armando que debía llevar a su madre al hospital para tomarle unas radiografías y para poder examinarla más detalladamente. José Armando observando el semblante del doctor le preguntó:

— ¿Dígame por favor la verdad, está mal mi madre doctor? ¿Sufrió alguna fractura?—

—No puedo decir a ciencia cierta qué es lo que tiene Aurora, pero su color y debilidad no es algo natural en una mujer de sus años —. Contestó el doctor Montenegro.

En esos momentos, Leticia decidió adelantar su viaje. Con toda la conmoción sobre la caída de Aurora, nadie notaría su ausencia. Vistiéndose apresuradamente tocó el timbre y Carmelia subió su recámara de inmediato.

— ¿Me llamo señora?—

—Si Carmelia. Has las maletas y lleva a mi coche y espera abajo. Trata de que nadie te vea. Nos vamos ahora mismo—. Le ordenó Leticia.

— ¿Pero, no dijo usted que nos iríamos al medio día? ¿Por qué cambio de parecer?— Preguntó Carmelia mientras arreglaba la maleta de su patrona a toda prisa—. Si había algo que Leticia odiará era tener que responder a las preguntas de gente que estaban muy por debajo de ella, pero no tenía remedio tenía que ser muy condescendiente porque necesitaba de ella.

—Lleva las maletas al carro. En el camino te explicó—. Contestó Leticia.

—Si seño Leticia. Ahorita mismo las pongo en su coche y la espero abajo—. Contestó ella. Al salir del cuarto, Leticia no pudo contener su odio por la servidumbre. ¯¡Estúpida! ¿Cómo te atreves a preguntarme a mí porque cambio los planes? Es por eso que no se puede hacer nada con esta clase de gente, ¯se dijo Leticia a si misma a la vez que prendía un cigarrillo y se lo llevaba a los labios.

José Armando despidió al doctor Montenegro y prometió llevar a su madre al hospital para ser examinada. Él subió al cuarto de su madre en donde Serafina se encontraba sentada a su lado. Aurora se había quedado dormida con las pastillas de dolor que el doctor le había dado. Se acercó a su madre y por primera vez en mucho tiempo había visto el estado en el cual se encontraba. Aún dormida, José Armando tomó las manos delicadas y débiles de su madre entre las suyas, y Serafina con lágrimas en los ojos lo miró y preguntó:

— ¿Qué ha pasado en esta casa? ¿Porqué han descuidado de esta manera a mi niña Aurora?—

José Armando avergonzado bajo la vista y dijo que no sabía que estaba tan mal. Se sentía culpable. Su tiempo había sido consumido en la búsqueda de Milagros casi como una obsesión.

—José Armando vine porque me entere de algo—dijo Serafina.

— ¿De qué hablas Serafina?— Preguntó él.

—De Milagros—. Contesto Serafina.

— ¿Qué sabes de ella? ¿Sabes tú en dónde está?— Ansioso preguntó José Armando—.

— ¡Creo que sí! Me encontré con Ingracia en el pueblo en donde me fui a vivir. Me contó que Milagros estaba embarazada y que se refugió nuevamente en el internado. Sor María vino por ella y se la llevo, pero también me dijo que Sor María le había dicho que no se iba a poder quedar en el internado después de dar a luz. Lo bueno es que tenemos una pista y pueda que en el internado nos digan donde esta—. Contestó Serafina.

— ¡Dios mío!— Exclamó José Armando mientras se llevaba las manos a la cabeza. Cuanto habrá sufrido por mi culpa. ¿Como es posible que estuviera embarazada y no nos dijera nada?— Serafina lo miró con dureza.

—No creo que después de saber que usted se había casado con esa víbora, ella podría haberle dicho sobre su embarazo—. Le contestó Serafina severamente.

—Serafina como es que no pensamos en buscarla en el internado. Ese debió de haber sido el primer lugar en donde yo buscará. ¿Sabes el nombre de ese lugar?—

—Me dijo Ingracia que el internado se llama ¯Las Carmelitas— Respondió Serafina.

—Tienes razón estábamos cegados. Pero esta noticia la tiene que saber mi madre. Estoy seguro que esto la ayudará a reponerse. Después que el doctor Montenegro realicé sus exámenes y me cercioré que ella está bien le daremos la noticia. Tengo que ir a buscarla, y pedirle perdón por todo el daño que le he causado y a conocer a mi hijo. También voy a hablar con el investigador privado por si acaso el me tiene más información—. Dijo muy emocionado.

Milagros sin imaginarse siquiera de lo que el destino le tenía preparado lloraba en los brazos de Sor María.

—Cálmate hija—. Consolándola le decía Sor María.

— Ya encontraras trabajo en otro lugar. Es mejor que hayas salido de la casa de los Olmedas. John Olmeda es un miserable y ya Dios se encargará de castigarlo. Ariel Armando no pasará hambre eso te lo prometo. Una de las dos encontraremos un lugar en donde trabajar y veras como la suerte nos cambia—. En un año y medio, Milagros había conocido el significado del sufrimiento. Había sufrido con la muerte de sus padres, en especial con la de su adorado padre, con la pérdida de su casa y su fortuna, y por si fuera poco con la burla y la deshonra de la cual había sido objeta por parte de José Armando. Aunque había tratado de olvidarlo y odiarlo, seguía amándolo. Además como podría olvidarlo si el fruto de aquel amor era el ser más preciado para ella Ariel Armando—su hijo—. A pesar de las desdichas y las penas que tuvo que padecer, Milagros le daba gracias a Dios todos los días por haber puesto a Sor María en su camino y por haberle dado la dicha de ser madre.

Leticia y Carmelia habían salido de incógnitas de la casa y nadie se había percatado de su partida, estaban muy lejos de la villa de San Martín y más cerca San Pedregón, el pequeño pueblito, en donde vivía Milagros. Por la mayor parte del camino, Leticia no había dicho ni una sola palabra pues estaba maquinando como se iba a deshacer de Milagros.

Carmelia aprovecho el silencio para retrocederse a su pasado. Recordó aquella tormentosa noche cuando junto a su amante cometió el más vil de los asesinatos. Ese día su vida cambió de repente. ¡Nunca se imagino que dentro de ella yaciera un ser tan vil y despreciable, pero era cierto! Era mala y lo peor es que disfrutaba de su maldad. Cuando conoció a su novio, él hizo relucir en ella toda la maldad que

yacía dentro de su mente y pudo por primera vez ser lo que era ella, un ser diabólico y deplorable. Pero Carmelia no sabía de lo que ella era capaz hasta que conoció a Rigoberto.

Era guapo… con un cuerpo varonil y excitante y la enloqueció a sus diecisiete años. De inmediato Carmelia había caído tendida a sus pies y sin pensarlo dos veces había dejado a su familia para irse a vivir con él. Pero el era malo y con un carácter muy temperamental. Ella se enamoro de él porque los dos eran iguales y se la pasaba muy bien en su compañía. Ella sabía que él no tenía un trabajo fijo y que su especialidad era robar y no le importo. Recordó el día en que entraron a la mansión Urquidia y como asesinaron a los esposos y a los hijos por unos cuantos pesos. Pues aunque la familia era adinerada no tenían mucho dinero en casa, y pues el asesinato se puede decir que no fue muy lucrativo, pero aun así Carmelia se había sentido invencible junto a Rigo cuando la familia Urquidia suplicaba por sus vidas y ellos sin misericordia los habían matado.

La voz de Leticia la trajo nuevamente al presente.

—Ya llegamos a San Pedregón—. Dijo Leticia. Carmelia miró sus alrededores, un pueblito pequeño en comparación con la villa de San Martín…

— ¿Está usted segura Seño Leticia que este es el lugar?

— Completamente—. Respondió Leticia, y en voz baja como hablándose a sí misma dijo, ¯prepárate Milagros porque ha llegado tu hora. Leticia con una sonrisa malévola y vil miró a Carmelia y dijo:

—Creo que lo mejor será buscar un lugar donde podemos pasar la noche y más tarde planearemos como deshacernos de esa intrusa—.

Sin imaginarse por ningún momento que Milagros corría peligro, José Armando pensaba en como la noticia ayudaría a su madre a reponerse más pronto. No se imaginaba que la desquiciada de su mujer, Leticia, se había enterado del paradero de Milagros y estaba muy cerca de cometer una locura. José Armando amaba profundamente a Milagros y estaba contando los días, los minutos y los segundos para tenerla nuevamente entre sus brazos. Estaba seguro que ella lo perdonaría, porque ella lo amaba tanto como él a ella. Pensaba en cómo le iba a pedir perdón y explicarle porque había tenido que casarse con Leticia. ¯Mañana mismo hablaré con el investigador para saber si me tiene noticias de Milagros. Tengo que saber si todavía sigue en el internado. Me imagino que con el bebé no

pudo quedarse allí por mucho tiempo, pensó José Armando.

Capítulo 10

El dolor de Felipe

Felipe había perdido el brillo de sus ojos y la soledad lo embargaba. Eugenia y él habían terminado su relación. Eugenia Díaz ya no era la misma después de la muerte de Isabel Montenegro. El mundo frívolo y alegre en el que había vivido por mucho tiempo se convirtió en una cárcel para ella y había perdido deseos de vivir. Por lo tanto, ella ya no podía brindarle emoción ni placer a su amante. Eugenia no pudo soportar la muerte de su hija y termino quitándose la vida.

Aunque la relación entre ellos había terminado, Felipe siempre iba a buscarla. Esa tarde como de costumbre, Felipe la fue a buscar a su apartamento, y se encontró con los agentes de la policía quien estaba cuestionando a la única empleada de Eugenia Díaz. Al parecer Eugenia había tomado la pistola que mantenía en el buró para protección y se lo había llevado a los sesos matándose instantáneamente de un disparo. Las sabanas blancas en su cama y las paredes de su dormitorio estaban cubiertas con manchas de su sangre. Al entrar en el cuarto, Felipe vio postrada en la cama, el cuerpo sin vida de Eugenia. La mujer que había despertado en él toda la pasión que un hombre pudiera sentir y le había brindado horas de placer estaba muerta. Felipe sintió horror cuando vio el cuarto, pero mas era su dolor al saber que había perdió a Eugenia para siempre. Era un golpe muy duro para Felipe el saber que ella se había suicidado. Jamás se imagino que la muerte de Eugenia tendría tal efecto en él, pero el dolor comenzó a oprimir su pecho sin compasión alguna. Después de contestar las preguntas de los policías, Felipe salió desorientado de la casa de Eugenia Díaz.

En su carro sin rumbo fijo, Felipe llamo a Raúl Fuentes, su único amigo, desde su celular. Con la voz un poco quebrada y sin poder mantener las lágrimas Felipe le pidió a Raúl que se encontrara con él en el restaurante ¯Las Delicias.

—Necesito hablar contigo. Hizo una pausa y continuó.

—Necesito hablar con alguien—. Le dijo Felipe. Raúl notando el tono de voz de su amigo se preocupó

— ¿Qué te pasa Felipe? Te escucho un poco alterado—. Sin responder a su pregunta, Felipe le dijo:

—Te espero en media hora en el restaurante ¯Las Delicias. Allí te contaré todo—. Al colgar el teléfono, Raúl pensó en Aurora y se dijo a sí mismo, ¯Dios mío que no le haya pasado nada a ella. En menos de media hora los dos amigos se encontraron en el lugar indicado. Felipe estaba sentado con una copa de licor en las manos, su compostura no era la normal.

— ¿Felipe qué te pasa? ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme? Te escuché un poco alterado y me dejaste preocupado—. Le preguntó Raúl a su amigo a la vez que se sentaba frente a él.

—Perdóname Raúl…. No podía decirte lo ocurrido por medio del celular—. Raúl miraba a Felipe bien desganado. En voz baja casi en susurro Felipe le dijo:

—Está muerta Raúl. ¡Mi querida Eugenia está muerta!— Exclamó Felipe.

— ¿Qué has dicho? ¿Cómo, que fue lo que paso?—

— ¡Se mato!— Respondió Felipe.

— ¡Se mato!— Exclamó Raúl.

— ¡Sí! —Asintió Felipe con la cabeza.

— ¿Sabías que Eugenia Díaz era la madre de Isabel Montenegro y exesposa del doctor Montenegro?— Le preguntó Felipe. Sorprendido por la revelación Raúl respondió,

— ¡No! No lo sabía. ¿Pero bueno y que tiene esa información que ver con su muerte?— Felipe miro fijamente a Raúl y le contestó:

—Tú sabes que hace como un año y medio que Isabel Montenegro se mato. Desde ese tiempo Eugenia entró en una depresión de la cual no pudo salir y acabo matándose ella también—. No es posible. Se hizo una pausa

—No es posible que Eugenia Díaz se haya matado. ¡Esa mujer amaba la vida! ¿Te dijo ella porque se mato su hija, Isabel

Montenegro? ¿Sabía Isabel que Eugenia era su madre y fue por eso que se mato? — Preguntó Raúl.

— ¡No! Isabel nunca supo que Eugenia era su madre. Aparentemente cuando el doctor Montenegro y Eugenia Díaz se divorciaron, Isabel era apenas una chiquilla. De esto yo no me enteré hasta después de la muerte de Isabel. Eugenia me lo contó. Al parecer el padre de Isabel le había dicho a su hija que su madre murió de una enfermedad y había forzado a Eugenia a callar la verdad. Raúl todavía no salía de su asombro y comentó:

—Que pequeño es el mundo. Todo esto ocurre en este pueblo. ¿Quién iba a asociar al doctor Montenegro con la indiscreta y sociable Eugenia Díaz?

—No hables así de ella. — Exigió Felipe.

—Perdóname Felipe, pero no te olvides que yo fui quien te la presento. Yo también tuve amoríos con ella y no sé cuantos otros hombres más. Quizás por eso fue que ella y su esposo se divorciaron. Tal vez él la encontró en los brazos de otro hombre—. Le dijo Raúl. Felipe ya no escuchaba las palabras de Raúl. Lo había llamado para ser consolado no para que le recordara de lo que en vida fuera Eugenia Díaz. Las horas transcurrieron y ya más calmado, Felipe y Raúl se despidieron.

Era ya muy noche cuando Felipe llego a la casa y todos estaban dormidos. Se fue a su oficina y trató de concentrarse en los papeles esparcidos en su escritorio. Decidió refugiarse en su trabajo para no pensar en nada y en mucho menos en Eugenia pero fue inútil. Los recuerdos invadieron su mente con mucho más fuerza en la soledad de esas cuatro paredes. Todavía no podía creer que ella ahora simplemente era un recuerdo. La mujer caliente y apasionada ya no existía, no más que en su memoria, no podría volver a verla, a tocarla, a sentirla y hacerla suya. Felipe ya a no tendría con quien conversar a quien sus problemas y sus triunfos. Con Berta, su hermana, no podía hablar de sus sentimientos ya que ella no lo entendería. Además para ella lo único importante era decirle cómo manejar los negocios o como fastidiar a Aurora. Hasta este momento nunca se imagino que inconscientemente había planeado envejecer junto a Eugenia. Se sentía siempre a gusto en su compañía y lleno de vida. Tampoco con su hijo tenía buena relación ya que José Armando al parecer prefería más a Aurora que él que era su padre y no lo podía juzgar. Aurora le había dado más amor y tiempo cuando lo necesitaba. Por lo tanto, Felipe no sentía que podía contar con José Armando o con Berta para

nada. Se había enamorado de ella sin proponérselo. No sabía cómo iba a poder seguir viviendo sin ella a su lado. En esos momentos pensó en Aurora y por primera vez en su existencia se compadeció de su sufrimiento. Por primera Felipe pensó en la crueldad del destino. El se había casado enamorado de su mujer, aun sabiendo que ella no lo amaba, pero con la esperanza de algún día poder conquistarla pero lo único que lo logro en todos estos años de casados fue en hacerle la vida miserable a Aurora. Por culpa de Berta el no logro que ella lo amara, ni logro él ser feliz. Se había dejado manipular por su hermana, por Adelia y por los celos que sentía de Ariel. En estos momentos de dolor se dio cuenta lo injusto que había sido Aurora. Su único pecado había sido amar al hombre equivocado. No pudo él comprobar la infidelidad de su esposa y ahora no estaba seguro si todo lo que Adelia le había contando era cierto. Quizás las cosas no se dieron de la forma en que Adelia le hizo creer. Además Enrique, el chofer, nunca le dio información para pensar que Aurora le mentía. Ahora que sufría él por Eugenia, se daba cuenta la tortura que Aurora tuvo que soportar por tantos años. Sintió vergüenza por su comportamiento. Si tan solo la hubiese comprendido tal vez hubiese logrado conquistar su corazón. Que irónico es la vida, se decía a sí mismo. Hace más de un año, él gozaba del dolor de Aurora por la muerte de Ariel, y ahora él se encontraba en las mismas condiciones y quizás en peores pues no tenía a nadie para consolarlo. Al menos Aurora siempre tuvo a Serafina y José Armando. Ella supo ser una buena madre para su hijo. A veces las cosas tienen que suceder para que uno pueda reflexionar. Si Eugenia no hubiese muerto Felipe todavía seguiría en su error. Al menos en estos momentos de dolor y sufrimiento Felipe miraba su error y se dio cuenta que el trato que le había dado a Aurora todos estos años había sido muy cruel.

Al día siguiente Felipe despertó, se había quedado dormido en su oficina. Le dolía el cuerpo pues había dormido mal en la silla del escritorio. Felipe abrió los ojos cuando el sol de la mañana entraba por las ventanas, se levanto de la silla y se encaminó a su cuarto para darse un baño y vestirse. José Armando quien venía bajando las escaleras notó el semblante de su padre y le preguntó:

— ¿Papá te pasa algo? Porque traes esa cara tan funesta. Felipe quien tenía los ojos rojos por haber estado llorando toda la noche miró a su hijo y dijo:

— ¿Eugenia Díaz se mato?

— ¿Qué has dicho, Eugenia se mato?— Preguntó José Armando.

— Si hijo ayer por la mañana que fui a buscarla a su casa y me encontré con los policías investigando sobre su muerte—. Contestó Felipe. José Armando sintió una lástima tremenda por su padre. Él, aunque no estaba de acuerdo con esa relación, estaba al tanto sobre los amoríos de su padre con Eugenia, se acercó a él y dándole un abrazo le dijo que lo sentía mucho.

Capítulo 11

La maldad de Leticia

Como si presintiera lo que se le avecinaba, Milagros no podía conciliar el sueño. Se sentía intranquila y atemorizada. El miedo se apoderó de ella con gran fuerza. Se levantó de la cama y se paseó varias por la pequeña habitación que compartía con Sor María tratando de disipar esa sensación de ansiedad que se había apoderado por completo de su ser. Trató de no hacer ruido. No quería despertar a Sor María o a su hijito y por lo tanto, se hinco junto a su cama y comenzó a orar. ¯Dios mío ayúdame por favor. No sé qué me pasa, pero presiento que algo va a suceder. Por favor perdona mis pecados. Dame fuerza y vida para sacar adelante a mi pequeño Ariel. Por favor Señor no permitas que nada malo me suceda. La vida en el internado había disciplinado a Sor María a no dormir profundo. Abrió sus ojos al sentir la presencia de Milagros, pero esperó que terminara de orar y preguntó:

— ¿Qué tienes hija, no puedes dormir?—

— ¡No se! No puedo conciliar el sueño—. Contestó Milagros.

—Tengo una sensación o mejor dicho una premonición como si algo malo esta por sucederme—. Sor María se levantó de la cama, prendió la luz y se acercó a ella a la vez que decía:

— ¡Cálmate! Creo que estas un poco alterada y nerviosa porque no tienes trabajo. No te preocupes hija que Dios nos va a ayudar. Nosotras vamos a estar bien. Además, ¿quién va a querer hacerte daño? Todos los que te conocen aquí en este vecindario te estiman. Lo mejor será que te acuestes y te tranquilices mañana será otro día y verás todo diferente—. Milagros miró a Sor María con toda la ternura y amor de hija.

—Tienes razón lo que me pasa es que estoy preocupada por no tener trabajo. No sé qué vamos a hacer. No sé qué haría si tú no estuvieras conmigo—.

Mientras tanto, en su habitación de hotel, Leticia tampoco podía dormir. Ella estaba contemplando la idea de que Milagros ya no sería un estorbo más en su vida. Estaba tan cerca de la casa de su enemiga. El investigador privado le había dado todo los datos exactos. Carmelia dormía profundamente en la cama adjunto a la de Leticia sin imaginarse que mañana ella cometería por segunda vez un vil crimen. Leticia lo había planeado todo minuciosamente ya que en ningún momento pensó en mancharse sus manos y perjudicarse la vida. Carmelia sería la que llevaría a cabo su plan y luego de pagarle unos cuantos pesos haría que desapareciera sin rastro alguno. Mientras planeaba en su plan, Leticia pensó en José Armando, ¯¿se habrá dado cuenta de mi ausencia? Se preguntó a sí misma.

Pero, José Armando ni se había parado por su habitación. Desde que se dio cuenta que Leticia le había mentido sobre su embarazo la relación entre ellos había cambiado y él ni siquiera se preocupaba por saber que hacía o no hacía su esposa. Y había días sin que él le dirigiera la palabra a Leticia y por tal razón ella odiaba a Milagros. Leticia le atribuía a Milagros todos sus problemas, pero nadie más que ella tenía la culpa de lo que le había sucedido a su matrimonio. Sus problemas eran simplemente las cosechas de lo que había sembrado. Con José Armando no había sido sincera y demasiado déspota. Con Aurora siempre fue altanera y sarcástica, y por lo tanto, no tenía buena relación con ella. Al igual que con su madre, quien ella siempre menosprecio por su fealdad y criticó a su padre por haberse casado con ella, tampoco se llevaba bien con ella. Leticia siempre se avergonzó de ella y muchas veces ni la presentaba con sus amistades. Ella siempre se sintió tan superior a su madre. Jamás se hubiera imaginado que ella, terminaría con un matrimonio fracasado. Ella quien siempre tuvo a los hombres postrados a sus pies. ¡Que irónico! Su madre a la cual se refería a ella como ¯la fea tenía a un esposo que la adoraba. Mientras ella tuvo que recurrir a artimañas para casarse con José Armando, y ahora planeaba un crimen para retenerlo. Leticia había perdido el juicio y estaba haciendo cosas que nunca se imaginó y que podrían tener grandes consecuencias.

Entretanto, en la casa de los Aragón Serafina volvía a estar al pendiente de Aurora. Entró al cuarto para ver como se encontraba Aurora y pensó que estaba dormida. Por lo tanto, se acercó a la mesita de noche para apagarla, pero al sentir su presencia Aurora abrió los ojos.

— ¿Serafina eres tú? Tengo sed—. Preguntó Aurora con voz débil y quebrantada.

—Sí soy yo. Ahorita mismo te doy un poco de agua. ¿Cómo te sientes?—. Le preguntó Serafina a la vez que le daba el vaso con agua. Después de tomar un sorbo de agua, Aurora le dijo en voz baja:

—Tengo una jaqueca horrible necesito ir al baño… por favor ayúdame—. Serafina rodeó a Aurora con su brazo y la ayudó al baño mientras Aurora se apoyaba en ella. Aurora sintió un dolor y comenzó a vomitar. Unos segundos después, Serafina la ayudó nuevamente en la cama.

—Te veo muy pálida y esos vómitos no están bien. Tenemos que llamar al doctor Montenegro par saber tus resultados—. Le dijo Serafina mientras la cubría con las sabanas. Aurora contestó:

— No te preocupes Serafina. No es nada simplemente. Creo que me siento así por la caída de esta mañana y el no saber nada sobre el paradero de Milagros—.

—Bueno… de todas formas creo que lo mejor será confirmar con el doctor y así podemos estar más tranquilas—. Aseguró Serafina. La acomodó bien en la cama y en unos minutos quedo dormida. Inmediatamente al poner su cabeza sobre la almohada, Aurora cerró los ojos y quedó dormida.

Eran las 7:00 AM cuando sonó el teléfono de la mansión Aragón y Chenca, la cocinera, se apresuró a recogerlo mientras se preguntaba a sí misma, ¯¿quién podrá ser a tan tempranas horas de la mañana? Chenca levantó el auricular.

—Buenos días casa de la Familia Aragón—. La reconocida voz del doctor Montenegro se escuchó al otro lado de la línea.

—Buenos días, necesito hablar con el joven José Armando o con el señor Felipe es sumamente importante. Soy el doctor Montenegro—.

—Si, en seguida lo comunicó con el joven José Armando—. Le dijo Chenca y subió al cuarto de José Armando para despertarlo. No era buena idea despertar tan temprano al señor Felipe no importará cual fuera la noticia, pensó Chenca. Por lo general él era madrugador pero cuando andaba de parranda a él no le gustaba que se le molestara. Tocó la puerta del cuarto del joven José Armando varías veces hasta que él respondió.

— ¿Joven José Armando puedo pasar?— Se le escuchó decir a Chenca. Él se incorporó en su cama.

— ¿Qué pasa Chenca porque tanta insistencia?—

—Tiene usted una llamada muy importante del doctor Montenegro. Me dijo que era urgente hablar con usted joven por eso es que toqué varías veces la puerta—. Respondió Chenca

—Está bien. Tomaré la llamada desde aquí puedes retirarte—. Le dijo José Armando.

—Con su permiso—. Y cerrando la puerta tras sus espaldas salió del cuarto. José Armando tomó el teléfono y saludó al doctor.

—Buenos días doctor. ¿Me dijo Chenca que tiene algo urgente que decirme?— Después de saludar a José Armando, el doctor Montenegro contestó:

—Los resultados de los análisis de Aurora están listos y lo que vi es muy alarmante—.

— ¿Qué sucede doctor?— Preguntó José Armando muy preocupado.

—Me temo que la señora Aurora ha estado siendo envenenada poco a poco—. Respondió el doctor. José Armando no podía creer lo que estaba escuchando y inmediatamente se levantó de la cama.

— ¿Qué ha dicho? Eso no es posible. No sé quién podría o querría envenenar a mi madre. ¿Está usted completamente seguro de lo que está diciendo?—

— ¡Completamente! Creo que le han estado dando veneno de ratas en porciones extremadamente pequeñas para matarla poco a poco. Lo importante ahora es que lo descubrimos a tiempo. Creo que será mejor que la traigas al hospital lo más pronto posible—. Le ordenó el doctor.

En ese cuarto de hotel donde estaba hospedada, Leticia también acababa de despertar. ¯Hoy es el día, se dijo a sí misma. ¯Hoy terminaré con la vida de esa intrusa. Ella había maquinado el plan y le diría exactamente a Carmelia lo que debía de hacer. La sirvienta todavía dormía profundamente y acercándosele Leticia la llamó.

—Carmelia, Carmelia despierta—. Sobresaltada abrió los ojos y vio a Leticia parada sobre su cama vestida y lista para ejecutar su plan macabro. Se incorporó en la cama mientras se limpiaba los ojos.

— ¿Qué horas son patrona?— Leticia la miró con desdén… le repugnaba el hecho de tener que compartir su habitación con una criada, pero no tenía otra alternativa.

—Son las 7:00 de la mañana. Será mejor que te vistas—. Y mientras Carmelia se vestía, Leticia comenzó a decirle el plan y lo que debía hacer. Leticia había conseguido todos los datos exactos de Milagros y se habían hospedado en un hotel que quedaba a tres cuadras del pequeño apartamento que compartía Milagros y Sor María. El investigador Guzmán no le había dado todos los datos de Milagros, pues había excluido un detalle sumamente importante—su hijo—.

Leticia había planeado deshacerse de Milagros, pero a la monja no la tocaría a menos que no hubiera remedio. Carmelia sabía exactamente el plan. Ella iría a la casa de la joven y preguntaría por Milagros. Si fuera ella la que contestara la puerta, le daría tres balazos. Carmelia se había vestido aprisa ya que Leticia estaba apresurada. Leticia quería deshacerse de Milagros lo antes posible y regresar a su casa antes de que alguien notara su ausencia.

Carmelia había recogido su cabellera en un moño y se había vestido completamente de negro—su color favorito—. Y como tenía hambre y le preguntó a Leticia:

— ¿Vamos a ir a desayunar antes o después del trabajito seño Leticia?— Indignada Leticia contestó:

— ¡Después… quiero cerrar este capítulo lo más pronto posible! Llegaron al apartamento y Leticia estacionó el carro frente de la casa de Milagros. Miró a Carmelia nerviosamente y le preguntó sin imaginarse que esta no era la primera vez que Carmelia se deshacía de una persona.

— ¿Estas lista y seguro de lo que vas a hacer?— Una sonrisa escalofriante se asomó en el rostro de Carmelia a la vez que contestaba que si y salía del carro.

—Te espero aquí y no te tardes—. Le dijo Leticia tratando de ocultar su nerviosismo. Carmelia a paso apresurado se acerco a la puerta del apartamento de Milagros y tocó el timbre.

Desde su recamara Sor María escuchó el timbre de la puerta y pensó, ¯¿quién podrá ser a tan tempranas horas de la mañana? En la cocina Milagros preparaba el biberón para Ariel Armando. Ella había madrugado par ir en busca de trabajo. Sin imaginarse lo que el destino

le tenía preparado, Milagros exclamó desde la cocina:

— ¡Yo abro! Puso el biberón caliente en agua fría, y se apresuró a abrir la puerta. Milagros abrió la puerta y al no reconocer a la mujer que estaba enfrente de ella saludo.

— Buenos días en que le puedo ayudar. Carmelia la miró fijamente a los ojos y le preguntó:

— ¿Es usted Milagros Vascos?—

—Si soy yo—. Contestó Milagros sonriente.

Sin darle tiempo a reaccionar, Carmelia sacó el arma y lo descargó sobre ella. Sor María desde el cuarto escuchó los disparos y salió corriendo a ver qué ocurría, pero Carmelia había actuado con rapidez. Cuando Sor María llegó a la puerta vio a Milagros tendida en el suelo en un mar de sangre. La puerta estaba abierta y Sor María empezó a gritar como una loca.

—Auxilio, alguien por favor llamen a una ambulancia—. Los vecinos corrieron a socorrer a Sor María quién, bañada en la sangre de Milagros, pedía a Dios por su vida. Milagros hizo un esfuerzo tratando de hablar. Sor María le decía que no se esforzara que ya pronto llegaría la ambulancia, pero Milagros gimiendo y casi sin fuerza balbuceaba.

—Bus, busca a José Armando para que cuide de mí… mi hijo —. Apretó la mano de Sor María.

—Pro… méteme que lo buscaras—.

—Claro que lo haré mi niña, pero no te esfuerces tranquilízate. Tú vas a estar bien—. Le decía Sor María con los ojos llorosos. Con los ojos exánime, Milagros miró a Sor María con gratitud y amor de madre y de un suspiró cerro sus ojos.

— ¡No! ¡No! No es posible— gritó Sor María abrazando el cuerpo de la joven y llorando descontroladamente. Los vecinos atestados alrededor del apartamento y perplejos por lo ocurrido bloqueaban la entrada al apartamento de la joven lo cual hizo difícil por unos minutos la entrada de la ambulancia.

En su habitación Aurora tuvo una premonición. Sobresaltada se llevo las manos al pecho y exclamó ¯¡Dios mío que me pasa! Una sensación horrible había estremecido su cuerpo. Sentía como si algo le

oprimía el pecho pero no podía explicarlo y de pronto el rostro de su hija se reflejó en su mente. Con una voz quebrajosa y débil balbució.

— ¡Milagros está en peligro! Con mucha dificultad Aurora se levantó de la cama. Todo le daba vueltas y sentía como si se iba a caer. En esos precisos momentos entró Serafina al cuarto.

— ¿Aurora que haces? Y se apresuró a ayudarla nuevamente a su cama. Aurora nerviosa y temblorosa miró a Serafina y le dijo:

— Tengo un mal presentimiento. Es algo que no puedo explicar, pero creo que Milagros está en grave peligro—. Serafina trató de calmarla, pues pensaba que estaba delirando.

—Aurora, ¡cálmate! Milagros está bien—. Contestó Serafina.

—Llama a José Armando—. Le ordenó Aurora. Dile que busque a Milagros estoy segura que algo malo le sucedió a mi hija—.

Aurora comenzó a llorar como una niña y Serafina nerviosa fue en busca José Armando. Serafina entró en el cuarto del joven y le contó lo que estaba ocurriendo. José Armando quien acababa de hablar con el doctor Montenegro decidió llevarla al hospital de inmediato.

Mientras tanto, Carmelia apresurada se subía al carro de Leticia quien la esperaba impaciente. El alboroto que se había formado con toda la gente alrededor de la casa de Milagros y el sonido de la ambulancia inquietó mucho a Leticia. Al subir al carro, Leticia le preguntó:

— ¿Está muerta?— Con una sonrisa perversa la sirvienta contestó

— ¡Sí!— No muy convencida con la respuesta, Leticia preguntó nuevamente.

— ¿Estás segura que la mataste?

— ¡Completamente!— Contestó ella. Leticia puso el carro en marcha y a toda velocidad posible desapareció del lugar de los hechos mientras pensaba que tenía que regresar hoy mismo a San Martín antes que notaran su ausencia.

En todo el camino, Leticia no cruzó otra palabra con su sirvienta. Estaba absorta en sus pensamientos y alegre por haberse

deshecho de su peor enemiga. Carmelia por su parte, recordaba el terror reflejado en el rostro de Milagros cuando le disparo. Este día comprendió que el matar a otro ser humano no era difícil para ella. No sentí ni tantito remordimiento por lo que acababa de hacer. Mientras, Leticia tenía una sonrisa de triunfo en sus labios.

¡Había ganado! Nada ni nadie podrían intervenir en su matrimonio y reconquistaría a José Armando y le haría pagar muy duro su error. Ya se había deshecho de la intrusa de Milagros y ahora para culminar su plan terminaría de matar a Aurora. Pero lo que no sabía Leticia es que Aurora había sido examinada por el doctor Montenegro y José Armando ya estaba al tanto de las evidencias del envenenamiento de su madre. Tampoco sabía que Milagros le había dado un hijo a José Armando. El investigador privado, Alejandro Guzmán, nunca le proporcionó esa información.

Esa tarde cuando Leticia y Carmelia llegaron a la mansión Aragón, todo estaba silencioso. Carmelia apresuradamente subió al cuarto de Leticia con la pequeña maleta de su patrona y Leticia se dirigió a la cocina para tratar de conseguir alguna información durante su ausencia. Chenca y Jacinta platicaban muy animadamente en la cocina. Al ver a Leticia entrar, Chenca le hizo señas a Jacinta para que se callará, pero Jacinta, quién sin imaginarse que Leticia estaba a unos pasos de ella, comentaba lo odiosa que era su patrona y como por su culpa el joven José Armando estaba amargado.

—Esa mujer es una víbora. ¡No la soporto! Ojala y pronto el joven José Armando se divorcié de ella para que estemos libres de su presencia—. Leticia a unos pasos de ella y muy irritada por los comentarios de la servidumbre se acercó y le tocó la espalda.

—Jacinta…Te voy a complacer y labrarte de mi presencia. En estos mismos momentos recoges tus cosas y te marchas de esta casa—. Jacinta asustada no podía creer lo que estaba escuchando. Ella necesitaba su trabajo. Su familia necesitaba el dinero para sobrevivir ya que su esposo estaba lisiado y no estaba trabajando.

— Por favor señora Leticia no me despida. Necesito mucho este empleo—. Leticia la miró con desdén:

—Eso debiste haber pensado antes estar chismeando y hablando mal de tus patrones. Lárgate inmediatamente de mi presencia y recoge tus cosas—.

Jacinta nerviosa salió llorando de la cocina. Leticia dirigió una

mirada amenazadora hacía Chenca, quien estaba temblando del miedo a perder su trabajo también.

— Y tú no pienses que porque no te escuche haciendo ningún comentario negativo de mi eso te absuelve de culpas. Estoy completamente segura que también para ti mi presencia no es tan grata, pero no te preocupes que no te voy a despedir— Hizo una pausa… y prosiguió:
— ¡Al menos no por ahora!— Dio media vuelta y iba a salir de la cocina cuando se acordó porque había entrado en primer lugar.

— ¿Dónde están todos en esta casa?— Chenca aún asustada de haber estado a punto de perder su empleo le contestó:

—Su esposo, el señor, José Armando fue al doctor con la señora Aurora esta mañana muy temprano y no han regresado. Serafina los acompañó—. Esto último lo dijo adrede

— ¿Todavía sigue quejándose de dolor mi suegra por su caída de ayer?—

—No lo sé señora. El doctor Montenegro llamo muy temprano esta mañana y luego los señores salieron—. Leticia preocupada por lo que el doctor pudiera decirle a José Armando pregunto con mucha curiosidad:

— ¿Qué le dijo el doctor a mi esposo?—

— No lo sé señora—.

—Bueno prepárame algo ligero de comer que tengo mucha hambre y lévamelo al cuarto—.

— Si señora enseguida.

Leticia salió de la cocina preocupada porque Aurora había sido llevada al hospital. Chenca miró a Leticia con desprecio y se dijo a sí misma, ¯que raro, no la vi en todo el día ayer después del accidente de Aurora, y hoy me hace preguntas como si no hubiera pasado la noche en esta casa. Chenca esperó que Leticia subiera a su habitación para ir a ver como estaba Jacinta. En su cuarto Jacinta llorando empacaba todas sus cosas, Chenca se le acercó y la abrazó.

—Cuanto lo siento Jacinta, pues se cuanto necesitas este trabajo. ¿No crees que deberías de esperar que llegue el Joven José Armando y tal vez si le hablas él no permita esta injusticia?— Jacinta

la miró desanimada y comentó:

— Yo creo que lo mejor será que me vaya. Sabe Dios a qué hora regrese el señor y si la señora Leticia se entera de que todavía sigo aquí esperando a los señores, entonces es capaz de no pagarme mis honorarios—.

—Tienes razón esa mujer es muy mala. Yo hablaré con el señor cuando regrese a ver qué puedo hacer por ti—. Abrazándose ambas mujeres lloraron mientras se decían la una a la otra cuanto se extrañarían. Chenca limpiándose los ojos salió del cuarto y se apresuró a la cocina a prepárale la comida a Leticia

Capítulo 12

Hospitalización de Milagros y Aurora

En el hospital, José Armando junto a Serafina esperaban a que el doctor acabará de atender a Aurora. José Armando estaba preocupado por el estado de su madre y a la vez oraba que su madre estuviera equivocada en cuanto al presentimiento que tuvo de Milagros esa mañana. Dios quiera que solo estuviera delirando, pues cuando Serafina lo había ido a buscar y le dijo que su madre estaba muy alterada y diciendo que algo grave le había sucedió a Milagros, él se asusto muchísimo. Y fue peor cuando entró en el cuarto de su madre y la vio llorando desesperadamente diciendo que tenía un presentimiento muy fuerte que algo terrible le había ocurrido. No podía sacarse de su mente las palabras de su madre. ¯José Armando, hijo, Milagros está en peligro… Algo grave le ha sucedido. Encuéntrala por favor antes que sea demasiado tarde. Serafina absorta en sus pensamientos, pensando en la salud de su hija Aurora únicamente, no se había percatado de la impaciencia e intranquilidad de José Armando hasta que él se levanto del asiento.

—Voy a hacer una llamada, por favor avísame en cuanto salga el doctor Montenegro—. Serafina asintió con la cabeza. José Armando fue a llamar al investigador privado Alejandro Guzmán, tenía que saber exactamente sobre el paradero de Milagros. ¯Alejandro era uno de los mejores investigadores y ya debería de tenerle noticias. Se decía a si mismo mientras buscaba su celular. Marcó el número del investigador y al otro lado de la línea una voz de mujer respondió.

—Por favor comuníqueme con el investigador Alejandro Guzmán—.

—Sí, ¿de parte de quién?— Preguntó la mujer

—Dígale que lo llama el Licenciado José Armando Aragón—.

—Un momento… enseguida lo comunico—. Unos segundos después José Armando hablaba con Alejandro.

—Licenciado, ¿cómo está usted? Hoy pensaba llamarlo con muy buenas noticias. Ya di con el paradero de la señorita Milagros Vascos—. José Armando se emocionó al saber que tenía noticias.

— ¿Dónde está?—

—En un pueblito llamado San Pedregón. Está viviendo con una monja llamada Sor María. Si desea puede pasar por mi oficina esta misma tarde para que le de todos los datos, o podemos vernos en algún lugar que sea conveniente para usted—.

—Lo veo en una hora en su oficina—. Le dijo José Armando.

—Bueno, aquí lo espero—. Respondió el investigador. Un brillo de alegría se reflejó en el rostro de José Armando y se acercó a Serafina.

— ¿Qué pasa? Te veo más animado ¿Hablaste con el doctor?— Preguntó ella.

—Serafina, ya sé donde esta Milagros. Acabo de hablar con el investigador privado y me dijo que se encuentra en San Pedregón—. Respondió José Armando. Una luz de esperanza brilló en los cansados ojos de Serafina.

— ¡Bendito sea Dios! Esto sí que es una muy buena noticia—. Exclamó—. Esta noticia ayudará a que Aurora se recuperé más pronto —.

—Sí, estoy de acuerdo. Es por eso que ahora mismo salgo para la oficina del investigador para conseguir todos los datos y pagarle sus honorarios. Por favor encargaré de mi madre. Yo regreso lo más pronto posible. Estoy seguro que esta noticia le levantará por completo los ánimos—.

—Ve hijo. Ve inmediatamente y no te preocupes por tu madre que yo estaré muy pendiente de ella—. Le aseguró Serafina.

Mientras tanto, en la sala de emergencia de otro hospital, Sor María tenía en brazos al pequeño Ariel Armando sin tener información alguna del estado de Milagros. Ya llevaban muchas horas en la sala de operación y nadie había salido a informarle lo que estaba sucediendo. El niño empezaba a impacientarse y llorar. Tenía hambre y ella no había tenido tiempo de traer su biberón, o cambiarse de ropa y las manchas de sangre de Milagros cubrían parte de su vestido. Todo había sucedió tan rápido que lo único que hizo fue tomar al bebé en

sus brazos y subirse con él en la ambulancia junto a Milagros. No quiso dejar al niño al cuidado de ninguna de las vecinas aunque muchas se habían ofrecido a cuidarlo...

Sor María se acercó a la ventanilla y le preguntó a la enfermera que tomaba los datos de los pacientes si le podía informar sobre la muchacha que había sido traída de emergencia en la ambulancia. La enfermera le dijo que no sabía nada y que por favor tomará asiento ya que había mucha gente esperando ser atendidos. Por un momento Sor María se indignó con el carácter tan duro de esta mujer, pero al ver a la gente parada en la fila esperando ser atendida comprendió que a veces el cansancio nos hace actuar y comportarnos mal con los demás. Sor María se sentó con la criatura en brazos, pero al ver la impaciencia de Ariel Armando se levantó nuevamente y fue a buscar algo que darle de comer. Inmediatamente después de comer el niño se tranquilizó y se durmió, y eso ayudó mucho a Sor María quien también estaba cansada y nerviosa. Las horas parecían eternas sin tener noticias de los médicos.

Habían pasado casi diez horas desde que se la habían llevado a la sala de operación, y aún no sabía nada de Milagros. Estaba desesperada y muy preocupada. Sor María se estaba levantando de su asiento para ir a preguntar una vez más sobre el estado de Milagros, pero en esos precisos momentos, una de las enfermeras se le acercó y le informó que la joven había salido de la operación. La enfermera la condujo al cuarto donde se encontraba Milagros y le dijo que el doctor estaría con ella en unos segundos. Sor María miró al cuerpo frágil y delicado de Milagros tendida en esa cama de hospital. No quería que la criatura viera a su madre de esa manera. Sor María recostó a la criatura en la cama contigua y se acercó a Milagros para rezar que todo estuviera bien. Arrodillada a la orilla de la cama rezaba con fervor y devoción por la salud y recuperación de la joven mientras las lágrimas recorrían por sus mejillas. Unos minutos más tarde entró el doctor al cuarto y saludó a Sor María.

— Buenos noches. Soy el doctor Castellán. ¿Es usted pariente de la joven?—

—Como si lo fuera. La he cuidado desde niña. Doctor, por favor dígame que va a estar bien y se va a recuperar—. Respondió Sor María. Una gran pena se reflejó en el rostro del doctor cuando le contestó.

—Siento mucho tener que darle esta noticia, pero no creo que ella pase la noche. Las balas perforaron partes vitales de su cuerpo y la

operación fue bastante delicada. No le voy a mentir no pudo asegurar que se va a recuperar, pero si pasa esta noche entonces tendremos un poco de esperanza. Si pasa la noche las posibilidades serán más favorables. Pero eso sí, la condición y calidad de vida a la que está acostumbrada no será la misma. Ella puede quedar cuadripléjica… y hasta perder por completo su memoria, pero no quiero adelantarme a los hechos y por los momentos solo nos queda rezar y pedirle a Dios que le ayude. Creo que será más conveniente que usted y la criatura se vayan a la casa a descansar y regresen mañana ya que va a estar inconsciente por muchas horas. Si ella reacciona o su estado empeora y sucede lo inesperado le comunicaremos inmediatamente—. Le dijo el doctor. Sor María no podía ya controlar las lágrimas y le pidió al doctor que la dejará pasar la noche junto a la chica. El doctor miró a la criatura que dormía plácidamente en la cama contigua y le dijo:

— Lo siento, pero las normas del hospital no permiten que los pacientes menores de doce años pasen la noche. De verdad lo siento, pero son las normas del hospital y yo no puedo hacer nada ya que también se tiene que velar por el bienestar y tranquilidad de los demás pacientes—. Contestó el doctor. Sor María asintió con la cabeza, a la vez que decía.

—Comprendo. No se preocupé. Me quedaré con ella hasta que termine las horas de visita—.

—Como gusté—. Respondió él. Al salir el doctor del cuarto, Sor María tomó una de las sillas del cuarto y lo colocó cerca de la cama de Milagros. Sor María tomó las delicadas de manos de Milagros entre las suyas y le dijo:

—Milagros tienes que luchar por tu vida. No te des por vencida por favor. Tú eres fuerte y has pasado por mucho pero has seguido adelante. Yo se que Dios te va a ayudar a salir de esto, pero tú tienes que ser fuerte y pelearle a la muerte—. Sor María no se dio cuenta a qué hora se quedo dormida hablándole a la chica. De pronto sintió las manos de la enfermera sobre sus hombros que delicadamente la despertaba para informarle que las horas de visita habían terminado y tenía que retirarse. Sobresaltada se levantó y balbució un sí a la enfermera y miró a Milagros. No había señal para nada que hubiera recuperado el sentido, pero aún así le preguntó a la enfermera si había despertado. La enfermera le dijo que no. Sor María tomó al niño en sus brazos que, quizás por el cansancio y trajín del día, todavía seguía profundamente dormido.

—Voy a regresar muy temprano para ver como sigue. Por favor

comunícame si ella reacciona. No importa la hora que sea—. Le pidió Sor María a la enfermera. La enfermera le aseguro que así lo haría y salió del cuarto. Sor María se acercó a ella, la beso en la frente y salió del cuarto con el niño en brazos. Era tarde y estaba oscureciendo cuando llego a casa.

Esa noche, Milagros entró en coma. No había despertado después de la operación y habían pasado muchas horas. Ya tendría que haber salido de la anestesia, decían los doctores, Por lo general los pacientes salen de la anestesia una o dos horas después de ser operados, pero Milagros llevaba más de seis horas durmiendo. En esa cama de hospital, donde los doctores y enfermeras vigilaban y monitoreaban sus signos vitales, Milagros revivía por completo su vida.

Vio a su padre, Ariel Vascos sentado junto a su cama leyéndole un cuento como solía hacerlo todas las noches antes de dormir cuando era niña. Pero esa noche era diferente y la expresión en su cara lo decía todo. Él tenía algo importante que decirle. ¯Milagros, hija, esto es muy duro, pero nos vamos a tener que separar por un tiempo, le había dicho su padre. Ella no podía creer lo que estaba escuchando y se había levantado de su cama. ¯¿Qué has dicho papito? Le había preguntado ella. Milagros tenía simplemente seis años cuando su padre le dio la terrible noticia que iba a ser internada. Con lágrimas en los ojos su padre la abrazó y le dijo que la iba extrañar mucho, pero era lo mejor para todos. Además te iré a ver cada vez que se me haga posible. A su edad ella no comprendía porque todo sucedía tan de repente. ¯Tú sabes que tu mamá sufre de una enfermedad muy grave, y no puede lidiar contigo en esas condiciones. Ella vendrá al internado a visitarte cuando este mejor, pero nosotros debemos ayudarla. Tienes que ser muy fuerte y ayudarme para que mamá se recupere. Milagros no quería separase de su padre, pero entendió que era lo mejor ya que su mamá no la trataba nada bien.

Milagros vio a Sor Mercedes, la madre superiora, y la segunda persona que los atendió. Ella no escuchaba lo que Sor Mercedes y su padre hablaban, el único pensamiento que ocupaba su mente era que en unas horas estaría en un lugar completamente extraño y muy diferente a lo que estaba acostumbrado. No conocía a nadie. El lugar se miraba casi funesto y desolado. El pasillo que recorrieron para llegar a la oficina de la madre superiora estaba completamente vació, pues no se veía ni una alma. ¯¿Dónde están los otros niños? Se había preguntado Milagros a sí misma. Pero no se atrevió a preguntarle a su padre por temor, pues la monja vestida completamente de negro se miraba bastante seria. En la oficina de la madre superiora, su padre y

Sor Mercedes hablaban sobre ella, pero no tenía la más remota idea de lo que su padre y la superiora hablaban. Lo único que llego a oír es que la madre superiora llamaba por medio del teléfono a una de las monjas.

Minutos después se escuchó unos pasos y unos toques en la puerta, ¯pasa se le escucho a Sor Mercedes decir. Enseguida entró Sor María.

— ¿Me llamó madre? Me dijo Sor Magdalena que usted quería verme—. Fueron las palabras de Sor María la cual tenía un rostro bastante precioso para ser una monja y un semblante más suave y cálido que la primera monja. Fue lo primero que Milagros observó cuando la vio por primera vez.

— ¡Sí! Quiero que lleves a la pequeña Milagros a su dormitorio y le ayudes a colocar sus cosas—. Le había ordenado la madre superiora.

—Todavía tengo que terminar de hablar con el señor Vascos—. Milagros tenía los ojos llenos de lágrimas y corrió a abrazar a su padre, ¯papito de voy a extrañar mucho, le había dicho Milagros con la voz entrecortada. Su padre lleno de ternura la abrazó muy fuerte y le aseguró que vendría a verla muy seguido. Le dio un beso en la frente y le dijo que se fuera con la monja. Sor María tomó Milagros de las manos y le dijo:

—Vamos a que te enseñe tu dormitorio—. Milagros sin darse cuenta de inmediato sintió una conexión muy fuerte con ella. Tal vez habían sido esos ojos dulces que la veían con ternura, o quizás esas manos delicadas y suaves con las cuales la había arrancando de los brazos de su padre al cual ella se había aferrado. Desde ese día Sor María fue para ella como la madre que nunca tuvo. Le ayudaba con sus tareas y quehaceres, y en por las noches cuando no podía conciliar el sueño, Sor María estaba con ella hasta que se quedaba dormida. Durante las fiestas pascuas cuando el convento quedaba solitario y callado sin voces ni risas y se habían ido a sus casas de vacaciones, Sor María la acompañaba.

Su padre la visitaba siempre que él podía hacerlo, pero el trabajo y obligaciones no le permitían venir tan a menudo y ella lo extrañaba mucho. Pero sus cartas, las cuales recibía muy seguidos, le ayudaban a disipar el dolor que sentía. En sus cartas su padre la llamaba mi ¯angelito adorado y más preciado tesoro y siempre comenzaba y terminaba sus cartas diciéndole cuanto la amaba y que

muy pronto estarían juntos. Los años transcurrieron rápidos convirtiéndose sin darse cuenta de niña a mujer aunque para ella hubieran parecido una eternidad. El día de dejar el internado había llegado, y como su padre no pudo ir por ella por obligaciones de trabajo, ella le había dicho que no se preocupara que ella se viajaría sola.

El día antes de su partida del convento, Milagros había recorrido cada rincón del convento. Quería grabar en su memoria, todo lo que había sido su vida estos últimos doce años. Saboreó el olor de las rosas, de las orquídeas y las plantas, las cuales ella regaba diariamente como parte de sus quehaceres en el internado. Se deleitó del sosiego y tranquilidad de este lugar y se sentó bajo al inmenso árbol que yacía en el centro del convento y exhaló el aire fresco de la tarde. Este lugar había sido un refugio para ella y allí bajo ese árbol había llorado y reído muchas veces. Este lugar había conocido todos sus secretos, temores, penas y alegrías. Cuantas veces deseó con toda el alma salir de allí y estar nuevamente con su familia. Pero ahora que solo le quedaba un día más en ese lugar se había puesto nostálgica y triste. Claro que extrañaría el convento. Había vivido la mayor parte de su corta vida en este lugar y conocía mucho mejor a estas monjas que a su propia familia.

Sin tener la más mínima idea de que su adorada Milagros se debatía entre la vida y la muerte, José Armando y Serafina llegaron a la casa rendidos. Habían tenido que dejar a Aurora en el hospital bajo observación después del lavado de estómago que le hicieron. Aurora estaba muy débil y delicada y doctor les dijo que era lo mejor. Todavía no sabían quién la había estado envenenando, pero José Armando dijo que lo iba a averiguar. Serafina a su vez estaba segura que las culpables eran Leticia y Carmelia. Esas dos arpías eran tal para cual, pero no le dijo lo que pensaba. En el camino a la casa, José Armando le había preguntado:

— ¿Serafina crees que sería inoportuno si voy en busca de Milagros precisamente en estos momentos en que mi madre esta grave?— Ella le había respondido:

—Sería lo mejor. El traer a Milagros a casa ayudaría mucho a Aurora en estos momentos—.

José Armando había decidido que saldría en busca de Milagros mañana mismo y la traería con él. Con toda la emoción y alegría que él sentía ni si quiera había pensado en Leticia y como le iba a afectar el que Milagros regresara a su visa...

Mientras tanto, Leticia estaba en su cuarto y esperando impaciente la llegada de su esposo y su suegra. Le había dicho a Carmelia que estuviera al pendiente y en cuanto ellos llegaran que la informará de inmediato. Tratando de matar el tiempo, Leticia llamó a casa de sus padres para platicar. Llevaba varios días sin hablar con ellos. Alicia, la cocinera, le informó que sus padres habían salido de viaje. La noticia la enfureció porque no le dijeron nada. Lo que más le molestaba a Leticia del viaje de sus padres no era precisamente el que no le avisaran, pero el saber que estaban felices. Eso era algo que ella no podía tolerar. No sabía por qué despreciaba tanto a su madre, pero siempre desde niña le había causado tremendo repugnancia. En su cuarto Leticia se paseaba de un lado para otro, la furia que tenía no podía controlarla y al mismo tiempo el temor de que se descubriera que Aurora estaba siendo envenenada la tenía nerviosa. Era irónico, pero Leticia estaba más ofuscada y atemorizada por esto que por la muerte de Milagros.

En esos momentos, Leticia escuchó el ruido de un carro. Se acercó a la ventana para ver quién era, pero estaba bastante oscuro y no pudo divisar la figura que salía del carro. Tocó el timbre de la servidumbre varías veces y de inmediato Carmelia subió para informarle que el que había llegado era Señor Felipe. Felipe había llegado antes que su hijo y sin tener idea de lo que estaba ocurriendo en su casa se encaminó hacia su dormitorio. Estaba cansado y se miraba bastante desganado. Desde la muerte de su adorada Eugenia, la vida de Felipe Aragón había tomado un giro diferente. Si antes salía por las noches muy a menudo y no llegaba hasta el amanecer, ahora su rutina había cambiado. Ahora llegaba a su casa temprano. A veces llegaba y se encerraba por horas en su oficina, pero otras veces como hoy se iba de inmediato a su dormitorio. En unos cuantos días había perdido bastante peso, pues casi no comía ni dormía bien. Se miraba bastante delgado y pálido. Al parecer ya nada le importaba, pues se estaba dejando ir y ya ni su apariencia no era la misma. Felipe entró en su cuarto, sin ni siquiera quitarse la ropa, se acostó en su cama y quedo completamente dormido. Él ni si quiera se percató que Aurora no estaba en el cuarto y en la cama como de costumbre.

Por segunda vez el ruido de otro carro logró que Leticia se acercara nuevamente a la ventana. Esta vez pudo divisar dos siluetas y estaba segura que eran José Armando y su madre. No espero a que Carmelia le informara. Leticia se apresuró a la planta baja para saber que les había dicho el doctor:

—José Armando me has tenido preocupada todo el día. Me dijo Chenca que fuiste al hospital con Aurora. Traté de llamarte a tú

celular pero por lo visto estaba apagado—. Le dijo Leticia a la vez que se dio cuenta que Aurora no estaba con ellos.

— ¿Dónde está tu mamá?— Serafina la miró con desconfianza al mismo tiempo que le daba las buenas noches a José Armando y se retiraba a su viejo dormitorio. En el camino a casa, José Armando había convencido a Serafina de que se quedara nuevamente en la casa para estar al pendiente de su madre. Él le había asegurado que el mismo hablaría con su padre.

Después de despedirse de Serafina, José Armando miró a Leticia extrañado por su comportamiento a la vez que pensaba en donde se había metido todo el día de ayer y esta mañana pues no la había visto. Leticia nerviosa por como la miraba nuevamente le preguntó:

— ¿José Armando te estoy hablando qué es lo que pasa? ¿Dónde está Aurora? — Por fin José Armando balbució una respuesta.

—Está hospitalizada bajo la observación del doctor Montenegro. Tratando de obtener más información Leticia insistió.

— ¿Qué pasa con Aurora porque se quedo en el hospital? ¿La caída de las escaleras no fue tan grave o sí?— José Armando iba a decirle las razones, pero algo en su interior lo detuvo y simplemente dijo:

—Ella está bien simplemente un poco nerviosa y el doctor recomendó dejarla en el hospital para tranquilizar sus nervios—. Contestó José Armando con el cansancio reflejado en su rostro. En un tono afectuosa Leticia le preguntó:

— ¿Me imagino que has tener hambre?…Me dijo Chenca que te fuiste con Aurora muy temprano esta mañana. ¿Quieres que le diga a Chenca que te preparé algo ligero de comer?— José Armando no había probado bocado en todo el día ni tampoco había tenido tiempo de pasar por la oficina y revisar que todo estuviera en orden, pero ahorita no tenía cabeza para pensar o comer lo único que deseaba era dormir. Fatigado y perplejo por su actitud respondió.

—Estoy rendido. Voy a acostarme—. Y sin darle tiempo a Leticia a decir ni uno sola palabra más se dirigió a su recámara. Leticia lo miró con desdén pues a ante todos fingía que lo seguía amando, pero ese sentimiento estaba muy lejos de la realidad. Ella había comenzado a odiar a su esposo desde que se enteró de sus amoríos con Milagros. A él también le imputaba su infelicidad. A

veces a Leticia le daban deseos de llorar de la rabia que tenía por la forma en cómo la trataba con esa frialdad y desamor, pero no lloraba porque estuviera enamorada de él. ¡Claro que no! Sus lágrimas eran de frustración, desesperación por sentirse impotente. Todos sus planes de casada se habían frustrado. Sus amigas todas estaban felizmente casadas, viajando y gozando la vida. En cambio ella, la que estaba segura que el destino le tenía lo mejor preparado, estaba aquí en esta casa sola y sin amor. No tenía con quién hablar y a quién contarle sus penas y así aminorar un poco el dolor que la consumía. Pero además jamás le diría a alguien de su soledad. Leticia presumía demasiado y no se expondría a las burlas y críticas de sus amistades.

Esa noche, Sor María acostada en su cama junto a la cuna del niño no podía dormir. Estaba cansada, pero la preocupación por el estado de Milagros era superior al cansancio físico que sentía. El niño tampoco estaba dormido y jugaba en su cuna. Sor María lo miraba con ternura. De repente el miedo se apoderó de ella. ¯Dios mío vendrá nuevamente la persona que hirió a Milagros a cerciorase que este muerta, se preguntó a sí misma. Temerosa se levantó de la cama, tomó al niño entre sus brazos y apresuró a asegurarse que todas las puertas y ventanas del pequeño apartamento estuvieran cerradas. Luego se encerró en el cuarto y acomodó al niño en su cama. ¯Esta noche dormirás conmigo en mi cama. Tengo que tenerte muy cerca de mí. Le dijo Sor María al pequeño Ariel mientras tomaba entre sus manos la Biblia. Buscó el Salmo 23 y después de leerlo, lo colocó en la mesita de noche. Se hincó cerca de la cama y rezó largo y tendido por la salud de Milagros, por su protección y la del pequeño Ariel. Sor María revivía todo lo ocurrido esta mañana. No podía creer lo que le había ocurrido a Milagros y que en estos momentos ella se estuviera debatiendo entre la vida y la muerte. La preocupación por el estado de la joven mantuvo a Sor María en vigilia toda la noche

Solo en su recámara, José Armando contemplaba las horas para poder estar con su adorada Milagros. Una sonrisa de alegría se dibujó en sus labios al saber que muy pronto la tendría entre sus brazos a ella y también a su pequeño hijo. De pronto la duda y el temor se apoderó de él y pensó ¯¿Me perdonará? ¿Podrá olvidar el daño que le cause? Nunca me imagine que pudiera quedar embarazada. ¿Cómo no supe cuidarla? José Armando todavía no podía creer que era papá, ¯¿cómo será mi hijo? Mientras pensaba y recordaba todos los bellos momentos de felicidad que había vivido junto a Milagros se quedó profundamente dormido.

El ruido de la alarma y los rayos del sol que infiltraban su cuarto despertaron a José Armando. Miró el reloj de la mesita y se

levantó de inmediato. Quería ir a ver a su madre y saber si ya se la podía traer de nuevo a casa. Además tenía que revisar que todo estuviera en orden en su oficina y a pedirle a Miguel que se hiciera cargo de sus clientes por unos días hasta que el regresará. Este mismo día saldría para San Pedregón. Estaba completamente seguro que su madre estaría en buenas manos con Serafina, y él no podía esperar un día más para ver a su amada Milagros y conocer a su pequeño hijo al cual ni el nombre le sabía.

Después de darse un baño y vestirse, José Armando sentó en el comedor. Hoy tenía una hambre feroz ya que anoche se acostó con el estómago vació. Chenca la cocinera lo saludó con una taza de café.

—Buenos días joven aquí esta su café lo acabo de preparar—. José Armando se sentó en el comedor y saboreó el olor del café.

— ¡Gracias… exactamente lo que necesito! — Le contestó él. La criada con una amplia sonrisa en los labios le preguntó se quería algo de desayunar.

—Estoy hambriento… y creo que me puedo comer un elefante del hambre que tengo—. Le contestó él devolviéndole la sonrisa. La felicidad emanaba de su cara.

—Inmediatamente le prepararé algo joven—.

—Chenca por favor dígale a Jacinta que me prepare una maleta con ropa para unos días quiero que esté lista para cuando regrese de recoger a mi madre.

Chenca titubeo un poco y contestó:

—En cuanto termine de hacer el desayuno yo mismo le preparé su maleta—. Confuso por la respuesta de Chenca preguntó.

— ¿Dónde está Jacinta porque no puede hacerlo ella?— Nerviosa contestó.

— Lo que pasa es que Jacinta ya no trabaja en esta casa joven. Ayer al medio día la señora Leticia la despidió—.

—No entiendo. ¿Qué fue lo que paso?

—Creo que será mejor que le pregunte a ella joven.

— ¡Claro que lo haré!— Contestó él enojado.

Chenca se retiró a la cocina y José Armando tomó un sorbo de café. En esos momentos, Felipe se sentó en el comedor.

—Buenos días papá— Lo saludó José Armando y él respondió al saludo con un ademán de cabeza. Retraído en su mundo Felipe se sentó y se sirvió un poco del café de la charola que Chenca había puesto en la mesa. No dijo ni una sola palabra, su mirada estaba perdida en el vació. José Armando había puesto el periódico a un lado y lo observó detenidamente mientras pensaba en que su padre se miraba bastante cansado y decaído. La verdad que no se miraba nada bien y hasta su arreglo personal ya no era el mismo. ¯¿Qué es lo que le pasa? Se preguntó José Armando a sí mismo. La realidad era que Felipe había caído en una depresión y ya nada le daba alegría o satisfacción.

José Armando se preocupó al verlo tan desanimado y desarreglado—si algo caracterizaba a Felipe era su vanidad— su padre siempre era un hombre vanidoso y siempre andaba bien vestido. Pero pareciera como si ya nada le importará. ¯¿Estará así todavía por la muerte de Eugenia? No pensé que ella significará tanto en su vida, se preguntó a sí mismo. Le dio una lástima tremenda al verlo así tan triste. Hasta más viejo y débil se veía. Y le dijo:

—Papá quería comentarte que Serafina regresó a la casa y le pedí que se quedará. No quiero que tú y Leticia le hagan la vida imposible. Estoy completamente seguro que Serafina no se robo nada y todo fue una patraña de alguien para inculparla. Mi madre necesita de su
apoyo en estos momentos—. Felipe lo escuchaba pero no decía absolutamente nada. A él no le importaba si Serafina regresaba la casa o no. Ya nada le importaba.

— ¿Papá te estoy hablando?— Le dijo José Armando irritado por el comportamiento de su padre. Felipe lo miró y contestó:

—As lo que creas conveniente. ¡Si quieres que Serafina se quede, pues que se quede!— Y con eso Felipe tomó un sorbo más del café y se levantó de la mesa. En esos mismos momentos, Chenca traía el desayuno de José Armando y le preguntó al señor si iba a desayunar, pero sin responderle, Felipe se retiró del comedor. José Armando miró a Chenca un poco perplejo y preguntó: — ¿Desde cuándo ha estado mi padre así de ausente y distraído?—

—La verdad que hace ya como unos días que el Señor Felipe ha estado no diría que de mal humor pero bien serio y callado—.

Contestó Chenca a la vez que le servía el desayuno. En esos momentos, entró Leticia al comedor y se sentó junto a su marido.

—Buenos días. ¿Cómo amaneciste?— Le preguntó ella. Sin responder al saludo él preguntó.

— ¿Leticia, me puedes decir porque despediste a Jacinta? Ella ha estado con nosotros varios años y necesita de su trabajo. Tú no tienes ningún derecho de despedir a ninguno de nuestros empleados que han estado con nosotros por mucho tiempo. Estoy seguro que nada de lo que ha hecho merecía un despido… Jacinta es eficiente y siempre ha hecho lo que se le ha ordenado—. Leticia alzó la vista y furiosa miró a Chenca… pues estaba segura que ella le había ido con el chisme—. Sin contestarle a su esposo, Leticia se dirigió a Chenca y severamente le dijo:

— ¿Ya le fuiste con el chisme a mi esposo?— Antes que Chenca pudiera contestar, José Armando intervino:

—Chenca no me vino con ningún chisme. Yo simplemente le ordené a Chenca que mandará Jacinta a prepararme una maleta y fue cuando Chenca me comunicó que Jacinta había sido despedida y nada más—. Iracunda Leticia contestó

—Entonces será mejor que ella te diga exactamente qué fue lo que pasó—. José Armando la miró intensamente y contestó:

—Quiero que tú me digas que fue lo que pasó—. Leticia ordenó a Chenca que le traerá su desayuno, y Chenca algo intranquila por el altercado que se avecinaba entre los señores balbució un si señora y rápidamente salió del comedor.

Una vez solos en el comedor, Leticia dirigió a su esposo enfurecida.

—Tú no tienes ningún derecho de hablarme así delante de la servidumbre y mucho menos quitarme autoridad. Yo soy tú esposa quieras o no, tengo todos los derechos de despedir o contratar a quien yo quiera…. Pero si tú necesitas saber exactamente porque fue que despedí a esa mujer, te lo voy a decir…. Ella estaba hablando con Chenca barbaridades de mi persona, y no voy a permitir que nadie y mucho menos alguien de la servidumbre me falté al respeto—. En la cocina Chenca se paseaba de un lado para otro. Estaba segura que Leticia la iba a calumniar y tal vez hasta podría perder su trabajo. Primero fue Serafina, después Jacinta y ahora podría ser ella. Estaba sola ya no tenía a nadie con quién hablar. Serafina y Jacinta habían

estado laborando en esta casa por muchísimos años. En esos momentos en que Chenca pensaba un montón de cosas y en especial en el temor a perder su forma de subsistencia y la de su familia, entró Serafina en la cocina con una sonrisa en sus labios por estar nuevamente en su casa. Para Serafina esta era su casa ya que tenía toda una vida viviendo y sirviendo a la familia Aragón y en especial a Aurora. Chenca estaba de espalda cuando escucho la voz de Serafina que le decía:

—Buenos días Chenca. ¿Cómo estás?— Chenca inmediatamente volteó su vista hacía donde provenía la voz y vio a Serafina parada junto a la puerta. Pues ayer cuando llego Serafina y con el susto de la caída de la señora Aurora, Chenca no pudo hablar ni saludar debidamente a su amiga de años. Chenca corrió a abrazarla, y le preguntó.

— ¿Te vas a quedar con nosotros nuevamente o te vas después que salga la señora Aurora del hospital?—

—Si… estoy de regreso y nada ni nadie me va a separar de Aurora.

Además el joven José Armando me lo ha pedido—. Contestó Serafina decidida. Chenca recordando como el señor Felipe y la señora Leticia la habían corrido unos meses atrás le preguntó afligida.

— ¿Pero y que del señor Felipe y la víbora de la señora Leticia?— Serafina la miró intensamente y sin ningún temor le contestó:

—Yo no les tengo miedo. Si antes decidí irme fue para evitarle problemas a Aurora, pero ahora sé que Aurora me necesita más que nunca. Esta casa también es de mi niña Aurora y el joven José Armando y ellos también tienen derechos. Además estoy completamente segura que el señor Felipe sabe que yo no me robe ningunas joyas y simplemente se dejo manipular por esa arpía de Leticia. Yo he estado prácticamente en esta casa dieciocho años laborando aquí y en todos estos años nunca tomé lo que no era mío—.

Al ver lo decidida que estaba Serafina, Chenca le dijo con un brillo de felicidad reflejada en su rostro:

—Yo solo puedo decir que estoy feliz que estés nuevamente con nosotros. Ayer la seño Leticia despidió a Jacinta, y en estos momentos puede estar poniendo al joven José Armando en mi contra para que me despidan a mí también—. Serafina la miró con

incredulidad y sonriendo le dijo:

—No seas ilusa. Tú sabes que Leticia no tiene poder para engatusar al joven y hacer que él le crea todas sus mentiras. Es más, pueda que la que salga perdiendo aquí sea ella y termine el joven por hacer que regrese Jacinta a trabajar nuevamente. Ella siempre ha sido una mujer muy trabajadora y todos en esta casa lo saben. Chenca continuó hablando con Serafina y se olvido por completo del desayuno de la señora Leticia.

Mientras tanto en el comedor, Leticia seguía discutiendo con José Armando.

—Yo misma la escuché como me llamaba una víbora, y eso no se lo voy a tolerar a nadie y mucho menos a alguien quién está muy por debajo de mí—. Grito enfurecida Leticia por tener que dar cuentas a José Armando sobre la servidumbre. Él no estaba de ánimos para sus rabietas y escenas y pensó que lo mejor era dejar las cosas por la paz. Total que Jacinta ya se había marchado y no había ya manera de que regresará. Su preocupación en estos momentos era ir a recoger a su madre e ir en busca de Milagros.

—No vamos a discutir pues lo hecho esta, pero no quiero oír que despedidas a otro empleado sin antes consultar conmigo o mi padre. Esta gente que tenemos trabajando ha estado con nosotros por muchos años y han sido leales y no es justo que por algo tan insignificante como hacer un comentario tengan que perder su empleo —. Le dijo él a la vez que se levantaba de la mesa. Sin decir una sola palabra más José Armando se dirigió a la cocina. Furiosa tocó el timbre de la mesa varías veces. ¯¿En dónde se metió Chenca con mi desayuno? Que se cree José Armando. Esta también es mi casa y tengo todos los derechos de despedir y contratar a quien se me dé la gana. Esta loco si piensa que yo le voy a andar pidiendo permiso, se decía Leticia a sí misma.

Chenca al oír el timbre se apresuró a llevarle el desayuno, pues sabía que estaba de mal humor. José Armando a la cocina y saludó a Serafina.

—Buenos días Serafina, ¿vas a ir conmigo al hospital? Pienso traer a mi madre a hoy mismo y espero que no haya problemas con el doctor Montenegro—. Le dijo él. Serafina tomando el último sorbo de café y rápidamente metiéndose en la boca el pedazo de pan que tenía entre sus manos contestó.

—Claro que si joven. Yo lo acompaño—.

—Estaba bien nos vamos en media hora así que no tienes porque apresúrate. Tómate tú tiempo y come tranquila, cuando estés lista me buscas voy a estar en el estudio—.

— ¡Esta bien!— Contestó ella.

Leticia estaba impaciente cuando llego Chenca al comedor un poco temblorosa con la charola del desayuno en la mano. Chenca esperaba un comentario severo de su patrona, pero la mirada de ira que le brindó fue más que suficiente para mandar escalofríos por todo su cuerpo. Chenca se apresuró a servirle.

En el hospital, Aurora estaba impaciente. No le gustaban los hospitales. Le parecían nefastos y además la llenaban de muchos recuerdos. Los últimos meses de vida de su madre las paso en un cuarto sombrío de hospital. Además físicamente ya se sentía mucho mejor y el dolor había cesado. Todavía tenía el mal presagio sobre su hija. Miró su reloj de pulsera, ¯las ocho y media, se murmuro en voz baja a sí misma. Ojala que José Armando y Serafina vengan pronto. Necesito saber si tienen noticias de mi hija. De pronto las lágrimas llenaron sus ojos y comenzó a rezar, ¯Dios mío no permitas que nada malo le suceda a mi hija. Perdí para siempre al único hombre que he amado, y no quiero también perder a mí hija. Por favor señor permite que Milagros este bien. Se llevo las manos al pecho…no sé porque tengo este presentimiento, pero dicen que las madres presienten cuando sus hijos peligran.

Mientras tanto, Sor María se había levantado muy temprano para rezar y ir a ver si había noticias buenas sobre Milagros. La verdad que Sor María no había dormido nada bien. Estaba un poco cansada, pero primero era cerciorarse de la salud de Milagros y luego podría ella descansar esos huesos viejos que ya estaban débiles. Sor María despertó al pequeño Ariel Armando, quién todavía dormía como un angelito, y lo vistió rápidamente al escuchar que alguien tocaba la puerta. De repente el miedo la paralizó. Fue exactamente lo que sucedió ayer. Bien temprano por la mañana alguien había tocada la puerta y ese alguien tenía a Milagros luchando entre la vida y la muerte. Se acercó a la puerta y con voz trémula preguntó.

— ¿Quién es?— Y reconoció la voz al otro lado de la puerta.

—Soy yo, Imelda, venía preguntarle por el estado de Milagros —.

Imelda era una de las vecinas que muchas veces se había ofrecido a cuidar a Ariel Armando, pero que gracias a Dios nunca tuvieron que dejar al pequeño en manos extrañas. Con el pequeño en los brazos, Sor María abrió la puerta.

—Buenos días. ¿Cómo está la ceñito Milagros?— Preguntó Imelda.

Sor María contestó al saludo y la hizo pasar a la pequeña sala de aquel apartamento barato.

—Está muy mal. Ayer me la pase todo el día en la sala de emergencia.

Estuvo en la sala de operación por muchas horas, y cuando salió estaba anestesiada. No pude hablar con ella. El doctor no me dio un buen pronóstico. Me dijo que si pasaba la noche con vida entonces tendría esperanzas. Quería quedarme a pasar la noche con ella, pero por el niño no me lo permitieron. Es más en estos precisos momentos salgo para el hospital—. Contestó Sor María.

Imelda se le acercó y la abrazó al notar su nerviosismo y ansiedad a la vez que le decía.

—Si quiere puedo acompañarla. Yo sé que es bien cansado lidiar con un niño tan pequeño y mucho más cuando se está por largas horas en un solo sitio…y más con el estrés y preocupación por Muchacha—.

Sor María le devolvió el abrazo.

—Muchas gracias la verdad es que si necesito a alguien conmigo.

Nosotras estamos solas aquí en San Pedregón. No tenemos familia en este lugar. En estos momentos el apoyo de alguien es muy importante—. Imelda la miró por unos segundos y preguntó:

— ¿Ya saben quién fue la persona que intento matar a la muchacha? ¿Qué dice la policía?—

—La verdad que no sé nada. Todo ocurrió tan rápido que yo no me quede a dar parte a la policía, pues me subí de inmediato a la ambulancia con Milagros. Dios quiera y encuentren lo más antes posible ese o esa desalmada que tiene a esta muchacha tan buena batallándose entre la vida y la muerte—.

José Armando y Serafina llegaron al hospital casi a las 9:30 de la mañana, y Serafina se dirigió al cuarto de Aurora mientras José Armando fue en busca del doctor Montenegro. La cara de Aurora se iluminó cuando vio a Serafina entrar. Para Aurora Serafina ella era como una madre. Y por primera vez, Aurora contempló la cara de esta mujer en los cuales los años no habían pasados inadvertidos. Serafina se miraba bastante envejecida y la vejez parecía haberle llegado de la noche a la mañana. No la había visto por varios meses desde que Felipe y Leticia la habían despedido. Serafina con una sonrisa en los labios y el entusiasmo a flor de piel se lleno de alegría al ver el semblante de Aurora mucho mejor que la noche anterior, y acercándosele la saludo y le dio un abrazo bien fuerte. Aurora apretó a Serafina junto a su pecho y le dijo:

—Saquen me de este lugar. No puedo quedarme ni un día más en este hospital. ¿Dónde está José Armando? ¿Vino él contigo?— Serafina le aseguró que hoy mismo saldría.

—Ha eso hemos venido Aurora. A sacarte de este lugar. En estos precisos momentos José Armando ha de estar hablando con el doctor Montenegro—. Aurora suspiró aliviada y se levantó de la cama para vestirse.

—Creo que es mejor que te calmes y no te esfuerces. Vamos a ver que dice José Armando—. Y en esos momentos la puerta del cuarto se abrió y entró su hijo con el doctor Montenegro.

—Buenos días mamá—. Saludo José Armando a la vez que le daba un beso en la frente. El doctor Montenegro la observó por unos instantes y dijo:

—Aurora ya puedes irte a tu casa. Te ves mucho más repuesta —.

—Gracias doctor. Ya no puedo estar ni un día más en este lugar o de verdad me voy a morir porque la comida que sirven en este lugar me va a terminar matando—. Contestó Aurora. Todos sonrieron al escuchar su comentario pues no era de Aurora hacer esas clases de bromas. En esos momentos el doctor Montenegro se retiró diciendo que tenía que ir a ver a otros pacientes. José Armando tomo las manos de su madre entre las suyas y le dijo:

—Tengo una buena noticia que darte—. Aurora preguntó:

— ¿Ya distes con el paradero de mi hija? ¿Es esta la buena noticia?—

Con un ademán de cabeza, José Armando le dijo que sí. Aurora emocionada abrazó a José Armando y Serafina nuevamente a la vez que daba gracias a Dios. La próxima pregunta que salió de la boca de Aurora fue:

— ¿En dónde está? José Armando con un brillo de alegría en los ojos le dijo:

—Esta en un pueblito llamado San Pedregón. Serafina se encontró de casualidad con Ingracia y ella le dijo donde estaba. Además hable con el investigador privado y él me confirmó los datos —.

— ¡Hay hijo! Que gusto me da. Esta es la mejor noticia que pudiste haberme dado—. Declaró Aurora. José Armando miró a Serafina por unos segundos, suspiró y dijo:

— Mamá hay algo más que tienes que saber—. El semblante de Aurora cambio a uno más serio.

— ¿Qué pasa hijo? No me asustes—. José Armando se quedo callado y suspiró nuevamente. Aurora más nerviosa que antes le pidió algo exaltada:

—Habla por Dios Santos, me estas poniendo nerviosa. ¿Qué es lo que debo de saber?— José Armando apenado balbució en voz baja.

—Mamá Milagros estaba embarazada cuando se fue de San Martín.

Y en estos momentos es la madre de un hermoso varón o una Hermosa niña. Ella se fue a vivir con Sor María quien la ayudo durante el tiempo de su embarazo. Por favor perdóname nunca fue mi intención dañar a Milagros. El amor surgió entre nosotros de una manera espontánea y rápida y las cosas sucedieron. Yo se que en estos momentos me has de despreciar y pensar que soy un canalla. Yo me merezco eso y más—. Avergonzado, José Armando bajo la cabeza. Aurora con ternura de madre, tomó las manos de su hijo entre las suyas y replicó.

—No estoy de acuerdo en lo que hiciste… pues tú conducta no fue la mejor y me da pena que las cosas sucedieron de esa forma pero yo fui joven una vez y se de lo que uno es capaz de hacer cuando está enamorado—. Aurora con sus delicadas manos levantó su cara, lo vio a los ojos y le dijo.

—Por fin soy abuela y tu papá. Ya quiero conocer a mi nieto o nieta—. José Armando lleno de lágrimas en los ojos abrazo una vez más a su madre con todo el amor de hijo. Aurora siempre fue bien comprensiva con él.

—Hoy mismo salgo para San Pedregón. Voy a dejarte a ti y Serafina en la casa y voy a buscar a Milagros—.

Sola y aburrida sin nadie con quien hablar se encontraba Leticia en su cuarto pensando a qué hora regresaría su suegra y su esposo. Estaba un poco impaciente y necesitaba hablar con alguien para disipar sus dudas. Pensó en llamar a Magda a la que consideraba su mejor amiga, pero últimamente se habían distanciado.

Ella tenía a su esposo y sus hijos a quien atender y casi no tenía tiempo para socializar. Y la verdad es que las otras amigas que tenía en realidad no eran sus amigas ya que nunca la incluían en sus reuniones o festejos. Magda era la única que ha pesar de todo siempre la escuchaba y alentaba. En esos momentos la puerta de su cuarto se abrió y entró Carmelia. Leticia se enfureció al ver la falta de respeto y sin pensar o medir sus palabras le dijo en voz alta.

— ¿Cómo te atreves a entrar en mi dormitorio sin antes tocar? ¿Quién te crees que eres?—Sin inmutarse, Carmelia la miró fijamente a los ojos y contestó sarcásticamente.

— ¡Ay no! A mí no a mi no me hablas así. Usted y yo somos igualitas. Usted tendrá unos cuantos centavos más que yo pero somos de la misma calaña. No se olvides que hemos cometido un crimen y será mejor que me vaya tratando de mejor manera. No sea que lo mismo que le ocurrió a la señito Milagros le ocurra a usted también o peor acabe en la cárcel junto conmigo—. La puerta estaba media abierta y Chenca quien iba en esos momentos hacía el dormitorio de la señora Aurora para ver que todo estaba en orden llego a escuchar la parte más comprometedora de la conversación entre Carmelia y Leticia. De la impresión por lo que había escuchado un gemido salió de su boca y tratando de ocultarse, Inmediatamente se metió en la recámara de su patrona. El ruido que hizo Chenca pusieron en alerta a ambas mujeres y Carmelia fue a cerciorarse que nadie estuviera afuera del cuarto. Al ver que no había nadie en el pasillo, cerró la puerta y nuevamente se dirigió a Leticia, quién estaba asustada por la forma en le había hablado. Tratando de no demostrar su miedo, Leticia la enfrentó como una fiera.

—Nunca me oyes… nunca más vuelvas a repetir lo que has

dicho… no sea que alguien te escuche y todo lo que hicimos habría sido inútil—. Fríamente y sin ningún miedo a su patrona, Carmelia dijo:

—Quiero lo prometió. Quiero mi dinero hoy mismo para largarme de esta casa antes que sea demasiada tarde—. Leticia le había prometido una alta suma de dinero el cual no tenía a su disposición en esos momentos. Iba a pedirle el dinero a su padre, pues él nunca le negaba nada, pero sus planes habían cambiado un poco ya que sus padres habían salido de viaje sin avisarle. Ahora tendría que conseguir el dinero de José Armando y para eso necesitaría una buena excusa. Leticia le contestó:

—Por los momentos eso no será posible. Tengo que conseguir el dinero y no va a ser hoy mismo. Así que tranquilízate y mañana por la tarde lo tendrás—. Molesta porque tendría que esperar replicó:

—Eso espero. Mañana por la tarde ni un día más—. Y salió del cuarto. Mientras tanto en la habitación de Aurora, Chenca no podía creer lo que minutos antes había escuchado. Estaba tan horrorizada que no podía concentrarse en el arreglo del cuarto. ¯Será posible que lo que escuche será cierto, se decía a sí misma. ¯Tal vez escuche mal y no fue la señorita Milagros, hija de los difuntos Vascos. ¡No! No puede ser. Como Leticia y Carmelia dieron con ella si los señores la han estado buscando casi todo este tiempo. ¿Qué hago Dios mío, le digo al joven José Armando lo que escuché o me quedo callada? Chenca no estaba completamente segura de haber escuchado correctamente y pensó que lo mejor era no decir nada. Pues podría provocar una tragedia de haber escuchado mal y a lo mejor lo que pensó que escuchó no fue realmente lo que sucedió. ¯¿Pero cuando pudieron matar a Milagros? Se preguntaba Chenca. En esos momentos se acordó que el día en que la señora Aurora rodó por las escaleras no vio a ninguna de las dos por el resto del día. En toda ese día y parte del la mañana siguiente no las vio en toda la casa. Además el día que Leticia corrió a Jacinta, ella venía vestida como si hubiera salido muy temprano esa mañana o como si acabara de llegar de algún lugar. Lo curioso es que nadie la vio salir o entrar. En esos momentos en que Chenca se encontraba perdida en sus pensamientos escuchó el abrir y cerrar de la puerta del cuarto de la señora Leticia. Se acercó a la puerta para cerciorarse cual de las dos había salido y alcanzó a ver solamente la espalda de Carmelia que se dirigía hacia la planta baja. Chenca rápidamente trató de disipar sus dudas y se puso a acomodar el cuarto de su patrona que en un momento u otro estaría en casa. Ahora que con la partida de Jacinta ella tenía todo el trabajo encima. Porque no podía ella contar con la ayuda de Carmelia, pues esta

además de perezosa tenía un carácter horrible y no se le podía hablar. Siempre que se le preguntaba algo o se le decía que hiciera algo, siempre daba la misma respuesta: ¯yo no recibo ordenes más que de la señora Leticia quien es la que me contrató y estoy aquí exclusivamente para sus servicios. Por eso Chenca, Jacinta y Artemia siempre se dividían el trabajo de la casa. Las voces en la planta baja dieron por avisado a Chenca que los señores habían llegado. Terminó rápidamente el aseo del cuarto y procedió hacía abajo para prestar sus servicios. Aurora apoyada en los brazos de su hijo y con la ayuda de Serafina se encaminaba hacía su cuarto. Al ver a Chenca, Serafina inmediatamente le ordenó que llevara un té caliente para la señora Aurora a su recámara. Chenca saludó rápidamente a los señores a la vez que le decía a Serafina que en seguida subiría el té a la recámara. José Armando en el camino del hospital a la casa le había explicado a su madre y Serafina que hoy mismo partiría con rumbo a San Pedregón para traer a Milagros. Ellas estaban de acuerdo con él por eso una vez que Aurora quedo acomodada en su cuarto. José Armando con un beso en la frente se despidió.

Minutos después que el joven José Armando había salido, Chenca subió al cuarto de Aurora con la charola de té como Serafina se lo había ordenado. Serafina estaba corriendo las cortinas de las ventanas para que la luz entrara en la habitación. Aurora estaba recostada en la cama tratando de recuperar fuerzas. Chenca todavía asustada y un poco alterada por lo que había escuchado con manos temblorosas puso la charola sobre la mesa. Serafina notando su nerviosismo y el semblante pálido con si hubiese visto algún muerto se le acercó y en voz muy baja le preguntó:

— ¿Qué te pasa? Parece que acabas de ver un muerto. Estas temblando—. Chenca la miró y contestó:

—No me pasada nada Fina, solamente es que estoy un poco cansada ya sabes que sin Jacinta aquí yo tengo todo el peso sobre los hombros. Serafina tenía la sensación que algo más estaba turbando y no era simplemente cansancio. Era algo más de eso estaba segura. Serafina le aseguró.

—No te preocupes que en cuanto termine de ver que la señora Aurora este bien y no me necesita te voy a ayudar con los quehaceres. Dile a Artemia que te ayude también. Chenca le ofreció una sonrisa nerviosa y sin decir ni una sola palabra más salió del cuarto. El comportamiento reservado de Chenca había perturbado a Serafina un tanto ya que ésta era una charlatana que a veces se le tenía que decir que se callará pues hablaba constantemente. Mientras tanto, Sor María

con el bebé en brazos junto con la vecina, Imelda, se encontraban en el hospital. Habían llegado temprano a ver a Milagros, pero no las habían dejado pasar a verla ya que la enfermera les había informado que el doctor estaba con ella en esos momentos. Tendrían que esperar un poco. Sor María había tratado de obtener información sobre su condición, pero la enfermera le dijo que ya muy pronto el doctor estaría con ella y le diría exactamente como se encontraba la joven. Los minutos pasaron lentos en la sala de hospital y Sor María se estaba poniendo impaciente. No entendía porque nadie, después de dos horas de estar sentadas esperando, les podía decir exactamente qué pasaba y porque no podía entrar al cuarto a ver a Milagros. Imelda notando la impaciencia y la intranquilidad de Sor María le había traído un café tratando de calmarla a la vez que tomaba de sus brazos al pequeño Ariel Armando. Sor María sin refunfuñar accedió a darle al niño. Desesperada por la falta de información sobre Milagros, se levantó y se paseó por la sala de espera intranquila por la tardanza. Estaba un poco irritada. Había estado en vela prácticamente toda la noche y la falta de descanso a su edad la ponía muy malhumorada. Imelda le pidió que se tomara el café pues estaba segura que muy pronto tendrían información sobre la condición de Milagros.

En esos momentos en que Sor María se acomodaba nuevamente en la incómoda silla que le tenía doliendo la espalda, se les acercó una de las enfermeras y les preguntó:

— ¿Son ustedes familiares de la joven Milagros?— Sor María inmediatamente contestó:

—Si señorita. ¿Dígame como esta Milagros, puedo verla ya?— La enfermera replicó:

—El doctor Castellán Soto le informará. Por favor acompañe me. Él necesita hablar con usted en su oficina. Imelda y Sor María ambas se miraron un poco desconcertadas pues ellas esperaban entrar a ver a Milagros inmediatamente. El tener que ver al doctor primero no podía indicar nada bueno. Sor María y Imelda con el bebé en brazos se dirigieron inmediatamente a la oficina del doctor.

Capítulo 13

El Destino Milagros

El día estaba soleado y la temperatura estaba altísima, pero el aire fresco hacía el clima bastante tolerable. José Armando había salido muy temprano de San Martín y estaba muy cerca del pequeño pueblo de San Pedregón. No podía creer que en todo este tiempo, casi dos años, de búsqueda Milagros se encontraba tan solo a cuatro horas de distancia. La había tenido tan cerca todo este tiempo sin saberlo. Estaba ansioso por verla y conocer a su hijo o hija, pero a la vez nervioso ¯¿Se alegrará de verme o estará molesta? Dios mío ayúdame a explicarle todo. Se decía él a sí mismo.

José Armando no podía esperar un recibimiento con brazos abiertos de parte de Milagros. Él se había comportado con ella como un perfecto patán, y se merecía todo insulto que ella pudiera hacerle. Trató de no pensar más. En una hora más estaría enfrente de ella, y entonces tendría que contestar por su falta. Sin imaginar si quiera lo que ocurría con Milagros en esos precisos momentos, José Armando prendió la radio del carro y trató de escuchar un poco de música.

Mientras tanto, Leticia no tenía la menor idea de que su esposo en esos precisos momentos viajaba rumbo a San Pedregón. Ella había estado de su recámara toda la mañana y necesitaba salir de la casa. Pensó en ir de compras ya que las tiendas siempre la ponían de buen humor. Además quería pensar que haría con Carmelia. Su comportamiento la tenía intranquila. Tenía que darle lo prometido y hacer que desapareciera por completo de San Martín, pero no tenía el dinero. ¯Creo que antes de ir a las tiendas pasaré por el despacho de José Armando. Estoy seguro que fue al trabajo. Se dijo a sí misma. Le pediré el dinero y podré deshacerse de ella—se está volviendo una amenaza para mí—.

Sor María entró en la oficina del doctor y Imelda la acompañó. El doctor, después de saludar a ambas mujeres, les pidió que por favor se sentaran. Sor María bastante nerviosa preguntó:

— ¿Doctor cómo esta Milagros?—

Su rostro reflejaba una gran pena y sin balbucear contestó:

—Siento mucho tener que darle tan malas noticias, pero la señora no tiene mucho tiempo más de vida. Anoche después de la operación entró en coma, y esta madrugada desafortunadamente nos dimos cuenta que había un sangrado interno. Tratamos de pararlo pero fue demasiado tarde. Ella no pasará de unas cuantas horas más. De verdad lo siento mucho… es una mujer muy joven…—.

Un quejido salió de lo más profundo de Sor María y se llevó las manos a la cara implorándole a Dios que no se la llevará.

En esos momentos, Sor María estaba incontrolable y su llanto perturbó la tranquilidad del pequeño. Imelda trató de consolarla. La abrazó muy fuerte, y aunque ella no conocía a Milagros, sintió un dolor inmenso al saber que una joven tan llena de vida yacía postrada en una cama de hospital a unas horas de su muerte. Sor María pidió verla y el doctor le dijo que se calmara porque no era bueno que ella la viera en esas condiciones. Sor María inmediatamente se limpió los ojos y recobró su compostura…debía ser fuerte para Milagros.

Aurora acababa de despertar. Se había quedado dormida por unas cuantas horas. Aurora se sentía más animada y llena de vida. Una sonrisa se dibujó en sus labios de solo pensar que muy pronto volvería a ver a su pequeña Milagros. Para ella, Milagros todavía seguía siendo aquella criatura a la que había renunciado por temor a su madre. Por eso todo el amor de madre que ella sentía se volcó en José Armando. El destino le había quitado a su hijita pero Dios la había recompensado con el amor de José Armando. Ese niño que de apenas once años habiendo sufrido la pena de crecer sin una madre se había cobijado en sus brazos y había buscado en ella el amor de una madre.

Por falta de carácter, Aurora truncó su felicidad. Tratando de rapar un daño hizo uno más grande al convertir la vida de su hija y la de Ariel en un infierno al dejarlos a la merced de su hermana Adelia. Nunca se imaginó al calvario al cual ella los había destinado. Quizás si hubiera tenido más valor al menos ellos hubieran alcanzado la felicidad. ¬Pero ya no voy a pensar más en lo que pudo ser y no fue. Dios es tan grande que nuevamente me regresa a mi hija. Esta vez será diferente; esta vez no me dejaré paralizar por el miedo. Me arriesgaré y le diré toda la verdad, se decía Aurora a sí misma. Se levantó de la cama y buscó algo apropiado para ponerse. ¬Tengo que arreglar la

casa y poner todo en orden para su llegada. Pensaba Aurora. De repente el rostro de su esposo y su ira se reflejó en su mente y por unos instantes el temor se apoderó de ella. Inmediatamente lo deshecho. Aurora estaba decidida a todo y se dijo en voz alta a sí misma, ¯Felipe tendrá que entender… y no por él renunciaré una vez más a mi hija… Esta también es mi casa y lo enfrentaré si es necesario.

Leticia llego a la oficina de su esposo y con ese aire de arrogancia y soberbia, entró en su despacho sin esperar que Alicia, la secretaria, la anunciara. Alicia era una chica muy dulce y apacible, pero la presencia de Leticia le parecía insoportable. Nunca entendió como su jefe, un hombre tan bueno y con un alma de Dios, se había fijado en esta víbora. Leticia era extremadamente bella pero con ese carácter tan intransigente y áspero ni su belleza cubría para nada la multitud de defectos que tenía. ¯Si tan solo se hubiera fijado en mí, yo si lo hubiera hecho feliz pensó Alicia y sonrió al pensar tremenda estupidez…sabía muy bien que su jefe jamás la vería a ella como mujer. Nadie nunca se había fijado en ella y ni siquiera novio había tenido. No podía compararse con la esposa de su jefe ni tampoco podía aspirar al amor de él. Se sentía demasiado insignificante como mujer.

Cuando vio a Leticia entrar a la oficina de su jefe, había tratado de decirle que el señor José Armando no se encontraba, pero Leticia se había dirigido al despacho de su marido sin saludar siquiera. Los empleados estacaban muy por debajo de ella. Por lo tanto, no escuchó a Alicia cuando esta trato de decirle que su esposo no estaba. Unos minutos después, salió del despacho indignada al no encontrar a su marido y se dirigió Alicia.

—¿Dónde está mi esposo?— Alicia tratando de no dejar que la presencia y el carácter agrio de esta mujer le arruinará el día contestó en tono afable a la vez que pensaba como era posible que ella, la esposa, no supiera que su marido iba a estar fuera de San Martín por unos días.

—Señora Leticia, su esposo no está. Él llego muy temprano esta mañana y me dijo que estaría ausente por unos días porque salía de viaje—. Leticia llena de vergüenza preguntó:

— ¿Cómo? Pero no es posible, no me dijo nada. ¿A dónde se fue?—

— ¡No lo sé! tal vez si usted habla con el señor Pedregón él

podría infórmale mejor—. Leticia sin escuchar ni una sola palabra más se dirigió de inmediato al despacho de Miguel. La secretaria de esté la anunció y él la hizo pasar inmediatamente. Miguel siempre estuvo enamorado de Leticia pero él sabía que ella jamás se hubiera fijado en él. Por eso no dudo ni un segundo en presentársela a José Armando. Quizás estaba buscando la manera de quitarla de sus pensamientos y vio la solución en el interés de José Armando por ella. Pero a pesar de los años y a pesar de que era un hombre felizmente casado, el amor que Leticia había despertado en él seguía vivo. Al verla, tan bella y elegante como siempre se preguntó, ¿se puede estar felizmente casado con una mujer y estar completamente loco por otra? Miguel se le acercó y le dio un beso en la mejilla.

— Pasa Leti, siéntate. ¿A qué se debe el honor de tu presencia? — Miguel siempre fue muy galán aunque su galantería lo hacía en forma de broma, por su falta de seguridad en su persona. ¡Leticia lo aborrecía, cada vez que miraba su cara barrosa y su cuerpo esquelético… le daba nauseas y sentía como si iba a vomitar, y ahora el tenerlo tan cerca y sentir esos labios en sus mejillas quería gritar! En la Universidad lo soportó porque la ayudaba con sus trabajos y reportes, pero después de su graduación siempre trató de esquivarlo. Aunque la verdad no le había sido posible ya que era socio de su esposo. Con una sonrisa forzada Leticia le respondió el saludo.

—Hola Miguel. ¿Cómo estás? ¿Sabes tú a donde se fue mi marido?— Por unos segundos Miguel contempló la idea de decirle a Leticia que su amado José Armando andaba en busca de Milagros para ver la expresión de su cara, pero eso no lo haría pues él y José Armando eran como hermanos y jamás haría algo para perjudicarlo.

—No lo sé. Habló conmigo esta mañana y me dijo que me encargará de todo porque estaría ausente por unos días ya que saldría de San Martín, pero no me dijo nada más—.

Esta situación realmente creaba un problema para ella. Necesitaba conseguir el dinero para darle a Carmelia y ahora no estaba segura cuando volvería José Armando… o si podría controlar a Carmelia unos días más. Leticia pensativa por unos momentos consideró pedirle prestado el dinero a Miguel, pero rápidamente desechó esa idea. ¯es absurdo, ¯se dijo a sí misma en voz baja. Y Miguel preguntó:

— Perdóname. ¿Qué dijiste?— Leticia un poco perturbada por su situación contestó.

—No me hagas caso. Debo irme—. Y sin decir ni una sola palabra más salió de su oficina. Sor María y Imelda entraron en el cuarto de Milagros quien yacía postrada en esa cama de hospital. Por unos segundos Sor María retrocedió a la noche antes de lo ocurrido. Milagros se había levantado de la cama y se paseaba con ansiedad en su cuarto. Le había dicho¯tengo una sensación horrible o mejor dicho una premonición que algo malo esta por sucederme. Se le llenaron de lágrimas los ojos a Sor María y una sensación de culpabilidad se apoderó de ella por no haber tomado en serio lo que la joven le había dicho. ¯Si tan solo te hubiera escuchado realmente y nos hubiéramos precavido tal vez ahorita no estarías aquí, se decía Sor María a sí misma.

Sor María tomó al pequeño Ariel Armando de los brazos de Imelda y se acercó a la cama de Milagros. Ella tenía los ojos cerrados como si estuviera durmiendo, pero al percibir la presencia de ellas abrió los ojos. Sonrió con dificultad, pues el menor esfuerzo era muy doloroso para ella. Milagros le pidió a Sor María que la ayudará a incorporarse en la cama. Quería abrazar a su bebé por última vez. Sor María y Imelda rápidamente la asistieron y le colocaron al pequeño entre los brazos. Por unos minutos los cuales parecieron horas, Milagros abrazó a su hijito en silencio mientras las lágrimas recorrían sus mejillas. Imelda al ver la escena tan conmovedora y triste no pudo contenerse y comenzó a llorar contagiando a la vez a Sor María. Milagros viendo la pena de ellas les dijo con mucha dificultad en su voz pero a la vez con una fortaleza muy grande.

—No…—. Suspiró tratando de conseguir aire.

—No lloren por mí. Yo voy a estar bien—. Hizo una pequeña pausa y continuó:

—Mi hora ha llegado. Así lo ha dispuesto nuestro Dios. Yo sé que voy a estar bien aunque no quiero dejar a mi criatura—. Estrechándolo aún más fuerte contra su pecho se hizo un silencio y luego continuó.

—Sor María por… por favor b…busca a José Armando—. Hablaba con dificultad como si necesitará aire.

—No, no quiero que mi hijo quede des…. desamparado—. Sor María le aseguró que eso haría y nuevamente una sonrisa se dibujó en los labios de Milagros iluminando todo su ser. Era bellísima y aún postrada en esa cama con la muerte tan de cerca rondándole, su belleza era aún más cautivadora.

—Tengo sueño. Mucho sueño—. Dijo Milagros y cerró sus ojos. Entre sollozos y con gran impotencia por no poder hacer nada para salvarla, Sor María tomó al pequeño nuevamente en sus brazos a la vez que le decía.

—Duerme hija, duerme—. Imelda no podía contenerse más y le dijo a Sor María que se iba porque tenía cosas pendientes en su casa. La verdad que Imelda no tenía absolutamente nada que hacer, pero la tragedia de esta chica era mucho más de lo que ella podía soportar. Sor María le agradeció las horas que estuvo a su lado y toda la ayuda que le brindó asistiéndola con el pequeño Ariel Armando. Imelda le dijo que iría al vecindario para hacer una colecta de dinero para los gastos del funeral. Sor María le agradeció de corazón y la abrazó nuevamente, y Imelda salió del cuarto. Mientras tanto, Leticia estaba nerviosa cuando salió de la oficina de Miguel. No tenía la menor idea de donde podría haber ido su marido. Estaba segura que no había ido en busca de Milagros, pues Alejandro Guzmán le había dicho que le daría unos días antes de darle la información a su esposo. De pronto, el miedo se apoderó de ella, ¯lo habrá llamado alguien para avisarle sobre lo ocurrido con Milagros. ¡No! No lo creo, ¿quién podría avisarle? además si se hubiesen enterado de la muerte de Milagros todos en la casa estarían alborotados. Se hablaba Leticia a sí misma. Tampoco había pensado en Alejandro Guzmán. Él sabía que ella obtuvo la información del paradero de Milagros y podría atar cabos. Él podía deducir que ella había tenido algo que ver en la trágica muerte, pero Leticia no había calculado esta situación. Su mente ahorita estaba muy ocupada en el dinero que tenía que conseguir para Carmelia. En su carro sin rumbo fijo, Leticia se preguntaba a sí misma, ¯¿Ahora qué voy a ser, maldita sea, de dónde voy a sacar el dinero que necesito? De pronto una idea genial se le cruzó por la mente, ¡como no lo pensé antes! ¡Felipe, si… él me puede ayudar! Nosotros tenemos muy buena relación y estoy seguro que no va a dudar ni un segundo en darme un cheque.

Inmediatamente Leticia viró su automóvil con rumbo a la oficina de su suegro mientras pensaba en que le iba a decir, pues era una fuerte cantidad de dinero que necesitaba y aunque el dinero para Felipe era lo de menos, era importante tener una buena excusa. ¯Ya se le voy decir que Magda tiene un problema muy grande y me pidió ayuda. Por supuesto que no pude negarme y le prometí ayudarla, pero no contaba con que José Armando hubiera salido de viaje al igual que sus padres.

En media hora Leticia llego a las oficinas de su suegro, y la secretaria de él la hizo pasar inmediatamente. Felipe la saludo y le dio

un beso en la mejilla.

—Hola Leti. ¿Y esta sorpresa a que se debe?— Un poco ruborizada porque nunca jamás lo había visitado en su despacho Leticia contestó.

—Fui a buscar a José Armando a su oficina pero me encuentro con que salió de viaje y yo sin estar enterada—. A Felipe siempre le agrado mucho Leticia y por lo tanto nunca puso oposición en su noviazgo con su hijo—es más siempre le pareció la mujer ideal para él —. Quizás era porque Leticia tenía carácter—sabía lo que quería y no se dejaba influenciar por nadie—. Su carácter fuerte no era el único atributo por el cual tenía el voto de su suegro a su favor, pero también lo tenía por su belleza. A Felipe siempre le gustaron mucho las mujeres bellas. Con una sonrisa cálida le ofreció asiento a la vez que llamaba por el intercomunicador a Lupita, su secretaria, para que les traerá café.

—No sabía que José Armando hubiera salido de viajes. No me comento nada—. Contestó Felipe. Aunque el no saber de las decisiones de su hijo no era para Felipe una sorpresa. José Armando con él nunca consultaba nada.

—Bueno, la verdad es que no venía a preguntarte por su paradero, pero otro motivo es el que me ha traído—. Le dijo ella. Curioso preguntó.

— ¿Entonces me puedes decir cuál es ese motivo poderoso que te ha traído a visitar a este viejo a su oficina?— Antes que Leticia pudiera contestar, Lupita entró con la charola de café y después de servirles salió tan rápido como había entrado. Leticia sonrió nerviosamente y sin vacilar le contestó.

—Felipe necesito una fuerte suma de dinero y como José Armando ni mis padres están en San Martín no se me ocurrió a nadie más a quién recurrir más que a ti. Sucede que Magda mi amiga me pidió prestado y yo… — Felipe inmediatamente la interrumpió diciendo mientras sacaba su chequera:

—No es necesario que me des explicaciones. Somos familia y tú puedes disponer del dinero de la familia pues para eso eres la esposa de mi hijo—. Y le ofreció un cheque en blanco firmado. Leticia no podía creer que se había ofuscado tanto cuando lo único que tenía que haber hecho desde el principio era venir a ver a su suegro.

— ¡Gracias Felipe!—. Sin saber porque Felipe la miró con

deseo y pasión pero inmediatamente desechó esos pensamientos inescrupulosos de su mente. Esta mujer era su nuera, la esposa de su hijo.

—No tienes porque agradecérmelo. Te repito somos familia y todo lo de mi hijo también es tuyo—. Respondió él.

Leticia tomó un sorbo más del café que la secretaria había traído y luego se levantó y se despidió.

Imelda llego al vecindario donde inmediatamente se puso a contarles a las vecinas, quienes se encontraban congregadas en la entrada hablando de lo acontecido con la joven, Milagros. Les dijo que estaba agonizando en el hospital y que solo le quedaban unas cuantas horas más de vida. Rosario, una mujer en sus cuarentas quien se miraba bastante envejecida por el maltrato de la vida dura y las carencias que en su vida había tenido que aguantar. Sintió una pena muy profunda al saber que se le escapaba la vida a una mujer tan joven. Ella fue la primera que escuchó los disparos y cuando vio el cuerpo cubierta de sangre en los brazos de Serafina había llamado la ambulancia. Rosario no podía creer que se estaba muriendo.

—Pobre muchacha todavía recuerdo el primer día que llego con la monja Sor María y su bebé en brazos. Se veía un poco tímida y reservada, pero eso si bien amable y simpática. Aunque me pareció muy extraño que una chica a si tan fina, y que al parecer persona de dinero, viniera a parar en una vecindad de quinta—. Nadie alcanzó a comentar sobre lo que acababa de decir Rosario, pues todas se quedaron calladas al ver el carro que se había estacionado frente a ellas y de el cual salía un hombre elegante y por lo visto muy adinerado.

José Armando Aragón había por fin llegado a San Pedregón, y por lo pequeño del pueblo y la gente tan sociable no tuvo problemas en lo absoluto en dar con la dirección que el investigador le había proporcionado. Se acercó al grupo de mujeres que congregadas juntas en el portón de la vecindad se habían quedado calladas y mirando con asombro como si nunca antes hubiesen visto a un hombre. Él, sin imaginarse lo que en unos cuantos minutos escucharía, con una sonrisa en los labios, saludó:

—Señoras buenas tardes. ¿Me pueden ustedes decir en que apartamento vive la joven Milagros Vascos?— Todas se voltearon a ver unas a otras en silencio como si hubiese preguntado por un fantasma. Hasta que por fin Imelda rompió el silencio.

— ¿Es usted pariente de Milagros?— José Armando un poco titubeante por no saber exactamente como responder contestó:

—Sí, somos primos y necesito hablar con ella. Sin darle tiempo a Imelda a contestar, Ana inmediatamente se entrometió en la conversación y preguntó:

— ¿Entonces usted no sabe lo que le ha ocurrido a su pariente?

Asustado por las palabras de esta mujer preguntó:

— ¿Qué le ha ocurrido a Milagros?— A lo que ella inmediatamente exclamó.

— ¡La pobre chica se está muriendo en estos momentos! Los disparos que le dieron le perforaron completamente todos los órganos vitales—. José Armando palideció con la noticia… las palabras de esta mujer penetraron en lo más profundo de su ser y sintió como si alguien le hundía un puñal en el corazón…. No podía creer lo que estaba escuchando… se le hizo un nudo en la garganta y el miedo a perder a Milagros se apoderó por completo de él.

— ¿Cómo? ¿En dónde está? ¿En qué hospital? Necesito verla —. Imelda una mujer muy cautelosa y en especial de extraños no tomó en cuenta precaución para su persona al percibir el estado de ánimo del joven, y sin pensarlo dos veces se ofreció a acompañarlo al hospital. Sin perder tiempo abordaron el auto rumbo al único hospital de San Pedregón.
Aurora por fin se vistió después de escoger entre varios vestidos. Tarea en lo que prácticamente se le había ido toda la mañana. Antes de que José Armando partiera en busca de Milagros le había prometido traerla de regreso con él si era posible el mismo día. Ella se quería ver bien por si llegaba su hija. Había escogido un vestido color marrón que complementaba muy bien con la blancura de su piel y su larga cabellera negra. ¯Hoy no vestiré de negro. Se dijo Aurora a sí misma. La muerte de Ariel todavía estaba presente en su mente y su corazón, y la herida de su partida no había aún cicatrizado, pero no quería verse taciturna y demacrada. Se peino y se maquilló como en mucho tiempo no lo había hecho. Serafina, quién había estado ayudando a Chenca con los quehaceres entró en su cuarto para cerciorarse que estuviera bien y se sorprendió al verla vestida, maquillada y completamente fuera de la cama. Antes que Serafina pudiera reaccionar a lo que sus ojos veían, Aurora le preguntó al ver la cara de satisfacción de su fiel amiga de años.

— ¿Cómo me veo?— Serafina sonrió de alegría al ver como la noticia del paradero de Milagros había tenido tal efecto en ella.

—Te ves mejor que nunca. ¿Pero cómo está tu pierna puedes caminar?— Aurora felizmente sonrió.

—No te preocupes Serafina. Hoy me siento mejor que nunca, además solo fue una pequeña caída y estuve reposando ya suficiente tiempo postrada en esta cama. Voy a bajar abajo, pues quiero que todo esté en orden por si llegan mi hijo y Milagros hoy—. Serafina no quería desanimarla pero no creía que hoy mismo regresarían. Pues aunque el pueblito donde estaba viviendo Milagros no quedaba tan lejos, él convencerla a regresar sería lo difícil. ¡Claro que todo era posible!

—Por supuesto. Yo te ayudo—. Contestó Serafina.

En esos momentos en que Serafina y Aurora venían bajando las escaleras, escucharon la voz de Leticia quien le preguntaba a Artemia por Carmelia.

—Creo que está en la cocina, señora Leticia—. Se le escuchó decir a Artemia.

—Pues ve ahora mismo y dile que suba a mi recámara que quiero verla—. Ordenó Leticia.

—Sí, señora ahorita misma le digo —. Serafina y Aurora ambas se miraron pues no había manera alguna de esquivar su presencia y en unos segundos se encontraba frente a ellas. Sorprendida por la recuperación de su suegra, Leticia no pudo esconder su asombro.

—Veo que ya estas bastante recuperada. Nunca pensé que un día en el hospital te fortaleciera tan rápido, pero en verdad me da gusto que ya estés bien. Por cierto ese color te favorece bastante—. Y acercándosele le dio un abrazo y un beso. El comportamiento de Leticia las desconcertó pues estaban acostumbradas a su sarcasmo y maldad. Mientras Leticia saludaba, Serafina observaba su semblante y la verdad que no miraba nada de cierto en las palabras de Leticia.

Aurora simplemente se limitó a darle las gracias y sin más preámbulos, Leticia procedió a su cuarto. Una vez en su cuarto, puso su bolso sobre el buró y se recostó en la cama. Sentía como si un peso grande se le había caído de los hombros. Estaba feliz porque por fin se podría deshacer de Carmelia y podría dormir más tranquila al saber que estaba muy lejos de la casa. De repente pensó en lo recuperada de

su suegra y se irritó del solo pensar que no podría ya seguir envenenándola. ¯Se mira bastante mejor y mucho más animada. Estoy completamente segura que nadie se ha enterado de la muerte de Milagros, pues Aurora seguiría vestida de luto, y por lo visto ya lo guardo. Se dijo Leticia a sí misma. De pronto una sonrisa perversa se dibujó en su bello rostro y pensó…que lástima que muy pronto tendrás que reanudar tu atuendo de luto. En ese momento, la sirvienta tocó la puerta.

— ¿Puedo pasar señora Leticia? Soy yo Carmelia—. Leticia se incorporó en la cama y le dijo que entrará. Una vez en el cuarto y la puerta cerrada los formalismos desaparecieron.

— ¿Ya tiene mi dinero? Preguntó ella. Indignada, Leticia se levantó de su cama y sacó de su bolso el sobre con el dinero:

— ¡Toma! Aquí está el dinero. Quiero que recojas tus cosas y te largues hoy mismo. Quiero que desaparezca de San Martín—. Le ordenó Leticia. Sin prestar mucha atención al tono de voz de su patrona se sentó en la cama y procedió a abrir el sobre con el dinero. Leticia creía que iba a perder los estribos al verla acomodarse en su cama con tanta confianza, pero hizo un esfuerzo tremendo y se contuvo. La verdad no era prudente hacer berrinches ahora que Carmelia la tenía en sus manos. Ignorante a las reacciones de su patrona, comenzó a contar el dinero.

Bastante indignada por la desconfianza, Leticia preguntó:

— ¿Qué haces? Allí está todo el dinero que acordamos. No hay necesidad de que lo cuentes—. Con un aire de soberbia y desdén Carmelia alzó la vista y miró fuertemente a su patrona y contestó:

— ¡Más vale asegurase… y eso es precisamente lo que estoy haciendo! Quiero estar segura que todo el dinero este completo para que después no haya problemas entre nosotras seño Leticia—. En el carro rumbo al hospital, Imelda estaba callada. No dijo nada en todo el trayecto pues la verdad no sabía que decir ya que estaba con un perfecto extraño pero algo en su interior le decía que tenía que orar para que el joven alcance ver a Milagros con vida. Y eso fue en lo que se concentró los diez minutos en que tardaron para llegar al hospital. José Armando A su vez no podía pensar en nada. Estaba pasmado y muy desconcertado con la inesperada noticia que el amor de su vida se estaba debatiendo entre la vida y la muerte. No había palabras para expresar lo que estaba sintiendo. En estos momentos lo único que quería era llegar pronto para estar al lado de ella.

Por fin llegaron al hospital y entraron al cuarto de Milagros. Sor María al ver al joven rápidamente se levantó y se le acercó. Iba a preguntarle quien era pero al ver el parecido con el pequeño Ariel Armando, el semblante del joven y sus ojos llenos de lágrimas inmediatamente se dio cuenta que esté era José Armando—el gran amor de Milagros y el padre Ariel Armando—.

José Armando se acercó a la cama de Milagros y tomando sus manos entre las suyas con las lágrimas rodando por sus mejillas dijo en voz suave.

—Milagros mi amor. ¿Quién te hizo esto? Alzó sus ojos hacia arriba y preguntó:

— ¿Por qué Dios mío?— En esos momentos, como si presintiera la presencia de él, Milagros abrió sus ojos y no pudo esconder su alegría al verlo junto a ella. Con una voz débil y trémula pronunció su nombre.

—José Armando, mi amor estas aquí—. En sus palabras no había rencor, ni odio solo amor. Era una bienvenida que nunca había esperado, pero hubiera preferido mil veces un recibimiento lleno de desprecio, odio, y rencor si eso significará que ella estuviera sana y llena de vida. Trató de contener sus lágrimas y el dolor que se refleja en su voz y contestó apretándole las manos.

—Si mi amor, aquí estoy contigo. He venido por ti y por nuestro hijo.

Perdóname por todo lo que te he hecho sufrir. Nunca fue mi intención. Milagros yo te amo y te he estado buscando todo este tiempo—. Levantando su mano con dificultad lo puso sobre sus labios y con voz débil y delicada le dijo:

—No tengo nada que perdonarte. Me has dado lo más preciado de este mundo—nuestro hijo—. Por favor cuídalo y quiérelo mucho, y por el amor que nos unió háblale de mí para que me tenga siempre en su mente. José Armando por favor abrázame por última vez—.

José Armando la abrazó y ese dolor inmenso se hizo aun más grande cuando sintió su cuerpo delicado y débil junto al suyo. Sabía que era la última vez que la tendría en sus brazos.

Después de eso, Milagros no dijo más nada. Era como si estuviera esperando su llegada para poder partir en paz. Una sola lágrima escapó y rodó por sus mejillas. Suspiró profundamente y cerró

para siempre esos lindos ojos negros en un sueño eterno del cual jamás saldría. José Armando entre sollozos apretaba junto a su pecho el cuerpo sin vida de su amada Milagros. Sor María abrazó al pequeño Ariel Armando y lloró en silencio al igual que Imelda. En esos momentos entró la enfermera que estaba monitoreando los signos vitales de la joven y seguidamente el doctor quien unos segundos después la declaró muerta.

Aurora estaba platicando con Serafina y haciendo preparativos para la llegada de su hija, ajena a la tragedia que acababa de suceder. En esos momentos entró una llamada, Serafina se dirigió al teléfono y levantó el auricular.

—Buenas tardes, casa de la familia Aragón—. Eloina reconociendo la voz de Serafina replicó

—Buenas tardes Serafina. ¿Puedo hablar con mi hija?—

—Buenas tardes señora Eloina. Enseguida la comunico—. Serafina subió al cuarto de Leticia para infórmale que tenía una llamada de su madre. En esos precisos momentos en que Aurora se encontraba sola, entró su marido. Felipe sorprendido al ver a su mujer tan recuperada se dirigió hacia ella. Había pasado casi dos años desde que Aurora se había recluido por completo en su cuarto como una ermitaña. Todo había sucedió después de la muerte de su hermana Adelia y su cuñado pero su reclusión aumento más todavía junto con la depresión en la que cayó cuando Milagros desapareció. Desde entonces Aurora había dejado de ser la misma. Si antes era una mujer callada y reservada, estos dos últimos años se había vuelto una reclusa.

Felipe la observó por unos segundos sin ser visto. Aurora estaba tan sumergida en sus pensamientos y no se dio cuenta que él había llegado. Otras veces Felipe se hubiera encaminado por completo hacía su recámara o su oficina ya que la distancia entre ellos era grande, pero algo había sucedió con él desde la partida de Eugenia Díaz, y desde el distanciamiento entre él y su hermana Berta. Él ya no era el mismo hombre rígido y tiránico que lo había caracterizado todo este tiempo. Ahora tenía más compasión y sin querer se escuchó a si mismo saludando a su esposa.

—Aurora. ¿Cómo estás? ¿Te siente mejor? Te ves bastante recuperada—. No habiendo sarcasmo en sus palabras desconcertó un poco a Aurora. Ella no estaba acostumbrada a recibir de su marido el más mínimo afecto ni consideración y el preguntarle por su bienestar

con tal sinceridad la conmovió un poco.

—Estoy muy bien gracias. Me siento mucho mejor—. Contestó contrariada por su comportamiento. Felipe notando a su atuendo le dijo, con aquel interés que le había provocado casi veinte años atrás cuando la conoció y había quedado flechado con su belleza,

—Ese color te favorece mucho y te hace ver esplendida—. Quiso decir bellísima, pero se contuvo pues no sabía exactamente porque estaba siendo tan afable y cortés con ella. Aurora le agradeció el cumplido. Mientras tanto, Leticia en su cuarto hablaba con sus padres. La habían llamado para comunicarle en donde se encontraban. Su madre estaba completamente feliz y no paraba de describir los lugares bellísimos que habían conocido. Leticia notando la felicidad en su voz trató de esconder su infelicidad. Por primera vez en su vida la escuchó realmente interesada en lo que decía.

El hospital, José Armando se había quedado en la cama con Milagros en sus brazos. Había perdido toda noción de tiempo. No podía comprender que solo había alcanzado a verla con vida por unos segundos. Mientras se encontraba sumergido en el dolor, él no paraba de culparse a sí mismo por el infortunio y la desgracia de Milagros. ¯Yo tengo la culpa. No debí de poner mis ojos en ella y aún estaría en San Martin. No la hubiese enamorado, ella jamás hubiese salido de San Martín. Se repetía a sí mismo. Lloraba como un niño junto a su amada Milagros cuando de pronto la cara de su madre se reflejó en su mente. ¯¿Dios mío como le voy a decir a mi madre que su hija está muerta? Esta pena la va a llenar de dolor aún más y la puede hasta matar. No quería afrontar lo que le esperaba. José Armando abrazó junto a su pecho aún más fuerte a Milagros y sin darse cuenta se quedo dormido junto a ella.

Sor María y Imelda habían salido del cuarto minutos después que el doctor la había pronunciado muerta. La escena era demasiado para ellas y lo dejaron a él solo con Milagros. Las horas habían transcurrido y Sor María notando que llevaba ya muchas horas en el cuarto decidió ir a ver como se encontraba. Al entrar en el cuarto, Sor María observó por unos instantes a una pareja que parecía felizmente dormida. José Armando tenía entre sus brazos el cuerpo de su amada y ambos parecían felizmente dormidos pero uno de ellos dormía el sueño eterno del cual jamás saldría y el otro muy pronto volvería a la realidad. Con mucho dolor Sor María se acercó al cuerpo sin vida de Milagros y por primera vez desde que la conoció vio una paz y tranquilidad reflejado en el bello rostro sin vida de la joven. Era como si por fin había alcanzado la paz y sosiego que en vida nunca pudo

tener.

En esos momentos, José Armando sintió la presencia de Sor María. Abrió sus ojos, se incorporó en la cama rápidamente y preguntó:

— ¿Qué horas son?— Sor María contestó:

—No sé exactamente. Solo que es tarde. Tenemos que preparar todo y arreglar el cuerpo de Milagros para el velorio y el entierro. ¿Será aquí en San Pedregón o se la llevará a San Martín? De pronto y sin contestar a su pregunta, pensó en su hijo, Ariel Armando.

— ¿Dónde está el niño?— Preguntó José Armando preocupado.

—Está afuera con Imelda. No es bueno que el niño vea tanto llanto y tampoco el cuerpo sin vida de su madre. No queremos que quede un recuerdo tan triste en su memoria—. Le contestó ella. Él se había levantado completamente de la cama.

—Será llevada a San Martín. Por favor encargase de todo aquí en el hospital tengo que ir a avisar de inmediato a mi madre y madre de Milagros—. Sor María no podía creer lo que acaba de escuchar. Sin hacer uso de la discreción en la cual había sido entrenada en el convento, exclamó.

— ¡La madre de Milagros! Pero si ella está muerta. La señora Adelia y el señor Ariel murieron. No entiendo nada—.

—Mi madre es la madre de Milagros—. Contestó José Armando confundiendo aún más a la monja. Ahora Sor María balbució.

—Pero, eso quiere decir que Milagros y usted son hermanos… ¡Cómo… el pequeño Ariel…no esto no es posible!—

Viendo la desconcertada expresión en el rostro de la monja y no queriendo entrar en detalles simplemente le dijo:

—Es una historia muy larga, pero no es lo que se imagina. Mi madre si es la madre de Milagros, pero yo no soy hijo de mi madre—. Todavía Sor María no había captado completamente las palabras del joven y lo miró con desdén. Aunque no quería y no se sentía con ánimos de entrar en detalles José Armando no podía dejar a esta mujer en la oscuridad y pensando lo peor de Milagros. La sentó en la silla y con brevedad posible le contó la historia de Milagros y sus padres. Y para no dejar duda alguna también le dijo que su verdadera

madre había muerto cuando él había nacido. Era ya muy noche cuando José Armando decidió llamar a su casa para informarle a su madre de la tragedia. No podía presentarse en San Martín con el cuerpo de Milagros sin haber avisado sobre lo ocurrido. No sabía exactamente como le iba a decir sobre lo ocurrido y como esta noticia afectaría su salud, pero sabía que tenía que informarle. Mientras tanto, en la casa Aragón el timbre de teléfono repicaba sin cesar. José Armando iba a colgar cuando de pronto escuchó la áspera pero conocida voz de Serafina quién como era su costumbre contestó con la misma frase en la cual no había variación alguna.

—Casa de la Familia Aragón—.

—Serafina, soy yo José Armando—. Respondió él. El entusiasmo y alegría en la voz de Serafina no se hizo esperar al escuchar la voz de José Armando y de inmediato se olvido que minutos antes se había estado quejando al preguntarse quién podría estar llamando a estas alturas de la noche.

—Ay mi hijito. ¿Cómo estas, ya distes con el paradero de Milagros?— Sin darle tiempo a contestar siguió hablando rápidamente.

—Tu madre ha estada con ansias toda la tarde y estuvo sentada junto a el teléfono esperando noticias tuyas y no fue hasta casi una hora y media que tuve que forzarla para que se fuera a dormir. Va a estar muy alegre. Voy a llamarla de enseguida. Yo sé que no le va importar que la despierte, pues el tener noticias tuyas la va a poner feliz—. José Armando callado escuchaba las palabras sin cesar de Serafina. Por un momento deseo que siguiera hablando sin interrupción para no tener que decirle lo que se disponía hacer en esos precisos momentos, pero no era justo que ella pensara que todo estaba bien. Se le hizo un con un nudo en la garganta, pero se lleno de valor tuvo la interrumpió diciendo:

— ¡No! No despiertes a mi madre. Ha sido mejor así… ya mañana le daremos la noticia—. Serafina notando algo extraño en su voz y discerniendo que algo estaba mal de inmediato lo interrumpió.

— ¿Qué pasa José Armando? ¿Qué le paso a Milagros?— Con mucho dolor y con voz entrecortada enunció lo inesperado.

— ¡Milagros falleció esta tarde en mis brazos!— Serafina, llevándose las manos a la boca, dejo un tan solo gemido salir al escuchar la inesperada y desconcertante noticia. Por unos segundos

que parecieron eternos ambos quedaron en silencio. Por fin José Armando recobró la compostura y le explicó lo sucedido. Serafina ya no escuchaba solo pensaba en Aurora. ¿Cómo le daría la noticia a su hija? Estaba tan callada, que por unos minutos José Armando pensó que había colgado.

— ¿Serafina estas allí?— Inmediatamente Serafina contestó.

—Si estoy aquí. No sé cómo le voy a decir a tu madre lo que ha sucedió. Que tragedia tan grande. No entiendo quien podría haber querido hacerle daño a la muchacha—. De pronto se acordó de la criatura.

— ¿Y el bebé, que pasó con el niño? Una luz de esperanza se reflejó en el rostro de José Armando cuando pensó en el regalo más bello que Milagros le había dejado.

—La criatura está bien. Gracias a Dios a él no le sucedió nada —.

— ¿Es un niño?— Preguntó Serafina.

— ¡Sí! Ariel Armando es su nombre. Creo que es ya bastante tarde y voy a tener que colgar—. Contestó él.

—Tienes razón José Armando. Será mejor que te vayas a descansar… me imagino que no ha sido un día muy doloroso para ti. No te preocupes por tu madre. Yo me encargaré de darle la noticia—. José Armando sintió un alivio al escuchar las palabras de Serafina. La verdad era que él no quería ser el que le diera la noticia a su madre.

—Gracias Serafina. Yo me encargaré de arreglar todo aquí y mañana mismo regreso con el cuerpo de Milagros. Lo más prudente es que sea enterrada junto a su familia—. Sin decir una sola palabra más colgó.

Después de colgar el teléfono, Serafina pensativa se sentó en la sala. No acostumbraba a sentarse en el salón sin el consentimiento de Aurora, pero hoy no estaba pensando correctamente. Por lo general su sitio preferido para pensar era la terraza y allí no se sentía como si le estuviera faltando el respeto a sus patrones.

Además desde allí podía observar el descomunal campo y observar la estrelladas noches de San Martín, pero hoy no era uno de esos días en el que se sentía ensimismada y una con la naturaleza. ¡No!

Hoy su corazón estaba lúgubre. Necesitaba pensar en cómo le daría la noticia a Aurora. De forma automática, sin pensar en donde estaba, Serafina simplemente se sentó en el sillón preferido del señor Felipe. Estaba sentada pensando y se quedo dormida, y no fue hasta escuchar la voz de Felipe quien le decía.

—Serafina, Serafina despierta—. Lo que la trajo de inmediato al presente. Sobresaltada y apenada sin pensar claramente dijo lo primero que salió de su boca.

— ¡La joven Milagros falleció esta mañana!—. Felipe quedó estupefacto, pues no podía creer lo que Serafina le estaba diciendo.

Es cierto que nunca fue muy afable y afectuoso con la muchacha y es más se había portado como un patán con ella después de la muerte su sus padres, pero nunca en lo más remoto de sus pensamientos hubiera deseado o querido la muerte de esa joven.

— ¿Qué estás diciendo? ¿Ya lo sabe Aurora?— Fue lo primero que salió de la boca de Felipe.

—No señor…José Armando llamó hace unas horas y Aurora ya se había retirado a su cuarto. Ella todavía no lo sabe. Y no sé exactamente como se lo voy a decir—. Contestó Serafina. Felipe por primera vez se sentó junto a Serafina y con un semblante más apacible y menos áspero de lo acostumbrado le dijo:

—Tendremos que buscar la mejor forma de hacerlo. Ella ya ha sufrido mucho. Yo sé que me he comportado como un perfecto patán con Aurora pero me di cuenta muy tarde que ella simplemente fue una víctima de la maldad de su familia y que nunca quiso hacerme daño. Es más tengo que agradecerle el haberse encargado de criar y formar a mi hijo a tal grado que la considera su madre—.

Serafina no podía creer lo que estaba escuchando. Nunca antes escuchó al señor hablar de esa forma de Aurora. La verdad siempre fue bastante cruel con ella y el causante de mucho sufrimiento en su vida. Pero ahora al verlo tan débil, decaído y desganado sintió lástima porque él también había sido una víctima. Su único error había sido el amar a Aurora y sentirse herido por no ser correspondido en su amor de hombre.

—Si tiene razón. Tengo que buscar la mejor forma de decírselo pues su estado de ánimo no ha sido el mejor y esta noticia la puede poner peor—. Contestó Serafina quién sentía que ella era la única que tenía toda la carga sobre sus hombros. Después de darle las buenas

noches, se levantó y sin decir una sola palabra más y se encaminó hacia la cocina. Felipe sentado en la silla opuesta de su sillón preferido quedó absorto en sus propios pensamientos.

La noche estaba callada y el silencio embargaba completamente la mansión. Todos se habían retirado a dormir y Serafina después de su conversación con Felipe había ido a la cocina como era su costumbre para cerciorarse de que todo estuviera en orden y darle órdenes a Chenca para la mañana siguiente, pero la cocinera ya se había ido a dormir. Serafina subió a su habitación, se puso su camisón y se acostó en la cama, pero no podía conciliar el sueño. Ya que horas antes se había quedado dormida en el sillón. Había estado dando vueltas en su cama tratando de dormir pero era inútil. Era imposible dormir cuando tenía una noticia tan horrible que darle a su querida Aurora. La preocupación de cómo iba a reaccionar la asediaba. En su habitación vestida con un camisón blanco de algodón y su larga cabellera extendida sobre su espalda, Serafina se paseaba de un lado a otro tratando de pensar en la mejor manera de decirle a Aurora la noticia. Sus ojos se fijaron en la Biblia que yacía postrada en la mesita de noche. Tenía tiempos de leer como acostumbraba a ser todas las noches antes de dormir. La tomó entre sus manos y se arrodilló junto a su cama pidiéndole a Dios que le diera fuerza y valor.

Mientras tanto, en el cuarto contiguo durmiendo de lo más apacible se encontraba la causante de tanto mal—Leticia— Si alguien contemplará su sueño jamás se imaginaría que detrás de ese bello rostro yacía una mujer perversa y egoísta. Ella no se había enterado que hasta hace unas horas atrás, Milagros había muerto en los brazos de José Armando. El simple hecho de saber que él había estado junto a ella horas antes de su muerte la hubiera atormentado al imaginarse lo que podría haberle dicho Milagros antes de morir. ¡No! En estos momentos ella no estuviera durmiendo tan serena y plácidamente.

Otra que dormía profundamente y sin imaginarse si quiera la noticia que le esperaba a tan tempranas horas de la mañana siguiente era Aurora. Ella había obedecido a Serafina y había subido a su cuarto, luego de rezar y leer su Biblia se había quedado completamente dormida. Todos, José Armando, Serafina, y hasta ahora Felipe, esperaban una reacción de ella, pero nadie sabía exactamente como Aurora tomaría la noticia de la muerte de su hija. ¿Lo tomaría con calma? ¿Estaría furiosa y enojada con Dios por haberlo permitido? O quizás estallaría en llantos sin consolación alguna. Nadie sabía cómo reaccionaría Aurora.

Entraría quizás en una depresión profunda de la cual no la podrían sacar y se perdería en un mar oscuro de dolor donde la profundidad sería demasiado para que los demás pudieran ayudarla. ¡Nadie sabía! Al verla dormir tan profundamente y sintiéndose tan protegida en esa cama, jamás se podría imaginar la reacción de esta mujer que había ya sufrido mucho. ¡Sí! Es cierto que parte de su sufrimiento se lo debía a si misma por ser tan débil de carácter. ¿Quién sabe? Tal vez mañana al entrar el sol por su ventana y ver la charola de té en las manos de Serafina y la cara demacrada por la falta del sueño y preocupación, Aurora se daría cuenta inmediatamente que algo malo se avecinaba.

Mientras tanto, en San Pedregón, José Armando se quedó a dormir en el apartamento de Sor María y Milagros. Ella le ofreció el cuarto, pero él lo rehusó completamente y se acomodó en el único sillón de la sala. Estaba demasiado triste y se sentía solo. Después de arreglar los preparativos para llevarse el cuerpo de Milagros a San Martín y hablar con la policía de los hechos estaba un poco agotado. No tenía fuerzas para ir en busca de un hotel y la monja le pidió que pasara la noche en su casa. Ella lo hizo para sentirse más segura. No sabía si el asesino o asesina de Milagros volvería por el niño. José Armando inmediatamente aceptó. Ahora que había perdido para siempre a Milagros no quería estar ni un minuto lejos de su hijo. Sin darse cuenta, se quedó dormido en el sillón con el pequeño en brazos acostado sobre su pecho. Sor María al contemplar la tierna escena sonrió entre medio de tanta tristeza. Estaba feliz al saber que su niña Milagros si había sido correspondida en su amor. Ahora su hijo no estaría solo pues ya se podía ver que este hombre sería un buen padre para la criatura. Con mucho cuidado desprendió al pequeño de las garras de su padre y lo llevo al cuarto. Lo acomodó en su cuna y luego acomodó una colcha sobre el cuerpo del muchacho que dormía profundamente. Al verlo dormir pareciera como si sus sueños fueran plácidos. ¯¡Pobrecito! Se murmuro en silencio a sí misma.

Felipe se acostó en la cama junto a Aurora y comenzó a reflexionar al verla dormir tan plácidamente. Era como si un gran peso de su pecho había sido quitado, pues se dio cuenta que ya no odiaba a su esposa y ahora sentía lástima por ella. Todos estos años viviendo y compartiendo la misma cama ellos habían sido dos perfectos extraños, pero hoy sintió compasión por la mujer que compartía su lecho. ¡No! ya no era amor lo que sentía por ella quizás nunca lo fue. Tal vez solo fue un capricho de un hombre maduro por una mujer más joven, pero contrario a lo que en un tiempo creyó haber sentido por ella ahora le tenía compasión y lástima. Muy tarde se había dado cuenta que ella simplemente había sido una víctima más. Ahora podía dormir junto a

ella y no sentir ese odio y dolor. Se culpaba a si mismo del trato que le dio a Aurora, pero también culpó a Berta, su hermana, por los malos consejos y ideas absurdas que le metió en la mente.

Al verla así tan indefensa pensó en que quizás esta noche sería tal vez la única noche en la que ella dormiría tan plácidamente. Otra oportunidad de felicidad se le había escapada de las manos. Quizás él tenía culpa en que esta oportunidad se hubiera desvanecido. Si se hubiera comportado como un buen esposo y le hubiera apoyado tal vez ella hubiera tenido el valor de decirle la verdad a su hija. Pero en ese entonces él seguía cegado por la maldad. ¯Ahora era demasiado tarde y ya no se puede dar vuelta atrás. Se dijo a sí mismo. Hoy dormiría tranquilo porque por primera vez, en más de dieciocho años, dormía al lado de una mujer a la cual ya no odiaba. Y por unos segundos al ver la las líneas de vejez tomando forma en la cara de esta mujer sintió unos deseos inmensos de abrazarla y proponerle que comenzaran de nuevo… ahora que ambos estaban libres de ataduras que pudieran dañar su relación, pero inmediatamente así como habían surgido borró de su mente esos pensamientos absurdos. Lo único que lo consolaba era saber que a pesar de todo siempre estarían juntos hasta que la muerte los separará, y eso era suficiente. El saber que al menos no estaría solo en su vejez.

Capítulo 14

El Regreso a San Martin

Eran las 6:30 de la mañana cuando Chenca y Artemia se despertaron. Era la costumbre madrugar y preparar todo para el desayuno antes que los señores se levantaran. Aunque últimamente la verdad que el único que seguía esas reglas era el señor Felipe quien a las 7:30 am de la mañana estaba sentado en el comedor con el periódico en mano saboreando su primera taza de café. A las 8:30 bajaba José Armando a desayunar prácticamente minutos antes que el señor Felipe se retirará de la mesa. Y luego a eso de las nueve y cuarto de la mañana bajaba la intransigente y despótica Leticia a dar órdenes innecesarias de cómo debería de estar su desayuno. A ella nunca se le podía complacer. Pero esta mañana eran ya las 8:00 y el señor aún no había hecho presencia era como si algo ominoso se presagiaba en la casa Aragón.

Serafina quien tenía la costumbre de dormir con las ventanas abiertas sintió los rayos del sol penetrar por todo su cuarto y la calidez del sol sobre su lecho la hizo abrir los ojos. Inmediatamente se dio cuenta que se había quedado dormida. Ella al igual que Chenca y los demás criados, tenía la costumbre de madrugar, pero esta mañana se había quedado en cama más de la cuenta. Se levantó y se vistió de negro. Cepilló su larga y abundante cabellera sedosa y con mucha práctica lo moldeó en un moño como era su costumbre. Se dirigió a la puerta pero antes decidió orar una vez más y pedirle a Dios fuerza y valor para hablar con Aurora. Eran las 9:00 de la mañana cuando Serafina fue en busca de Aurora. Leticia quien a su vez salía de su cuarto saludo a Serafina y se encaminaba hacia el comedor. Serafina tocó las puertas del cuarto de Aurora dos veces antes que esta la permitiera pasar. Felipe al parecer estaba en su despacho

— ¿Aurora puedo pasar?— Preguntó Serafina. Aurora, quien todavía seguía acostada en la cama, contestó:

—Claro, Serafina pasa—. Entró y se sentó a la orilla de la cama junto a Aurora .La miró fijamente a los ojos mientras tomaba sus

manos entre las suyas. Hubiera querido nunca causarle una pena tan grande, pero todo lo ocurrido estaba fuera de su control, las apretó con manos temblorosas y le dijo:

— Tengo algo muy importante y doloroso que decirte. No quisiera tener que decirte esto, pero no me queda otro remedio—. Aurora mirando a Serafina ansiosa y nerviosa inmediatamente preguntó:

— ¿Qué pasa mi Serafina? Me estas poniendo nerviosa. ¿Por Dios Santos dime que es lo que pasa?— Sin balbucear ni esperar un segundo más, Serafina con voz entrecortada y con las lágrimas que alrededor de sus ojos le dijo:

—Aurora… anoche llamó José Armando para informarnos que falleció—. Serafina no pudo pronunciar el nombre de Milagros pues las lágrimas se lo impidieron. Perpleja al no entender lo que estaba diciendo, se incorporó en la cama y preguntó calmadamente:

—Serafina, ¿Quién falleció?—Una pausa breve se hizo y Serafina cobrando fuerzas dijo sin titubear.

— ¡Milagros está Muerta! Fue severamente baleada por alguien desconocido y trataron de salvarle la vida pero fue imposible—. Por unos segundos Aurora quedó inmóvil y confundida miraba a Serafina como si lo que había escuchado todavía no había tomado raíces en su interior. De pronto y como algo tardado en estos casos, un grito escalofriante y lleno de dolor salió desde lo más profundo de su ser. Leticia quien estaba casi al final de las escaleras volteó su rostro hacía atrás al escuchar el escalofriante grito de dolor de su suegra. Inmediatamente una sonrisa de triunfo se dibujó en ese bello rostro y se dijo a sí misma, ¯ya se entero mi querida suegrita de la desgracia de su hija. Aurora quien parecía haber perdido por completo la razón se abalanzó sobre Serafina histéricamente y estremeciéndola violentamente de los hombros llorando a gritos le pedía:

—Por favor Serafina…dime…dime que no es cierto lo que acabas de decir. Serafina, dime que mi niña está viva. Dímelo, Serafina por Dios Santos, dime que ella vive—. Serafina la abrazó fuertemente tratando de calmarla. Entre sus brazos la meció y le acarició el cabello mientras le decía:

—Llora mi niña. Desahógate—. Aurora entre sollozos y gemidos se acurrucó bajo los brazos de Serafina.

Leticia prosiguió su camino hacia el comedor sin el más

mínimo remordimiento de conciencia. Estaba segura que la noticia de la muerte de Milagros que había causado el grito de Aurora. Por unos momentos José Armando se cruzó por su mente y pensó, ¯¿le habrá sucedió algo a José Armando? No, no es posible. Estaba completamente segura que era su obra maestra la que tenía embargada de dolor a Aurora. Felipe quien apenas unos minutos antes se había sentado en el comedor, saludo a Leticia con un bezo cuando esta se sentó junto a él.

— ¿Felipe escuchaste los gritos de Aurora?— Preguntó Leticia como si le importará el bienestar de su suegra. Felipe, quien ajeno al odio que Leticia sentía por Aurora, contestó un poco triste.

—Me imagino que Serafina ya le dio la noticia—.

— ¿Qué noticia?— Preguntó Leticia aparentemente preocupada. Felipe la miró y contestó:

— ¡La muerte de Milagros!—

Leticia exclamó. Llevándose las manos a la boca como si la noticia causará en ella tremenda emoción.

— ¿Qué has dicho? Milagros está muerta. ¿Pero cómo?— Felipe no tenía los detalles para brindarle.

—No lo sé. No estoy seguro de lo que paso. José Armando llamó por teléfono anoche y habló con Serafina. Ella no me dijo exactamente qué fue lo que paso solo que la muchacha había sido baleada y que murió ayer en el hospital—. Leticia fingiendo un dolor que no sentía se llevo las manos a la boca. Las palabras sobre José Armando habían pasado desapercibidas por Leticia quien lo único que se le ocurrió decir en esos momentos fue:

—Qué pena, tan joven y tan bella. ¿Quién quería matarla? Primero sus padres murieron y ahora ella—.

—No lo sé—. Felipe se levantó de la mesa sin decir una sola palabra más del asunto y se despidió diciendo que iba a su oficina. Leticia tocó el timbre de la servidumbre dos veces y en esos momentos entró Chenca con la charola en mano para ver que deseaba de comer la señora.

— ¿Me llamo usted señora? Leticia con una sonrisa pícara en los labios y saboreando su triunfo le ordenó.

—Sí, tráeme una taza de té y por favor tráeme el desayuno—.

— Sí, ahorita mismo se los traigo señora Leticia—. Contestó Chenca contrariada por la expresión de alegría de Leticia. Ella no era una que se levantará por las mañana de buen humor siempre era lo contrario malhumorada y irritable. Pero, esta mañana Chenca pudo notar lo feliz tanto que hasta su trato para con ella fue cordial. Leticia en todo este tiempo que había estado viviendo en la casa de los Aragón de sus labios se le había escuchado decir la palabra ¯por favor, eso no era algo que estaba en su vocabulario. Chenca salió inmediatamente de su presencia.

José Armando también había madrugado esa mañana. Hoy mismo regresaría a San Martín con el cuerpo de Milagros y su pequeño hijo. Su vida nunca más sería la misma pues el mismo día que la encontró de nuevo las garras de la muerte se la arrebató por completo y ya más nunca más la volvería a ver. Estaba absortó en sus pensamientos de repente todos los recuerdos bellos de felicidad que había vivido junto con ella venían a su mente. Recordó el primer día que la conoció. Que irónico, en un cuarto de hospital fue cuando sus ojos la vieron por primera vez y en cuarto de hospital también sus ojos la vieron por última vez. El recuerdo de su primer beso se le vino a la mente; la tarde que se juraron amor eterno; y cuando sus manos recorrían su cuerpo por primera vez. Se estaba atormentando con los recuerdos. De repente todos sus pensamientos se concentraron en el criminal que había terminado con la vida de Milagros y juró que no descansaría hasta que se hiciera justicia.

Muy lejos estaba de su pensamiento que la propia asesina moraba bajo su lecho en la mansión Aragón. Leticia, la autora intelectual del crimen no era nada más ni nada menos que la víbora de su esposa. En los ojos de José Armando, Leticia podría ser lo que fuera; una mentirosa, una rencillosa y celosa pero nunca una asesina. Ella estaba a salvo él nunca pensaría que su mujer tenía dentro de su ser tanta maldad para llevar a cabo un crimen. Ni en su más remoto pensamiento José Armando hubiera atado cabos que incriminaran a Leticia. ¯¿Quien? ¿Quién podría haberte querido matar? ¿Por qué? Tú nunca le hiciste daño a nadie. Voy a encontrar al culpable y si es posible con mis propias manos le haré pagar por tu muerte y por el dolor de mi madre y el mío, se decía José Armando a si mismo mientras esperaba a su pequeño hijo.

Sor María había preparado al pequeño Ariel Armando y también sus cosas para regresar de inmediato al convento que era su vida. Estaba segura que la madre superiora le abriría nuevamente las

puertas del convento. Ella no iría al funeral pues en el hospital se había despedido de su pequeña Milagros para siempre. José Armando pensativo levanto la cabeza al ver a Sor María y al pequeño Ariel frente a él esperándolo. José Armando se había ofrecido a llevar a Sor María personalmente al convento ya que tenía bastante tiempo antes que el cuerpo de Milagros llegará a San Martín. Estaba seguro que él llegaría antes que Milagros pues estas cosas siempre tomaban tiempo y de cierta forma no quería dejarla atrás. Por lo tanto, pensaba que si se desviaba su camino un poco para llevar a Sor María al convento entonces llegaría justo al mismo tiempo.

Dos horas después de dejar a Sor María en las puertas del convento ¯Las Carmelitas, José Armando prosiguió su camino a San Martín con su pequeño hijo quien dormía plácidamente en la parte trasera del carro sin tener conciencia alguna que jamás en su vida vería el bello rostro de su madre. Sin saber que el destino le preparaba un vida llena de privaciones al tener que crecer sin una madre para mimarlo, curarle sus heridas, leerle todas las noches, ayudarlo con sus tares y lo más importante brindarle su amor y consuelo cuando más lo necesitará. Al ver a su hijo dormir y saberlo privado para siempre de su madre, José Armando se enfureció y se sintió impotente al no saber quien le había quitado la vida a Milagros.

En la casa Aragón, Serafina había logrado calmar a Aurora dándole un sedante. Se había sentado junto a su cama hasta que Aurora quedo dormida. Era mejor tenerla sedada para no pensar y recriminarse. Era mejor que descansará ya que el dolor que la embargaba era demasiado para ella. Serafina miraba el rostro de su hija con mucho amor y pensaba que cruel había sido la vida con ella. Quizás la culpable de todas las desgracias de Aurora no era nadie más que ella, y pensó, ¯si no la hubiese dejado con Fabián Aldamira, Aurora jamás hubiese conocido a Ariel y Milagros no hubiera sido. Quizás ahora Aurora hubiera tenido otro destino diferente y hubiera conocido otro amor y tenido otros hijos. La contempló por unos minutos y sintiendo demasiados remordimientos de conciencia decidió dejarla descansar a solas. Decidió bajar al comedor a desayunar un poco aunque no tenía hambre pero sabía que debía estar fuerte para ser la fortaleza de Aurora cuando José Armando llegará con el cuerpo de Milagros.

Leticia sentada todavía en la mesa con el periódico en la mano miró a Serafina con desdén cuando esta iba rumbo a la cocina. El odio que ella sentía por Aurora rebasa los límites y se extendía a todos aquellos que le tenían afecto. La maldad que yacía en ella se reveló, y con deseos de fastidiar Leticia colocó el periódico sobre la mesa. Se

levantó y se dirigió a la cocina. Serafina le estaba platicando a Chenca lo ocurrido cuando Leticia entró y con afán de molestar comentó:

—Qué lástima que una chica tan joven haya tenido tan trágico final. Pero finalmente tal vez haya sido lo mejor, pues qué sentido a la vida le iba a hallar una huérfana sin familia—. Serafina y Chenca ambas enfurecidas miraron a Leticia con desdén y odio, pero Leticia sin impórtale lo que pensaran de ella y salió de la cocina con una sonrisa sarcástica dibujada en sus labios.

Leticia subió a su cuarto iba a leer un poco pero al ver la preciosidad de la mañana decidió salir. Tomó su bolso y salió de la casa rumbo a las tiendas. Quería salir de allí para respirar aires puros y para disfrutar de su triunfo sin ojos acusadores que la asediaran. A veces se sentía extremadamente sola, ya que había logrado caerles mal a todos y su única aliada Carmelia ya no estaba allí ni si quiera para animarla. El único que la trataba cordialmente era Felipe y la verdad con él no tenía mucho de qué hablar. José Armando la ignoraba y todas sus amigas estaban felizmente casadas y muy ocupadas con sus hijos. ¡Qué vació estaba su mundo!

Mientras tanto, José Armando había manejado despacio desde que salió del convento donde había dejado a Sor María. No quería llegar tan pronto a San Martín y tener que enfrentarse con el dolor de su madre. Estaba apenas unas horas de San Martín y su hijo aun dormía plácidamente. De pronto sus ojos se humedecieron nuevamente haciendo difícil manejar al recordar el cuerpo sin vida de su adorada Milagros entre sus brazos. José Armando no entendía por qué Dios lo había permitido. ¯¿Por qué Dios mío? ¿Por qué es que la gente buena se tiene que ir tan pronto? Se preguntaba José Armando en voz alta enfurecido con Dios. ¯Milagros no le había hecho daño a nadie. Tenía rabia tremenda y hablando en voz alta…casi a gritos que despertó al pequeño Ariel…. quien comenzó a llorar. El llanto del niño lo hizo reaccionar y olvidar su enemistad con Dios. No sabía qué hacer, pues nunca había tenido que atender a un bebé. Estacionó el automóvil a un lado de la carretera y trató de calmar a su hijo. El niño lloraba un llanto de dolor como si supiera que su madre había sido arrancada de él. José Armando lo tomó entre sus brazos y caminaba alrededor de su carro tratando de calmarlo pero era inútil su llanto no cesaba. En esos momentos un carrito blanco compacto se estacionó a unos metros delante del suyo y una chica pelirroja y muy guapa bajo del coche. Se le acercó y se presento como Elena Jiménez. José Armando un poco nervioso y perturbado por la chica titubó al decir su nombre.

—José Armando para servirle—. La chica sonrió con una sonrisa cálida y genuina que demostraba su perfecta dentadura.

— ¿Me imagino que se estará preguntando quien soy y porque paré mi coche? Pero la verdad iba a pasar de paso solamente que vi a este hombre con una criatura dando vueltas alrededor de su coche. Y me pregunté, ¿qué le pasará? Pero al acercarme me di cuenta que estabas tratando de calmar a su hijo. Tengo sobrinos gemelos y me ha tocado a mí ayudar a mi hermana con ellas. ¡Son niñas! Elena extendió sus manos y sin pensar José Armando puso a su hijo en las manos de esta extraña mujer. Elena tomó al bebé y dijo:

— Está mojado por eso está llorando. Luego de cambiarle el pañal, lo abrazó contra su pecho a la vez que le cantaba una canción. De pronto Ariel Armando ceso de llorar y le brindó una sonrisa de oreja a oreja la muchacha. José Armando al ver esto se sintió como el hombre más incompetente del mundo y dándole las gracias colocó a su hijo nuevamente en su asiento. Elena sin decir una palabra más se apresuró a su coche y desapareció tan pronto como había aparecido. José Amando sonrió, pues había estado tratando de calmar al bebé por más de quince minutos, y en unos cuantos segundos esta perfecta extraña había logrado tranquilizarlo. Se montó en su carro y decidió que lo mejor era llegar de inmediato a su casa antes que otro berrinche de llantos se avecinará. Serafina, Artemia y Chenca sabrían que hacer con la criatura en caso de que volviera a llorar de esa forma.

En la casa, Aurora había dormido profundamente con el sedante que le había dado Serafina y cuando despertó estaba un poco confusa. Vio el reloj de la mesa que daban las 4:00 de la tarde y se dio cuenta que había dormido toda el día. Iba a tocar el timbre para llamar a Serafina pero cambio de idea, pues estaba segura que ella le daría otro sedante para tranquilizarla. Estaba ya más serena y aunque el dolor de la pérdida de su hija oprimía su pecho sin parar, las lágrimas y los gritos habían cesado.

Se levantó de la cama y se dirigió al baño. El agua tibia al recorrer por su piel la despertó aun más, todavía aparecía estar bajo los efectos del sedante. Allí en la regadera, Aurora desahogó su dolor en llanto. El dolor de madre era una cosa, pero también estaba el dolor de mujer que la embargaba. Se sentía ahora completamente vacía y sola en este mundo. Felipe era un completo extraño para ella, aunque era su marido por años siempre se comporto como un patán. José Armando no era su verdadero hijo y aunque lo quería como tal él no llevaba su sangre. Su madre, su hermana, Ariel y ahora su adorada

Milagros todos estaban muertos. ¿Porqué o para quien tenía ella que vivir? De pronto en ese baño sola con su dolor decidió escapar de todo; decidió tomar la salida más fácil cortarse las venas y acabar con esta vida miserable que había vivido ya por tantos años. A nadie le haría falta y por fin su alma descansaría, pero aunque esa idea se le había cruzado por su mente mientras el agua pegaba en su cuerpo, Aurora sabía que algo así jamás ejecutaría porque era muy devota y tenía temor de Dios. Jamás podría quitarse su vida. En esos momentos de dolor y reflexión, escuchó la voz de Serafina quien había subido a cerciorarse que estuviera bien.

— ¿Aurora estas allí?— Aurora apagó la llave. Se puso su bata y abrió la puerta. Serafina pensó que nunca antes había visto a Aurora tan demacrada y escuálida. Aurora parada en la puerta del baño se hecho en los brazos de Serafina y exclamó con ese dolor que oprimía su pecho.

—Me sintió tan sola. ¡Estoy tan sola en este mundo Serafina! Mi madre, mi hermana, Ariel y ahora mi hija me han dejado. ¿A quién tengo? ¡A nadie! ¡No tengo a nadie Serafina!— Serafina la miró con ternura y amor de madre, y sin poder decir otra cosa o encontrar las palabras adecuadas respondió:

— Me tienes a mí—. Hubiera dado por cualquier cosa por gritar a los cuatro vientos en esos momentos que ella su madre, pero no podía. Este no era el momento para revelar su verdad. Aurora se desprendió y mirándola fijamente a los ojos le dijo:

—No es lo mismo. Tú has sido como una madre para mí, pero no lo eres. Me refiero a que todos en mi familia me han dejado y ahora estoy completamente sola—. Sin imaginarse que toda su vida había sido una mentira…la familia que creyó ser la suya en realidad nunca lo fue.

En esos momentos se escuchó las voces que provenían de la sala y se dieron cuenta que era la voz de José Armando y de Chenca. Inmediatamente ellas se apresuraron a la sala, pero él venía subiendo con el pequeño Ariel Armando en brazos...

—Mamá aquí te traigo a tu nieto—. Aurora comenzó a llorar cuando vio al niño quien tenía los mismos ojos que Milagros. Tomándolo entre sus brazos lo abrazó largamente y en voz muy baja susurro.

— ¿Quién te hizo esto? ¿Quién pudo tener una sangre tan fría

y un corazón tan duro para dejarte sin una madre? José Armando se acercó a su madre y la abrazó fuertemente por unos momentos como si estuviera tratando de conseguir valor.

—Acabó de llamar a la funeraria y el cuerpo de Milagros ya está allí. Voy a darme un baño y alistarme para acompañarla. No quiero dejarla sola en ese lugar—. Aurora reaccionó y comentó.

—Será mejor que yo también me arregle. Serafina dile a Chenca que suba a mi recámara para que se encargue de mi nieto mientras nosotros vamos a darle la despedida final a mi hija—. Sin decir una palabra más Aurora con el pequeño Ariel en brazos se dirigió a su dormitorio. Serafina se encaminó a la cocina y le informó a Chenca que fuera a atender al niño.

Una hora después, Aurora, José Armando y Serafina ya listos salieron con rumbo a la funeraria. No dejaron recados ni para Felipe ni para Leticia. No estaban interesados en que ese par los acompañará. Aurora tenía sus razones por la cual no quería que Felipe estuviera con ellos. A él también lo culpaba por no brindarle su apoyo cuando lo necesito y José Armando no quería tener que soportar la presencia de Leticia en sus momentos dolor. Él quería estar a solas para despedirse de la única mujer que había amado. Milagros lo había hecho sentir y conocer el verdadero amor. A Serafina le daba igual, pues aunque había notado la sinceridad de Felipe la otra noche cuando le comento lo ocurrido, ella también estaba más tranquila sabiéndolo a él y Leticia lejos de la presencia de Aurora.

Antes de salir de la casa, Serafina le había dado órdenes a Chenca de que no dejará que Leticia se le acerca al niño por eso sus palabras exactas fueron:

¯No permitas por nada del mundo que esa víbora ponga sus manos en este pequeño, pues quien sabe que podría hacerle. Chenca había tomado al niño y se había ido en busca de Artemia quien le aconsejo que dejara al pequeño en el cuarto de la servidumbre...

—Creo que lo mejor será esconderlo en tú cuarto Chenca. Tu sabes que si Leticia se entera que aquí bajo este techo esta el hijo de su rival es capaz de hacerle daño y máximo si no está su papá ni la seño Aurorao Serafina pa’ defenderlo. ¿Qué vas a hacer si la seño Leticia te lo quita, contra ella no vas a poder pelear?— Asustada por las palabras de Artemia Chenca asintió.

— No me pongas nerviosa pero creo que tienes razón. Voy a

dejar al pequeño aquí en mi cuarto y entre las dos le ponemos un ojo. La señora Leticia nunca baja al cuarto de la servidumbre. Pues como los patrones andan en el velorio de la joven quien sabe a qué hora regresen. Cuídamelo mientras subo a prepararle el biberón—. Artemia asintió y Chenca se apresuró a la cocina.

En el trayecto a la hacía la funeraria, el silencio reino en todos. Ni una sola palabra se escuchó. Cada quien absortos en sus propios pensamientos. Aurora absorta en su dolor pensaba como solo tres personas estarían allí para darle final despedida a su hija. Su padre y su único hermano ya habían recorrido juntos el camino que a ella hoy le tocaba recorrer sola. Sin proponérselo el sepelio de Adela y Ariel se hizo presente en su memoria, pero contrario a esté ese sepelio el de ellos fue muy concurrido. Ese mañana había muchas gentes presente para darle el adiós a la familia Vascos', pero hoy casi entrada en la noche con el frío de la tarde ya caída solamente tres almas se conducían al lugar donde darían eterna despedida a su hija. El viento que soplaba esa tarde era fuerte como si estuviera anunciando que la muerte había llegado a San Martín por segunda vez y a una misma familia.

José Armando quien manejaba lentamente como si no quisiera llegar nunca a su cita de despedida, también estaba abstraído en sus pensamientos no podía dejar de llorar en su interior y aunque por fuera pareciera calmado y en control, por dentro se le estaba despedazando el corazón. Su mente regresó al pasado cuando la vio por primera vez y sus labios tocaron los suyos. Ahora ella había partido y no sabía si iba a poder vivir sin ella.

Serafina también estaba callada. Quería gritarle a todos que a ella también la muerte de Milagros le afectaba mucho. Quería decirles a todos que era su abuela y llevaba su sangre. Pensaba en que nunca jamás tendría el gusto de llamarla nieta. En ese carro rumbo a la funeraria, Serafina había tomado la decisión de decirle a Aurora la verdad. Ya no callaría más, y que pasará lo que tenía que pasar pero no más de mentiras, no más de guardar secretos y callar. Se había jurado a si misma que en unos días después del sepelio le diría la verdad y le pediría perdón a su hija y a Dios. En esos momentos un pensamiento inevitable se cruzó por su mente, ¯debí darle instrucciones precisas y claras a la servidumbre. Se decía Serafina a si mima. ¯Le debí de decir a Chenca y Artemia que no le dijeran por nada del mundo a Leticia que nos fuimos al funeral de Milagros. Esa mujer es capaz de presentársenos aquí y aumentar aún más el dolor de Aurora y José Armando. Llegaron a la Funeraria y ellas se adelantaran mientras él estacionaba el carro.

Leticia había estado todo el día en las tiendas como de costumbre y también había ido de visita a la casa de su mejor amiga Magda con la cual compartió unas horas intranquilas y poco placenteras por el constante ruido, correteó y peleas de dos hijos de está. El menor, el cual estaba enfermo con gripe comiendo un caramelo se veía asqueroso. Parado frente a su madre, el pequeño seguía insistiendo sentarse en sus piernas. Leticia había tratado de que se fuera a sentarse con su madre, pero no lo había logrado. Mientras hablaba incómodamente con Madga, Leticia no salía de su asombro al ver como estaba de deteriorada y descuidada su amiga.

La verdad no la había visto en mucho tiempo. Se había ido de viaje con su marido varías veces y después con la llegada de los niños casi ya ni hablaban mucho por teléfono. Minutos después de que había llegado a su casa a visitarla, Leticia se había arrepentido de su decisión. Al despedirse de Magda quien le pedía que la viniera a visitar más seguido Leticia le dio un abrazo y un beso y había prometido visitar más seguido. Pero al salir de la casa de su amiga Magda, Leticia se dijo a si misma a la vez que nuevamente respiraba tranquilidad, ¯esta es la última vez que visitó tu casa Magda querida. ¡Tu casa es una de desorden! Esos niños tuyos están malcriados. No tienen respeto ni disciplina alguna. Ojala ahora no me pegue catarro. ¿Cómo es posible que Magda no le presté más atención a sus hijos y a si misma? ¿Cómo es posible que los dejé corretear por toda la casa adentro y afuera trayendo consigo en sus zapatos, en su ropa y en sus manos toda la suciedad del campo? Y por si fuera poco el menor correteando a pesar de estar enfermo. No más. ¡Por estos rumbos no vuelvo! Es irritable tener que soportar tanto fastidio. Y arrancó su coche a la vez que levantaba su mano para decir adiós y ofrecía hipócritamente una sonrisa.

Llego a la casa fastidiada por los hijos de Magda. Subió a su habitación a darse una ducha sin ni siquiera percatarse del silencio y vacío que reinaba en la mansión. No le dio importancia el no ver ni escuchar las voces de Chenca, Artemia procediendo de la cocina; tampoco le pareció extraño el no ver a Jacinto, el jardinero, quien siempre estaba afuera trabajando hasta tarde. Y a Serafina y Aurora se imagino a ambas mujeres en el cuarto de rezo. Lejos de su mente estaba pensar en que José Armando había llegado y que todos se encontraban en la funeraria y que Chenca y Artemia estuvieran atendiendo a un niño.

Entró en su cuarto y tiró su bolso y sobre la cama como era su costumbre y se comenzó a desvestirse. Se irritó mucho cuando notó que su blusa estaba manchada con el dulce que el hijo de Madga tenía

en sus manos cuando la abrazo. ¯¡Qué barbaridad! Voy a tener que botar esto pues dudo mucho que salga esta mancha. Se metió de inmediato en la regadera y allí se estuvo por lo que pareció horas. Luego al salir, se secó con la toalla y se observó en el espejo. ¯Estoy engordando. Tengo que bajar unos kilos. No puedo correr el riesgo de perder mi figura. No quiero parecer como un elefante como esta Madga. ¡Qué horror! Como se ha descuidado. Claro nunca tuvo una figura tan esbelta como la mía, pero no se quedaba atrás. Es mejor no tener hijos. Le arruinan el cuerpo a una y por si fuera poco tiene una que estar atendiendo y cuidándolos todo el tiempo. La pobre de Madga ya no tiene tiempo ni para ella misma. Si se viera al menos en el espejo, por Dios Santos está hecho un asco de persona. Pensaba Leticia mientras se ponía su bata rosada y salía del baño. Miró su reloj de noche que daban las 8:00. No se había dado cuenta que era tan tarde. Se la había pasado todo el santo día en la calle y ahora sentía un poco de hambre. ¯Voy a llamar a Chenca a que me suba algo de cenar, pero inmediatamente desechó esa idea. ¯¡No! ya es demasiado tarde para comer, lo mejor será que me traiga un té. Tocó el timbre varías veces pero nadie contestó. Enfadada se levantó de la cama donde se había recostado y salió de su cuarto mientras se decía a sí misma, ¯no puede ser que ya se haya retirado a dormir la servidumbre. Chenca o Serafina siempre esperan hasta las diez para irse a dormir. Pero en efecto cuando llego a la cocina no había nadie y todo estaba en orden.

Leticia no estaba acostumbrada a servirse sola. Por lo tanto, fue en busca de Chenca para que esta le preparar el té, pero antes de llegar al cuarto de ella se encontró con Artemia quien venía saliendo del suyo y dijo:

—No sé donde se ha metido Chenca pero quiero que me prepares un té y me lo lleves a mi recámara—. Sin esperar respuesta Leticia dio la vuelta y se encamino a su recamara. Artemia se llevo las manos a la boca y corrió al cuarto de Chenca quien había logrado dormir al pequeño. Chenca mirando lo sobresaltada que estaba le preguntó:

— ¿Qué te pasa mujer? ¿Has visto a un fantasma o qué?—

— ¡No! la seño Leticia venía a buscarte. Casi descubre al niño —. Replicó ella.

— ¿Y qué quiere esa víbora?—

—Que le prepares un té, pero como no te vio ti me dijo que lo

hiciera yo—. Contestó está.

— ¿Y ya lo preparaste?—

— ¡No! todavía no—. Chenca levantándose de la cama, la tomó de los hombros y la empujó fuera del cuerpo diciendo:

—Qué esperas, ve y hazle ese té a esa víbora antes de que pierda la paciencia y regrese aquí buscándonos y de verdad descubra a la criatura—.

—Si tienes razón—. Dijo ella a la misma vez que se apresuraba a la cocina para preparar el maldito té de la serpiente.

Desde la muerte de Eugenia, Felipe se había entregado de lleno a su trabajo y siempre trabajaba hasta muy tarde y llegaba rendido y casi nunca cenaba. Artemia se topó con Felipe quien estaba bebiendo un vaso de leche en la cocina.

—Buenas noches señor Felipe. ¿Quiere que le prepare algo de comer? — Preguntó un poco nerviosa, pues su presencia siempre la incomodaba. Felipe quien siempre había tenido un gesto agrio hasta hace unos días atrás le dijo muy afable.

— ¡No! No te preocupes. No tengo hambre. Voy a descansar— Y sin decir una palabra más puso el vaso sobre la mesa y salió tan silencioso como había entrado. Artemia tomó el vaso prácticamente lleno de leche y lo vació en la fregadera, lo lavó y lo colocó en su lugar. Preparó el té de Leticia y se lo llevó a su recámara.

Felipe entró a su cuarto y se sorprendió al no ver a Aurora acostada en la cama. Ella siempre había sido una mujer que a muy tempranas horas se retiraba a su cuarto a leer o se iba a su cuarto de rezo. Al no verla en la cama, Felipe supuso que estaba rezando. ¯¿cómo estará? Se preguntó a sí mismo. Estaba seguro que en estos momentos Aurora estaba rezándole a su Dios. Felipe no era un hombre que creyera en la divinidad y todo lo espiritual. Para él no existía Dios, pues si así fuera su vida no hubiera sido un miserable tormento por muchos años. Si hubiera un Dios nunca hubiera dejado a José Armando sin una madre a tan temprana edad ni le hubiera quitado la felicidad con Eugenia Díaz. ¡No! claro que Dios no era real. Siempre solía decir si hubiera un Dios no hubiera tanta maldad, sufrimiento y dolor en este mundo ya que un ser tan omnipotente y bondadoso no lo permitiría.

No podía entender como su mujer era tan devota y creía en ese

Dios que tampoco de ella había tenido compasión al quitarle lo más preciado que una mujer puede tener como lo es un hijo. Es mas en tiempos atrás siempre criticó y se burló del cuarto de rezo y altar que Aurora había construido. Se encaminó hacia la puerta y pensó en ir al cuarto de rezo para ver como estaba, él no podía ni quería imaginarse el dolor que en estos momentos estaba sufriendo, pero algo muy fuerte lo detuvo. Sabía que no tenía derecho de invadir su dolor, pues qué clase de palabras podía él decirle a ella que le dieran consuelo si estaba consciente que ella no aceptaría sus palabras de consuelo. Creería que estaba allí para burlarse y para hacerla sufrir como lo hizo muchas veces atrás. ¯¡No! Pensó. Tal vez sea mejor dejarla sola con su dolor, además estoy segura que su fiel Serafina esta con ella. Pero lejos de sus pensamientos estaba el saber que en esos momentos Aurora se encontraba junto al cadáver de su hija en la funeraria. Decidió mejor darse una ducha y eso fue precisamente lo que hizo. Salió del baño minutos después y se acostó en la cama en la cual cayó rendido y no se dio cuenta a qué hora lo venció el sueño.

Mientras tanto en la funeraria, Aurora al igual que José Armando tenía los ojos secos de tanto llorar. Desde que había llegado ninguno de ellos se habían movido y ambos parados estaban cerca del cuerpo de Milagros. José Armando había traído el cuerpo de ella solamente para que su madre pudiera verla por última vez. Él había arreglado todo para que a las 11:00 de la noche el cuerpo fuera cremado. Cuando se llevaron el cuerpo, Aurora y por unos minutos perdió completamente su control y compostura. Se arrodilló en el suelo y en llantos descargo su amor de Madre. José Armando y Serafina la ayudaron a levantarse y la llevaron a un asiento. José Armando rodeó sus brazos alrededor de su madre y sin decir una palabra más la dejo gemir en sus brazos y desahogarse. Él sentía como si le faltara el aire, sentía como si se estuviera ahogando y tenía que ser fuerte para su madre. Él no tenía quien lo consolará. Serafina estaba sentada junto a Aurora, pero se sentía inválida. No podía darle consuelo, no sabía que decir o hacer para aminorar el dolor de su hija. La hora de marcharse había llegado y después de haber calmado a Aurora, todos se levantaron y se marchó rumbo a casa. José Armando vendría por la mañana por las cenizas.

Tres meses habían transcurrido después de esa fría y ventosa noche en la que le habían dado el último adiós a Milagros. José Armando había ido al lugar de ellos a cumplir su promesa y allí había esparcido las cenizas de Milagros. Por segunda vez le había dicho adiós y a solas en ese lugar pudo al fin gritar y llorar sin control y compostura sin necesidad de ser fuerte para los demás y había dado rienda suelta a su dolor. Fue muy duro ir a ese lugar donde la había

hecho suya por primera vez; a ese lugar donde le había jurado amor eterno y prometido quererla y cuidarla; ese lugar en donde los recuerdos invadieron con mucha fuerza su mente y donde su corazón había quedado destrozado. Pero al partir Milagros le había dejado un regalo preciado, Ariel Armando quien había llegado a sanar un poquito su herida. Su hijo era su consuelo en sus momentos en casa. José Armando se había dado de lleno al trabajo y trabajaba largas horas al día junto a Alicia Fuentes, su secretaria, quien se había convertido en su paño de lágrimas.

Aurora también estaba alegre de tener a la criatura en casa ya que un pedacito de Milagros todavía quedaba y él le ayudaba a sobrellevar el dolor de haber perdido a una hija. Otro que estaba encantado de tener un a niño correteado en casa era Felipe. Estaba encantado de tener un nieto y lo demostraba porque empezó a llegar a casa más temprano para verlo, para jugar con él y mimarlo. Quien iba a decir que este pequeño sol iba a tener tal efecto en un ser como Felipe. Pero no para todos en casa, el pequeño Ariel Armando era felicidad, pues Leticia lo había odiado desde el primer momento en que sus ojos lo miraron por primera vez. Desde el primer momento en que se dio cuenta que había matado a la madre, pero su semilla había quedado y ahora ese niño había venido a ocupar el lugar de Milagros en el corazón de su esposo. Quizás los remordimientos de culpa la atosigaban o quizás el saber que aunque se había deshecho para siempre de Milagros no pudo, por más que quiso, romper el lazo de unión entre su marido y Milagros ya que esta criatura los uniría para siempre.

Lejos de San Martín y de San Pedregón, la muerte perseguía muy de cerca a Carmelia quien después de haber recibido el dinero de Leticia se la había pasado gastando y divirtiéndose como nunca. Andaba de bar en bar buscando diversión y placer bebiendo y divirtiéndose con cuanto hombre se le cruzaba en su camino. Nunca en su vida se imagino que un trabajito como el que le había hecho a su patrona Leticia le hubiera sido tan lucrativo. Ella venía saliendo a altas horas de la madrugada de uno de los tantos sitios nocturnos donde se la había pasado frecuentando últimamente sin imaginarse si quiera lo que el destino le tenía preparado. Con una sonrisa burlona en los labios se decía a sí misma,¯que fácil fue asustar a Leticia, ligerito fue en busca de mi dinero, y pensar que al principio pensé que tenía más agallas pero no es lo que aparenta y pude más yo que ella. Carmelia había tomado más de la cuenta y no encontrando galán con quien divertirse decidió dar por concluida la noche. Se subió a su auto y manejó con rumbo al hotel donde se había hospedado para no atraer sospechas. Mientras manejaba se le cerraban los ojos del sueño y

trataba de mantenerlos abiertos, pero el sueño pudo más que ella y no se dio cuenta cuando quedo dormida. Su carro se abalanzó sobre el precipicio rodando a toda velocidad bajo el despeñadero. El dolor en la cabeza y en todo su cuerpo la trajo rápidamente a la realidad. Abrió los ojos por unos segundos, pero no estaba consciente de lo que había sucedido hasta que comenzó a oler gasolina. Inmediatamente recobró conciencia y se dio cuenta del peligro en el que estaba.

Desesperada trató de salir del carro, pero estaba atrapada. Con el impacto, el timón del carro había atravesado sus costillas y además sus piernas estaban trituradas por el aplastamiento de la parte delantera del coche. Era imposible moverse. Estaba completamente sola. En la inmensa oscuridad de la noche no había nadie para ayudarla y quién sabe si no fue exactamente así como el destino lo tenía preparado, el que estuviera afuera del alcancé de algún samaritano que pudiera prestarle ayuda. Estaba más consiente que nunca y el pánico se apodero por completo de ella. Sabía que en unos minutos el carro estallaría con ella adentro. Por unos segundos los cuales parecieron horas desesperadamente trató de escapar de las garras de la muerte, pero le había llegado su momento y muy pronto se encontraría frente al Juez Universal al cual tendría que responder por todas sus maldades. Esos minutos de terrible pavor fueron los más horribles en la corta vida esta mala mujer que por unos segundos trató de expiarse sus culpas y pedir perdón pero sus palabras fueron cortadas por la explosión del carro y las llamas que embargaron por completo su existencia.

Esa mañana cuando Leticia se sentó a desayunar, tomó el periódico de la mesa que minutos antes Felipe había estado leyendo detenidamente y lo ojeó por unos minutos cuando vio la noticia de la muerte de Carmelia. Al parecer cuando el carro rodó su cartera fue lo único que salió ileso de la explosión y pudieron identificar a la mujer que fue carbonizada a tempranas horas de la madrugada. La noticia de la muerte de Carmela no pudo llegar a más apropiado momento pues con su muerte Leticia jamás tendría que preocuparse que alguien descubriera que ella y esta mujer eran cómplices en el asesinato de la joven Milagros Vascos. Leticia sonrió y pensó que ahora podría dormir tranquilamente el resto de sus días al saber a su cómplice en el otro mundo… Pero lo que no sabía ella era que la nota informativa no decía que las autoridades habían dado con el pequeño hotel donde se hospedaba, y entre sus pertenencias habían encontrado un diario que de atar cabos la incriminaría sin piedad a ella. ¡No! La nota solo decía lo que los agentes de la policía habían querido que fuera publicado, pero no toda la información que ellos tenían. Cuando los bomberos y la policía llegaron al lugar del accidente ya la explosión había cobrado

su vida, pero los policías lograron recuperar unas prendas. Con el impacto, algunas de sus cosas incluyendo su cartera habían salido volando por la ventana cuando el carro rodaba por el precipicio y así fue como la policía pudo identificar el cuerpo de la desafortunada mujer con el nombre de Carmelia Sotomayor, y dar con el nombre del hotel donde se hospedaba. El motivo que los llevo a allí fue para conseguir más datos y dar parte a sus familiares. En el hotel, el dueño les había indicado el número del cuarto donde se había hospedado la mujer y también la habían descrito como una mujer muy rara y con carácter antipático. Allí dentro del cuarto, los policías habían dado con el maletín lleno de dinero y el diario que Carmelia tenía guardado bajo la cama. Los policías no podían creer la cantidad de dinero que esta mujer tenía en su poder y no entendían porque se había hospedado en lugar de tan mala fe teniendo suficiente dinero para buscarse un lugar mejor. Algo escondía esta mujer y ahora les tocaba investigar qué era lo que escondía. Su diario sería era la ruta perfecta para conocer las fechorías que quizás en vida había cometido

Capítulo 15

La verdad de Serafina

Aurora sentada en el jardín observaba a su nieto mientras este jugaba cerca de las flores. Quien se pudiera imaginar lo pensamientos que desfilaban esa mañana por su mente. Se había levantado muy temprano y sin pedirle a Serafina que la acompañara como solía hacerlo, se había ido sola con el pequeño. Tal vez quería estar a solas para poder pensar o quizás simplemente quería disfrutar y aprovechar el maravilloso día. Se podía escuchar el canto de los pájaros en las ramas de los árboles, y el sol de la mañana iluminaba la belleza indiscutible de las flores. La amapola blanca, las begonias y las petunias eran sus preferidas, no cabe duda que Jacinto, el jardinero, las tenía muy bien cuidadas se decía a si misma mientras las observaba nostálgicamente. Serafina aún vestida en su camisón contemplaba a su hija y su bisnieto por las ventanas de su cuarto, el cual estaba ubicado precisamente enfrente del jardín. Pensaba que había llegado el momento de decirle toda la verdad. Al verla allí sentada sola y perdida en sus pensamientos se preguntó a sí misma, ¯¿cómo estará? últimamente ya no me dice nada y ha estado tan distante.

Al parecer había madrugado. No eran más que las 7:00 de la mañana, y Aurora estaba vestida en su vestimenta negra que era ahora parte de su costumbre. Hoy se miraba más pálida que nunca y mucho más vulnerable. Ya habían pasado tres meses desde la muerte de Milagros y aunque nadie sabía exactamente como se sentía, ella les había dado a todos la impresión de resignación. Pero, se había aferrado excesivamente al niño, y ese comportamiento parecía anormal pues su insistencia por estar con el niño en todo momento se estaba volviendo un tanto enfermiza. ¡Sí! Es cierto que era su nieto, pero no podía nadie sacarlo de su presencia pues en todo momento el pequeño tenía que estar junto a ella. El único momento en que ella no cuidará y estuviera al pendiente de Ariel Armando era cuando dormía o estaba en compañía de su padre lo cual no era mucho tiempo ya que José Armando trabajaba obsesivamente. Serafina había hasta notado que muchas veces Aurora se quedaba dormida en el cuarto del

pequeño y eso no le gustaba. Era como si una fuerza mayor le exigía que lo protegiera. Ni la servidumbre podía encargarse de su comida. Aurora lo preparaba, y ella también se encargaba de bañarlo, vestirlo y darle de comer. Tal vez quería sentirse útil y de esta manera aminorar su dolor. Pues estando ocupada no tenía tiempo de pensar. Quizás quería aplacar sus remordimientos de culpa por no haber nunca amamantado ni atendido a su propia hija cuando está era tan solo un bebé. Era como si estuviera obsesionada con él a tal grado que no lo dejaba respirar a solas. Quizás esto era bueno pues así lo protegía sin querer de la maldad de Leticia.

Serafina se apresuró a vestirse de negro como era su costumbre ya por muchísimos años. Su vestimenta no era por haber perdido a un ser querido ante la muerte. ¡No! su vestuario lúgubre se debía a que toda una vida ella se había sentido muerta por dentro. Porque nunca pudo sentirse realizada como mujer o madre. Luego de arreglar su cama minuciosamente como solía hacerlo todas las mañanas, se dirigió a la cocina donde se encontró con Chenca quien estaba preparando el desayuno del señor Felipe.

— ¡Buenos días Chenca!— Saludo Serafina. Chenca brindándole una sonrisa de oreja a oreja contestó:

—Buenos días Fina. ¿Cómo Amanecisteis?—

—Un poco cansada. Creo que dormí mal, pues me duele todo el cuerpo—. Respondió Serafina con su voz áspera que la caracterizaba. Ella había estado prácticamente dando vueltas en su cama toda la noche desde que tomo la decisión de decirle a su hija la verdad, pero la ansiedad de cómo reaccionaría Aurora la había hecho pasar muy mal la noche.

— ¿Quieres una taza de café?— Preguntó Chenca.

—No— y Serafina preguntó

— ¿Y ya desayunó la señora Aurora?—

— ¡No! la Seño Aurora ni si quiera a tomado café. Se levantó temprano. Vino a la cocina a preparar un biberón para el niño y se fue al jardín con él. No ha probado bocado—.

Serafina sin decir una palabra más tomó una charola y colocó dos tazas, la cafetera caliente y salió rumbo al jardín. Un escalofrió recorrió todo su cuerpo mientras se dirigía al lugar donde yacía su hija sumergida en su mundo. No podía dejar de pensar en cómo le diría

verdad. Tenía pavor a su reacción y de pronto los ataques de ansiedad volvieron a darle. ¯¡Me odiara! Dios mío como va a reaccionar cuando le diga que yo soy su verdadera madre. Cuando le diga que yo la abandone en manos de su padre cuando apenas tenía unos días de nacida. Me perdonará el haberle hecho la vida tan miserable. Pensaba Serafina. ¯Lo mejor será que no le diga la verdad. Total todos estos años he guardado este secreto en mi corazón y quizás lo mejor sea que me muera con él. Se seguía martirizando Serafina mientras caminaba al encuentro de su hija. Aurora Alzo la vista y vio a Serafina que a paso lento se le acercaba. Le brindó una sonrisa cálida y espero a que estuviera cerca para disculparse con ella por no esperar que se levantara para que la acompañara al jardín. Serafina seguía dudando y mientras más dudaba mas se sentía flaquear y sentía que sus piernas le temblaban; sentía que se estaba ahogando y que el calor de la mañana la quemaba con fuerza. Pero al acercarse a su hija inmediatamente recobró compostura. Se lleno de valor y se dijo a si misma que no importaba las consecuencias. No podía seguir ocultándolo más. ¡El momento había llegado! Serafina le brindó a Aurora una sonrisa nerviosa a la vez que colocaba la charola de café en la mesa del jardín.

— ¡Esta precioso el día, verdad Serafina!— Comentó Aurora tratando de ocultar sus verdaderos sentimientos cuando está se sentó junta ella. Serafina balbució un sí con voz trémula y sirviéndole a Aurora una taza de café sin poder ocultar más su nerviosismo le dijo:

—Aurora hay algo muy importante que debes de saber—. Aurora quien hasta el momento no la había mirado directamente a la cara, alzó sus ojos y viéndola de frente preguntó:

— ¿Qué pasa Serafina? Pero si estas temblando. Siéntate y déjame yo sirvo el café. ¿Dime, por dios santo qué es lo que tienes?— Serafina tomó las manos de Aurora entre las suyas, la miró directamente a los ojos y le dijo:

—No sé cómo empezar ni tampoco cómo vas a reaccionar, pero ya no puedo más y tienes que saber la verdad. Yo soy…. —

En esos momentos en que Serafina iba a confesarle la verdad se acercó José Armando quien iba rumbo a su bufete y había venido a despedirse de su madre y de su hijo.

— Buenos días Mamá—. La saludo a la vez que le daba un beso en la frente.

—José Armando, hijito, ¿cómo amaneciste?— Preguntó Aurora

tomándolo de las manos. José Armando quien también había logrado disimular ante todo el dolor que embargaba su alma simplemente contestó:

—Estoy bien. El día esta precioso no es así—. Dijo mientras tomaba al pequeño entre sus brazos.

— ¿Cómo esta mi campeón?— Le preguntó a la vez que lo besaba y lo abrazaba contra su pecho. El niño sonrió y por primera vez en los tres meses de su estancia en esa casa enunció las palabras que todo padre quiere escuchar:

— ¡Pa…pá! José Armando no pudo contener su emoción y llenó de orgullo al oír de los labios del pequeño esa palabra dijo fuertemente:

— ¿Escucharon? Su primera palabra y me ha llamado papá—. Una sonrisa de satisfacción se dibujo en el rostro de Aurora quien esperaba que la primera palabra del niño fuera abuela, pero igual estaba encantada con su nieto y por unos minutos Aurora se olvido por completo de lo que Serafina estaba a punto de confesarle. Serafina sintió desvanecerse y el valor que había obtenido se esfumó en segundos mientras observaba la alegría de Aurora y José Armando.

Felipe quien también iba rumbo al trabajo escuchó las palabras del niño y se acercó a ellos. Saludándolo y tocándole los hombros a su hijo le dijo:

— ¡Felicidades hijo! ¿Cómo te sientes al escuchar esas palabras por primera vez?—

—Emocionado papá. Nunca pensé que se pudiera querer tanto a otro ser humano. A este pequeño ser que ha llegado a cambiar mi vida—. Le contestó José Armando

—Así es el amor de un padre. Recuerdo lo que sentí la primera vez que escuche esas mismas palabras de tus labios. Me sentí el hombre más feliz del mundo. Cuando naciste fue el día más bello en mi existencia, pero cuando me llamaste papá por primera vez me sentí invencible y lleno de una gran responsabilidad. Juré trabajar duro para darte todo lo que necesitaras. Quería hacerte sentir orgulloso de mi y por eso eras y siempre has sido mi inspiración y más grande orgullo. Te quiero mucho hijo—. Le dijo Felipe con todo el amor de un padre orgulloso.

José Armando estaba sorprendido con las palabras de su padre,

él nunca jamás le había hablado de esa manera, y pues no sabía cómo responder. Desde niño siempre había querido escuchar esas palabras de su padre y ahora que por fin las escuchaba no sabía que decir.

—Gracias papá yo también te quiero mucho—. Serafina y Aurora no dijeron nada ambas mujeres extrañadas miraban y escuchaban a Felipe. Él había hecho un cambio rotundo de la noche a la mañana y ahora lo demostraba sin reservas. Ya no era el mismo hombre amargado, violento y duro. Ese hombre verbalmente abusivo al que todos llegaron a temerle y en silencio odiarlo. Muchas veces Aurora había deseado su muerte aunque prontamente se arrepentía por esos sentimientos y le pedía perdón a Dios. Al parecer la muerte de Eugenia lo había cambiado y Ariel Armando había llegado a suavizar más ese carácter agrio y áspero. Pensando en cómo era en un tiempo atrás, ellas nunca se hubieran podido imaginar que en su vida pudiera haber sido tierno y amoroso. Felipe sintiendo las miradas de Aurora y Serafina simplemente las saludo un poco apenado por haber puesto al descubierto esa parte de él que desconocían. Dirigiéndose a su hijo le dijo:

— Esta tarde iré a visitar a tu tía. Está enferma, el doctor la diagnosticó con cáncer gástrico me gustaría que me acompañaras. Al parecer está ya muy avanzado y hasta hace muy poco se dio cuenta. José Armando casi no veía a su tía Berta pues ella empezó a tener resentimiento hacía él porque había aceptado a Aurora como su madrastra. Desde entonces la relación entre ellos no fue la mejor y por mucho tiempo se había distanciado de su tía, pero hoy volvería a verla a petición de su padre.

Aurora al escuchar que Berta estaba enferma sintió lástima por la mujer, pues no era más que una anciana carente de compasión. Y pensó en como Berta Aragón, la única hermana de Felipe, nunca se había casado y se había convertido en una mujer amargada y hermética. En todo el tiempo de casados que llevaban Aurora y Felipe, Berta no había puesto un pie más en esa casa. Ella odio a Aurora desde el primer instante en que su hermano le había dicho que se casaría con ella. Berta y Silvia Ibarra, la primera esposa de Felipe, habían sido amigas inseparables y cuando está murió, Berta había decidido instalarse en la mansión Aragón para brindarle amor de madre a su sobrino. Pero para su sorpresa Aurora había llegado a ocupar el lugar de señora de la casa y Berta siendo de un carácter difícil y autoritario no podía convivir con otra señora de la casa que no fuera ella. Quería ser la única que diera órdenes y a la única que José Armando mirará como madre y sabía que por ser hermana mayor de Felipe, él nunca le llevaría la contraria. Pero se llevo una gran

sorpresa cuando Felipe le había anunciado que se casaba nuevamente. Berta se fue de la casa a vivir una vida de soledad.

Aurora no sabía, pero Berta había sido en gran parte la causante de mucho de sus sufrimientos. Felipe le contaba todo y cuando él le contó sobre la supuesta traición de Aurora, ella se encargó de envenenarlo más en contra de ella. Por un lado Felipe tenía a Adelia con sus mentiras y por otro lado a Berta con su odio y veneno. Berta era implacable, tirana y leal al recuerdo de Isabel Ibarra. Era una mujer venenosa, envidiosa y muy rencorosa. Detrás de las palabras crueles de Felipe y maltratos, estaba la maldad inclemente de Berta. Él simplemente había sido un títere en sus manos que se había dejado manipular por ella y lleno de veneno regresaba a su casa a envenenar a todos. Aurora nunca se hubiera imaginado que Berta también le había causado tanto daño por el simple hecho de ser la señora de la mansión Aragón.

Desde hace mucho Felipe había dejado de visitar con frecuencia a su hermana y no estando bajo su dominio y control, había podido ver las cosas con claridad. Tenía ya meses de no visitarla, pues cada vez que iba ella se quejaba de todo y de todos. Y después de la muerte de Eugenia, él la verdad que no estaba de ánimos para escucharla y sin darse cuenta la había dejado abandonada. Berta siendo tan orgullosa jamás le preguntó el motivo por el cual había dejado de visitarla y por lo mismo la distancia entre ellos se agrandó. Tenía que estar gravemente enferma para que ella, la orgullosa y capaz Berta lo llamará por teléfono, pero así había sido y ella había por primera vez en su vida había doblegado su orgullo para informarle a su hermano que estaba enferma y lo necesitaba.

— ¿Entonces, que dices José Armando me acompañaras a ver a tú tía Berta?— No teniendo otra alternativa José Armando contestó:

—Claro que si papá. Yo te acompañó. ¿A qué horas piensas ir a verla?—

—Hoy por la tarde cuando salga del trabajo. Le prometí que estaría allí a las 7:00 PM. Si quieres nos vemos allí en su casa a esa hora—.

— ¡Esta bien…allí estaré!—

Y sin decir una palabra más, Felipe se fue a su trabajo. Felipe Aragón y su hermana Berta eran prácticamente dueños de la mayor parte de las empresas de San Martín. Su padre, Camilo Aragón, un

hombre astuto y tenaz en los negocios les había dejado un gran legado a sus hijos y al morir su padre, Felipe tomó las riendas del negocio de acuerdo a como estaba estipulado en el testamento. Pero era Berta quien había heredado la misma tenacidad y astucia de su padre puesto que el consorcio Aragón había incrementado muchísimo bajo su administración. La realidad de las cosas es que ella era las que tomaba las decisiones y Felipe simplemente las llevaba a cabo. El sueño de Felipe era que su hijo, José Armando, tomará el control de las empresas cuando él ya no estuviera puesto que sería el heredero universal de todo, pero esté decidió estudiar abogacía en vez de administración de empresas y de una forma u otra había defraudado a su padre quien siempre pensó que trabajarían juntos.

Minutos después que Felipe se marchó, José Armando también decidió que era hora de irse. Beso nuevamente a su madre y a su hijo y ambos se fueron rumbo al trabajo.

Después de que Felipe y José Armando se marcharon, Aurora comentó:

— ¡Pobre mujer! Tan sola y con esa enfermedad. No sé porque no se quedo a vivir aquí. Al menos ahora no estuviera completamente sola y nos tendría a nosotras de compañía. A su edad ha de ser horrible estar sola y enferma. Me da pena pues se que no me soporta pero me gustaría poder hacer algo por ella—. Serafina quien en esos momentos estaba recogiendo la charola y las tazas para llevárselas a la cocina contestó:

—Esa mujer tiene lo que se merece. Por mala y egoísta. Te he dicho varias veces que uno siempre siembra lo que cosecha y si ahora está sola es por esos modos horribles que siempre ha tenido. Está cosechando el fruto de lo que sembró. Perdóname Aurora pero yo no tengo compasión de ella o ya se te olvido como te trató en tu boda—. Aurora con esa sensibilidad y esa manera de perdonar fácilmente le dijo:

—Todos cometes errores y tenemos que saber perdonar. Yo la perdoné ese mismo día en que me hirió y me humilló delante de los invitados—. Se le hizo un nudo en la garganta a Serafina cuando escucho de los labios de su hija esas palabras, pues ella también había cometido un gran error y ahora estaba buscando ser perdonada. Y tratando de esconder sus verdaderos sentimientos hacía Berta, Serafina simplemente respondió:

—Tienes razón, hay que saber perdonar. Voy a llevar estas

tazas a la cocina y cerciorarme que todo esté en orden en la casa—.

—Creo que será mejor que yo también entre a la casa no quiero tener a Ariel Armando mucho tiempo en el sol. Ya son casi las nueve y hemos estado bastante tiempo aquí afuera—. Acordó Aurora. Serafina asintió con la cabeza y ambas mujeres entraron en la casa. Serafina sentía que había perdido la oportunidad perfecta de decirle a su hija la verdad. Ya no sabía si se iba a atrever a decirle la verdad y había decidido que lo mejor era no decirle nada.

Serafina se dirigió a la cocina con la charola en manos mientras que Aurora con el pequeño Ariel Armando en brazos se dirigió a la recámara del niño para asearlo y cambiarlo de ropa. En esos momentos en que Aurora subía las escaleras, Leticia quien vestida de rojo, su color preferido, venía bajando. Cuando vio al niño en los brazos de su abuela le entró una rabia y un odio tremendo por esta criatura inocente. Saludó un tanto fría a su suegra, quien de igual manera le había respondido, y se dirigió al comedor. Tocó el timbre y inmediatamente Chenca se presento:

— ¿Me llamo usted señora Leticia?— Preguntó Chenca.

— ¡Sí! Tráeme un café con leche. Necesito algo caliente. Ah también me traes pan tostado y unos huevos revueltos—.

—Si señora, ahora mismo le traigo su café—. Respondió Chenca a la vez que salía apresuradamente de su presencia. No quería que tener que escuchar una vez más ese timbre pues el simple ruido del timbre la ponía muy nerviosa. Leticia tenía la costumbre de usarlo frecuentemente dependiendo de su estado de ánimo y a veces no le daba descanso pues a cada momento sonaba. Cuando Chenca salió de su presencia, Leticia pensó en el niño. ¯Tengo que buscar la forma de deshacerme de ti. Se decía a sí misma. Lo había odiado desde el primer momento en que sus ojos habían sido puestos en él. Cada vez que lo veía la ponía nerviosa y le entraba una cólera que a veces no podía esconder. Tal vez el sentimiento de culpa la estaba atormentando o quizás el saber que Milagros aún después de muerta había logrado darle a José Armando algo que ella no pudo darle y que los separaba definitivamente. ¯El problema es que no he tenido la oportunidad, pues Aurora lo cuida afanosamente y no lo deja libre ningún minuto. No sé cómo le voy a hacer pero ese chiquillo también tiene que desaparecer. Pensaba Leticia. En esos momentos entró Chenca con la taza de café.

—Enseguida le traigo su desayuno señora—. Le dijo y se

dirigió nuevamente a la cocina.

Congregados en la cocina estaban Artemia, Jacinto, Serafina riéndose y platicando animadamente cuando entró Chenca nuevamente. Sintiendo que ella era la razón de sus risas los miro:

— ¿Y a ustedes que mosca les pico, porque tanta risas?— Preguntó Chenca especialmente cuando vio que Jacinto, quien era un hombre bien reservado, tímido y callado, también se deleitaba en el chiste de sus compañeros.

— ¡Nada!— Contestaron todos juntos sin poder contener sus carcajadas.

— ¡Me van a decir o no!— Volvió a preguntar Chenca ahora un tanto molesta mientras trataba de preparar el desayuno de Leticia. Artemia no pudiendo contenerse más y le dijo:

—No te enojes. Solo estamos bromeando. Lo que pasa manita es que cada vez que la seño Leticia toca ese timbre tú brincas y hasta nerviosa te pones. ¡Pareces un perrito atrás de su amo!— Chenca no dijo nada más. La verdad fue que se molesto por el comentario y calladamente les dio la espalda y continuó con la preparación del desayuno de Leticia. Serafina se sintió un poco mal de haberse también burlado de ella y levantándose de su silla se le acercó.

—Perdónanos Chenca y no te molestes. No fue con mala intención, pues fue una simple observación y nos causó un poco de risa, pero nada más—. Chenca quien era una mujer muy sensible tenía lágrimas en los ojos por haberse sentido como una mofa. Al ver las lágrimas en los ojos de Chenca, Serafina con una señal le dijo a Artemia y a Jacinto que se callaran y dejaran de reírse. Chenca se limpió los ojos con el delantal y le sonrió a Serafina y contestó:

—Yo sé que no fue su intención lastimarme pero a veces no puedo evitar ser tan llorona y sensible. Es mejor que le lleve este desayuno a Leticia inmediatamente antes de que vuelva a tocar ese maldito timbre y ustedes tengan nuevamente el placer del gozo—. Serafina la abrazó y tomando la charola con el desayuno le dijo:

—Yo se lo llevo. Tú siéntate y tranquilízate—. Chenca no dijo nada más y se sentó a descansar sus gordas y cansadas piernas como Serafina le había ordenado. Artemia y Jacinto ambos se disculparon y se fueron rápidamente a sus quehaceres. Serafina se apresuró al comedor y le sirvió a Leticia su desayuno.

Después de desayunar, Leticia se fue a las tiendas como era su costumbre ya que no tenía otra cosa en que perder su tiempo. Había estudiado abogacía al igual que José Armando, pero ella contrario a él jamás ejerció su profesión. La verdad que no lo hubiera hecho nada bien. Leticia se había graduado pero la verdad era que no sabía nada de leyes porque Miguel Pedregón prácticamente le había ayudado a pasar todas sus materias difíciles. La realidad era que Leticia nunca se interesó de verdad en los estudios, pues sabía que nunca tendría que trabajar en su vida. Si estudió abogacía fue simplemente para complacer a su papá, Abram Castillo, y nada más.

El resto del día se fue rápido con los quehaceres de la casa. Serafina tuvo que salir al mercado y se llevo a Artemia con ella para ayudarla con las compras. Enrique Prados, el chofer y con el cual casi nadie de la servidumbre se llevaba bien por ser tan chismoso, era un hombre joven bien parecido de estatura alta, ojos café oscuros al igual que su cabellera. Tenía un cuerpo musculoso que traía locas a muchas de las chicas jóvenes que trabajan en los alrededores. Él llevo a Serafina y Artemia a las tiendas como lo hacía cada 15 del mes. La verdad que el único motivo por el que Felipe había contratado a Enrique había sido para seguirle los pasas a Aurora. Pero Enrique se la pasaba de ocio casi toda la semana ya que la señora rara veces salía. Por lo tanto, Enrique solo era ocupado cuando Serafina tenía que ir a ser las compras de la casa cada 15 del mes. Chenca se quedo en la casa por si la señora Aurora necesitaba algo y Jacinto como siempre ordenando y arreglando su jardín.

Sola en su cuarto, después de haber puesto a su nieto a dormir Aurora se acordó de lo que Serafina iba a decirle. Con la plática de Felipe y José Armando sobre el pequeño y la enfermedad de Berta esta mañana, Aurora se había olvidado por completo que Serafina iba a revelarle algo. ¯¿Qué habrá querido decirme Serafina? Se preguntó Aurora a sí misma. De pronto se acordó del estado de ánimo de Serafina y su nerviosismo. A de ser algo grave lo que iba a decirme pues estaba bastante nerviosa. Voy a bajar ahora mismo mientras Ariel Armando está dormido para platicar con ella. Aurora salió de su cuarto a la vez que el teléfono sonaba. Cuando llego a la planta baja, escuchó a Chenca quien estaba despidiéndose y colgando el auricular.

— ¿Quién era?— Preguntó Aurora.

—Era un agente de la policía. Dijo que se llamaba Roberto Matamoros y quería hablar con la señora Leticia—. Contestó Chenca. Sorprendida, Aurora exclamó:

— ¡Con Leticia! ¿Para qué querrá hablar con ella ese agente… el tal Matamoros?—

—No lo sé. Yo le dije que la señora no estaba y que si quería dejar algún recado, pero me dijo que él volvería a llamar—.

—Está bien. ¿Y Serafina, dónde está?—

—Serafina y Artemia fueron al mercado a hacer las compras. ¿Desea que le prepare algo?—

— ¡Sí! Se me antojan unas galletas y un vaso de leche—.

— ¿Quiere que se lo sirva en el comedor o desea que se lo lleve a su habitación?— Preguntó Chenca quién estaba acostumbrada a llevarle prácticamente toda la comida a su cuarto.

— A mi habitación, y por favor dile a Serafina que la quiero ver cuando llegue—. Ordenó Aurora.

—Si señora. — Contestó Chenca y se dirigió a la cocina a preparar lo encargado.

Aurora regresó a su recámara, después de haberse cerciorado que el pequeño aún dormía, y se sentó junto a la ventana con la Biblia en la mano. La verdad que desde la muerte de Ariel y su hija Milagros, Aurora leía la Biblia obsesivamente buscando paz y tranquilidad. No quería martirizarse con el dolor y la palabra de Dios le daba fuerza para seguir adelante ya que muchas veces en estos últimos meses había tenido unos deseos inmensos de acabar con su existencia. Ella sabía que el suicidarse iba en contra de todo en lo que ella creía, pero el miedo que sentía de sí misma y de cometer una locura era el motivo por el que se refugiaba como nunca antes lo había hecho en la palabra de Dios. Leyendo la Biblia le ayudaba a disipar los pensamientos malignos y los deseos de muerte que se apoderaban de ella y que lograban acecharla solo cuando se encontraba completamente sola. No había tenido el valor de contarle a Serafina o José Amando como estos pensamientos suicidas la atormentaban, y es por tal razón había volcado todas sus energías y tiempo en su nieto porque estando ocupada con él no tenía tiempo de pensar.

Mientras tanto sola en la cocina, Chenca pensaba en la llamada del agente mientras colocaba las galletas y la leche en la charola para la señora Aurora. ¯¿Qué querrá ese policía con la señora Leticia? Se preguntaba a sí misma. De pronto se acordó de la conversación que había escuchado entre la señora Leticia y Carmelia aquel día cerca de

la recámara de Leticia, y se dijo en voz alta. ¯¿Dios mío, habré escuchado bien ese día? ¿Será posible que ellas sean las asesinas de la señorita Milagros? ¡Hay no! No puede ser posible, pero para que otra cosa la querrá ver un agente de la policía. A mí me late que la están investigando. En esos momentos entraron Serafina y Artemia quien al escucharla hablando sola Serafina le preguntó.

— ¿Con quién hablas mujer?—Artemia quien era bien escandalosa en su forma de ser, quizás por ser la más joven de las tres, puso las bolsas en la mesa con mucho alboroto y sonriendo dijo antes de que Chenca pudiera contestar.

—Con algún fantasma, pues yo no veo a nadie—. Chenca se asustó un poco. No sabía si ellas llegaron a escuchar todo lo que había dicho y nerviosamente contestó tratando de no darle importancia.

—Nada. Solamente que pensaba en voz alta si lo único que quería la señora Aurora eran las galletas y la leche. No me acuerdo si me dijo otra cosa—.

— ¡Qué raro! Podría jurar que escuché otra cosa—. Dijo Serafina un tanto desconfiada de la respuesta de Chenca y notando su nerviosismo. Chenca tomó la charola e ignorando por completo su comentario contestó.

— Será mejor que se lo lleve ahora mismo, pues ya me tarde más de la cuenta—. Dio la media vuelta e iba a salir de la cocina cuando se acordó de lo que le había ordenado la señora Aurora.

— Por cierto Serafina, la señora Aurora quiere verte. Me dijo que te avisará cuando llegaras—. Serafina sin pensar dos veces le dijo a Chenca.

—Dame eso yo se lo llevo—. Y sin decir una sola palabra más Serafina tomó la charola y subió al cuarto de su adorada Aurora quien se encontraba absorta en su lectura. Serafina había tocado la puerta pero al no recibir respuesta alguna entró con mucha confianza. Aurora sintiendo la presencia de Serafina alzó sus ojos y poniendo la Biblia a un lado dijo:

— ¿Serafina, ya llegaste?—

— ¡Sí! Aquí te traigo tu leche y las galletas. Me dijo Chenca que me estabas buscando. Tú sabes que cada 15 del mes voy a hacer las compras, pero ya estoy de regreso—. Aurora tomando el vaso de leche y una galleta en la mano le ordenó suavemente.

—Siéntate Serafina y dime qué es eso tan importante que me ibas a decir esta mañana cuando fuimos interrumpidas por José Armando y luego Felipe—. Serafina palideció pues había decidido callar para siempre. Serafina titubeó antes de decir:

—No era nada. Yo, yo simplemente…. —Y en esos momentos el llanto de Ariel Armando interrumpió la conversación. Serafina respiró aliviada pues la verdad no sabía que decirle. Aurora inmediatamente se levantó en busca del pequeño pero no sin antes ordenarle que no se moviera pues esta plática no estaba terminada. Serafina se paró frente a la ventana pensativa tratando de recobrar el valor que esta mañana se había esforzado en conseguir para decirle la verdad a Aurora. Mientras Serafina pensaba en algo que decir, Aurora entró minutos después sola nuevamente al cuarto.

— ¿Y el niño? — Preguntó Serafina cuando vio entrar nuevamente a Aurora sin el pequeño en sus brazos.

—Sigue dormido. Al parecer se asusto, pero en cuando me le acerque y le toqué suavemente su cabecita se volvió a dormir—. Y me alegra que se haya vuelto a dormir tan rápido porque tú y yo no hemos terminado y me vas a decir lo que te pasa. Y no me digas que nada, pues esta mañana estabas nerviosa y se notaba en tu expresión —. Le dijo Aurora con un tono de autoridad y se sentó nuevamente en su silla cerca de la ventana mientras le decía a Serafina que hiciera lo mismo. Pero Serafina no quiso sentarse y por unos instantes le dio la espalda como si algo afuera de la ventana llamará su atención. Agarrando valor y volteándose ante ella, la miró fijamente a los ojos y sin saber cómo las palabras salieron de su boca antes que ella pudiera tener tiempo de frenarlas.

—Lo que iba a decirte es que… hizo una pausa y luego continuó:

— ¡Yo soy tu verdadera madre! Se hizo un silencio en la habitación y Aurora no podía salir de su asombró. La noticia la inmovilizó por completo. La incertidumbre de no saber lo que Aurora estaba pensando hizo a Serafina seguir hablando.

—Yo le cedí todos los derechos a Fabián Aldamira, tu padre, cuando eras un bebé y él te llevo con su esposa, Ester Aldamira para que ella se hiciera cargo de ti. Yo sabía que en mejores manos no ibas a estar. Fabián era un buen hombre y sé que velaría por ti—. Por unos momentos Aurora no dijo nada y luego murmuró.

—Ahora entiendo el odio de mi madre hacía mi. Ahora está muy claro el porqué siempre me trató diferente—. Con lágrimas en los ojos Serafina comenzó a implorar su perdón.

—Perdóname Aurora, por favor te suplicó que me perdones. Yo nunca quise hacerte daño, pero era bien joven e ignorante y no sabía cómo ser madre. Me enamoré de tu padre siendo un hombre casado y cuando salí embarazada me di cuenta que no podría darte una buena vida. Yo se que estas en todo tu derecho de odiarme y aborrecerme pero no puedo más con esta culpa y es por eso que decidí decirte la verdad—. Serafina esperaba recriminaciones, insultos y reproches pero no fue así. Aurora se levantó y se acercó a Serafina quien parada delante de ella esperaba lo peor de su hija. Aurora la abrazó y con lágrimas en los ojos le dijo.

—La historia se repitió. Yo no soy quien para juzgar o recriminar. Yo también regalé a mi hija. La única diferencia entre las dos es que al menos yo te tuve en mi vida desde los siete años y me brindaste sin saberlo todo tu amor de madre, pero yo nunca pude estar junto a mi hija ni tampoco tuve el tiempo suficiente para revelarle la verdad—. Serafina y Aurora abrazadas lloraban de felicidad por tenerse la una a la otra y de nostalgia por todo el tiempo perdido.

Capítulo 16

Castigo de Leticia

Leticia, quien había estado en las tiendas prácticamente todo el día, llegó a la casa completamente ignorante que el agente Matamoros andaba tras sus pistas. Al bajarse de su automóvil inmediatamente le ordenó a Enrique, el chofer, quien estaba parado platicando con Jacinto, que llevará sus bolsas a su recámara. Enrique rápidamente obedeció las órdenes de su patrona. Esa mujer lo volvía loco cada vez que la miraba. No podía dejar de imaginarse que algún día llegaría a tener ese cuerpo escultural y esos labios carnosos todo para él. La había deseado desde que sus ojos reposaron en ella cuando apenas era la novia del joven José Armando, pero entonces solo tenía la oportunidad de verla de lejos y en muy raras ocasiones, pero ahora que estaba casada con el joven y vivía aquí bajo el mismo techo que él y su imaginación no dejaba de volar.

Enrique era un hombre bastante vanidoso, presuntuoso y con mucha confianza en sí mismo, estaba seguro que algún día esta palomita también caería en sus redes como tantas otras patronas en su pasado. Solo era de darle tiempo y muy pronto la tendría entre sus brazos como mucho tiempo se lo había imaginado. Para Leticia este hombre al igual que el resto de la servidumbre estaba muy por debajo de ella y si hubiera llegado a darse cuenta de sus pensamientos se hubiera sentido repugnada y asqueada y lo hubiera puesta de patitas en la calle.

Entró en la casa y se dirijo a su recámara, pero Chenca quien iba saliendo de la sala la vio y le dijo:

—Señora Leticia la llamo por teléfono el señor Matamoros—.

— ¿Quién?— Preguntó arrogantemente Leticia. Ella no tenía idea quien era el tal Matamoros

—Me dijo que se llamaba Roberto Matamoros y que era un agente de la policía—. Contestó Chenca. Leticia sintió desvanecerse y

sus piernas flaquearon. Tratando de recobrar su compostura y ocultar su nerviosismo preguntó:

— ¿Y qué quería?—

—No lo sé señora. No dejo recado alguno simplemente dijo que volvería a llamar—.

En su oficina José Armando acaba de recibir una llamada telefónica de Alejandro Guzmán, el investigador privado que había contratado para dar con el paradero de Milagros. Alejandro era un hombre que siempre que hacía un trabajo para alguien quería cerciorarse que sus clientes quedaban satisfechos y su llamada era una de cortesía. Alejandro Guzmán saludo:

— ¿Licenciado cómo está usted?— José Armando reconociendo inmediatamente su voz respondió al saludo un poco sorprendido por la llamada. Habían pasado más de tres meses desde la última plática que tuvo con él.

—Alejandro, que gusto de escucharlo. Yo estoy bien, ¿y usted? —

—Muy bien y nuevamente de regreso. Acabo de llegar de un largo viaje. Estaba afuera de San Martín por unos meses usted sabe cosas de trabajo. Pero usted estaba pendiente en mi mente. La verdad que solamente llamaba para saber si todos los datos de la joven Milagros Vascos que le proporcioné le ayudaron a dar con ella. No tuve tiempo de llamarlo antes de salir de San Martín, pero me gusta saber si mis clientes están satisfechos con mi trabajo—. Se hizo un silencio por unos segundos y luego José Armando contestó.

— ¡Sí! Los datos fueron los correctos—.

—Bueno, pues me alegra saber que ya encontró a la muchacha y que todo esté bien—. Contestó Alejandro. José Armando respondió.

— ¡Esta muerta! Milagros murió en mis brazos el mismo día que llegue a San Pedregón. Alejandro no conocía a Milagros, pero le había seguido los pasos por unos días cuando la estaba buscando y la noticia inesperada de su muerte lo impacto.

— ¿Qué ha dicho? ¿Qué está muerta, pero que paso?— Preguntó Alejandro

— ¡La asesinaron!— Fue la respuesta de José Armando.

— ¿Pero porqué? ¿Quién?—

— ¡No lo sé! Pero no descansaré hasta encontrar al asesino—.

—Cuanto lo siento. Mis más sentidas condolencias. Si necesita mi ayuda, por favor no dude en llamarme. Estoy a su disposición—. Le dijo Alejandro.

—Gracias, por sus palabras—. Contestó José Armando.

—Bueno, no quiero quitarle más su tiempo. Pero ya sabe si necesita mis servicios no mas tiene que avisarme—. Dijo Alejandro despidiéndose de él.

Una vez que la plática había concluido y él había colgado el teléfono, Alejandro empezó a usar sus instintos de investigador y los conocimientos de años que esta rama le había proporcionado y se dijo a sí mismo, ¯estoy seguro que la señora Leticia, la esposa de José Armando, tuvo algo que ver con la inesperada y repentina muerte de esta muchacha. Pues ella es la única otra persona a quien le proporcioné los mismos datos. ¡Qué coincidencia, no!. Una sonrisa maliciosa se dibujo en sus labios y dijo en voz alta, ¯creo que estoy de suerte. Puedo sacarle muy buen provecho a mi información. O me paga la señora Leticia por mi silencio o voy con el marido y le cuento todo.

En el cuarto Serafina y Aurora estaban llenas de regocijo. Serafina por haber recuperado a su hija que había añorado por muchos años; y Aurora por saber que no estaba completamente sola en este mundo. Dios la había recompensado con la mejor madre que alguien pudiera desear. Ahora tenía a su verdadera madre en su vida y su nieto. No..., ya no se sentía sola. Serafina le había contado todo sobre la relación entre ella y Fabián Aldamira, y como sucedieron las cosas. Los motivos por los cuales había callado ante Ester después de saber que Fabián había muerto. El miedo que Serafina tenía de que Ester se enterase de que ella había sido la amante de su marido y la echará de la casa y no le permitiera ver a su hija. Es por eso que había callado. Le dolía mucho ver los maltratos de Ester con su hija, pero no podía revelarle nada ya que la ley estaba de parte de Ester y conociendo la clase de persona que era ella, una mujer cruel, vengativa y de malas entrañas, hubiera sido capaz de desaparecerse de San Martín con tal de no permitirle a ella ver a su hija.

Por lo tanto, tenía que conformarse con ser la nana únicamente y así al menos tener la oportunidad de verla crecer y estar con ella.

Serafina le confesó que durante muchos años en los que Ester la maltrato, ella se sentía culpable e impotente por no poder defenderla. Mientras hablaban y recordaban el pasado y se revelaban secretos, Ariel Armando comenzó a llorar. Aurora y Serafina juntas se levantaron para ir en busca del pequeño a su cuarto. Serafina estaba feliz. Por fin ella podía llamar a su bisnieto como tal.

En su cuarto Leticia se paseaba como una loca, ya había fumado dos cigarrillos y no podía controlar sus nervios. Todo el día lo había pasado en las tiendas sin el más remoto cargo de conciencia, pero ahora que se sentía acorralada por la incertidumbre de lo que buscaba o quería este agente de la policía. ¯¿Sabrá algo sobre la muerte de Milagros? ¿Es por eso que me está buscando? Se preguntaba a sí misma. Trató de disipar esta duda. ¯No tal vez solo quiere información sobre Carmelia, pues ella murió en ese accidente recientemente y tal vez solo quiera saber si ella trabajo aquí. Sí, eso ha de ser trataba de asegurarse a sí misma. De pronto alguien tocó su puerta.

— ¿Quién es?— Preguntó Leticia.

—Soy yo Chenca. ¿Puedo entrar señora?—

—Sí, pasa—. Chenca quien traía en sus manos el telefónico inalámbrico le dijo:

—Tiene usted una llamada telefónica. Las palmas de sus manos comenzaron a humedecerse y los nervios la traicionaron tanto que Chenca noto su nerviosismo.

— ¿Quién es?— Preguntó Leticia.

—La llama un tal Alejandro Guzmán—. Contestó Chenca. Leticia suspiró aliviada. Pensaba que era nuevamente el agente de la policía. Tomó el teléfono y le ordenó que se retirara. Cuando Chenca había salido del cuarto, Leticia dijo:

—Buenas tardes señor Guzmán. ¿En qué puedo servirle?— Alejandro Guzmán, era una persona directa y no vacilaba cuando tenía algo que decir.

—Señora Leticia necesito hablar con usted urgentemente. Podemos vernos esta noche en el restaurante ¯Las Delicias—. Extrañada por esta cita inesperada Leticia contestó:

—No entiendo. ¿Qué es eso tan urgente que me tiene que

comunicar? Dígamelo ahora mismo porque no voy a tener tiempo de verlo hoy. Estoy muy ocupada, así que sea lo que sea puede decírmelo ahorita por teléfono—. Con un tono burlón y sarcástico él contestó:

—No creo que lo que yo tenga que decirle lo quiera escuchar por teléfono. Además yo le aconsejo que se dé un tiempo y me encuentre esta noche a las 7:00 en el restaurante. Lo que tengo que hablar con usted tiene que ser en persona y le conviene a usted llegar a nuestra cita. Solo le voy a decir que tiene que ver con lo ocurrido en San Pedregón hace aproximadamente 3 meses y medio. La voy a estar esperando—. Y sin decir ni una sola palabra más colgó el teléfono.

Mientras tanto en su oficina, el agente Matamoros acababa de hablar por teléfono con un agente de la policía de San Pedregón y habían comparado información sobre el caso de la señorita Milagros Vascos. La policía de San Pedregón no tenía mucha información ya que el crimen había sido a tempranas horas de la mañana y nadie vio al asesino o asesina. No tenían descripción alguna o pista ya que la joven Milagros nunca tuvo tiempo de hablar antes de morir.

El agente Matamoros estaba pensando en la información que tenía y podría incriminar a Leticia de Aragón, pero quería estar seguro antes de acusarla ya que el diario de la sirvienta no incluía los nombres. Había leído el diario ya varías veces y le había dado vuelta en la cabeza sobre lo que Carmelia había escrito. Por ejemplo, varías veces mencionó a su patrona, Leticia, pero también mencionó a su patrona Aurora. Y donde decía que su patrona le había pagado para matar a Milagros, nunca dijo cual de las dos. El único motivo por el cual pensaba que era Leticia a la que se refería y no a Aurora, es por la descripción que daba sobre su patrona y por los amorcillos del esposo de esta con la difunta. Además, al parecer Aurora era tía de la difunta y pues este dato hasta cierto punto la eximía de culpa. Según el diario, el supuesto amorío con la difunta y el joven esposo de Leticia, fue uno de los motivos que llevo a su patrona a querer eliminar de una vez y por todas a Milagros. Por otro lado, también mencionaba que una patrona le había ordenado envenenar a la otra patrona, pero tampoco aquí hablaba con exactitud. Ella había sido bien meticulosa en detallar ciertos eventos en su vida sobre su infancia y su madre; sobre su relación con su amante Rigoberto; y en especial y de una forma siniestra el vil asesinato de los esposos Urquidia y sus hijos. Al menos con esta información ya podría por fin cerrar ese caso que había tenidos a muchos en la agencia de policía intranquilos al saber que habían asesinos sueltos. Había descrito con muchos detalles lugares donde había laborado y personas con las que ella había tenido cierto tipo de relación, pero en la casa de la familia

donde trabajo por última vez había dejado muchas cosas sin decir o al menos eso pensaba ya que habían muchas hojas que faltaban del diario y que al parecer la misma Carmelia había destruido.

Por lo que escribió en su diario, al parecer no le caía nada bien ninguno de los señores de la casa ya que describió al señor Felipe como un viejo miserable, hostil y violento. Al hijo, José Armando, como un don Juan que si no hubiera sido por sus amorcillos con su prima ahora la desafortunada muchacha no estaría muerta, pero que además tampoco ella tendría tanto dinero ahora a su disposición. Por lo tanto, y por sus comentarios eso si la había beneficiado a ella. Por otro lado al resto de la servidumbre las describió como unas fastidiosas y chismosas mujeres a las cual no soportaba y en especial a Serafina. De la manera en como describió los hechos en su diario al parecer le había dado mucha satisfacción cuando su patrona había mentido y había acusado a Serafina de ladrona y la habían despedido de la casa.

Roberto Matamoros se levanto de su asiento y encaminándose hacía la puerta le dijo a su secretaria que necesitaba aire fresco para pensar mejor y sin decir una palabra más salió del edificio.

Eran las 6:30 cuando José Armando se despidió de Alicia, su secretaria, y dejó su bufete. Había quedado de verse con su padre en la casa de la tía Berta a las 7:00 pm, pero la verdad es que no estaba con ánimos ni deseos de ir. Sabía que necesitaba ir para ofrecer su apoyo a su tía ahora que más lo necesitaba con su enfermedad, pero se sentía raro yendo a esa casa ya que para él su tía Berta sea había vuelto una extraña. Se subió a su carro y en ese momento su celular sonó. Era Leticia que lo llamaba. Al ver el número pensó, ¿qué quiera ahora? Suficiente fastidio tengo con ella en casa para que también me moleste cuando estoy fuera de casa.

En su cuarto Leticia estaba sumamente intranquila pues con la llamada de Alejandro Guzmán su intranquilidad y nerviosismo abordó los límites. Había llamado a José Armando para saber a qué horas llegaría a casa, pero la verdad de su llamada era para tratar de discernir si él y Alejandro se habían comunicado. Por con el tono cortante y frío de su marido, Leticia no se atrevió a preguntar nada que podría atraer sospechas y se limitó a saber a qué horas llegaría él a casa. Una vez que colgó el teléfono con su marido, miró su reloj y se dio cuenta que no tenía mucho tiempo. Alejandro la había citado a las 7:00 PM y ya solo faltaban veinte minutos. Lo bueno es que sabía que José Armando estaría en casa de su tía Berta. Sin pensarlo mas, se retocó nuevamente el maquillaje, cepilló con rapidez su esbelta

cabellera, tomó su bolso y las llaves del carro y salió apresuradamente rumbo al encuentro con Alejandro. Mientras se dirigía a su cita con él pensaba en que información tendría Alejandro Guzmán que podía comprometerla. No había pensado bien las cosas, pues cuando obtuvo sus servicios debió de haber sabido que él podría atar cabos al enterarse de la muerte de Milagros y entrar en sospechas.

Mientras tanto, José Armando se encontraba con su padre en la puerta de la casa de su tía Berta. Ambos habían llegado justo al mismo tiempo. Clementina, la fiel y única empleada de Berta les abrió la puerta.

—Buenas noches Clementina. ¿Cómo esta mi hermana?— Preguntó Felipe a la vez que entraba a la casa vacía de su hermana Berta.

—La señora lo está esperando en su habitación—. Contestó la anciana quien vestida de uniforme un tanto juvenil se miraba un tanto ridícula con el puesto. Seguía parada en la puerta esperando que José Armando también entrara para cerrarla. Clementina dio media vuelta y dijo:

—Por favor los acompaño al cuarto de la señora Berta. José Armando no dijo nada y se limitó a seguir a su padre y a Clementina mientras observaba su alrededor. Esta casa que un tiempo estuvo bien concurrida de amistades y en donde se habían llevado a cabo fiestas ostentosas hoy le parecía funesta y lúgubre. La parecía que fue ayer pero la verdad tenía ya varios años de no venir a visitar a su tía. Las tela arañas cubrían el cielo raso de la casa, el polvo que cubría los cuadros y las mesas no se podía ocultar, y parecía como si no se hubiera pasado la aspirado en las alfombras en siglos. ¯Al parecer esta casa no se ha limpiado en mucho tiempo, pero como no si tan solo viven dos ancianas que no pueden hacer mucho la una por la otra, se dijo a si mismo José Armando tratando de justificar la suciedad de la casa. Recorrieron el largo pasillo hasta llegar al fondo y entraron en una habitación que se podría deducir que era bastante espaciosa. Pero estaba completamente llena de libros, revistas, periódicos y vasos medio llenos de jugo y leche, tazas con café y platos de comidas semi acabados y un sin fin de cosas más por todas partes regados y lo cual hacía un tanto estrecho el camino para llegar a la cama en donde yacía su tía Berta acostada. El olor que emanaba del cuarto era un tanto insoportable pues era una mezcla de orines y comida vieja. José Armando no pudo esconder lo que pensaba. Su comportamiento lo puso al descubierto cuando se llevo las manos a la cara tratando un poco de cubrirse del mal olor. Se acercó a su tía Berta al igual que su

padre y le dio un beso en la frente a la vez que saludaba.

— ¿Tía, cómo te sientes?— Le preguntó José Armando. La anciana que aún con su enfermedad terminal no dejaba de ser dura en su trato, y viéndolo a los ojos con desdén por haber preferido a Aurora más que a ella, contestó:

— ¡Muriéndome! ¡No lo ves! Y nadie, ninguno de ustedes, se ha preocupado en lo absoluto por mí—. José Armando no dijo nada más. Pues por el tono de su tía, se notaba que no era bien venido en esta casa y inmediatamente se acercó a la ventana tratando de respirar un poco del aire fresco de la tarde. Felipe, quien parecía no estar afectado en lo absoluto por el mal olor y el desorden, tomó una silla y lo acercó a la cama de Berta y se sentó frente a ella. Ella al parecer estaba pagando todas sus maldades, pues la verdad que se miraba bastante mal. Quien hubiera profetizado que esta mujer que en sus tiempos había sido fuerte, altanera y autoritaria hubiera sido reducida a un guiñapo como lo estaba ahora. Después de acomodarse en la silla y viendo el trato que minutos antes su hermana le había brindado a su hijo, Felipe le dijo:

—Te iba a ser la misma pregunta que te hizo José Armando, pero ya se la respuesta. ¿Dime que necesitas?— Sin responder a su hermano, Berta volteó su mirada a su fiel empleada y le dijo:

—Clementina tráeles algo de tomar, un té o café, a mi hermano y mi sobrino. José Armando inmediatamente rechazó cualquier clase de bebida y dijo con premura.

—Yo estoy bien. No tengo deseos de tomar nada. No te molestes por mi Clementina—.

Clementina miró a Felipe quien le dijo por cortesía que a él le gustaría una taza de té.

—En un momentito se lo traigo señor Felipe—. Contestó Clementina a la vez que salía del cuarto tan silenciosa como había entrado. Una vez fuera del cuarto Clementina, Berta comenzó a quejarse y hacer uso de esa mente manipuladora y controladora que tenía.

—Te llame porque me has tenido abandonada por muchos meses. Mira como estoy. Me estoy muriendo. Tengo cáncer terminal y tú no has hecho nada por mí, ni siquiera me visitas ya como antes. Todos me han abandonado. Tú mi propio hermano, y José Armando, mi sobrino, que tiene años de no visitarme, mis amistades ya no

llegan. Estoy completamente sola con Clementina que es una imbécil que no sabe hacer nada bien. Si no te llamo me imagino que no hubieras puesto un pie en esta casa—. Felipe quien siempre le había tenido un tanto de miedo a su hermana contestó:

—Berta, ya estoy aquí. No sabía que estabas enferma y yo también tengo mis propios problemas.

— ¿Qué problemas puedes tener tú? Mujeres, el alcohol, el fastidio de la odiosa de tu mujer Aurora—. Contestó ella. Felipe suspiró y le tratando de cambiar el tema le dijo:

—Te miras bien, independientemente de cómo te sientes. No te preocupes Berta, prometo cuidarte hasta el final. Aquí estaré todas las tardes cuando salga de trabajar—. Platicaron por lo que le pareció una eternidad a José Armando quien estaba listo para retirarse desde el momento en que entró en ese apestoso cuarto. Por fin la hora de partida había llegado y tanto Felipe como José Armando se despidieron de ella prometiendo que vendrían diariamente.

Mientras tanto, en el restaurante Leticia pensó que había llegado a su cita más antes que Alejandro Guzmán y trató de recobrar su compostura. Estaba nerviosa por lo del tal agente Matamoros y ahora la tenía aún más nerviosa el pensar que este investigador podría saber algo que la incriminaría en la muerte de Milagros. Y mientras sacaba un cigarrillo de su bolso y miraba a su alrededor se decía a sí misma, ¯tengo que controlarme. No puedo dejar que me noté nerviosa porque entonces me tendrá en sus manos y sabrá que oculto algo. No tengo nada que temer pueda que solo este atando cabos, pero si me descuido puedo caer en sus manos. Leticia miró su reloj y se dio cuenta que ya habían pasado quince minutos y él todavía no llegaba. ¯Que fastidio, me dijo que llegaría las 7:00 en punto y él ni siquiera está aquí. Lo voy a esperar diez minutos más y si no llega me marcho. Alejandro desde una esquina oscura la observaba cuidadosamente y se dio cuenta de su nerviosismo y preocupación pues había mirado su reloj de pulsera como tres veces desde que había llegado y se había fumado dos cigarros en menos de diez minutos. ¯Llegó eso quiere decir que tiene algo que esconder, se dijo a sí mismo. Después de estudiarla por unos minutos, decidió que era suficiente. Alejandro Guzmán se acercó a la mesa y le saludo.

—Señora Leticia, discúlpame usted la tardanza pero tuve un contratiempo—. Le dijo él. Leticia quien a su vez ya había tenido tiempo suficiente para calmar sus nerviosos y asegurarse a si misma que todo está bien contestó en tono tanto autoritario característico de

su personalidad.

— ¿Dígame, señor Guzmán, para que me cito con tanta urgencia?—

—Me di cuenta esta mañana que la señorita Vascos murió hace tres meses—.

— ¿Y qué tiene eso que ver conmigo y esta cita?— Preguntó Leticia tratando de aparecer contrariada por su comentario. Él la observó y una sonrisa pícara se dibujó en su rostro.

—Si no me equivocó usted fue la primera persona a la que le di los datos de la difunta. Y pues me parece bastante coincidencia que la chica haya muerto precisamente después que usted consiguió esa información—. Le contestó él. Leticia lo miró directamente a la cara como si no tuviera ella nada que esconder y le dijo severamente.

—No entiendo exactamente qué es lo que me quiere dar a entender, pero no estoy dispuesta a escuchar una más de sus insinuaciones. Yo no tuve nada que ver con la muerte de esa joven y la verdad me tiene sin cuidado lo que usted piense. No voy a perder más mí tiempo con esta conversación. Buenas noches señor Guzmán —. Le dijo Leticia a la vez que tomaba su bolso para marcharse.

—Yo no haría eso si fuera usted—. Le contestó Alejandro Guzmán tan calmado en su tono de voz como en su comportamiento.

—Haga lo que mejor le parezca—. Replicó ella secamente. Leticia estaba jugando una carta de doble filo.

—No me deja más remedio que ir a las autoridades—. Fue la respuesta de él. Leticia por unos segundos lo miró, y sin titubear le contestó.

—No tengo nada que esconder. Buenas noches—. Y sin decir una palabra más Leticia salió del restaurante ¯Las Delicias tan nerviosa como había entrado. Estaba segura que Alejandro no tenía pruebas en su contra y por lo tanto no se iba a dejarse chantajear. Lo que Leticia no sabía es que Alejandro Guzmán no era un hombre que amenazará en vano y él si iría con las autoridades como lo había prometido.

Cuando Leticia salió del restaurante, Alejandro saco un cigarrillo y mientras fumaba se decía a mí mismo, ¯te vas a arrepentir de no haberme escuchado. Te hubiera sido mejor pagar con dinero, pero ahora tendrás que pagar con tu tiempo en la cárcel Leticia

Castillo de Aragón. Estoy completamente seguro que tú fuiste la que mato a Milagros Vascos. Pero si tu no me pagas entonces puedo darle esta información a tu marido y estoy seguro que él si sabrá recompensarme… pero tan pronto como esa idea cruzó por su mente la desechó pues la verdad no tenía pruebas contundentes en contra de Leticia y además él se vería mal ya que fue él el que le proporcionó la información a ella en primer lugar. ¯¡No! Lo mejor será ir con la policía y darle la información, pues tal vez ellos ya estén bajo sus pistas y mi información podría ayudarles. Se decía a si mismo Alejandro mientras dejaba escapar poquito a poquito el humo del cigarrillo de su boca.

En la casa Aragón, Serafina luego de haber platicado prácticamente toda la tarde con su hija, Aurora, había decidido que era tiempo de retornar a sus quehaceres. Entró en la cocina para cerciorarse que todo estuviera en orden. ¯Todavía no llegado ni el señor Felipe, ni el joven José Armando y sabe Dios donde andará la víbora de Leticia. Se decía a si misma mientras contemplaba la quietud de la casa. El niño Ariel estaba arriba dormido y Aurora como no tenía hambre había decidido leer un poco antes de retirarse a dormir. La cocina como siempre estaba impecable. Todo estaba en su lugar como de costumbre. Miró su reloj y se dio cuenta que eran las ocho y media. ¯Como pasa el tiempo tan rápido. No pensé que hubiera hablado tanto con mi hija. Quizás por eso Chenca y Artemia se retiraron a su cuarto ya que han de haber estado súper aburridas esperando a que llegará el señor Felipe y José Armando. Pensó Serafina. Se preparó una taza de té y se fue a la terraza, lugar que era para ella el preferido, a esperar que llegaran los señores por si se deseaban comer. La verdad lo dudaba mucho, pues en esta casa casi nadie de la familia se sentaba a cenar y mucho menos juntos.

Leticia salió del restaurante ¯Las Delicias y decidió pasar por la casa de sus padres para tener un pretexto por si acaso José Armando o alguien le preguntará en donde andaba. Mientras manejaba, Leticia no podía controlar su nerviosismo por las sospechas en su contra aunque estaba segura que solamente eran sospechas y nada concreto. Estaba segura que Alejandro Guzmán no podía tener pruebas en su contra excepto que él le hubiera proporcionado los datos de Milagros, pero no podía decir con exactitud si ella había ido en busca de Milagros. ¯Tengo que pensar en una buena excusa para la cual yo quería esa información. Se decía a si misma mientras a toda velocidad manejaba por las curveadas carreteras de San Martín. ¯Puedo decir que quería la información pues mi intención era darle la información a Aurora al ver su sufrimiento por su hija. Pero cuando traté de hablar con ella para decirle Aurora no quiso escucharme. Pensó Leticia. Sonaba bien

su plan, pero lo único es que nadie le creería ya que todos sabían que Leticia no le importaba en lo absoluto el dolor ajeno ni mucho menos el de su suegra. A Felipe y José Armando tal vez podría enredar con su mentira, pero a Aurora y Serafina no le sería fácil. ¬Tendré que pensar en otra cosa que decir cuando llegue el momento, pero por ahorita no me voy a preocupar tanto por lo que pueda decir Alejandro Guzmán. Estoy seguro que él no dirá nada especialmente cuando vio que no me afecto en lo absoluto lo que estaba pensando demi. Se decía Leticia a si misma tratando de calmarse mientras abría la puerta de la casa de sus padres.

Abram y Eloina sentados en la sala veían una película cuando escucharon la puerta. Abram se levantó para ver quién era.

—Papá, soy yo. No te preocupes—. Le dijo Leticia cuando vio a su padre que venía en su encuentro.

—Dios Santos, hija, nos distes un susto. Escuchamos la puerta abrir y no sabíamos quién era y la servidumbre se ha retirado a dormir .Leticia sonrió al ver a su padre. Ella siempre lo prefirió a él y no había nada que él pudiera hacer o decir para enfadarla. Si el comentario lo hubiera hecho Eloina, su madre, Leticia hubiera respondido con dureza y sarcasmo en vez de una sonrisa. Abrazó a su padre con todo el amor de hija.

— ¿Qué haces aquí tan tarde, hija?— Fueron las palabras de Eloina al verla entrar del brazo de su padre a la sala.

—Vine a ver cómo estaban—. Fue la respuesta de Leticia. Eloina la miró y pensó que en todo el tiempo de matrimonio de su hija ni una sola vez ella había llegado con su esposo. ¯¿Tendrán problemas? Es raro que siempre que viene Leticia a visitarnos esta sola. Siempre que los invitamos a ella y a su esposo a cenar con nosotros, Leticia siempre tiene una excusa. Y ahora a estas horas de la noche y sola por las carreteras de San Martín algo está pasando estaba segura, y su sexto sentido de madre no se equivocaba, se decía Eloina a sí misma.

— ¿Y tú esposo cómo esta? Dile a José Armando que ya lo extrañamos pues desde que se casaron no han puesto un pie en esta casa—. Fueron las palabras de Eloina que se escaparon de su boca poniendo al descubierto sus pensamientos. Leticia miró a su madre con desdén.

—Mi querido marido trabaja mucho y por eso nunca tiene

tiempo. Pero si no quieres que te visite mamá entonces iré simplemente todos los días a la oficina a verte ti papá—. Dijo Leticia dirigiendo su mirada a su padre.

Abram a quien siempre se le habían pasado inadvertidos los comentarios de su hija y su esposa esta vez pudo ver con sus propios ojos que algo entre ellas no era normal y contestó.

—Leticia no es necesario que le hables así a tu madre. Ella simplemente ha comentado lo mismo que yo muchas veces he pensado. Pues desde la boda no he visto a José Armando contigo por ningún lado. Antes parecían una sola persona, todo el tiempo juntos, y ahora parecen como si no vivieran en la misma casa—. Leticia fastidiada con los comentarios de sus padres dijo tratando de cambiar la conversación.

—Bueno, creo que será mejor que me vaya por donde vine. Al parecer ustedes no están satisfechos con que su hija los visité. Ya les dije que José Armando está bien ocupado, pero parecen no entender —. Y tomando nuevamente su bolsa, que había tirado en una de las sillas, se dirigió a la puerta. Abram y Eloina confusos por la reacción de su hija dijeron casi al mismo tiempo.
—Ven acá hija no te enojes. No te vayas tan rápido. Siéntate. No fue nuestra intención molestarte era una simple pregunta. Leticia quien de verdad ya no quería estar en la presencia de sus padres, se sentó un tanto indignada y en contra de su voluntad por unos minutos. Luego se volvió a levantar y se despidió de ellos por segunda vez. Afuera de la casa de sus padres, Leticia se decía a sí misma, ¯fue una molestia manejar hasta aquí para que me trataran como lo hicieron. ¡Qué fastidio! Debí haberme ido directamente a mi casa.

Mientras tanto, Felipe y José Armando se despedían de Berta. Una vez afuera de la casa de su tía Berta, José Armando le preguntó a su padre.

— ¿Papá, que ha pasado con la casa de la tía Berta? Esta desatendida completamente y el olor de su cuarto es insoportable. Pensé que nunca te ibas a despedir de ella—. Felipe sonrió y dándole un palmadita en la espalda contestó:

—Tú sabes que Clementina ya no puede hacer mucho por su edad y al parecer con el carácter tan intransigente de tu tía todos sus empleados la fueron dejando poco a poco. Voy a mandar a Chenca y Artemia este fin de semana a la casa para que ayuden a Clementina a limpiar la casa mientras contrato alguna gente para que trabaje allí.

Voy a tener que estar más al pendiente de tu tía ya que está muy enferma.

—Tienes razón, Papá se ve muy mal. Es tarde y creo que será mejor que sigamos esta conversación en la casa. Estoy súper cansado —. Le dijo José Armando a la vez que se montaba en su auto.

— ¡Sí! Te veo en casa—. Contestó Felipe.

Serafina no se dio ni cuenta a qué hora llegaron los señores pues cuando ella abrió los ojos era tardísimo. Al parecer cada quien se fue directamente a su cuarto y por lo tanto no se dieron cuenta que ella estaba afuera en la terraza profundamente dormida. Si no hubiera sido por el aire frío y helado que recorrió sus mejillas despertándola de inmediato, ella todavía seguiría dormida. Al abrir los ojos, Serafina miró su reloj de mano y se dio cuenta que eran pasados la media noche. Se levantó y desde la terraza pudo ver los carros de los señores en su lugar. Al parecer todos habían entrado en la casa sigilosamente sin hacer el menor ruido. Las luces estaban apagadas en la sala y por todo el pasillo. Serafina no se preocupó en encender las luces pues se sabía la casa como la palma de su mano. Serafina se cercioró que las puertas estuvieran bien cerradas y también se fue a su dormitorio. Estaba sumamente cansada y aunque ya había tomado sin querer una siesta, estaba segura que no iba a tener ningún problema durmiendo esta noche.

Al día siguiente, muy temprano en la mañana Alejandro Guzmán se presentó en la agencia de policías. Allí esa mañana, Alejandro le daba al agente Matamoros una de las piezas más importantes del rompecabezas. Le había dicho todo lo que sabía y lo que él pensaba sobre la trágica muerte de la señorita Milagros Vascos y también sin pensar le había comentado sobre su cita de la noche anterior con la señora Leticia Castillo de Aragón. Alejandro Guzmán le dijo al agente Matamoros que el Señor José Armando lo había contratado para buscar a Milagros, pero que unos días después la misma Leticia Castillo lo había llamado por teléfono para contratar sus servicios. Cuando él le mencionó la casualidad de las cosas, y que su mismo esposo también lo había contratado para buscar la misma persona, ella inmediatamente le había ofrecido el doble de la cantidad de su esposo para que él le proporcionara a ella antes la información. No pensando nada malo y viendo que podía obtener el doble del dinero por sus servicios había accedido y le había los datos a Leticia Castillo dos días antes de dárselos a José Armando Aragón. Tiempo suficiente para que ella llevara a cabo su plan de matar a Milagros. El Agente lo observaba y escuchaba detalladamente todo lo que

Alejandro Guzmán le decía. Mientras pensaba en lo inescrupuloso que era este individuo. Pero, que importaba lo que él pensará de este hombre. Ahorita lo más importante era que tenía pruebas contundentes que ataban a Leticia al crimen en San Pedregón y lo que Carmelia decía en su diario se refería a su patrona Leticia Castillo.

Chenca le había pedido permiso a Serafina para salir esa misma mañana y le había pedido a Enrique que la llevará a la agencia de policías. Desde que el agente Matamoros había llamado a la casa preguntando por Leticia, ella no había podido dejar de pensar en la conversación que había escuchado aquel día entre Carmelia y la señora Leticia. Clarito había escuchado que hablan de un crimen y Chenca no sabía si hacía bien o mal pero no podía callar más. No le había dicho nada a nadie porque pensaba que no estaba segura de lo que había escuchado, pero después de la trágicamente muerte de la señorita Milagros Vascos y ahora el agente de la policía en busca de Leticia, ella estaba segura que había conexión y iba a declarar lo que había escuchado aquella mañana. En la agencia de policía le habían dicho que se sentará pues tenía que esperar porque el agente Matamoros estaba ocupado con otra persona. Chenca aunque lo hubiera visto no lo hubiera reconocido, pues no sabía quién era Alejandro Guzmán pero lo cierto es que como por fuerza del destino o por acto de divinidad ambos habían ido en busca del agente Matamoros para darle la información que él tanto necesitaba para arrestar a Leticia. Una vez que Alejandro había salido de la oficina de Matamoros, hicieron pasar Chenca y ella había relatado y narrado la poca pero contundente información que había escuchado.

Después de obtener esta información, el agente Matamoros no perdió tiempo y se presentó esa misma mañana en la casa Aragón, a detener a Leticia. Tenía todas las pruebas en su contra que la inculpaban. La información proporcionada por el investigador Alejandro Guzmán y lo que Chenca había declarado en su contra había sido todo lo que los agentes de policía necesitaban para atar todos los cabos del asesinato de la Señorita Milagros Vascos, y atento de asesinato por envenenamiento en contra de la señora Aurora de Aragón. Desde su recámara, Leticia escuchó las voces del agente de la policía y de José Armando. Había salido de su cuarto para poder escuchar exactamente lo que estaban hablando y fue cuando escuchó que el agente Matamoros le decía a su marido que venía aprender a su mujer por la muerte de Milagros.

Leticia sintiéndose acorralada, bajo las escalinatas silenciosamente y salió de la casa por la puerta trasera. Se metió en su carro y apresuradamente lo puso en marcha. Chenca quien asustada

por haber dado parte a la policía desde la cocina vio a salir a Leticia tratando de escapar de la justicia, y corrió a la sala para prevenir a los agentes, que Leticia se estaba escapando. El agente Matamoros y los dos policías que estaban con él se apresuraron a abordar sus carros y salieron en su persecución. Al darse cuenta que estaba siendo perseguida, Leticia aceleró la velocidad de su carro por las curveadas carreteras de San Martín, pero en su intento por despistar a los policías, perdió el control. Su carro se despeñó y rodó por el precipicio. El impacto fue horrible y el vidrio del parabrisas se hizo en mil pedazos penetrándose completamente en el rostro de Leticia. Las fracturas en el resto de su cuerpo fueron leves ante tan gran impacto y en comparación con lo que había sufrido su rostro el cual estaba completamente cubierto de sangre. Leticia estaba inconsciente por el impacto de la caída cuando los agentes de la policía, la ambulancia y medios de rescate llegaron hasta el fondo del precipicio para sacar a Leticia de Aragón del auto.

José Armando, los padres de Leticia habían sido notificados inmediatamente de lo ocurrido. José Armando a pesar de saber que Leticia había sido la culpable de la muerte de su adorada Milagros fue el primero en llegar al lugar de los hechos. Leticia fue trasladada de inmediato al hospital San Martín donde el único doctor de la villa, el doctor Montenegro, le daba a José Armando y los padres de Leticia la más horrible de las noticias.

—Leticia vivirá completamente en un estado de vegetación y su rostro quedará completamente destrozado. ¡Quedará por el resto de sus días irreconocible! Tendremos que hacer muchas intervenciones quirúrgicas para poder extraer todos los pedazos de vidrios que se penetraron en su rostro al momento del impacto. Tendrá muchas cicatrices y me temo que su rostro no volverá hacer en lo absoluto lo que antes fue—. Al escuchar la noticia, Eloina se llevó las manos a la cara y lloró desconsoladamente por su hija. Jamás se hubiera imaginado que Leticia fuera capaz de matar a alguien y ahora que quedará hecha un monstruo por el resto de su vida. Si por un Milagro de Dios, Leticia llegará a salir de su estado de vegetación entonces viviría encerrada en una cárcel de por vida. Lo que había hecho era sumamente grave. Había matado a una persona y a punto de matar a una su segunda víctima, la señora Aurora de Aragón. Abram también lloraba pues él más que nadie se sentía culpable por cómo había acabado su hija. Él la convirtió en ese monstruo permitiéndole y dándole todo lo que ella quería y ordenaba. Nunca la freno a tiempo y ahora ya era muy tarde.

En la sala de operación, el doctor Montenegro llevo a cabo la

primera cirugía tratando de extraer los fragmentos de vidrios de su rostro. Luego de muchas horas, Leticia fue trasladada a su cuarto. El pronóstico del doctor había sido un completo estado de vegetación, pero él doctor Montenegro se había equivocado. Aunque su cerebro al parecer no respondía y se le había declarado clínicamente en completo estado de vegetación, Leticia si podía abrir los ojos y si estaba consciente de lo que sucedía a su alrededor y trataba de hablar, pero nadie podía escucharla. Estaba atrapada en su mente. Era como una de esas horribles pesadillas cuando estas entre dormida y despierta y pides a gritos que te despierten, pero nadie te escucha. Los días transcurrieron así en ese estado. Dos semanas después el accidente habían pasado y las vendas serían quitadas de su cara. Leticia vio a sus padres entrar en su habitación, y a gritos les imploraba que la escucharan, pero su lucha era en vano pues nadie la escuchaba. Leticia vio a su madre llevarse las manos a la cara llorando y gimiendo cuando el doctor reveló por primera vez el rostro monstruoso de Leticia. Eloina no pudo contenerse y en voz alta dijo:

— ¡Dios Mío! ¡Está completamente hecho un monstruo!

¡Irreconocible!— Al igual que su madre, su padre tenía una expresión de horror reflejado en su rostro cuando vio la cara de su hija, y lo único que pudo hacer fue abrazar a su mujer y dar la espalda ante tan monstruosidad.

—Por favor doctor cubra su rostro. No queremos ver su cara así—. Leticia que estaba muy consciente de todos alrededor pedía a gritos que le dieran un espejo.

— ¡Quiero verme! ¡Quiero verme! Mamá, Papá por favor quiero un espejo—. Gritaba pero nadie la escuchaba. Las únicas dos personas que podían escucharla y se reían de ella eran Milagros Vascos y Isabel Montenegro. Sus fantasmas y ahora ella las veía constantemente alrededor de ella.

— ¡Dejen me en paz! ¡Malditas muertas! Váyanse de una vez y por todas—. Gritaba Leticia iracunda.

—Papito, Mamá escuchen me yo estoy viva. Todavía estoy consciente. Ayúdenme a salir de esta cárcel de mi mente. ¡Ayúdenme por favor! ¡Es un martirio!— Pero nadie la escuchaba Nadie la podía ayudar.

Mientras Leticia se esforzaba grandemente por hablar ningún sonido salí de su voz. El doctor Montenegro les decía a Abram y a

Eloina que lo mejor sería ponerla para siempre a dormir.

— ¡Me está diciendo que maté a mi hija… doctor!— Alzó la voz ofuscada Eloina, pero Abram al parecer estaba de acuerdo con el doctor ya que dijo:

—Creo que es lo mejor mi amor. Leticia no sabe lo que está sucediendo a su alrededor. Ella ya prácticamente está muerta—.

—No estoy de acuerdo. Pienso que… mientras hay vida hay esperanza. Y yo le voy a dar esa esperanza a mi hija—. Contestó Eloina firmemente.

— ¿Qué clase de vida? ¿Qué calidad de vida tendrá si su cerebro vuelve a trabajar? No la ves, está hecha un monstruo ella misma no quería vivir así—. Le dijo suavemente Abram a su esposa. Leticia quien escucha lo que hablaban empezó a decir.

—No…no, no, no quiero morir mamá. Por favor no permitas que me maten—. Pero aunque Leticia se esmeraba por hablar y a gritos pedía por su vida, sus suplicas eran inútiles ya que nadie podía escucharla. Su tormento era horrible porque postrada en esa cama de hospital día y noche tenía la compañía Milagros y Isabel que se reían de ella y la atormentaban sin piedad y gritándole la misma frase. ¡Asesina! ¡Asesina! ¡Maldita Asesina! Tu hora ha llegado y tu tortura será infinita—.

Cuando su madre y padre salieron del cuarto, una de las enfermeras que entró a revisar que todo estuviera en orden, era nada menos que Carolina Moran una muchacha a la cual Leticia le había hecho mucho daño en la universidad por el simple hecho de ser pobre. Carolina miró el nombre de Leticia Castillo en los papeles cerca de la cama y inmediatamente se dio cuenta que era la misma Leticia quien la había ridiculizado y humillado por tener una cicatriz en la frente que no podía ocultar con su cerquillo. La vio postrada en esa cama con el rostro desfigurado y preguntó en voz alta.

— ¿Ahora quién es la más fea de las dos?— Leticia la reconoció inmediatamente y se atemorizó de lo que pudiera hacerle. En ese momento Karina, otra enfermera, entró en el cuarto.

—Carolina, te estaba buscando para ir a almorzar—. Carolina miró a Karina y le dijo:

—Ven, acércate y mira como es la vida. Esta mujer que está aquí acostada me hizo bastante daño en la Universidad por el simple

hecho de no ser bonita y no tener dinero. Ahora ella a quien todos consideraban la chicha más linda de la Universidad mira como ha quedado—. En esos momentos Carolina tomó el espejo de mano que estaba en la mesita.

— ¡Mírate! Mírate como has quedado tú, la bella Leticia—. Leticia al ver su rostro completamente desfigurado comenzó a gritar como una loca.

— ¡No! ¡No! no, no mi cara no, no puedo ser. ¡No puede ser!— Pero su voz estaba atrapada…atrapada y nadie la escuchaba... Karina quien miraba el placer en el rostro de Carolina sonrió y le dijo:

—Carolina, no hagas eso. No vale la pena. Tú eres una enfermera y debes tener compasión por tu prójimo—. Carolina sonrió.

—Que importa lo que yo pueda hacer si total ella no sabe lo que ocurre a su alrededor. No… la verdad es que no le estoy haciendo daño ya que esta en un estado vegetal. Dicen los reportes que ella no está consciente de nada. Yo podría sentarla enfrente de un espejo todo el día y ella ni cuenta se daría. Sinceramente creo que es mejor que haya quedado en estado vegetal porque si estuviera consciente ya me imagino la tortura que iba ser para ella ver como ha quedado— Milagros y Isabel comenzaron a reírse a carcajadas y Isabel le dijo:

—Mira las enfermeras creen que tú no sabes lo que está sucediendo… que pena para ti tener que estar consciente de todo—. Leticia a gritos pedía que se callaran y la dejaran en paz.

Capítulo 17

Reflexiones

Quince meses habían pasado desde el trágico y horrible accidente de Leticia y solo ella acostada en esa cama de hospital sabía la tortura que día a día estaba viviendo. Su oportunidad de vivir y ser feliz se había perdido y ahora su vida era un calvario. Esa mañana, como todas las mañanas desde el trágico accidente, su madre y su padre habían venido a verla y hablaban de José Armando. Sin imaginarse que su hija estaba consciente y escuchaba todo a su alrededor, Eloina comentaba sobre su nueva boda.

—No puedo creer que mañana se casa nuevamente. Yo pensé que al menos hubiera esperado un poco más de tiempo. ¡Nos dijo que se divorciaba y lo hizo! La ha abandonado a su suerte—. Dijo Eloina con lágrimas en los ojos.

Abram perplejo por el comportamiento de su esposa contestó.

—Cálmate mi amor. No podíamos esperar que se quedara atado a Leticia después de lo que ella hizo. Ahora ella está completamente en un estado de vegetal, inconsciente de todo a su alrededor, y no es justo que él se até de por vida a una mujer prácticamente muerta—.

—Sí es cierto, pero José Armando no debería de casarse tan pronto. Si hubiera tratado bien a nuestra hija y no la hubiera engañado con esa chica, tal vez hoy mi hija no estaría así. Ella no hubiera cometido semejante locura—. Dijo Eloina con lágrimas en los ojos.

Leticia quien escuchaba la conversación de sus padres comenzó a gritar como una loca, pero nadie más que ella escuchaba sus gritos.

— ¡No! No es posible que te cases maldito José Armando. Tú no puedes ser feliz mientras yo me estoy muriendo en vida.

—Mamá, Papá escuchen me por favor. Busquen otro

especialista. Yo no estoy en ningún estado vegetal. Estoy consciente de lo que sucede a mí alrededor. ¡Quiero otro doctor, otro doctor que me ayude!—. Decía Leticia llorando y cansada de tanto gritar sin ser escuchada. Ella había tratado de conseguir la atención de sus padres durante toda la tarde hasta que se marcharon sin lograrlo, pues para ellos ella simplemente era un cuerpo sin movimiento acostada en esa cama.

A solas en su habitación, Aurora daba gracias a Dios por la justicia. Le había ayudado mucho saber quien había sido la asesina de su hija y que estuviera pagando por ese crimen. Había rezado mucho y le había pedido a Dios que le quitará ese odio que sentía por Leticia. Saber que había tenido bajo su mismo techo a la asesina de su hija había sido duro para ella, pero Dios es grande y nos da paz interior y aminora nuestro dolor. Ahora, después de tanto dolor, Aurora podía disfrutar de su nieto. Pero a pesar de la felicidad que ahora el destino le brindaba, Aurora no dejaba de pensar en lo que pudo haber sido y no fue:

En la oportunidad de ser feliz, y de amar y ser amada. En la oportunidad de ver a su hija crecer y llamarla mamá y de disfrutar la vida como Dios manda. Pero a veces en el transcurso de nuestras vidas cometemos errores que nos cuesta mucho y cambia el destino que estaba marcado para nosotros.

Y pensaba en lo bonito que sería tener la oportunidad de empezar de nuevo. ¡Pero no es posible! La vida a veces no nos da una segunda oportunidad para repetir nuestras jornadas. Ella había perdido su oportunidad de ser feliz junto al amor de su vida. Y ahora lo que la atormentaba era el pensar que si tan solo no hubiese sido tan débil de carácter y hubiese luchado con todas sus fuerzas por el amor de Ariel y su hija. Tal vez hoy estuviera rodeada de muchos hijos, hubiera disfrutado del verdadero amor y quizás él seguiría a su lado. Pero se sacrificó por alguien que hasta la hora de su muerte la odio con fervor. Y mientras pensaba en lo que ella no pudo lograr, le daba gracias a Dios por haberle dado José Armando una segunda oportunidad. Mañana él se casaba con Alicia Fuentes, su secretaria y estaba completamente seguro que ella si lo haría a ser feliz.

Esa noche era de reflexiones para todos en la casa Aragón. José Armando también pensaba en su vida. Recordaba su pasado junto a Milagros y pensaba que si tan solo le hubiera hecho caso a Miguel cuando le dijo que no se casará con Leticia, tal vez hoy Milagros estaría con él. ¯Pero cometí un grave error por mi cobardía y dejé escapar a Milagros. Nadie más que yo fui el causante de tu muerte y la

tragedia de Leticia. Si tan solo me hubiera casado contigo hoy estaría disfrutando de tu amor y compañía juntos con nuestro hijo. Por mi culpa ella cometió ese vil asesinato, por mi culpa ella esta postrada en esa cama de hospital completamente desfigurada, y aunque quisiera odiarla no puedo porque yo la lleve con mi actitud y desamor a cometer ese crimen. La oportunidad de vivir mi vida junto a la tuya se me escapo mi querida Milagros. Aunque mañana enlazó mi vida con otra mujer para siempre tu ocuparas ese espacio especial en mi corazón porque fuiste mi gran amor y eres la madre de mi hijo.

De pronto, en la oscuridad de su cuarto, la cara de su futura esposa brilló frente a él como una pequeña luz de esperanza que había llegado a su vida para alumbrar su camino y conducirlo a su destino. Una sonrisa se reflejó en su rostro cuando recordó el primer beso que le dio a Alicia en su oficina. Ella había temblado de emoción y la sintió estremecerse en sus brazos de la igual manera que lo había hecho Milagros cuando él había besado sus labios vírgenes por primera vez. Milagros y Alicia eran dos almas gemelas. No se parecían físicamente ya que la belleza exterior de Milagros era superior a la de Alicia, pero ambas tenían ese corazón puro y cálido que lo hizo a él enamorarse por completo. ¿Quién se iba a imaginar que mañana él, José Armando Aragón, se estaría casando con su secretaria de años? Desde la muerte de Milagros y el trágico accidente de Leticia, Alicia se había vuelto para él como un paño de lágrimas, y con su ternura y su forma de ser había logrado robarle su corazón. Todo ese tiempo en el que él se aferró a su trabajo y trabajaba largas horas tratando de calmar el dolor por la pérdida de Milagros, Alicia estuvo con él y fue ella quien lo ayudó poco a poco a salir de ese abismo en el que había caído. Ahora casi dos años después de la partida de Milagros, él había encontrado nuevamente el amor y sabía muy adentro de su corazón que Milagros sonreía feliz desde el cielo al verlo feliz nuevamente. Y así José Armando se quedo dormido recordando a su pasado y pensando en su presente.

Serafina, igual que todos, esa noche pensaba que había desperdiciado toda una vida de felicidad junto a su hija por temor. El miedo le robo muchos años de felicidad y ese mismo miedo casi la deja atrapada sin revelar su secreto. Pero gracias a Dios pudo mas su amor de Madre que el miedo que por muchos años la ato de pies y cabeza y la mantuvo en una cárcel mental.

Felipe también sentado en el cuarto de su hermana Berta, donde ahora pasaba la mayor parte de su tiempo velando por ella hasta la hora de su muerte, también reflexionaba en lo que había sido su vida. Mirando a su hermana ya lista para partir este mundo si dio

cuenta muy tarde que no debió ser un títere en sus manos. Pensaba en que debió de ser más fuerte de carácter y no haberse dejado manipular. Tal vez hubiera logrado ganarse el amor de Aurora, pero sus acciones y actitudes para con ella los habían separado. Muy tarde había comprendido que Aurora era una buena mujer y que el destino le estaba brindando al traer a Aurora a su vida una segunda oportunidad de ser feliz cuando le arrebato de las manos a su adorada Isabel Ibarra. Si tan solo le hubiese dedicado más tiempo a mi hijo como lo hizo Aurora cuando estaba pequeño, tal vez hoy él tendría ese amor especial que José Armando guarda en su corazón por Aurora y nuestra relación sería otra. Se recriminaba a si mismo Felipe Y sentado en esa silla, en ese cuarto oscuro que era la habitación de Berta se daba cuenta que ya no había remedio y había comprendido una gran lección. No se puede borrar el pasado ni tampoco nuestros errores. Ahora lo único que tenemos que hacer es mirar hacia el futuro y tratar de no cometer los mismos errores con nuestros seres queridos.

No solamente en la casa Aragón era noche de reflexión para unos y alegría para otros. También en la casa de los Fuentes una joven emocionada no podía conciliar el sueño. Alicia no podía creer que mañana ella y José Armando serían marido y mujer. ¡Lo había logrado! Se había ganado su amor. Y acostada en esa cama llena de felicidad y regocijo, Alicia pensaba en como se había equivocado al juzgar tan severamente a José Armando en su pasado. Siempre pensó que él jamás se fijaría en una chica que no fuera bella, pero él le hizo a ella tragarse sus palabras pues no solamente se había fijado en ella, pero también le había pedido que fuera su esposa por el resto de sus días.

Y en esa cama de hospital en donde la soledad de ese cuarto frío la envolvía, Leticia también reflexionaba sobre su vida. Por primera vez en su vida las lágrimas que recorrían sus mejillas eran lágrimas sinceras por haber comprendido su error. Sin proponérselo había destruido su vida. Muy tarde se dio cuenta que por su maldad y egoísmo había perdido la oportunidad de ser feliz. Ahora estaba condenada a esta cama por el resto de sus días y no tenía porque ser así. Ella lo había tenido todo para ser feliz, pero no midió las consecuencias de sus actos y se dejó llevar por la maldad que yacía en su corazón. La maldad nunca triunfa y el gozo por las batallas vilmente ganadas no es duradero. A la larga el bien siempre triunfa y la felicidad de los buenos siempre llega… como había llegado el acontecimiento tan esperado de dos familias que hoy unirían sus lazos.

Las campanas de la Iglesia estaban sonando. El día esperado para todos había llegado. José Armando hoy uniría para siempre su

vida con Alicia Fuentes. Contrario a su boda con Leticia, su boda con Alicia sería sencilla. Ella no quería una gran boda y él estaba feliz de haber escogido una buena mujer esta vez. Tampoco él quería otra boda pomposa y despampanante como lo fue la boda Aragón Castillo. Hoy su boda sería íntima y una que rezaba fuera para toda la vida. El momento había llegado y solamente estaban los padres de Alicia Fuentes, Aurora, Arielito, Felipe, la fiel Serafina y Miguel Pedregón, su mejor amigo, junto a su esposa. José Armando suspiró cuando miró Alicia vestida de blanco. Se miraba distinta a esa muchacha que estaba acostumbrado a ver todos los días en su oficina vestida con uniforme gris. Hoy la felicidad brillaba en sus ojos y su belleza resplandecía. Fue una boda sencilla y todos en la Iglesia reunidos escuchaban las palabras del sacerdote y la tan deseada frase, ¯Los declaró marido y mujer, puede besar a la novia. Los labios de José Armando y Alicia Fuentes se fundieron en un beso de amor y entrega, y desde el cielo Milagros con lágrimas de felicidad en los ojos los bendecía y les deseaba toda la felicidad del mundo.

FIN